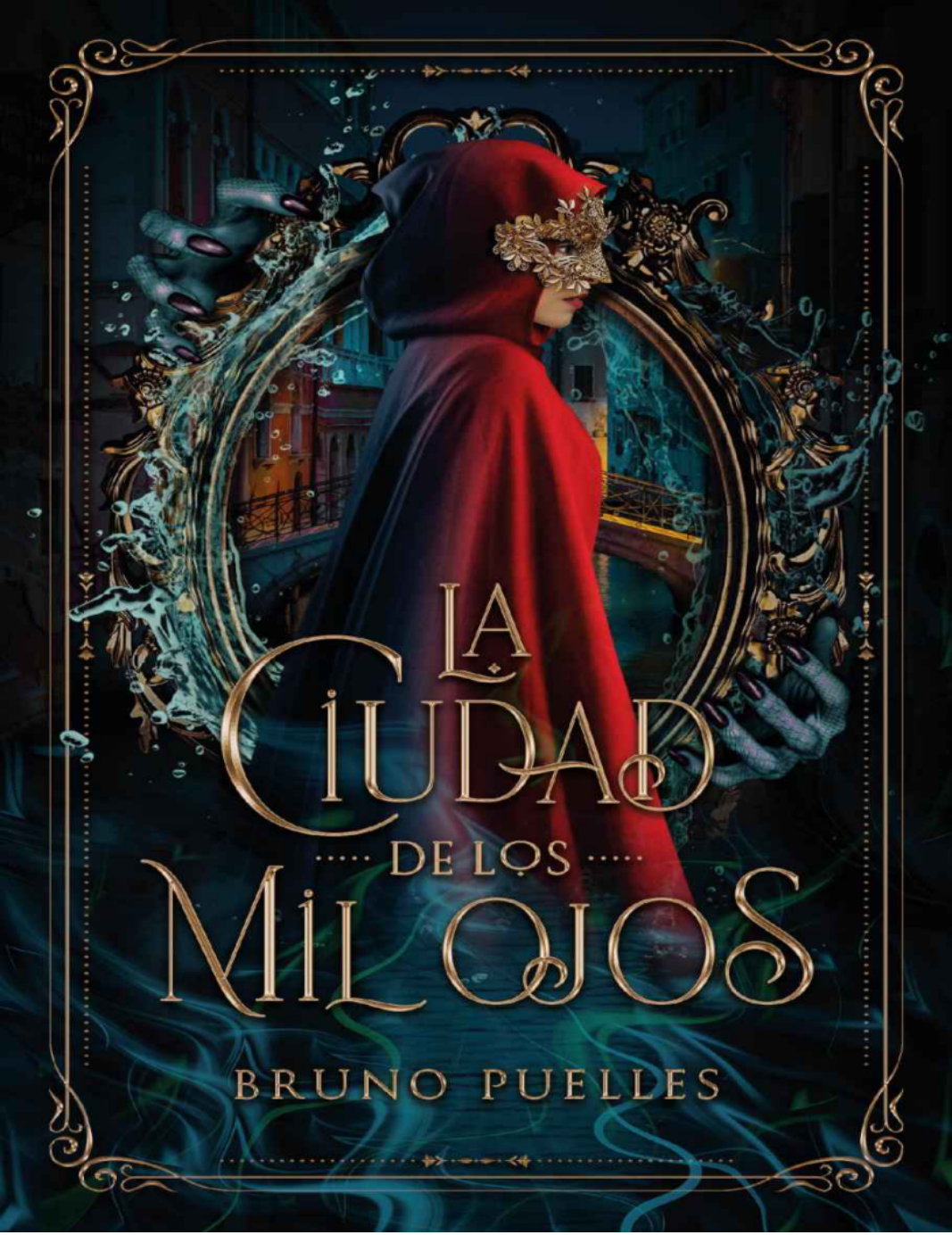
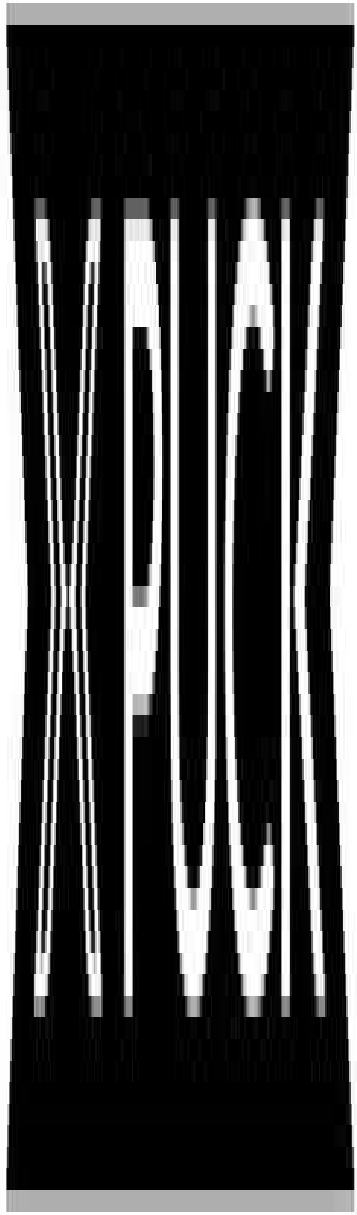

LA
CIUDAD
DE LOS
MIL OJOS
BRUNO PUELLES

LA CIUDAD DE LOS MIL OJOS

BRUNO PUELLES



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: noviembre 2022

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2022 by Bruno Puelless
All Rights Reserved
Mapa e ilustraciónes de interior © Joel Turina
© 2022 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19251-92-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Antonio,
porque Venecia era
su lugar favorito,
y para Kica,
que sabe que a esa ciudad
se acaba volviendo.

Serena
1
Marzenego
Scepulo
2

Walk with me through a falling Kingdom
Walk with me where the ashes rain
We'll make our peace, set it free
Heaven drowns beneath the sea
You and I are gonna rule this twisted broken world.

VISION VISION

Todas las ciudades marítimas temen la tempestad, excepto la Serena, aunque respire agua por los cuatro costados. Se alzó sobre islas y pilotes de madera en una gran laguna abierta al mar, sus calles son ríos; su cielo, sobre el océano de tejados, huele a sal.

La tempestad de la Serena son los demonios que viven bajo las olas.

Sus habitantes, que fundaron la ciudad para huir de la guerra en Tierrafirme, les dedicaban plegarias para que no se llevasen los barcos, no ahogasen a sus niños, no sacudiesen su hogar con tormentas. Y aunque los demonios no siempre atendían a los ruegos humanos, la Serena se convirtió en una ciudad próspera, un enclave influyente, en la que reinaba la paz tras la barrera natural de las marismas.

Los imperios de Tierrafirme la ambicionaban y los espías de la Serena volvieron a la ciudad con el sombrío presagio de una invasión. Ante el ataque inminente, las seis familias nobles que gobernaban la ciudad zarparon hacia las aguas profundas de la laguna, donde hicieron un pacto con los demonios: la Serena estaría consagrada para siempre al mar. Ellos accedieron a proteger la ciudad de la invasión y, a cambio, saldrían del agua diez días al año para acudir a las fiestas que se darían en su honor.

Sellaron fronteras invisibles en torno a la ciudad, que quedó aislada del mundo. La leyenda cuenta que parte de la poderosa magia de las criaturas quedó atrapada en seis tesoros en posesión de las seis nobles familias serenas. Los demonios no los reclamaron.

Ningún ejército invasor pudo llegar a la Serena. El tiempo no pasa por ella. Sus habitantes nacen y viven y mueren, los demonios acuáticos emergen una vez al año de los canales, las campanas de la torre siguen sonando. Una niebla fría y perezosa rodea la ciudad perennemente y desdibuja el horizonte.

Todas las ciudades marítimas temen la tempestad, pero la Serena hace dos siglos que no vive ninguna y ha olvidado el peligro.

Baile De Invierno

1

El corazón de la serena

La tormenta comenzó una tarde soleada de invierno, en la que un pájaro con el ala ensangrentada yacía a los pies de la Escalinata de los Gigantes, bajo la mirada severa de la estatua de Neptuno. Había ido a morir allí. Era un vencejo común, y estaba fuera de lugar entre los escalones de piedra blanca y los impresionantes arcos que conducían a la entrada del Palacio Ducal. Había llegado a la Serena demasiado pronto, el primer día de carnaval, y se consumía, hambriento y dolorido, recordando tal vez el calor de otras tierras.

Meses después, tras la destrucción de todo cuanto conocía y con el poder de la ciudad en las manos, Baldizere Abacqua se acordaría de aquel pajarito.

Él fue el único de la comitiva de nobles que se fijó en el animal. No es que Baldizere acostumbrase a mirar hacia abajo, pero en aquella ocasión precedía a su hermana pequeña, Fiordelise, a la caza de cualquier detalle desafortunado. Necesitaba que el día transcurriese sin disgustos, porque Fiordelise rara vez acudía a las reuniones del Gran Consejo. Baldizere confiaba en que, si la experiencia le era grata, se animase a hacerlo con más frecuencia, lo cual lo eximiría a él de comparecer en el futuro.

El resto de los miembros de las familias más ilustres de la ciudad salieron de la Cámara del Consejo a la galería del primer piso. Descendieron las escaleras mientras conversaban entre ellos, insensibles a la extraordinaria decoración escultórica del patio, a sus pilastras, frisos y óculos, y al ave moribunda que tiritaba en el suelo.

Baldizere la vio a tiempo, antes de que Fiordelise pasase junto a ella. Se adelantó deprisa. Con decisión, empujó al pájaro con el pie para lanzarlo tras una de las columnas. La sangre le manchó el bordado del zapato y dejó un reguero casi imperceptible en el suelo. El animalito tembloroso seguía a la vista, tumbado sobre un costado, con el ala rota alzada en un ángulo extraño. Baldizere lo ignoró, le sonrió a su hermana, que lo alcanzaba, y le ofreció el brazo.

Ella le devolvió la sonrisa. Siguió caminando junto a él. La pequeña tragedia había pasado desapercibida.

—¿Te ha gustado la reunión? —preguntó Baldizere.

—Uy, me ha parecido una delicia. Breve, concisa, con gracia —describió Fiordelise, irónica—. No sé cómo me las he podido perder tantas veces.

Él contuvo la risa. Las reuniones del Gran Consejo eran conocidas por alargarse hasta lo indecible para alcanzar conclusiones a las que se podría haber llegado en unos minutos. Él llevaba años sufriéndolas en soledad entre los rostros serios de sus padres.

—Esta vez ha sido más entretenida que de costumbre.

La imagen del director de la Galería, Vivian Zio, postrado y con los ojos llenos de lágrimas de rabia ante la duquesa conmovía a Baldizere tanto como la agonía del pájaro herido. No entendía la obcecación del hombre al aferrarse a cuatro estatuillas roñosas, que ni siquiera tenía expuestas, y negarse a cedérselas a quienes gobernaban la ciudad. Ni sus protestas ni sus súplicas habían disuadido a la duquesa. Disgustado, el director hacía repiquetear el bastón sobre las losas de mármol rojo al cruzar el Arco para salir del Palacio Ducal, a la cabeza de la comitiva de nobles. Tras él avanzaba la duquesa, agarrada del brazo de su hermano, Biasio Bonbiolo, el consejero del distrito de San Teodoro, que había asistido a la reunión completamente borracho y se tambaleaba como si caminase sobre la cubierta de un barco. Los seguían los otros tres consejeros con sus familias.

Baldizere alzó el rostro al atravesar con su hermana la Puerta de los Escribanos, buscando los felinos alados en la fachada. Le devolvieron la mirada cuatro de las quimeras de piedra que guardaban la ciudad de los malos espíritus, los mil ojos vigilantes de la Serena. En ese mismo momento, como si las estatuas tomasen como voz su tañido vibrante, las campanas marcaron el fin de la jornada. La luz

irrumpía desde el Gran Canal y bañaba las crestas de las olas, la fachada del palacio, la cúpula de la Basílica y, al otro lado del río Batario, las copas de los árboles del Jardín. El conjunto era espléndido. El sol parecía pertenecer al agua, a las losas de piedra blanca y a los ojos de Baldizere.

El corazón de la Serena era un lugar transitado. Ante las dos pequeñas iglesias y la Basílica, la gente iba y venía, deteniéndose solo ante el puesto ambulante de los vendedores de vino bajo la sombra del campanario. Los nobles caminaban con parsimonia tras Vivian Zio.

—No son los tesoros de verdad, ¿no? —murmuró Fiordelise al oído de su hermano—. ¿Será que el material del que están hechas las estatuillas es muy valioso? Son grandes, creo, y no debe ser fácil encontrar gemas o lo que sea de ese tamaño. Lo que no entiendo es por qué no las tiene expuestas…

Baldizere asentía, emitía murmullos de avenencia y atendía, al mismo tiempo, a las conversaciones que otras personas mantenían a su alrededor. A un lado, casi al margen de la multitud, su madre, Moderata Abacqua, adecuaba su paso al del anciano señor Vianello. Ella era como la niebla luminosa que inundaba la laguna y atrapaba por sorpresa a los pescadores; él, recto y firme como uno de los pilotes que sostenían la ciudad. Hablaban en un murmullo, para que sus palabras no llegasen a oídos de la duquesa.

—Su único hijo —decía la señora Abacqua—, y tan joven. La duquesa no ha adelantado nada, pero uno de los médicos que lo atienden es amigo de mi marido…

—¿Cuánto tiempo le queda?

—No es seguro… unos meses.

El señor Vianello sacudió la cabeza, incapaz de expresar el pesar que sentía por el Serenísimo Príncipe.

—Señora, su hija estará desolada.

—Por supuesto. —Ninguno de los dos se volvió hacia Fiordelise—. Hemos aguardado mucho y es una gran decepción que la boda no se vaya a celebrar. Los dos se adoran desde que el príncipe nació, sus destinos siempre han estado unidos.

—Es una pérdida que todos lamentaremos. Especialmente la duquesa, claro está. —El señor Vianello volvió a sacudir la cabeza—. Para mí es una gran tranquilidad saber que mi Zorzi está preparado

para sucederme. Espero que pase cuanto antes, no seré de los que llevan el cargo hasta la tumba. Son muchos años ya, y estoy cansado.

—Es comprensible. Su hijo es un orgullo para todos —comentó la señora Abacqua, complaciente.

—También Baldizere será un digno consejero. Es una suerte que ambos se entiendan bien. Nuestras familias siempre han tenido buena relación. —La señora Abacqua asintió. Sus pensamientos habían tomado otra dirección. Intuyéndolo, el señor Vianello añadió—: Me preocupa lo que sucederá con la familia Bonbiolo si el príncipe nos faltase. —Su tono de voz era casi inaudible para Baldizere—. La duquesa no tendrá ya más hijos.

—Su hermano aún podría tenerlos.

—Biasio es también mayor —objetó el señor Vianello.

Bajaron todavía más la voz, para fastidio de la única persona que los espiaba.

Baldizere sonrió a su hermana, distraído. Al otro lado, la consejera del distrito de Olivolo, Margherite Sartori, regañaba a su hermana menor, Marte, que apretaba los dientes y fruncía el ceño en una mueca horrible. Todo lo que había hecho aquel día y cada uno de los anteriores desde el momento en el que nació estaba mal. Llevaba, obligada, un vestido que había tenido que elegir su hermana, porque el que había deseado ponerse ella era poco más que un saco. Caminaba con torpeza vergonzosa sobre las plataformas de los zapatos, acostumbrada como estaba a andar descalza o a calzar botas de pisada cómoda y firme, como las de los pescadores. Se le escapaba el cabello del elaborado peinado, y el broche que se había prendido en el pecho, que había pertenecido a la madre de ambas, no combinaba con el vestido.

Marte, además de patosa, era malhumorada y estaba harta de que la riñesen. Marga era grácil y contenida, y estaba harta de reñir. Las dos chocaban como el oleaje furioso se estrella contra la roca obstinada, pero su discusión resultaba mucho menos interesante para Baldizere que la de los consejeros.

La aristocracia serena paseó por la ribera del Gran Canal hasta detenerse ante el antiguo comercio de harina que se había convertido, hacía muchos años, en uno de los almacenes de la Galería. Vivian Zio en persona abrió las grandes puertas con gruesas rejas ornamentadas y

permaneció junto a ellas mientras los consejeros y sus herederos entraban. En sus ojos se escondía la fría determinación de un tiburón acorralado.

El interior del almacén, lóbrego y polvoriento, olía a humedad, pero el señor Zio, en un pequeño acto de rebeldía, no prendió ninguna vela para hacerlo más acogedor. Baldizere dio un paso atrás para que la luz del sol, que entraba por la puerta, le calentase la nuca. Al lado de Zorzi Vianello, grave y discreto, que solo sabía encontrar grandeza a través de la seriedad, era especialmente consciente de la distinción de su propia presencia, de los delicados bordados en su ropa, de la primorosa curva de su espalda. Su porte solo encontraba rival en el de Marga Sartori, la única de su generación que por la temprana muerte de sus padres ya ostentaba el cargo de consejera y gobernadora de su distrito. Durante muchos años había comparecido en solitario en la mayor parte de los eventos, porque sus hijos aún eran bebés, su marido, Vittorio, se encargaba del negocio familiar y su hermana, Marte, había sido demasiado joven. Marga no necesitaba acompañantes como apoyo. Combinaba una postura sosegada y un aire de sabiduría impropio de su edad. Los rumores decían que sería la próxima en ocupar el Palacio Ducal.

El director de la Galería llamó a dos mozos que a la luz de un farol ordenaban bultos al fondo del almacén. Ambos se acercaron y se arrodillaron ante la duquesa. Ya se habían incorporado cuando Biasio Bonbiolo despertó de su sopor habitual y en una demostración de soberbia los hizo inclinarse de nuevo ante él.

—Traed las estatuillas de los tesoros —ordenó Vivian Zio en tono tenso, obligándose a pronunciar cada palabra.

Los mozos cargaron con un baúl, lo posaron en el suelo y sacaron una por una cuatro estatuillas envueltas en gamuza, que apartaron con mimo para que los presentes pudieran contemplar las obras de arte: una corona que parecía hecha de cuarzo, una llave en la que el turquesa se mezclaba con el blanco como el agua con la espuma, una máscara *bauta* de piedra negra y un cetro de un azul cristalino. Eran réplicas de los tesoros legendarios en los que los demonios habían insuflado su magia, elaboradas por los mejores artistas de la academia. Habían estado expuestas en la Galería hacía décadas y después permanecieron olvidadas en aquel almacén hasta que la duquesa,

recientemente, había determinado regalar cada una de ellas a las familias que poseyeron los tesoros originales.

—Les ruego que las cuiden —musitó Vivian Zio—, son piezas muy valiosas. Su valor histórico para la Serena es incalculable. Fuera del cuidado de expertos se deteriorarán inevitablemente… —Una mirada de la duquesa bastó para interrumpir al director, que hizo una pequeña pausa antes de continuar—, pero se hará como han dictaminado la duquesa y el Consejo.

Permaneció inmóvil en el sitio, con los nudillos de las dos manos blancos sobre el puño del bastón, mientras los nobles salían con las estatuillas al embarcadero más cercano, donde esperaban las góndolas. Baldizere lo observaba con la ceja enarcada. Desde su modesto conocimiento artístico, aquellas obras no le resultaban llamativas por su calidad. No entendía el enfado del director de la Galería.

Los consejeros y la duquesa embarcaron, y Vivian Zio cerró las puertas del almacén. A excepción de Marte, que prefería aprovechar la oportunidad de estar sola en casa, sin Marga ni su marido, los miembros más jóvenes de la nobleza, los que conformarían la siguiente generación de gobernantes, se quedaron en tierra. Estaban cerca de la sala de recreo de la Casa del Agua, uno de sus lugares de reunión favoritos, así que se sentaron alegremente tras las ventanas góticas con vistas al canal y a la isla de San Jorge para beber, charlar y contemplar las máscaras que pasaban. Las celebraciones de los humanos, las saturnalias y el baile de lobos, habían terminado. Esa noche, la Serena se vestiría de gala para el carnaval, la fiesta de los demonios.

—¿Por qué son solo cuatro tesoros? —preguntó Fiordelise—. En la leyenda son seis, porque antiguamente había seis distritos.

—Sí —confirmó Zorzi Vianello, con la certeza plácida de un historiador experto—; los Scarpa gobernaban Gatto, que al desaparecer la familia se anexó a San Teodoro y pasó a ser responsabilidad de los Bonbiolo. Y luego estaban los Corso, de Luprio. Ese distrito es ahora vuestro, Fiordelise, porque forma parte de Marzenego. Los Scarpa y los Corso traicionaron a la ciudad y la abandonaron, algunos dicen que llevándose todos los tesoros.

Baldizere ahogó un gemido de impaciencia. Fiordelise,

conciliadora, colocó una mano sobre la de su hermano. También a ella le costaba no poner los ojos en blanco ante Zorzi cuando se hacía evidente lo mucho que le complacía oír su propia voz.

—Ya lo sé —respondió con ligereza—, gracias por la explicación, pero lo que digo es que eran seis tesoros y, sin embargo, solo hemos visto cuatro esculturas.

A Zorzi no le molestó su descaro. Sonrió por encima de su copa.

—… Y no solo traicionaron a la ciudad, si me permitís la puntualización —continuó Zorzi, como si ella le hubiese animado a seguir hablando—: Helena Corso traicionó a la duquesa de aquella época, Andriana Abacqua. Intentó boicotear el pacto con los demonios y vuestra familia sufrió las consecuencias.

—Nada de eso es lo que Fiordelise ha preguntado —intervino Marga—. Eran seis tesoros, querida. Imagino que el paradero de los dos restantes se ignora desde hace siglos, igual que el de los otros cuatro. En el momento de hacer las réplicas, seguramente encontraron menos interesante esculpir aquellas correspondientes a tesoros de las familias extintas.

—Aunque quizá sí las hicieron y las tiene Vivian Zio escondidas en un sótano —bromeó Baldizere—. Esta noche se abrazará a ellas llorando.

Todos rieron, aunque Marga y Zorzi tuvieran la decencia de fingirse un poco escandalizados.

—Reírte así de ese pobre hombre… —censuró Marga—. No tienes vergüenza.

Baldizere agitó la mano, como si se resistiese por modestia a un cumplido.

La calle se llenó de luces al caer la tarde. Los jóvenes señores salieron para embarcar en las góndolas que los llevarían a casa. Tenían aún unas horas para cenar, vestirse y acudir a la gran fiesta de inauguración del carnaval. No habían mencionado el tema, porque la mayor parte del tiempo lograban ignorar el peso de la responsabilidad con la que cargaban desde niños, pero todos sabían que la primera noche era la más importante de todas, y que la seguridad de la Serena dependía de que los invitados quedasen satisfechos.

Al llegar la oscuridad, los palacios se vistieron de gala con luces prendidas en la fachada, en la puerta, en los salones que se veían a través de los amplios ventanales. La música de baile se oía, lejana, a ambos lados del Gran Canal.

En un embarcadero oscuro y silencioso, de madera resbaladiza, comida por la podredumbre y la humedad, Mirlo Yavuz asistía al espectáculo de las embarcaciones que llevaban a los asistentes humanos a las fiestas. Los gondoleros se hacían a un lado, se amarraban a los postes junto a la puerta principal y trataban de pasar inadvertidos. Contenían el aliento para no llamar la atención de aquellos que vendrían cuando se abriesen las aguas.

Ya llegaban los primeros invitados.

Una criatura inmensa, alta como una torre, de piel gomosa cubierta de algas, largos colmillos de narval y ojos muertos de pescado salió del canal. Sus pies palmeados dejaron huella en el primer escalón. El sonido del agua que rompía la superficie era aterrador: despertaba recuerdos ancestrales de monstruos marinos y de naufragios.

A aquel demonio le siguió otro. Y otro. Y otro. Algunos se acercaban por tierra, habían salido de los canales pequeños y transitaban las calles de la Serena como si fueran suyas. Las personas se apartaban a su paso para no ser arrolladas o arrojadas al agua por accidente. Si los demonios las miraban, hacían reverencias y permanecían quietas, con los ojos clavados en el suelo, hasta que ellos pasasen de largo.

El carnaval había comenzado.

Mirlo contemplaba la llegada de los demonios y pensaba en lanzarse al agua. Estaba seguro de que si chapoteaba lo suficiente llamaría la atención de las criaturas y ellas acabarían con su vida. Sin saberlo, pondrían fin al duelo por la muerte de su madre, que tanto había deseado tener un hijo y que había perdido cinco bebés antes de tener a Mirlo; su madre, tan mayor, que envejeció junto a él y que lo dejó más solo de lo que Mirlo había imaginado que se pudiese estar. Su madre, que fue sirvienta hasta que sus manos lo permitieron; cuando los Vianello la despidieron, el trabajo de Mirlo en el muelle no valía lo que costaba el alquiler. El frío y la dureza de la calle habían adelantado la muerte de la señora Yavuz.

A Mirlo no le quedaba nada, solo la vista de la Serena luminosa en la noche, al otro lado del Gran Canal, y aquello fue lo único que lo detuvo.

La Serena, el lugar en el que había nacido y al que nunca había pertenecido, porque sus padres descendían de los extranjeros que se habían quedado atrapados en la ciudad cuando se sellaron las fronteras.

La Serena con sus bailes, su hambre, su niebla y sus demonios.

La belleza que le impedía saltar al agua. Una ciudad que lo deslumbraba. Un amor inexplicable.

La luna comenzó su andadura por el cielo. Mirlo estaba a punto de levantarse, obligado por el frío, cuando unas risotadas a su espalda lo sobresaltaron. Un grupo de borrachos enmascarados se acercaba. También había fiestas en aquella orilla. Él se encogió, dándoles la espalda, procurando no llamar la atención. No sirvió de nada. Los cinco caballeros enmascarados se detuvieron tras él.

—Eh —lo llamaron—. Eh. —Y comentaron entre ellos—: Es un imperial.

Pese a que fueran los demonios quienes bloqueaban el acceso a la Serena y fueran los aristócratas quienes se lo hubiesen pedido tiempo atrás, a ojos de muchos habitantes de la ciudad, los imperios invasores cargaban con la culpa de su aislamiento. Siglos después, los descendientes de aquellos extranjeros eran sus únicos representantes en la laguna.

—Eh —gritaron los caballeros—. Eh. ¿Tú no vas a ninguna fiesta, imperial? ¿No honras a los demonios? —Las voces eran cada vez más altas—. ¿No quieres… no haces…? —Su discurso era incoherente, solo tenían claro el odio que los movía—. ¿No respondes?

Mirlo había traído un farol, porque la ley ordenaba que todo aquel que estuviera en la calle de noche portase una luz. Hacía un rato que se le había apagado y no se atrevió a encenderlo ni a alzarlo. Se puso en pie para marcharse sin él.

Los caballeros no se lo permitieron. Lo empujaron de vuelta al embarcadero, haciéndolo resbalar sobre la madera húmeda, riéndose bajo las máscaras blancas, inexpresivas. El golpe del cuerpo contra el suelo abrió la veda. Ellos eran cinco y lo zarandearon sin dificultad. Inútilmente, Mirlo intentó defenderse de los palos que le propinaban

con sus bastones y de la punta de las botas que le clavaban entre las costillas. Se oyó el desagradable chasquido de los huesos al quebrarse. La sangre manchó el embarcadero, invisible en la oscuridad, negro sobre negro.

Entonces, hubo un movimiento en el agua. La madera crujió bajo el peso de un demonio que abandonaba el canal. Los hombres, espantados, soltaron a Mirlo en el acto y se inclinaron, pero la criatura no se detuvo. Aprovechando su indiferencia, los caballeros huyeron.

Mirlo quedó en el suelo, incapaz de moverse. Tenía rotas más de una costilla y la pierna izquierda. La sangre que manaba de una brecha en su frente le enturbiaba la vista. El terror ante la cercanía del demonio lo tenía amordazado.

La criatura pasó sobre él sin verlo ni rozarlo, una pisada a un lado del torso, otra a poca distancia de la cabeza. La cola larga y musculosa, cubierta de escamas, chocaba contra la madera y dejaba un reguero de agua a su paso. El demonio se dirigía a una de las fiestas, sin prestar atención a nada más.

Mirlo se quedó quieto varias horas, temblando de dolor, de frío y de angustia. En el estado en el que se encontraba no podría cargar mercancías y un imperial sin trabajo no viviría mucho tiempo.

Lejos, en los palacios, las máscaras bailaban al ritmo de la música.

2

La Rosa de la Serena

La enfermedad tardó aún diez meses en llevarse al Serenísimo Príncipe. Murió con la llegada del invierno, cuando las noches eran más largas y el viento más frío. La lluvia acompañó el duelo de la duquesa mientras los espíritus embarcaban el féretro infantil en una góndola fúnebre. El entierro tuvo lugar en la Isla de los Muertos; las exequias, al tratarse de un difunto ilustre, en la Basílica.

Los asistentes cruzaban las grandes puertas dobles y presentaban sus respetos a la duquesa y al patriarca de la Basílica antes de tomar asiento. La anciana estaba desolada, hundida sobre sí misma, incapaz de reponerse del dolor que le arrebataba el aire de los pulmones. El patriarca, en cambio, se sentía culpable por lo mucho que le costaba esconder la exaltación. Salvador Bertucci, con el alma rota en pedazos y una sombra que lo acechaba allá a donde fuera, era un hombre que solo se sentía grande cuando hablaba ante un público devoto.

Subió al altar y respiró hondo al contemplar el espacio repleto de personas arrodilladas. Sus oyentes, cautivos, guardaban silencio. Estaban en su poder.

Siglos atrás, cuando la presencia de los demonios se volvió habitual, el pueblo perdió la fe en una institución que se posicionaba contra el carnaval, contra las criaturas, contra la protección que estas ofrecían. La Iglesia Olvidada quedó en posesión de algunos edificios, de cierta influencia en grupos muy pequeños que menguaban día a día y del monopolio de los ritos asociados con el nacimiento, el matrimonio y la muerte. No le quedaba nada más. El patriarca soñaba

con ser una fuente de inspiración, un faro para sus fieles, pero aislado del resto del mundo y de la Iglesia, su voz se perdía en la inmensidad del mar.

Los presentes escucharon las oraciones, las lecturas y los cantos con paciencia. Nadie salió de la Basílica una vez estos concluyeron, porque todo el mundo deseaba intercambiar unas palabras con la duquesa para manifestar su apoyo y demostrar su lealtad. A su alrededor se movía lentamente un remolino de expresiones tristes. La espera de los que aguardaban para acercarse se hacía eterna. Aprovechando la situación, Salvador Bertucci se paseaba entre los asistentes repartiendo bendiciones. Los habitantes de la Serena decían no creer en ellas, pero las agradecían. Algunos incluso le besaban las manos. Él aceptaba las atenciones con algo de resquemor, consciente de que el respeto que merecía solo era recordado cuando la muerte pasaba cerca.

—Señores Abacqua. —Inclinó la cabeza en reconocimiento al detenerse a su lado.

—Su Beatitud —respondieron ellos. Moderata Abacqua, siempre tan amable, agregó—: Sus palabras me han conmovido. Qué afortunados somos de tenerlo como guía en estos momentos oscuros.

Jamás había pisado la Basílica salvo en actos oficiales, al menos desde que Salvador Bertucci podía recordar.

—Me alegra haber ofrecido algún consuelo —respondió él, con modestia—. Su pobre hija… —Lanzó una mirada aprobadora a Fiordelise Abacqua. Aunque no había acudido vestida de viuda, porque no hubiese sido apropiado, la muchacha había tenido el buen gusto de escoger un vestido especialmente sobrio y formal. Al fin y al cabo, había estado destinada a casarse con el Serenísimo Príncipe cuando este fuese lo bastante mayor.

Los señores Abacqua asintieron.

—Tal vez no estuviera escrito que sucediese —aventuró la señora Abacqua.

—Espero que pronto podamos regocijarnos con una ocasión feliz —adelantó el patriarca—. Imagino que el joven Baldizere no tardará en dar el paso. Su prometida tiene una edad perfecta.

Salvador Bertucci sabía, al igual que los señores Abacqua, que el enlace entre Marte Sartori y Baldizere Abacqua debía haberse

formalizado hacía años. Ambos eran lo bastante mayores; de hecho, se acercaban peligrosamente a serlo demasiado. Habían estado prometidos desde el nacimiento de Marte, y el pueblo esperaba con ilusión la boda. Nadie, ni siquiera el patriarca de la Basílica, sabía a ciencia cierta por qué esta aún no había tenido lugar, aunque los rumores surgían como el verdín bajo el agua.

—Mi hijo Baldizere ha tenido desde niño espíritu de gobernador —respondió la señora Abacqua, con humor, aunque un pequeño pliegue en su frente desvelaba que el tema le preocupaba—. Se le da bien mandar y disponer, pero muy mal obedecer.

El patriarca chasqueó ruidosamente la lengua. Lo que la madre decía con dulzura era, en realidad, que Baldizere era indomable y caprichoso. A Salvador Bertucci no le gustaban las personas cuya seguridad arrolladora rayaba la altanería. Fueron su pesadilla en la infancia y, como adulto, le inspiraban terror. Baldizere Abacqua representaba a todos aquellos que en el pasado habían dispensado comentarios despiadados al patriarca, a los que con máscaras puestas llamaban a su puerta a medianoche para asustarlo, a los que de niño le daban golpes si ponía un pie en la calle.

Bertucci ansiaba doblegarlo con la única arma de la que disponía: el peso de las convenciones sociales y la certeza de que de amantes no se podía vivir, y menos cuando se portaban determinados apellidos. Para dar un heredero a su familia, Baldizere Abacqua debía hacer dos cosas con una mujer, y la primera era casarse. Cuando lo hiciera, dejaría de ser un joven descarado para convertirse en un adulto predecible, manejable, cargado de obligaciones. Un ser inofensivo al que Salvador Bertucci no sentiría el reflejo de esquivar por la calle.

Súbitamente incómodo, el patriarca se despidió apresuradamente de Moderata y Bartolomio Abacqua. Aún no se había alejado lo suficiente para no oírlos susurrar:

—Por supuesto que quiere casarlos cuanto antes… ¿De qué sirve ese hombre si no es para vender plegarias, oficiar matrimonios y expiar pecados por unas monedas…?

Salvador Bertucci contuvo el impulso de volverse hacia ellos, de convocar a la sombra para que los hiciera sufrir en su nombre. Debía mantenerse por encima, perdonar los comentarios hirientes y las pequeñas crueldades humanas. Suspiró. Murmuró una oración que

aplacaba su espíritu hecho jirones. Sabía que la consejera y su marido no tenían maldad en el fondo, era normal que reaccionen a la defensiva ante las críticas a su hijo. Los cegaba el amor. Era una flaqueza fácil de disculpar.

Unas semanas después, volvió a coincidir con la familia Abacqua en la cabalgata que comenzaba y terminaba en la iglesia de Santa Maria Formosa. El patriarca acudía cada año con el rostro más avinagrado. Se plantaba ante la entrada del templo en desuso, como si su sola presencia bastase como oposición y protesta a que una festividad más hubiese pasado de religiosa a popular. La gente, sin reparar en él, se aglomeraba en la plaza para ver a los doce jóvenes más hermosos de la ciudad, que participaban en el desfile. Para amargura del patriarca, nadie parecía dedicar un pensamiento a la Virgen.

Aquel año, por cuarta vez consecutiva, Fiordelise Abacqua había sido elegida para encabezar la marcha. Su respuesta a las atenciones del público era casi mecánica. Sonreía, saludaba, tenía la mente en otra parte. A su lado, Marte Sartori estaba muy presente y solo pensaba en encogerse hasta desaparecer. Era consciente de que la habían invitado por compromiso, y la incomodidad era evidente en cada uno de sus gestos, como si fuese un gato embutido en un vestido de muñeca. Hacía lo posible por ignorar la presencia de su hermana y sus sobrinos, que esperaban el comienzo del acto, y fingía no percibir la intensa mirada de Vittorio, el marido de Margherite. Sus ojos se clavaban en ella, en el talle de su vestido, en la curva entre su cuello y su hombro. Marte sudaba pese al aire frío y permitía, con resignación, que una muchacha plebeya le recolocase el velo entre risas. Era Gianeta, una de las cocineras de los Sartori, a quien la festividad había colocado en una posición de igualdad con su señora. Su rostro risueño aturdía a Marte e incendiaba sus mejillas. Su torpeza y tosquedad contrastaban con la gracia de la otra. Antes de empezar la cabalgata, Gianeta también fue colocada en la cabeza. La multitud la aclamaba: la llamaban «la Rosa de la Serena».

El cortejo partió con gran algarabía. La plaza estaba atestada, el público se apoyaba en los pasamanos de los puentes para ver mejor.

Incluso los imperiales habían salido a mirar, aunque todas las jóvenes que desfilaban eran serenas. Los espectadores les lanzaban flores, ellas cantaban al salir de la plaza.

La señora Abacqua se puso en pie antes de que la procesión regresase. Con una mano apoyada en el respaldo del asiento dorado de la góndola y la otra en el brazo que le tendía el gondolero, desembarcó para acercarse a la puerta de la iglesia. Sobre los escalones estaba extendida la pesada tela roja que había arropado el antiguo altar. La señora Abacqua dejó caer una bolsa de oro sobre ella. Un donativo benevolente que financiaría la procesión y la fiesta del año siguiente.

Asintió con aprobación como respuesta al agradecimiento de su gente. Aunque Santa Maria Formosa pertenecía a Olivolo, bajo el mando de Margherite Sartori, la señora Abacqua no descuidaba el afecto del pueblo sereno, fuese del distrito que fuese. Sus hijos, tanto Baldizere como Fiordelise, eran queridos, pero la admiración que se les profesaba se debía casi exclusivamente a su juventud y a su atractivo, y se marchitaría de no estar apuntalada por una lealtad más profunda.

—Baldizere no ha venido —señaló el señor Abacqua, a media voz, cuando ella se reunió de nuevo con él en la góndola.

Su tono contenido no traslucía reproche, pero ella supo entender la observación.

—Me he dado cuenta.

La procesión regresó. Nadie que no conociese bien a Fiordelise podía adivinar el aburrimiento que se escondía tras su sonrisa.

Moderata Abacqua felicitó a su hija cuando esta se acercó a ellos. No hizo ningún comentario respecto a la preocupación con la que cargaba desde hacía meses ya, cada vez que le costaba levantarse del asiento o que le temblaba la mano por las mañanas. Su marido leía sus pensamientos pero, por discreción, no sacaba el tema. Sabía tan bien como ella que su debilidad crecía día tras día, y oía la advertencia de que el tiempo se le acababa tan claramente como si la marcasen las campanas.

Esa misma noche, cuando se retiraron a tomar una copa de vino después de la cena, la señora Abacqua abordó el tema. Estaban tranquilos, en una de las salas de visitas de la entreplanta, rodeados de

fantasmas translúcidos, antepasados a los que aún interesaban los asuntos de la familia. Era el momento de tomar decisiones que encauzasen el futuro de sus hijos.

—Anunciaremos la boda de Baldizere antes de la primavera —decretó—. Y la de Fiordelise debería ser inmediatamente después, si no a la vez.

—La niña debe casarse con alguien de igual rango —señaló Bartolomio. Estaba reclinado en la butaca, con una copa en la mano. Incluso en la postura más distendida, parecía capaz de saltar a la acción en cuestión de segundos, como un tigre viejo que aún podía matar con un solo movimiento—. Tal vez el hijo de Marga Sartori…

—Acaba de hacer dos años —objetó su mujer—. Fiordelise podría ser su madre. Ya con el príncipe se llevaba demasiada edad.

—No hay muchos más candidatos. —Ambos callaron y bebieron, contemplando pensativos un campo de posibilidades que les disgustaban—. Salvo que estés pensando…

Moderata asintió con determinación. No le agradaba la idea, pero era la única opción que tenían no solo para mantener su categoría, sino para ascender. Había logrado contener el desagrado cuando la duquesa, a la muerte de su hijo, había insinuado que Biasio era la alternativa natural, y tras pensarlo detenidamente y no encontrar alternativa posible, sabía que no podría oponerse.

—Al fin y al cabo, Baldizere será el señor de Marzenego. Fiordelise no heredará ningún título, pero sus hijos aún podrían gobernar San Teodoro. La duquesa no tiene herederos. Entre los dos, Baldizere y Fiordelise dominarán la mitad de la Serena.

—Biasio Bonbiolo es mayor, pero no es problema —meditó el señor Abacqua—. Al fin y al cabo, solo hace falta que engendre un hijo, no que viva mucho tiempo más.

—Es un borracho desagradable que hace años que necesita un buen baño. Es mejor que muera pronto —concretó Moderata, con frialdad—. Mejor para nuestra hija. Ser viuda, madre del heredero Bonbiolo y consejera en su nombre hasta que este crezca es lo mejor que le puede pasar.

Los fantasmas no eran los únicos que escuchaban esta conversación. Un piso por encima de ellos, en el amplio rellano de las escaleras, los hermanos Abacqua estaban agazapados tras la gruesa

barandilla de mármol, el puesto que habían ocupado desde niños para espiar las conversaciones de sus padres. Las luces de las calles se colaban por los ventanales y bailaban en las joyas que les adornaban el cabello, las orejas, las muñecas. El rostro de Fiordelise estaba desencajado.

Pronunció a media voz una sola palabra:

—Zere. —Un nombre a medias, que se había vuelto natural en sus labios a base de utilizarlo desde que había aprendido a hablar. Una palabra clave en ese momento, una súplica que nadie más que ella podía pronunciar. Solo Fiordelise lo llamaba así.

En silencio, él le hizo todas las promesas del mundo.

3

El Hospital de los Incurables

En la cara sur de la Serena, el distrito de Scopulo se enfrentaba a la bruma que rodeaba la ciudad. Un paseo amplio, con suelo de piedra grisácea, hacía juego con el horizonte monocromático. De madrugada, unas horas antes del amanecer, no había nadie cerca. El frío y el viento disuadían a los paseantes. En la Punta del Mar, el edificio que había acogido las oficinas de aduanas antes del bloqueo, lo único que se movía era la escultura del tejado, que hacía las funciones de veleta y mostraba la volatilidad de la dirección del viento y de la fortuna.

No demasiado lejos había otra construcción grande y abandonada. Tenía la fachada blanca, de cara al mar, con puertas de doble altura y ventanas enrejadas. Era el antiguo Hospital de los Incurables, que después de un siglo de funcionamiento había cambiado de cometido para convertirse en orfanato. Llevaba un par de décadas vacío, aunque se rumoreaba que aún lo poblaban cientos de niños fantasmales enterrados en el jardín que había en la parte de atrás, entre el edificio y la parcela colindante. Era un lugar asilvestrado en el que incluso los pájaros evitaban cantar. El ruido de la ciudad no transgredía sus muros.

En una de las plantas superiores, dos seres nada fantasmales habitaban una alcoba sin ventanas. Eran ellos quienes habían despojado, a lo largo de los años, al edificio entero de muebles y objetos de valor, para venderlos o intercambiarlos por telas, velas o comida. Habían escogido como hogar aquella estancia porque era la que mejor conservaba el calor, pero aun así, en aquel momento,

Pelegrina Malatesta tiritaba de frío a solas sobre el colchón de paja. No tenía miedo a los espíritus, en parte porque algunos de los rumores los había lanzado precisamente ella para mantener alejados a los curiosos, y en parte porque la idea de vivir entre niños fantasmales había sido lo que la impulsó a entrar con Ventura en el Hospital hacía más de diez años. En aquel momento de su vida, se había sentido más cercana a ellos que a los vivos: eran dos chiquillos abandonados por su padre e invisibles para el resto de los adultos. Valían lo mismo o menos que un fantasma.

Hacía un par de horas que Ventura se había marchado y lo que temía Pelegrina era que hubiese tenido suerte y no volviese más. Imaginaba que su hermano retrasaba el momento de regresar porque había encontrado comida y estaba dando buena cuenta de ella él solo. Que le habían dado trabajo en uno de los barcos que transportaban alimentos desde las islas de cultivo hasta la Serena, podría permitirse residir en un lugar mejor y nunca más volvería a verlo. Que acababa de conocer a una muchacha burguesa con la que se casaría. Que ella aguardaría una semana, un mes, tal vez, que moriría de hambre esperando o que tendría que resignarse y aceptar que también su mellizo la había abandonado.

Odiaba pensar que, si fuese a ella a quien la fortuna sonriese, no se lo pensaría dos veces.

Un sonido familiar le llamó la atención: alguien trepaba por la pared de ladrillo de la casa vecina para saltar el muro del jardín. Pelegrina sintió que volvía a respirar, como si saliera a la superficie tras un largo rato bajo el agua. Escuchó a Ventura subir las escaleras y se puso en pie cuando él entró en la habitación. No podía verlo bien, aún estaba demasiado oscuro, pero no le hacía falta. Se sabía cada uno de sus rasgos de memoria: los ojos grises, los bucles de cabello largo y cobrizo, la piel tostada por el sol, la mandíbula de líneas fuertes, la nariz grande, la fluidez en los movimientos. Eran como dos gotas de agua, Pelegrina y Ventura, Ventura y Pelegrina. Ninguno de sus vecinos los conocía. Se presentaban como madre e hija o pareja de ancianos, o fingían ser la misma persona, ya fuese muchacho o muchacha.

La Serena tenía mil ojos y, para esconderse de ellos, los mellizos Malatesta usaban mil disfraces.

—Pues tenías razón. Acabo de confirmar que los Cassellera en Marzenego han comprado una docena de gallinas ponedoras —informó Ventura—. Las tienen en su propia casa, han mandado construir un gallinero en el jardín.

—Muy audaz por su parte —respondió Pelegrina, pensativa— considerando lo fácil que es saltar ese muro.

Ventura tardó un segundo en contestar, y en su silencio Pelegrina vio las dudas y el miedo. Después, las escondió, como siempre hacía, para estar a la altura, para que ella no lo dejase atrás.

—Han puesto rejas en las ventanas de la primera planta —se obligó a decir con fanfarronería artificial—. Está muy bien para que nadie entre a robar y además sirven estupendamente para trepar por ellas y pasar al jardín.

—Qué amables, si hasta nos han puesto escaleras. Deberíamos pasarnos por allí a estrenarlas. —Pelegrina guardó una de las telas de saco que cubrían el colchón en el bolsillo del manto ajado que llevaba puesto.

—No ir sería hacerles un feo. —Ventura forzó una sonrisa.

Era lo bastante pronto como para que no hubiese nadie despierto aún. Los Malatesta se pusieron en marcha, salieron del Hospital de los Incurables, hicieron un gesto respetuoso de despedida a los fantasmas, saltaron el muro y echaron a correr por la calle. Sus pisadas eran silenciosas como las de los gatos callejeros a la carrera. Los mellizos recorrieron el laberinto de callejuelas, pasadizos y puentes, se colaron por los estrechos huecos entre edificios: era la cara escondida de la Serena, la de los callejones que dan al agua y las paredes descascarilladas de ladrillo mohoso.

Ellos conocían los atajos y llegaron en un abrir y cerrar de ojos al puente levadizo de Rialto, el único que cruzaba el Gran Canal y sobre el cual se había levantado un mercado efímero, dispuesto a ser desmontado en apenas unos minutos si había que alzar la plataforma para permitir el paso a los barcos de mayor tamaño. Algunos tenderos especialmente madrugadores trasteaban en sus puestos, pero ninguno se fijó en los hermanos. Pelegrina, bajo su manto, parecía un hombre joven. Dos muchachos que avanzaban en la oscuridad, con prisa por llegar a alguna parte, no llamaban la atención. No llevaban un farol, por lo que seguramente estuvieran fuera de casa por algún motivo

ilícito: un amorío secreto, una visita a escondidas al casino, nada que alarmase a los viandantes. Cosas de jóvenes.

Nadie adivinaba que bajo la ropa estaban en los huesos, hambrientos y ateridos de frío, y que solo pensaban en atrapar una gallina o dos o tres, y que se las habrían comido crudas si hubiese sido necesario, porque no aguantaban más. Como todos los años, era casi milagroso que siguiesen vivos en invierno. Solo tenían trabajo cuando era época de recolección, en verano, y en cuanto acababa la temporada y se les agotaban los ahorros volvían al punto de partida.

Llegaron a casa de los Cassellera antes de que despuntase el alba. La entrada principal daba a un canal ancho, flanqueado por fachadas cuidadas; la de carga y descarga a uno más estrecho, secundario; y una pequeña puerta de servicio comunicaba con el callejón trasero. El tercer ala del edificio colindaba con el patio. Poco más adelante, en la misma calle, una plaza abierta guardaba un aljibe de uso común. Sobre uno de los arcos por los que se accedía a él, vigilaba una quimera de piedra; al pasar, Ventura se quitó el pañuelo que le abrigaba el cuello y tapó con él los ojos de la estatua.

Pelegrina trepó por el enrejado y saltó al otro lado del muro con agilidad. Ventura se quedó encaramado en la parte superior, preparado para agarrar el saco cuando ella hubiese conseguido meter dentro algunas de las gallinas que dormitaban aún. Pelegrina levantó con cuidado la primera, cuchicheándole palabras tranquilizadoras. La gallina se dejó hacer. Pelegrina no le daba miedo. Lo que sí la hizo aletear muy alterada fue el perro que salió ladrando del patio anexo al jardín.

La joven exclamó un improperio y corrió hacia el muro. Del susto se olvidó soltar la gallina, pero con ella en las manos no podía escalar. Se la lanzó a su hermano, con el saco hecho un burruño. Él lo desplegó hábilmente y metió al ave dentro. Pelegrina aceptó la mano que le tendía Ventura y pisó con fuerza la pared, como si caminase por ella hacia arriba. Perdieron el equilibrio. El aterrizaje al otro lado del muro fue aparatoso y el estruendo, unido al jaleo que estaba montando el perro, hizo salir a uno de los criados de los Cassellera: un cocinero al que habían encontrado despierto, con el delantal puesto y las manos llenas de harina.

—¡Quietos! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Los mellizos echaron a correr. Creían que la gente acomodada no los perseguiría por una gallina, pero se equivocaban. Este hombre se lo tomó como algo personal y los siguió dando gritos por la calle.

—Viejo tragavirotes, ¿se pone así por una gallina? ¿Le tiene cariño? ¿Es su abuela reencarnada? —jadeó Pelegrina.

Tenían que cambiar de dirección cada vez que el agua les impedía el paso. Volaban sobre los puentes. Pelegrina jaló el brazo de su hermano para que no resbalase al pisar la madera mojada.

Los gritos del cocinero atrajeron a la Guardia, que en las horas de calma patrullaba aburrida la Serena en busca de cualquier motivo para entrar en acción. Cuatro hombres armados y un criado manchado de harina daban caza a dos jóvenes y una gallina. Ventura giró hacia la maraña de calles sombrías del interior de la ciudad, pero Pelegrina, ignorando el mandato de la intuición, tiró de él hasta el Gran Canal, donde el sol recién despertado bañaba las aguas.

A algo de distancia, más allá de Rialto, Marcello Bossi surcaba el Gran Canal en una barca de remos cuando en uno de los pequeños muelles, cerca del almacén de cereales, distinguió una figura conocida. Una sonrisa le iluminó el rostro al reconocer al bueno de Toni. Desconocía dónde estaba trabajando, porque hacía meses que sus caminos no se cruzaban, y le alegró encontrarse con él fortuitamente.

—¡Eh! ¡Toni! —gritó Marcello.

—¡Marcello!

—¡Toni!

—¿Cómo vas?

Marcello remó con brío hasta el muelle, enroscó con habilidad un cabo en torno al poste de madera y saltó a tierra firme con la ayuda del brazo que le ofrecía su amigo. Intercambiaron algunas palabras, dándose palmadas en la espalda.

—¿Tienes sed?

—No puedo entretenerme —se lamentó Marcello—, voy a Santa Lucía, a recoger al hijo de mi patrón. Quería saludarte, pero llevo prisa.

Había acompañado a su amigo hasta la puerta del almacén.

—Tanta —exclamó Toni— que la barca se va sin ti.

Echaron a correr hacia el muelle, pero los dos chicos que habían

saltado a la embarcación ya habían deshecho el nudo y navegaban hacia el centro del canal.

La Guardia llegó poco después y dio voces hasta que unos pescadores se acercaron a ellos y les cedieron su bote. Persiguieron a los ladrones, pero estos se habían alejado mucho. Habían salido del Gran Canal y puesto rumbo a la laguna, cada vez más lejos de la Serena. Los guardias no sabían qué pretendían: ¿acercarse a la frontera? ¿Provocar a los demonios? Remaron más rápido hasta, por fin, atrapar el bote. Lo encontraron vacío. Los ladrones habían desembarcado en algún punto y dejado la embarcación abandonada a la deriva.

Hacía un rato que los mellizos habían llegado al Hospital de los Incurables. Con la certeza de estar a salvo, habían soltado a la gallina y se reían mientras proponían nombres para ella.

—Clotilda es muy propio —dijo Ventura.

—Todas las gallinas se llaman Clotilda —refunfuñó su hermana.

Ventura acarició las alas de la gallina, a la que el ajetreo del viaje había desordenado las plumas. Pelegrina lo contemplaba y pensaba que eran el mejor de los equipos. Aunque significase que tendría que compartir con él los huevos de Clotilda, se alegró de que su hermano estuviera aún a su lado y ocultó en la parte más recóndita de su memoria esas noches en las que despierta por el hambre había fantaseado con clavarle un puñal en el cuello con tal de que le tocara más en el almuerzo.

Ambos estaban convencidos de haber esquivado el peligro e ignoraban que al otro lado del Gran Canal, en San Teodoro, la mismísima Capitana de la Guardia, Angela Tirabosco, frente a la barca que sus hombres habían remolcado hasta el embarcadero, pedía explicaciones a un jadeante Marcello Bossi.

—Iba a Santa Lucía —declaró él, mareado por la carrera que había dado por el muelle hasta que el bote de la Guardia lo había recogido —, porque el hijo de mi patrón…

—Sí, muy bien —cortó Tirabosco—, ¿cómo eran los ladrones? ¿Cómo hicieron para quitarle la barca? ¿Eran violentos?

Marcello, apurado, no sabía dónde mirar.

—Muy violentos. Figúrese, para sacarme a mí de la barca, mientras yo estaba haciendo mi trabajo y nada más que eso…

—¿Eran muchos?

—Sí…, no. Eran dos —admitió Marcello—. Dos por lo menos, quizá tres.

La capitana Tirabosco frunció el ceño.

—Oiga, a nosotros la presteza con la que usted estuviera haciendo sus labores ni nos va ni nos viene. No vamos a hablar con su patrón, pero tenemos constancia de varios robos que, pese a no resultar alarmantes en lo que se refiere a la gravedad, sí lo son en cuanto a la cantidad. Una descripción precisa nos sería de mucha ayuda.

Marcello tragó saliva y asintió.

—Eran dos. Jóvenes. Me parece que la que estaba al mando era una mujer. Se cubría la cabeza con la capucha del manto, pero se le bajó cuando ya estaba en la barca… el pelo era rojo, se veía desde la distancia.

—¿Pelirroja en la Serena? No será difícil de localizar —concluyó Tirabosco.

A continuación, lanzó una mirada reprobadora a la nube de curiosos que se había formado a su alrededor. El pueblo de la Serena se caracterizaba por apreciar una buena historia, pero aquello era demasiada insolencia: una dama enmascarada estaba prácticamente junto a Marcello Bossi, quedándose con cada palabra.

—Ya está bien. —La capitana alzó la voz—. La función ha terminado. Vuelvan todos a sus quehaceres. —Y, volviéndose hacia Marcello, añadió—: También usted. A partir de ahora, el asunto queda en nuestras manos.

4

Las celdas del cielo

El dormitorio de Baldizere estaba en la segunda planta del Palacio Abacqua, entre el gran salón distribuidor que compartía con Fiordelise y su pequeño estudio personal. La estancia era grande, con suelo de mármol rojo y un alto techo bordeado por estucos dorados. Las paredes estaban decoradas con espejos y telas claras con adornos en oro. Tres de ellas tenían grandes ventanales que iluminaban la habitación durante el día, vestidos con cortinas oscuras, y a un lado había una gran chimenea. Al otro, la puerta que comunicaba con el salón y, contra la pared, un ancho escritorio de madera lacada y una butaca blanca. La cama presidía el dormitorio con un elaborado cabecero mullido. Frente a ella, en una hermosa zona de estar con un diván de terciopelo amarillo, dos sillones y una mesita iluminada por candelabros, Baldizere se paseaba a grandes zancadas, pensativo, huyendo de los criados de su madre que a cada rato llamaban a la puerta.

—Señor, está lista su ropa para la visita de esta tarde.

—Fuera.

—Disculpe, señor, la señora le recuerda…

Baldizere le lanzó un cojín al primero, que cerró la puerta deprisa. El segundo logró esquivar un libro. El tercero, al que un calzador de plata le acertó en la frente, dio un gemido de dolor y reculó. Baldizere bufó. Durante un buen rato, lo dejaron tranquilo.

—Señor —la criada, Jacomina, se asomó por la puerta, con los hombros encogidos, resignada a llevarse un golpe. Baldizere detuvo la

mano en el aire—, he dicho a la señora que ya ha dispuesto usted el regalo para la señorita Sartori.

—Yo no he hecho tal cosa.

—No, señor —se apresuró a decir ella—, aún está a tiempo si desea hacerlo.

Él escondió una sonrisa. Sabía que si su madre descubría la mentira, la castigaría a ella, sí, pero también él sufriría las consecuencias. Había estado demasiado tiempo postergando la decisión. El regalo era parte de la tradición del compromiso, y aunque casarse con Marte Sartori no era algo que él hubiese decidido por voluntad propia, comprendía que su madre no lo dejaría escapar por el procedimiento de alargar la espera.

Aquella misma tarde había convidado a su prometida a merendar. Iba a tener que verla, quisiera o no. Era solo una batalla, no la guerra.

—Una peineta y un collar de perlas —gruñó. Eran los adornos característicos de las novias. Clásico. Soso. Sin personalidad—. Y un poema. *Blablablá*, el día en que te vi, la encantadora campiña, tus adorables ojos, la dulce agonía de mi corazón, etcétera.

—Sí, señor. ¿Necesita algo más el señor?

—A mi madre le dices que lo he escrito yo. Que he estado toda la mañana con ello. Y que ahora, para aliviar las heridas del amor en mi alma, me voy a dar una vuelta. Volveré para la visita, no hace falta que mande a la Guardia a por mí.

Pasó por delante de la criada para salir al salón. Fiordelise estaba en su dormitorio o tal vez en el entresuelo, en el despacho de su madre. Baldizere se alegró, así no tendría que darle explicaciones a nadie. Bajó la escalera, pasando sin volverse ante los fantasmas desvaídos que lo contemplaban con ojos tristes. Un criado le acercó el manto, otro le abrió la puerta. Embarcó sin necesidad de ayuda, llevaba media vida subido a una góndola. Viajó de pie, con las manos cruzadas tras la espalda, contemplando la orilla del canal, el ir y venir de los barcos, el relieve de los edificios de la Serena contra el cielo. La luz brillaba como cien estrellas en la superficie del agua. Él sentía que su pequeño mundo le pertenecía y que, siendo así, era imposible que alguien pudiera obligarlo a casarse con Marte Sartori, o a su hermana con el aborrecible señor Bonbiolo.

Lo primero, aunque molesto, no era tan terrible como lo segundo.

Marte era para él la irritante amiga de su hermana pequeña, con la que se había criado, y a la que no creía que pudiese ver nunca como una compañera a su altura. Podía casarse con ella, podía incluso engendrar un hijo, y el resto de su vida procuraría no cruzarse con ella por los pasillos del palacio, le regalaría la cortesía debida en los actos oficiales y todo lo más un afecto desapasionado, casi indiferente, el resto del tiempo. Marte Sartori sería uno más de los fastidiosos deberes del heredero de los Abacqua.

Sin embargo, lo que sus padres le pedían a Fiordelise era inaguantable. Baldizere estaba seguro de que podría evitar que se celebrase la boda de su hermana con Biasio Bonbiolo, pero aún no había descubierto cómo.

Por eso iba al Palacio Ducal.

Veneranda Bonbiolo solo residía en él mientras ostentase el título de duquesa. El palacio de la familia, que habitaba Biasio Bonbiolo, estaba al oeste del distrito de San Teodoro. Cuando la duquesa muriese o fuera demasiado mayor para gobernar, habría elecciones y otra persona tomaría el relevo. Era un secreto a voces que probablemente lo haría Marga Sartori, aunque nunca se sabía. Los votos eran impredecibles.

En cualquier caso, el Palacio Ducal solo era la residencia de un noble de forma temporal. Pertenecía a todas las familias, a la Serena entera, y por eso Baldizere Abacqua llevaba toda la vida paseándose por él a voluntad. Había jugado de niño con Fiordelise, Zorzi y las hermanas Sartori en el patio interior del palacio, entre los soportales de mármol. Se había escondido tras los estanques de bronce, se había pelado las rodillas al tropezar con el borde de la Escalera de Oro, había inventado mil historias sobre lo que se escondía tras las puertas azules de la Sala de los Secretos. El Palacio Ducal era un lugar solemne para la mayoría de los habitantes de la Serena, pero no para Baldizere.

Cruzó el Jardín y los huertos del convento de San Zaccaria, atravesó el puente del Batario y alzó la mirada como siempre, hacia el reloj, las quimeras de la Basílica y, finalmente, el *campanile* alto y de ladrillo, con sus seis campanas, las dos que sonaban a diario, las dos que sonaban pocas veces y las dos que era mejor que no sonasen. Entró al Palacio Ducal por la Puerta de los Escribanos, como le

correspondía. Los guardias lo saludaron al pasar, él no se detuvo.

Baldizere Abacqua tenía un lugar predilecto en el que meditar junto a la Sala de la Tortura del Palacio Ducal.

A una seña suya, un miembro del servicio lo acompañó con una lámpara y la llave de los calabozos. Caminó deprisa bajo los arcos de medio punto de la primera planta y se apresuró al interior del edificio, pasando ante las puertas perennemente cerradas de la Sala de los Secretos para bajar las escaleras. A nivel del mar, en el subterráneo del palacio, estaban las antiguas prisiones, los Pozos, húmedas e insalubres. Comunicaban a través de una larga escalera con los seis calabozos para los acusados de delitos políticos, situados en el piso más alto del palacio. Ya no se utilizaban para encerrar a nadie, sino como almacén de recuerdos.

—Déjame solo.

El criado le entregó la llave, dejó la lámpara y se marchó. Nadie controlaba ese acceso, nadie sabía que Baldizere estaba allí.

Los seis calabozos tenían tamaños y formas distintas. Estaban llenos de arcones, pinturas cubiertas por telas y manuscritos. Baldizere conocía de memoria su contenido, pero aun así los abrió, los destapó, los ojeó. Cuando necesitaba pensar, su vista se perdía por las ventanas del corredor hacia el Gran Canal o el río del Palacio Ducal. El lugar era cómodo y luminoso, y él se sentía a gusto sabiendo que no lo molestarían.

Le fascinaban los cuadros que representaban el poder de la Serena y la influencia que en tiempos pasados tuvo sobre otros países, reinos e imperios. La reina del Mar y del Gran Verde. Independiente, segura, admirada. Baldizere se identificaba con ella como si él y la ciudad fueran una misma cosa. Se dio cuenta, con una mano sobre la pared fría y la otra sobre el lienzo cálido, de que a medida que creciera en su papel de heredero los poderes que tratarían de doblegarlo serían más y más poderosos, y que la única forma de escapar de ellos era ser excepcional. Un hombre que llegase hasta lo más alto y después conquistara el territorio más allá. Para volverse irreductible debía ser inesperado. La libertad solo podía comprarla con grandeza.

Con poder, tanto que ni su familia ni el gobierno de la Serena ni duques ni duquesas ni Consejos tuviesen autoridad sobre él. Y eso significaba que debía salirse de los límites de la ciudad. Expandirlos.

Acarició los mapas en los que las fronteras de la Serena solo eran líneas imaginarias. Franqueables.

La duquesa, Veneranda Bonbiolo, era demasiado mayor. Alguien tendría que sucederla pronto.

Los ojos de Baldizere se detuvieron un momento en un cuadro que representaba los cuatro tesoros. Solo cuatro. El cetro, la corona, la máscara, la llave. Se preguntó quién había sido el artista que había hecho las réplicas y si estas eran realmente tales, si eran idénticas a los tesoros originales o una reinterpretación. Se parecían mucho a las del cuadro. En torno a ellos, había una inscripción con letras ornamentadas: «Ningún tesoro llega a tus manos sin buscarlo». Y debajo, con una caligrafía más pequeña: «Fuerza, habla, vida, libertad».

A Salvador Bertucci le habría gustado que Veneranda Bonbiolo en lugar de enviarle una invitación por escrito para visitarla, se dignase a salir del palacio, recorrer los pocos metros que separaban la Puerta de los Escribanos de la entrada de la Basílica y se reuniese con él en el templo, como era lo debido. Pese a todo, no pudo menos que ignorar el desaire y acudir a la cita, con un latido de orgullo en el pecho al anunciar a los guardias del Palacio Ducal que lo había mandado llamar nada menos que la duquesa.

—Su Alteza Serena le está esperando en la Sala del Escudo. Acompáñeme, por favor.

Una ola de satisfacción recorrió al patriarca de la cabeza a los pies. La Sala del Escudo formaba parte de la residencia de la duquesa y esta la utilizaba para conceder audiencias privadas y recibir invitados. Era la primera vez que Salvador Bertucci pisaba aquella estancia.

La duquesa estaba sentada al fondo, junto a los grandes ventanales. El guardia saludó en su dirección con una profunda reverencia antes de retirarse. Bertucci recorrió la sala despacio, consciente del retumbar de sus pasos sobre el suelo; el largo de la habitación abarcaba toda la anchura de esa ala del palacio. En el centro, como un recordatorio glorioso del inmenso mundo que los demonios habían arrebatado a los habitantes de la Serena, dos grandes globos

terráqueos mostraban respectivamente la superficie de la Tierra y la esfera de los cielos. Grandes mapas antiguos decoraban la habitación y reforzaban el recordatorio. Entre ellos, firme y orgulloso, colgaba el escudo de la familia Bonbiolo.

El patriarca se detuvo a unos pasos de la duquesa.

—Su Alteza Serena —saludó con un gesto de respeto.

Tras las fórmulas corteses oportunas, la duquesa lo invitó a sentarse.

—He estado meditando sobre las fiestas de carnaval —manifestó sin rodeos—. Sé que usted tiene claras opiniones al respecto.

La aversión inundó a Bertucci, que tuvo que hacer un esfuerzo por contenerla y que no le saliese a borbotones por la boca.

—Son una locura, Su Alteza Serena —afirmó—. Un acto depravado de adoración a los demonios que nos precipitará al desastre. Hace años que el pueblo de la Serena ha perdido el norte.

La duquesa no parecía especialmente conmovida por sus argumentos, pero tampoco se opuso a ellos.

—Sí, sí. Lógicamente, nos podemos enfrentar a un escándalo ante su prohibición, por lo que es importante que mantengamos nuestra posición con firmeza. La gente se pliega ante la entereza; no creo que me cuestione en demasía si siente que puede confiar en mí. Necesitaré que usted se muestre igualmente férreo en su apoyo.

Salvador Bertucci parpadeó, incrédulo.

—¿Está planteándose prohibir el carnaval?

La duquesa apretó los labios con impaciencia.

—No me lo estoy planteando. Estoy explicándole cómo vamos a hacerlo. Necesito que se vuelque en esto.

Bertucci asintió con emoción. Siempre había tenido la impresión de que la duquesa, igual que la mayor parte de los aristócratas, lo contemplaba con desdén. Sin embargo, tal vez hubiese sido demasiado duro al juzgarla, tal vez hubiese entendido por desprecio una deferencia distante; o quizá la anciana tozuda se hubiese dado cuenta por fin de que lo necesitaba a su lado.

—Si se prohíben las fiestas, los demonios desatarán sobre la ciudad su verdadero ser —advirtió. Los ojos le brillaban solo de pensarlo.

Llevaba mucho tiempo intentando advertir al pueblo del mal que los rodeaba.

—Muy bien —determinó la duquesa—. No hay poder demoníaco al que no podamos enfrentarnos.

El patriarca permitió que su seguridad lo embargase también a él. Por supuesto que la luz vencería a la oscuridad, siempre lo había sabido. Gracias a esa certeza podía convivir tan estrechamente con las sombras.

Baldizere volvió a casa en silencio, sin dar ninguna indicación al gondolero, que sabía a dónde iba. Sin paradas. Llegó antes que Marte Sartori, pero aun así encontró a su madre molesta. Los reproches resbalaron por él sin dejar siquiera un rastro. Antes o después, Moderata Abacqua se rindió y permitió que su hijo subiese a cambiarse de ropa.

Después, los dos se sentaron en el salón de las visitas un largo rato. La criada se asomó varias veces para preguntarles si deseaban tomar una infusión o una copa.

—No lo entiendo. —La señora Abacqua tamborileó con los dedos en el reposabrazos del sillón—. La cita era hoy, no tengo ninguna duda. Hemos enviado el regalo. El poema era mediocre, pero no tanto como para que haya decidido no venir.

—Tal vez tenga tan pocas ganas como yo —sugirió Baldizere.

—Baldizere, ya no eres un niño. —El tono de la señora Abacqua dejó claro que aquella no era una conversación que estuviera dispuesta a volver a tener.

—Solo digo —él intentó ser diplomático— que hay otras mujeres en la Serena.

—Créeme que sé mejor que tú cómo funcionan estas cosas —respondió ella—. Tu única opción, desde que Marga Sartori se casó, es su hermana pequeña. No hay nadie más, Baldizere. No vuelvas a sugerirlo, y menos ante alguien que no sea yo. Son aguas peligrosas.

La advertencia sorprendió a Baldizere. No venía de la impaciencia de una madre, sino del conocimiento de un peligro mayor. Detrás de las palabras de Moderata se intuía una historia de amor, imprudencia y sangre, pero antes de que Baldizere pudiera preguntar por ella, llegó un mensajero. Marga Sartori se disculpaba en nombre de su hermana,

que se había sentido indispuesta en el último momento. Les hacía llegar, en cualquier caso, su agradecimiento por el maravilloso regalo y esperaba que Baldizere aceptase el obsequio que le enviaba en respuesta, con el deseo de que le agradara tanto como a ella el suyo.

—¿Qué habrá pasado? Esa niña, Marte, es terca como una mula. Si es que parecéis hechos el uno para el otro. —La señora Abacqua se paseó por el salón, furiosa. Baldizere calló prudentemente, aunque sin esconder su satisfacción—. Estarás contento. Entre los dos vais a acabar provocando un desastre con vuestras niñerías.

Baldizere abrió el regalo, que venía en una pesada caja de madera. Era una estatuilla, como dictaba la tradición, de piedra blanca con detalles dorados. Representaba una quimera, símbolo del poder en la Serena.

Para su propio asombro, se sintió complacido por el regalo. Estaba seguro de que no lo había elegido Marte.

Los fantasmas del palacio se agruparon para contemplar la estatuilla mientras él subía con ella al primer piso. La puerta del dormitorio de Fiordelise estaba entreabierta, seguramente porque ella, convencida de que su hermano estaría merendando con su prometida, confiaba en encontrarse a solas. Estaba tumbada en la cama. Los hombros le temblaban suavemente. Lloraba. En el suelo, junto a la puerta, había un papel arrugado. Baldizere lo reconoció, porque él también había tenido que escribir algunos: era un epitalamio, un poema intragable, repleto de alabanzas a las virtudes del matrimonio y los valores familiares, que se enviaba para celebrar una unión.

No se atrevió a invadir un momento que parecía íntimo. Sin hacer ruido, se retiró a su dormitorio, donde posó la estatuilla en la mesita. Se derrumbó sobre uno de los sillones y le sostuvo largo rato la mirada a la quimera.

5

Los secretos del Fénix

Cuando tenía dinero y no demasiada hambre, Pelegrina Malatesta iba a la tienda de agua El Árabe. El local, propiedad de un ciudadano de la Serena pero regentado por la misma familia de imperiales desde hacía generaciones, llevaba abierto desde que la Serena había sido la puerta de Europa y la bebida hecha de cardamomo, agua y semillas de *khavé* o, en su defecto, achicoria tostada, era una novedad. El dependiente, el señor Tawfiq, aceptaba la calderilla y siempre, independientemente de cuánto se le hubiese dado, le devolvía un denario. Trataba a Pelegrina con amabilidad, sin motivo aparente y sin esperar nada a cambio. Permitía que se sentase en el interior de la tiendecita, que se apalancase en una de las mesas. Ella aprovechaba el calor para descansar y curiosear la *Gazetta*. Sabía leer muy poco, lo justo para interpretar los titulares. Pasaba casi todo el tiempo examinando las ilustraciones. A veces, si hacía buen tiempo y a otros clientes les apetecía, jugaba al tria en el tablero que habían grabado en una de las losas de piedra de la calle, a pocos pasos de la puerta de la tienda.

Aquel día era lluvioso y oscuro, así que quedaba descartado el tria. Pelegrina se sentó junto a la ventana. Solo había otra mujer en la tienda, al fondo, cerca del mostrador. Bebía despacio, colando la taza bajo la nariz de una máscara larga y siniestra, de médico de la peste, y se sumergía en las páginas de la *Gazetta*. Había llegado antes que Pelegrina y se había apropiado del único ejemplar. El señor Tawfiq estaba metido en la trastienda.

A lo lejos, se oyó el tañido del *maléfico*: la voz del campanario de San Teodoro alcanzaba la ciudad entera. La mujer enmascarada alzó la mirada y Pelegrina apretó los labios con aprensión. Dos de las campanas del *campanile* sonaban para marcar la hora. Dos servían para llamar a los miembros del Consejo o del Senado. La más pequeña, la *caivo*, estaba tan alta que solo las quimeras de piedra, si cobrasen vida, podrían tocarla, y servía para avisar de que la Serena se encontraba en peligro. Hasta donde Pelegrina sabía, no había sonado nunca.

La última campana era el *maléfico*, la campana que anunciaba que se iba a llevar a cabo una pena de muerte.

Pelegrina se esforzó por disimular el escalofrío que le había recorrido la espalda. No sabía el nombre del desgraciado que sería ejecutado ni cuál habría sido su crimen; no hacía falta para que el sonido del *maléfico* le resultase siniestro.

La mujer desconocida, distraída de la *Gazetta*, había clavado los ojos en ella. Pelegrina le devolvió la mirada, un poco molesta. No le gustaba llamar la atención. Con el presentimiento de que la mujer iba a hacer algún comentario sobre el anuncio de muerte, Pelegrina se puso en pie y salió a la calle. No quería oírlo. Fingió comprobar si seguía lloviendo, como si quisiera echar una partida de tria, y vigiló por el rabillo del ojo a la mujer. Había algo fascinante en ella, una presencia que dominaba la habitación en la que se encontraba, una autoridad que podía percibirse en sus movimientos. A Pelegrina le atraía y asustaba al mismo tiempo. Su instinto le advertía a la vez de una oportunidad y de un riesgo.

Pensó en el *maléfico* y en que, como se descuidase, algún día esa campana sonaría por ella y su hermano. Pelegrina quería a Ventura, pero él era blando y suave en un mundo duro y despiadado, y ella hacía muchos años que sospechaba que antes o después tendría que elegir entre un presente precario a su lado o un futuro mejor para sí misma. Juntos eran vulnerables, porque eran más fáciles de reconocer y de atrapar.

Le aterraba la voz interior que le decía, de tanto en tanto, que estaba siendo imprudente por amor. Imaginaba que su padre se había visto en la misma tesitura antes de abandonarlos.

Un movimiento dentro de la tienda cortó el hilo de sus pensamientos. El señor Tawfiq se había colocado tras el mostrador y cobraba a la mujer. Pelegrina entró justo a tiempo para verla salir.

—¿Todo en orden? —preguntó el señor Tawfiq.

—Sí.

—¿Quién era esa mujer?

—¿La mujer? —La pregunta sorprendió a Pelegrina—. No lo sé.

—Ha dejado esto para ti.

Con desconfianza, aceptó la bolsita de tela que él le tendía. Contenía una entrada doble para una obra en el Teatro Fénix. Se la guardó en el bolsillo sin entender nada.

No se atrevió a volver al Hospital de los Incurables por si ella la estaba siguiendo. En lugar de eso, dio un inmenso rodeo, callejeó, se perdió; hasta que, horas después, consideró que era seguro regresar al refugio. En él, Ventura la esperaba preocupado.

—¿Dónde estabas?

—¿Y a ti qué más te da, bobalicón? —Pelegrina no lo miró, inmersa en sus cavilaciones respecto a la mujer enmascarada, al *maléfico*, a sus planes de marcharse y dejar atrás a su hermano.

Se deshizo de la ropa sudada tras el largo paseo. Tenía una blusa larga y seca colgando de una de las vigas de madera del techo. Antes de ponérsela, se detuvo un segundo a examinar un lunar gris, casi color plata, que le había salido en el dedo índice de la mano con la que había sacado la entrada de la bolsita. Lo frotó con el pulgar, pero no logró borrarlo. Se puso la blusa antes de despertar la curiosidad de su hermano y se volvió hacia él.

—Me ha pasado algo extraño. —Le mostró la entrada—. Una desconocida la dejó para mí en la tienda de agua de Tawfiq.

—¿Para ti? Habrá sido un error.

Aunque aquello fuese extraño y oliese a peligro, Pelegrina estaba intrigada y decidida a ir, y Ventura, incapaz de disuadirla, se empeñó en acompañarla. Su hermana se debatió como un gato enfurecido, pero él aguantó los arañazos sin recular. No iba a quedarse atrás, preocupado en el Hospital, mientras ella se metía en la boca del lobo.

Conocían el Teatro Fénix solo por fuera. Era un edificio imponente

de piedra blanca, con una ancha escalinata en la parte trasera, que comunicaba con una pequeña plazoleta, y otra en la fachada principal. Esta daba al canal, por lo que los mellizos se vieron obligados a invertir el último denario que guardaba Pelegrina en la bota para pagar un bote sencillo que los acercó a la puerta. Llevaban ropajes prestados que una aprendiz de modista les había dado a cambio de la promesa de una docena de huevos de Clotilda. Su especialidad eran las faldas destartaladas y los trajes viejos a partir de retales; nunca estaban a la última moda, pero daban el pego.

La falda de Pelegrina era larga, ligera y de mucho vuelo; parecía querer flotar con cada paso. El corpiño era de terciopelo rojo, con una faja del mismo color en la cintura. Los guantes estaban decorados con una filigrana dorada. Llevaba puesta una máscara *volto* ovalada que le cubría toda la cara. Los labios estaban pintados de negro y un diamante rojo tapaba uno de los ojos. El vestido de Ventura era más clásico, de color crema, pesado, lleno de bordados anaranjados y con una máscara a juego. El cuello de la prenda se mantenía en vertical hasta la altura de sus mejillas, enmarcándole la cabeza y escondiendo la nuca. De él colgaba una capa suave. Los dos se habían recogido el cabello en un aparatoso nido de mechones, plumas y flores.

Enlazaron los brazos al cruzar las elegantes puertas del teatro.

Al atravesar el foyer, Ventura se detuvo a contemplar los frescos, impresionado por las grandes columnas, las lámparas de araña de cristal, el ambiente elegante y refinado. Le cautivaba un mundo al que jamás iba a pertenecer. A Pelegrina, en cambio, le desagradó la imagen, consciente de que estaría siempre fuera de lugar en ella. Tiró del brazo de su hermano hacia la sala de butacas, con sus asientos tapizados en un caro tono rojizo, un telón de terciopelo verde con estrellas de piel dorada y un ave fénix grabado sobre el escenario. Sobre sus cabezas, la lámpara con infinidad de velas encendidas iluminaba el trampantojo del techo, que hacía creer a primera vista que la sala estaba abierta a un cielo despejado. Los espectadores, con sus vestidos y sus joyas, se paseaban entre las butacas. La percusión de los tacones y el runrún de los abanicos dominaba el lugar mientras los músicos en el foso de la orquesta aún no habían terminado de afinar sus instrumentos.

Pelegrina tendió las entradas a un acomodador.

—Están en un palco. Síganme si son tan amables, señoritas.

El hombre los guio escaleras arriba hasta un pasillo lleno de puertas de madera. Abrió una de ellas, los invitó a pasar.

—Muchas gracias. Buenas tardes. —Ventura se acomodó en una de las sillas.

En el palco cabían varias personas, pero estaban solos. Las paredes eran de un aburrido color amarillo claro que parecía querer imitar la luz de la lámpara. Pelegrina se inclinó sobre la barandilla. Tenía una vista perfecta sobre el escenario.

—¿Por qué nos habrán traído al reino de los cretinos pisaverdes? —susurró, incómoda y enfadada.

—Si hace falta, no parece difícil escapar por los palcos vecinos —respondió Ventura.

Sonó una campanilla que avisaba a los presentes del inicio de la función. El público tomó asiento. Los murmullos se apagaron. Empezó a tocar la orquesta. Para su sorpresa, Pelegrina empezó a pasárselo bien. Durante un rato, permitió que la ficción tomase presa la realidad y que todo a su alrededor, excepto la historia que se desenvolvía sobre el escenario, desapareciese. Casi no se dio cuenta de que la puerta del palco se abría a su espalda.

Entraron dos personas. Un hombre y una mujer, ambos enmascarados. Él con una máscara *bauta* blanca, cuadrada y clásica; ella, con la del médico de la peste. Ambos llevaban capas negras que cubrían sus ropas y, pese a su discreción, formaban parte del ambiente teatral con mucha más naturalidad que los mellizos. Entre el disfraz y la penumbra, a Pelegrina le hubiese resultado imposible reconocerlos fuera del palco.

Indiferentes a la tensión de los dos hermanos, los desconocidos se sentaron tras ellos. Pelegrina se volvió, pero la mujer le hizo un gesto para que siguiese atenta al escenario.

El hombre se inclinó para hablarles al oído.

—Esperaba a una sola persona.

—A mí —masculló Pelegrina—, pero si no querían que trajese a mi socia, no me hubieran dado una entrada doble.

La mujer contuvo la risa.

—Era la que llevaba en el bolsillo. —Se volvió hacia su compañero un instante—. Esto no cambia nada.

Pelegrina tuvo la inquietante sensación de que ella no se había sorprendido por la presencia de Ventura; y, sin embargo, era imposible que supiese de su existencia.

—¿Qué sabe de nosotras? —preguntó entre dientes.

—He oído que tienes pericia como ladrona, Pelegrina Malatesta —murmuró la mujer con una dicción clara y punzante—. Que eres capaz de colarte en palacios y salir sin que nadie se dé cuenta.

Pelegrina miró de reojo a su hermano. Él no se movió, dejó que ella respondiese.

—Podría ser. ¿Quién es usted?

—Eso no importa. Tengo un encargo para ti, para las dos, si así lo queréis. La recompensa son diez ducados.

Ventura contuvo una exclamación. Ni él ni su hermana habían visto nunca más de cinco ducados en mano de nadie.

—Veinte —dijo Pelegrina aun así.

—Quince —zanjó la mujer.

La posesión que quería que robasen debía ser muy valiosa. Pelegrina calculó si el interés era tal que le permitiese pedir más dinero. Decidió no arriesgarse.

—¿De qué se trata?

El hombre les tendió un papel de dibujo enrollado. Pelegrina lo desplegó. Mostraba la imagen de una llave de color turquesa y blanco. Parecía una obra de arte, aunque sin terminar: no tenía adornos ni detalles.

—Está hecha de la gema de Teofrasto, *lyngurion* —explicó él con voz grave—. Sabréis que es la auténtica porque tiene la propiedad de atraer la ceniza. —A continuación, entregó a Ventura una pesada bolsa de tela—. Aquí hay una réplica. Nadie notará la diferencia.

El bulto dentro de la bolsa era más grande de lo que Pelegrina esperaba. La llave tenía el tamaño de su antebrazo.

—La que nos interesa está en el Palacio Vianello —añadió la mujer.

—¿Quieren que entremos en el palacio de un consejero de la duquesa?

—La recompensa es alta. —El recordatorio surtió efecto. Los mellizos compartieron una mirada, una pregunta, una respuesta igualmente silenciosa.

—Está bien. ¿Cómo les entregamos la llave?

—En la taquilla del teatro, pregunta por una reserva a tu nombre. Os darán las indicaciones necesarias. —La mujer se puso en pie para marcharse. El hombre la imitó, pero ella, tras un instante de duda, se detuvo para agregar—: No tardéis.

Pelegrina asintió. Ellos abrieron la puerta y se perdieron en la oscuridad del pasillo. Los mellizos Malatesta callaron, con los ojos fijos en el escenario, aunque no estaban viendo nada. Ventura alargó la mano y tomó la de su hermana. Ninguno de los dos se dio cuenta de que terminaba el primer acto, y fueron los últimos en empezar a aplaudir.

Poco antes de medianoche, Pelegrina contemplaba dormir a su hermano. Se alegraba de no haber compartido con él sus temores respecto a la mujer enmascarada, que había resultado ser un cliente en vez de una amenaza. Paseó la mirada por la habitación hasta detenerla en la llave de piedra que reposaba en el suelo, con la bolsa de tela a modo de almohadón.

Quince ducados le garantizarían cierta seguridad durante algún tiempo, sin necesidad de vender su libertad o abandonar a Ventura.

Escondió el miedo tras aquella sensación de seguridad y se obligó a cerrar los ojos. Aquella noche, todas las sombras parecían más largas.

6

El Casino de las Damas

El salón de baile y las salas apolíneas estaban en el segundo piso del Teatro Fénix. Por las tardes, antes y después de las funciones, pertenecían al público, que las ocupaba para beber y comentar la obra. Por las mañanas, mientras la compañía ensayaba en el escenario, eran el reino de Fiordelise Abacqua y Marte Sartori.

Como miembros de dos casas nobles de la Serena, ambas habían recibido lecciones de música y canto desde pequeñas, pero cuando Fiordelise descubrió el ballet en una visita al teatro, se dio cuenta de que esas clases no le bastaban. Insistió hasta que sus padres accedieron a organizar sesiones en las que la directora del teatro, la señora Zambeloto, cuya hermana mayor estaba emparentada con los Vianello, enseñaría a Fiordelise y a su amiga las habilidades específicas del teatro, el ballet y la ópera. Los señores Abacqua habían confiado, tal vez, en que esta fuese una de las fugaces obsesiones de la infancia. Se equivocaron. Una vez Fiordelise puso un pie en aquella orilla, que nada tenía que ver con la vida pulcra y cortés de los salones, no quiso dar vuelta atrás. Hizo suyo el mundo del teatro, volátil, engañoso y mágico, de la única forma en la que es posible: no por nacimiento, sino por conquista.

Hacía años que no se perdía una función de la temporada, ni en el Teatro Fénix ni en ningún otro de la Serena. Los artistas se alegraban de tenerla entre el público, porque siempre rechazaba las invitaciones y pagaba religiosamente su entrada, y además su presencia atraía a otros nobles.

En cambio, la compañía residente del Teatro Fénix, de la que Fiordelise y Marte formaban parte de forma excepcional como pupilas de la directora, no había dejado de verlas como forasteras. Fiordelise sabía que las actrices se referían a ellas como «señoritingas» y que nunca dejarían de considerarlas aficionadas. No le importaba. Cuando estaba entre las cortinas del escenario, era feliz fuese bienvenida o no.

Las dos amigas buscaban cualquier excusa para pasar el mayor tiempo posible en el Teatro Fénix, Fiordelise en busca de un respiro de ser la hija pequeña de los Abacqua y Marte por la oportunidad de convertirse en cualquier otra persona. A veces asistían como invitadas a ensayos de piezas en las que no actuaban. Otras, ayudaban en lo que la directora les dijese. En aquella ocasión, se habían reunido con la excusa de trabajar en el vestuario de una futura obra.

La señora Zambeloto era consciente de que nadie veía con buenos ojos que muchachas aristócratas formasen parte del mundo del espectáculo, pero nunca les había vetado el paso. De cuando en cuando, se asomaba por las puertas dobles de la sala, con su vestido de anchas mangas y su peinado imposible, y se bamboleaba hasta el interior para recolocar una butaca o preguntar si deseaban que encendiese la chimenea. Fiordelise se preguntaba si ella también, de joven, había encontrado en el teatro un lugar en el que sus acciones estuvieran impulsadas por la pasión y la creatividad en lugar de las convenciones sociales o las órdenes de sus padres.

—Ni escarlata ni carmesí —objetó la directora, señalando los tonos rojos en el dibujo de Marte—. Esta temporada es imposible encontrar estas telas.

Marte se lamentó en voz alta. Todo el código de colores que había inventado para el vestuario se desmontaba si eliminaban esos tonos.

—Y ese blanco —añadió la señora Zambeloto— cuenta con que se verá amarillo con la luz.

—Está bien —Marte lo corrigió rápidamente—, pero el carmesí lo necesito. Representa el sacrificio de lo pasado en favor de un nuevo comienzo. Mire qué bien queda todo junto, directora.

La señora Zambeloto observó la hilera de dibujos que la muchacha había desplegado sobre la mesa. Emitió un murmullo de aprobación. Era un trabajo meditado y bien hecho.

—Seguro que nosotras podemos encontrar algunas telas —sugirió

Fiordelise—. Hay vestidos viejos que podré persuadir a mis padres de que cedan.

—Conseguid las telas primero y entonces veremos si podemos hacer todo esto. Es un diseño muy bonito, pero tenemos que ser prácticas.

La señora Zambeloto sacudió una mota de polvo imaginaria de un respaldo antes de irse. Marte, con un mohín, recogió los esbozos.

—No te preocupes —la animó Fiordelise—. Anda que no tenemos telas. Entre tú y yo podemos traer una o dos toneladas si nos ponemos.

La imagen del recibidor del teatro ahogado por montones de vestidos color carmesí arrancó una carcajada a su amiga. Fiordelise sonrió satisfecha.

Se oyó tañer a lo lejos la *marangona* del *campanile*, que marcaba el final de la jornada laboral. Marte se encogió de hombros.

—De todos modos, ya es hora de irnos.

—¿Quién es la modelo? —Fiordelise se había quedado mirando el primer dibujo del fajo de papeles—. ¿La conozco?

Marte tardó un instante de más en responder.

—Me la he inventado.

—¿No está basada en nadie? Me suena, pero no termino de…

Dos de las actrices de la compañía irrumpieron en la sala entre risas. Saludaron con la reverencia justa para no ofender a dos muchachas de mayor estatus, pero no interrumpieron la charla. Su conversación se tragó la de Fiordelise y Marte, que callaron para escucharlas.

—… Esta misma noche, porque no soporto más las frustraciones de la vida y necesito una buena dosis de éxito rápido —estaba diciendo una. La otra rio—. ¿Nos vemos allí o no?

—Sí, sí. Aunque si vuelves a venir acompañada, te juro que…

—No, no, sola, qué pesada. Hoy voy solo a gastarme mis dineritos y a salir por esa puerta más rica que la duquesa.

—¿A dónde vais? —preguntó Marte.

Fiordelise quiso esconderse bajo la mesa de la vergüenza, pero a las actrices no pareció molestarles la pregunta.

—Uy, hija, al único sitio en el que se puede respirar tranquila sin tener a más de la mitad de los maridos de la Serena encima —replicó la primera con viveza.

—¿Dónde es eso? —insistió Marte.

Su anhelo por conocer ese lugar milagroso hizo mucha gracia a las otras dos mujeres.

—El Casino de las Damas —respondieron—. ¿No has ido? Pues tú te lo pierdes.

—Ya me gustaría ir, pero no sé dónde está.

—¡Marte! —exclamó Fiordelise, reprobadora, aunque también ella escuchaba con interés.

—No es ningún secreto. Vas al Puente de Barattieri y te metes por el pasaje que hay detrás del pasamanos de metal. Verás los ventanales del salón, cargados de rosas. Es la segunda puerta dentro del pasaje, la de la mirilla. La dueña se llama Chiara, os dejará pasar si no venís con ningún hombre.

—Y según —comentó la otra actriz, burlona—. Algunos amantes sí se cuelan. Los pisos superiores tienen que servir para algo. Abajo se juega y se charla, y arriba…

—Lo han entendido —cortó la primera—. Y deja el tema, ya te he dicho que hoy iré sola…

Abrieron el ventanuco de la pared del fondo. Tenía la cerradura rota y daba al tejado del edificio contiguo, algo más bajo que el teatro, lo cual lo convertía en una vía de entrada y salida perfecta. Las actrices lo utilizaban en secreto para hacer escapadas fugaces a la calle y fumar, pese a que la directora se lo tuviese prohibido por el nefasto efecto del humo en sus voces. Con plena confianza en que las jóvenes jamás las traicionarían, las dos mujeres se marcharon enzarzadas en una discusión fingida. Sin atender a sus bromas, Marte se volvió hacia Fiordelise con ojos anhelantes.

—No —respondió su amiga—. Estás loca, Marte, ¿cómo vamos a ir a ese sitio?

—A nadie le va a importar, ya has oído que solo van mujeres a divertirse. No habrá nadie de nuestras familias… venga, vamos a ver qué es.

—Marte…

Fiordelise se debatió entre la sed de aventuras y la intensa certeza de que aquello podía ser, en el mejor de los casos, reprobable y en el peor, peligroso.

—Cuando suene la *nona* —accedió finalmente—. Cuando termine

de oírse, bajaré. A esa hora ya no hay nadie en la puerta.

Más tarde, después de la cena, Fiordelise permitió que las criadas la bañasen y le pusieran el camisón antes de meterse en la cama. Años atrás, cuando ella y Baldizere se iban a dormir antes que sus padres, habían sido ellos los que bajaban al salón y daban las buenas noches mientras la niñera los esperaba en la puerta. Hacía mucho que no era así. Los señores Abacqua se retiraban al piso superior del palacio, en el que estaban sus dependencias, horas antes de que ellos apagasen las luces. Eran los padres los que hacían un alto al subir las escaleras para dar un beso a sus hijos, como un sutil recordatorio de que nunca dejarían de ser sus pequeños. Primero el señor Abacqua, con el batín ya puesto y sin los anteojos. Siempre que lo veía así, a Fiordelise le parecía muy mayor. Envejecía veinte años al quitarse la máscara de señor y descubrir el rostro de padre. Después Moderata, imparable, aún con la cabeza en los asuntos que hubiese dejado pendientes para el día siguiente. Ambos pasaban por el cuarto de Fiordelise, luego por el de Baldizere y, finalmente, regresaban a las escaleras rumbo al suyo, cerrando la puerta para que los fantasmas del palacio no entrasen en los dormitorios.

Fiordelise esperó a que se desvaneciese el sonido de sus pasos. Después se puso en pie y se vistió de gala.

Era la primera vez que lo hacía sola. No se dio cuenta de lo que significaba para ella hasta que se vio en el espejo. Llevaba el cabello suelto, como una novia, porque no sabía hacerse el recogido. Tenía que admitir que estaba menos guapa que otras veces, pero le daba igual: en su reflejo se veía por primera vez a sí misma. Intrépida, autónoma, temeraria. Capaz de salir sola sin que nadie de su familia supiese a dónde iba. El cosquilleo de la aventura, del que solo había oído hablar en versos, le puso la piel de gallina.

Pensó por un momento que tal vez se estuviera metiendo en un lío. Entonces sonaron las campanadas, no hubo tiempo de meditarlo más y bajó la escalera con los zapatos en la mano, ayudada en la penumbra por el suave resplandor desvaído de los fantasmas. Aún se oía la vibración de la *nona* cuando abrió la puerta. Marte ya estaba en la

embarcación frente a ella, vestida con un traje antiguo que debía haber pertenecido a su difunto padre. Fiordelise había visto a mujeres disfrazadas de hombre sobre el escenario, y siempre había pensado que hacían chicos muy hermosos, pero en aquella ocasión se sorprendió pensando que pocas veces había visto a Marte tan bella. No daba la impresión de haberse puesto un disfraz, sino de habérselo quitado.

—Querida —saludó Marte con una sonrisa. Incluso en la oscuridad le brillaban las pupilas.

El gondolero ofreció el brazo a Fiordelise, que lo aceptó para subir a bordo. Se acomodó junto a su amiga. Ella le tendió una de las dos máscaras *bauta* de mandíbula cuadrada que llevaba en el regazo.

—Hay formas de evadir los mil ojos de la Serena —murmuró.

Fiordelise aceptó la máscara con una sonrisa y contempló el agua negra mientras navegaban despacio, al compás del remo. No había nada visible bajo la superficie. A los demonios no les importaba lo que hicieran dos jóvenes humanas, siempre y cuando no se sumergiesen en el canal. La idea la hizo estremecer.

Aunque llevara toda su vida moviéndose en góndola, tuvo vértigo al desembarcar cuando llegaron al escalón cercano al Puente de Barattieri. El miedo a caer al agua pasó en cuanto plantó los dos pies en la calle.

—¿Las espero, señorita Sartori? —preguntó el gondolero.

—Sí, por favor. —Marte no sabía cuánto tiempo iban a querer quedarse.

Agarradas del brazo, subieron los escalones del puente. Podían ver los ventanales de los que había hablado la actriz: la luz cálida del interior del salón iluminaba la fachada color salmón del edificio, y el eco de las conversaciones y de la música alcanzaba el exterior.

Marte tiró de Fiordelise hasta la puerta. Cruzó con ella una mirada antes de atreverse a llamar.

—¿Sí?

—¿Es usted Chiara? Venimos al casino —dijo Marte—. Somos del teatro.

La puerta se abrió. Una mujer entrada en años, con pelo cano y labios pintados de un rabioso morado, las examinó de pies a cabeza.

—Quitaos las máscaras. —Y cuando ellas obedecieron, comentó—:

Muy jóvenes.

—No tanto —se defendió Fiordelise con voz titubeante.

Ella no dijo nada más, pero se hizo a un lado. Las muchachas aceptaron el ofrecimiento y pronto fueron olvidadas; la mujer, tras cerrar bien la puerta, se volvió a reunir con el resto de sus invitadas.

Desde el recibidor podían ver las tres salas del casino: la que daba al canal parecía un salón en el que en lugar de meriendas se ofrecían alcohol y tartas exuberantes. La siguiente, de mayor tamaño, tenía mesas de juego, butacas a los lados que invitaban a la conversación y un numeroso grupo de damas que se abanicaban, reían y conversaban en ella, alegres como burbujas dentro de una botella de champán. Otra, más pequeña, contenía una única mesa en torno a la cual varias jugadoras con expresión concentrada intercambiaban cartas. Al fondo, unas escaleras a oscuras conducían al primer piso y al sótano.

—Podéis subir si queréis —les dijo una mujer poco mayor que ellas al sorprenderlas mirando—, creo que ahora mismo hay aún habitaciones libres.

Las dos jóvenes se sobresaltaron. La otra se rio con simpatía ante su cara de susto. No hizo ningún comentario: tal vez hacía poco tiempo desde que ella misma se había encontrado por primera vez en medio del casino, sin saber por dónde empezar.

—¿Qué hay abajo? —preguntó Marte cohibida.

—Nada. Abajo está la salida de emergencia. Pero vosotras acabáis de llegar, ¿ya os queréis ir?

—No —respondieron las dos casi al unísono.

—¿Tenéis dinero? ¿Sabéis jugar? —Fiordelise y Marte asintieron y negaron con la cabeza, primero una cosa, luego la otra, a caballo entre la vergüenza y la sinceridad—. Venid conmigo.

Pese a la tutela de su nueva amiga, de la que desconocían el nombre, no tardaron en perder el poco oro que había tenido la previsión de traer Marte. No pasaba nada. Vieron apostar a las demás, lamentaron su mala suerte y celebraron las victorias ajenas. Pronto perdieron la timidez, bebieron tanto que tuvieron que visitar en varias ocasiones el aseo, cada vez más tambaleantes, y dejaron de tener claro cuántas porciones de tarta habían comido.

El ambiente era jovial y acogedor. Combinaba la pesadez y elegancia de tapicerías y cortinas con la frescura de las flores, el

colorido de la comida y la decadencia de las grietas de humedad en la pintura del techo, las baldosas rotas que se adivinan bajo la alfombra, los desconchones en las paredes. El contraste se percibía también en las invitadas. Había mujeres de todo tipo, sencillas, extravagantes, señoronas ricas escondidas tras máscaras, muchachas de menos edad que Fiordelise y ancianas que de día acunaban a sus bisnietos.

—Mira —susurró Marte.

Fiordelise bajó con un movimiento brusco el brazo de su amiga, que señalaba sin pudor a tres mujeres que, en un rincón, abrazadas en una maraña de brazos, se turnaban para besarse. Marte no podía dejar de mirarlas. Fiordelise, incómoda, atrajo a su amiga hacia sí.

Una idea se había instalado en su mente sin avisar.

—¿Por qué no viniste a mi casa el otro día? —preguntó a bocajarro. No se había atrevido a sacar el tema antes, por miedo a desdibujar la delgada línea entre la amistad que la unía con Marte y el hecho de que ella era hermana de su prometido.

El rostro de Marte se ensombreció.

—Discutí con mi hermana. —No quiso dar más detalles, así que calló, y Fiordelise se quedó a su lado, en silencio también, hasta que ella añadió—: Es un horror tener que casarse. Vivir con Vittorio es lo peor que me ha pasado en la vida.

Fiordelise apenas conocía a Vittorio, el marido de Marga Sartori. Le asombró que su amiga lo mencionase, porque él no era su prometido y no tenía nada que ver. Un poco mareada por el sueño y la bebida, intentó reconducir la conversación:

—Baldizere no es horrible. Mi hermano…

—Da igual —cortó Marte—. Tú tampoco quieres casarte, ¿no? —A Fiordelise le dieron ganas de abofetear a su amiga por la audacia de comparar su compromiso con Baldizere con la perspectiva de casarse con Biasio Bonbiolo. Se contuvo, porque la noche estaba siendo fabulosa y no quería estropearlo. Marte interpretó su silencio como una concesión—. Pues eso. Somos iguales y este sitio será un oasis para las dos. —La tomó de la mano. Fiordelise sabía reconocer un puente cuando se lo tendían. Marte era torpe y hablaba sin pensar, pero también era una buena amiga. Costaba enfadarse con ella.

De mutuo y silencioso acuerdo, ambas volvieron a sumergirse en el ambiente del casino. No volvieron a mencionar bodas ni compromisos;

con una copa en la mano era fácil jalear a las jugadoras y olvidar el mundo más allá de los ventanales. La Serena dormía y la noche les pertenecía a ellas.

Apenas unas calles más allá del Puente de Barattieri, el frío mantenía despierto a Mirlo Yavuz. Llevaba diez meses viviendo en la calle, desde que los huesos rotos le habían costado el trabajo y, con él, la cama que le permitía ocupar el jefe en el almacén. Durante el verano lo aseteaban los mosquitos; en invierno, la humedad se le colaba en los huesos y los congelaba. En las plazas y callejones, la Guardia lo despertaba y lo obligaba a marcharse. Alguna noche la había pasado en un calabozo: bajo el nivel del mar, con el susurro del agua metido en el pecho, entre pesadillas en las que se ahogaba. Las paredes estaban cubiertas de madera como un ataúd. No quería volver a aquel lugar nunca.

Se refugió en el único sitio en el que nadie miraba: el interior de las góndolas y los barcos amarrados a los lados de los canales. Tenía que madrugar para desaparecer antes de que sus dueños despertasen. No le importaba. Por mucho que lo meciese el agua, su sueño era ligero.

Los imperiales no tenían derecho a poseer oro; conseguían comida y habitaciones de alquiler mediante el trueque, a cambio de su trabajo. La sociedad serena se esforzaba por mantenerlos en la miseria, pero ellos, que descendían de mercaderes, exploradores, diplomáticos, estudiosos y artistas, se habían afanado en transmitir a sus hijos el único patrimonio del que disponían: el conocimiento. Las escuelas de imperiales, en las que los niños de distintas edades convivían bajo el cuidado de unos pocos maestros, eran privadas, pequeñas y de un alto nivel. Mirlo leía, escribía, sabía hacer cuentas y hablaba más de un idioma, aunque ninguna de sus segundas lenguas fuese reconocida en la Serena. Aun así, la ley solo le permitía trabajar limpiando, sirviendo o cargando mercancías. Y esto, desde hacía poco menos de un año, le era imposible.

En el fondo de la barca que le servía de dormitorio, pegado al costado, yacía su único bien. Era una muleta que él mismo había

construido con una estaca de madera, un par de astillas anchas y un trozo de cabo. Las costillas habían dejado de doler antes o después, pero las fracturas de la pierna se habían soldado mal y esa extremidad no solo era más corta que su compañera, sino que no aguantaba el peso del cuerpo.

Las noches de invierno, Mirlo sentía las grietas en el hueso como si todavía estuviesen ahí. Las imaginaba como las que cruzaban las columnas de algunas de las iglesias más antiguas. Grietas profundas, imborrables.

Aquella noche, al embarcar, un traspié le había hecho perder el equilibrio y caer al canal. El primer miedo, porque así lo habían aprendido todos los habitantes de la Serena, fue molestar a los demonios. El segundo, perder la muleta. Salvó el palo, alcanzándolo antes de que el agua se lo llevase, y lo lanzó al interior de la barca. Solo después se preocupó por mantenerse en la superficie él mismo, en encaramarse de nuevo al escalón, aunque el peso de la ropa mojada intentase arrastrarlo al fondo.

Horas después, estaba tendido sobre el bote, tiritando, y no podía dormir. A su alrededor la Serena callaba. A Mirlo le dolía su indiferencia hacia los pocos cientos de imperiales que quedaban en ella y, de forma concreta y personal, hacia él.

Fue entonces cuando la barca se bamboleó suavemente por el peso de un demonio que había agarrado la borda para asomarse por encima.

Mirlo clavó los ojos en él. El demonio le sostuvo la mirada. Tenía siete iris negros como pozos que destacaban entre escamas luminiscentes.

Aún no era carnaval. No tenía permiso para pisar las calles.

Los barcos, supuso Mirlo, eran tierra de nadie. Nunca había oído historias de demonios abordándolos, pero eso no significaba que no pudiese suceder.

La criatura lo observaba, lo observaba, nada más. Mirlo, despacio, inclinó la cabeza hasta rozar el pecho con la barbilla. Seguía tumbado boca arriba, retorcido, pero esperaba que el gesto se comprendiese como reverencia. El demonio no reaccionó.

—¿Qué quieres? —susurró Mirlo.

El demonio no tenía boca, sino cuatro cintas largas y sinuosas

como sábanas que salían de su cabeza bulbosa. Las agitó, chapoteó sobre el agua. Tras un instante de duda, Mirlo alargó una mano hacia él.

No sabía por qué lo hacía, como tampoco estaba seguro de por qué le había hablado. Los demonios no eran verbales, no respondían, no parecían entender. Nadie perdía el tiempo dirigiéndoles la palabra, nadie cometía la estupidez de intentar tocarlos. Y, sin embargo, Mirlo estaba frente a la criatura, y le tendió la mano.

El demonio no se apartó. Los dedos del humano estaban a punto de rozarlo, pero no lo alcanzaban. La criatura se inclinó sobre él, haciendo desaparecer esas pulgadas inmensas de distancia. La mano de Mirlo se hundió en la membrana viscosa y reluciente.

«¿Me estás hablando?», preguntó con un hilo de voz.

El demonio onduló las cintas. Mirlo no sabía si era un movimiento inconsciente o una forma de lenguaje gestual o un idioma no verbal. Lo único que estaba claro era que la criatura estaba interactuando con él, que había despertado su interés. Mirlo nunca había oído algo semejante. Era bien sabido que los demonios ignoraban a las personas, salvo cuando estas suponían una molestia o una amenaza que eliminar.

Apartó la mano despacio, alejándola de la criatura, para apoyarla en la madera e incorporarse. Buscó a tientas la muleta, pero el demonio retrocedió bruscamente al verlo agarrar el palo. Soltó la barca y esta osciló con violencia, haciendo perder el equilibrio a Mirlo, que chocó contra el fondo. De rodillas, se asomó por la borda, pero el demonio había desaparecido en un remolino de burbujas.

7

La Llave Piromagnética

La familia Vianello estaba muy orgullosa de haber recibido la llave como regalo de la duquesa, por lo que la exhibió en el salón de su palacio, en un aparador de puertas de cristal, y el señor Vianello dispuso que fuese abrillantada a diario. El personal del palacio estaba que trinaba. Los criados dejaron escapar las quejas y las burlas hacia sus señores en el mercado, donde fueron recogidas por los mellizos Malatesta.

—Son como pavos reales —suspiró Anzola, la anciana dueña de uno de los puestos más antiguos del Campo della Pescaria—. Pasó lo mismo cuando se mudaron del Palacio Vianello Viejo, en Scopulo, al actual.

—¿A quién pertenecía antes? —preguntó Ventura.

—A los Scarpa del distrito Gatto. La familia Bonbiolo se quedó con el distrito cuando desaparecieron los Scarpa, pero le cedió este palacio a los Vianello. —La mujer se sumergió en sus propios pensamientos durante unos segundos. Suspiró al regresar al presente—. Los Bonbiolo jamás lo habrían ocupado, no, ni siquiera como segunda residencia, porque el lugar les recuerda la desgracia del naufragio de uno de sus barcos, capitaneado por la hija más querida de la familia. Se hundió ahí mismo, en el Gran Canal, a la altura de San Polo, y aun así no sobrevivió nadie. Fue cosa de demonios. Por aquel entonces, antes del pacto que cerró las fronteras, no era raro que hundiesen nuestros barcos…

Como aquello tenía pinta de ir para largo, a Pelegrina le dio

oportunamente un ataque de tos tan fuerte que interrumpió a la anciana. Ventura contuvo una sonrisa.

—En cualquier caso, el palacio de los Vianello es un lugar imponente —comentó su hermana, reponiéndose enseguida—, ¿tú has estado alguna vez?

—Mi padre trabajó en él mucho tiempo, para los Vianello. Y antes de eso, mi familia trabajó para los Scarpa. Mi bisabuelo vivía en la entreplanta del palacio, mi abuela nació allí. Pero mi madre venía de una familia de pescadores, y de ella heredé este puesto.

—Sabrá muchas cosas de los Scarpa, entonces.

—¡Muchas! Aunque todo el mundo las sabe ya. La Serena es una ciudad de historias. Los Scarpa eran enigmáticos y estaban llenos de secretos, pero a su muerte, sus confidentes empezaron a hablar.

—¿Cuáles eran esos secretos?

La anciana disfrutaba cada segundo de protagonismo. Ventura sonrió enternecido. A su lado, Pelegrina bebía de las palabras de la vieja, nerviosa como un perro de caza que ha dado con un rastro.

—Los Scarpa eran contrabandistas. Hace siglos, cuando la Serena estaba abierta al mundo, había compradores extranjeros que andaban detrás de las piezas de arte y los tesoros de la ciudad: podían ofrecer auténticas fortunas por ellos. El gobierno no lo permitía. Ni siquiera los dueños de esas obras tenían permiso para sacarlas de la Serena. Todos los cargamentos se revisaban en las oficinas de aduanas, en la Punta del Mar. Lo que hacían los Scarpa era transportar las obras bajo tierra, desde Gatto hasta el otro lado de Scopulo, más allá de Punta del Mar, donde esperaban los *burchi*, los grandes barcos que transportaban materiales de construcción, y se llevaban las piezas de arte entre su mercancía.

—¿Bajo tierra? —preguntó Pelegrina retorciendo la nariz en una mueca—. No hay tierra debajo de la Serena, solo agua.

—No en todas partes. La ciudad se alzó sobre pequeñas islas y sobre el agua, erigiendo el suelo mediante pilotes con un pontón de madera enganchado encima, y sobre él se levantaron muros de ladrillo, y sobre ellos los bloques de piedra, para separar la tierra del agua. Y entre los muros y los cimientos de algunas casas, nuestros antepasados construyeron un túnel, un túnel quién sabe para qué, al que los Scarpa dieron uso mucho tiempo después.

—No es posible —exclamó Pelegrina, pese a que ardía en deseos de creerse aquella historia—. ¿Cómo atraviesa los canales ese túnel?

—Los cuatro canales que cruzan hasta la laguna no son muy profundos. El túnel pasa por debajo, y dicen que los contrabandistas rezaban a media voz al caminar bajo el agua, pues temían más ahogarse que la posibilidad de que la tierra se derrumbase sobre ellos. —Los hermanos Malatesta intercambiaron una mirada. No querían interrumpir a la anciana, que siguió hablando—. Aunque el tramo que más los asustaba era el último. Dicen que al llegar al otro lado de Scopulo, el túnel continúa un trecho bajo el agua, cada vez más profundo, hasta llegar a una gruta natural, como una burbuja de roca. Esta se llena de agua, aunque no del todo. En las cavidades superiores que quedaban secas, los contrabandistas guardaban los tesoros y los protegían bien para que no se estropearan al sumergirlos. Sí, sumergirlos, porque a partir de ahí, el último trozo de túnel es submarino. Una persona puede recorrerlo aguantando la respiración. Una vez fuera, solo tiene que nadar hacia arriba. Los contrabandistas amarraban los paquetes a una larga soga que tenía, en el extremo, una vejiga de cerdo hinchada. Esta subía a la superficie por sí sola. El barco, cuando venía a buscarla, encontraba la vejiga y tiraba de la soga hasta subir a bordo el paquete.

A Pelegrina le costaba contener la sonrisa. Dejó que Ventura continuase la charla con la mujer, para cambiar de tema y que el recuerdo de haberles hablado de una salida del Palacio Vianello Nuevo se diluyese entre otras anécdotas. En su cabeza, ella estaba robando un bote para bordear el distrito de Scopulo y nadando entre demonios hasta encontrar la boca del túnel.

—Solo para entrar —le dijo más tarde a su hermano, caminando de un lado a otro de la habitación en el Hospital de los Incurables—. Saldré por la puerta del agua del palacio. ¿Crees que te dará tiempo a llegar con un bote para recogerme? Andando por la superficie tardaría al menos veinte minutos en recorrer la distancia que cubre el túnel. Más luego al menos diez para encontrar la llave…

Ventura estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la gallina Clotilda en el regazo.

—Saldremos andando por la puerta trasera —declaró. Alzó los ojos hacia su hermana, con firmeza sosegada—. Vamos a entrar los dos,

Pelegrina.

El miedo a esperar fuera y que ella no regresase era paralizante. Ventura no imaginaba la vida sin Pelegrina, su faro y guía.

—Tú a callar, majadero. —Ella sacudió la cabeza—. ¿Por qué vamos a arriesgarnos los dos?

—¿Qué crees que puede pasar?

—Me eres de más ayuda en el bote que siguiéndome como un perrito.

—Tú crees que trabajas mejor cuando no tienes que estar pendiente de mí —protestó él—, pero yo puedo cuidarme solo. No soy un inútil.

Pelegrina gruñó y detuvo los paseos. No miró a su hermano. No era capaz. Se sentía al mismo tiempo indignada por la rebeldía de su secuaz y atrapada en falta.

—¿Y qué hacemos con el bote, pelma? ¿Quién lo traerá de vuelta? ¿Clotilda?

Eso le hizo reír. Pelegrina se sintió mejor.

—¿Qué más da el bote? Puede quedarse amarrado o lo dejamos a la deriva. No es la primera vez que lo hacemos.

Como Pelegrina no quería admitir en voz alta que en operaciones peligrosas consideraba a su hermano un estorbo, empezó a dar órdenes. Había que vigilar el Palacio Vianello bajo los arcos de los soportales en la orilla opuesta. Mientras tanto, ella robó sin mucha dificultad la barca de una pareja de ancianos que vivía en la periferia de Marzenego y lo llevó hasta un callejón perdido, oscuro y poco transitado. En el puerto encontró un cántaro de pintura negra, lleno y sin vigilancia. Lo agarró por las buenas y se lo entregó a su hermano.

—De esto te encargas tú. Sabrás hacerlo, ¿no?

En unas horas, el casco rojo y azul del bote se había vuelto de un negro reluciente. Dos días después, cuando la pintura estaba bien seca, volvieron a botar la embarcación y navegaron con ella a lo largo del Gran Canal. Nadie los detuvo. La Guardia hacía mucho que había perdido el interés por los barcos que entraban y salían de la Serena: no podían ir demasiado lejos.

Dedicaron la mañana a recorrer la costa, despacio, turnándose para bucear con la esperanza de encontrar la boca del túnel entre las rocas. Rezaban una oración, más inventada que aprendida, antes de saltar.

Había que rogar benevolencia a los demonios. No tenían intención de molestarlos al irrumpir en su territorio, y lo demostraban procurando sumergirse sin salpicar. Nadaban como peces bajo las olas, conteniendo la respiración. Encontraron pequeñas grutas, grietas, rocas caídas, erizos de mar, bancos de pececillos y tiburones toro que les obligaban a regresar apresuradamente al bote. El débil sol invernal les secaba la sal sobre la piel amoratada.

Durante la tarde, el trabajo se volvió mecánico, realizado sin fe ni entusiasmo. El agua era una guardiana feroz.

—Mañana más —decretó Pelegrina cuando cayó la noche.

Dos días después, ambos pensaban que la historia de Anzola podía ser completamente ficticia.

—Un último chapuzón.

—Podríamos estudiar cómo colarnos por los balcones —sugirió Ventura, exhausto y dolorido.

—No seas cagalindes. El último —insistió ella.

Él la esperó en el bote. Al cabo de un rato, su hermana emergió con la expresión contrariada de quien no sabe aceptar una derrota.

—Vámonos, Pelegrina. —Ventura le tendió la mano.

—No.

—Dijiste que era el último intento.

—Está aquí, estoy segura. Es justo aquí.

—Estamos tentando a la suerte —se lamentó él, echando un vistazo preocupado a las olas que se tornaban negras. El sol hacía tiempo que no estaba a la vista.

Los demonios eran más activos por la noche.

Ella se había vuelto a sumergir. Ventura apretó los dedos alrededor de los remos. Estaba enfadado. Fantaseó con la idea de marcharse y dejar que Pelegrina volviese a tierra nadando, pero enseguida sacudió la cabeza, horrorizado por el pensamiento. Contempló la superficie del agua con nerviosismo. Odiaba que su hermana lo ignorase.

Pelegrina emergió con un grito de victoria. Se colocó junto al bote con dos brazadas fuertes. Tenía los ojos rojos por abrirlos bajo el agua, los labios azules y la respiración agitada. No cabía en sí de alegría.

—¡Un agujero! No es una cueva —jadeó—. Lo he encontrado, Ventura. Venga, no te quedes mirándome como un pasmarote. Súbeme y echa un vistazo tú mismo.

—Es de noche ya. —Ventura la ayudó a subir.

—Vamos. —Ella no escuchaba.

Él no tuvo tiempo de musitar la plegaria a los demonios. Saltó al agua, siguió las indicaciones que le gritaba Pelegrina y buceó hasta encontrar una hendidura larga y ancha. Se atrevió a adentrarse un poco. Aquello era un túnel estrecho, un tubo de roca en el que se arremolinaban las algas. Espantado por la claustrofobia, regresó a la superficie y al bote.

—¿Qué me dices?

—Parece un túnel.

—Ahora voy yo.

No pudo detenerla. Pelegrina lo dejó temblando en el bote y volvió a sumergirse para explorar su hallazgo. Regresó aún más emocionada.

—Lo hemos encontrado —aseguró. A Ventura lo complació el plural, aunque no estuviese seguro de que ella lo hubiera usado conscientemente—. Vamos a entrar ahora mismo.

—Estamos cansados —objetó Ventura con prudencia—. Será mejor que volvamos al Hospital y comamos algo.

—Cada vez que vamos y venimos corremos el riesgo de que nos pare la Guardia. Este bote no es nuestro. Antes o después llamará la atención de alguien.

—Tenemos que beber agua por lo menos. Agradeceremos haber repuesto fuerzas cuando estemos ahí abajo.

Pelegrina negó con la cabeza.

—En unos minutos será noche cerrada. Sin luz no encontraremos la boca del túnel.

Ventura entendió que había perdido la batalla. Contuvo las ganas de proponer que regresasen al día siguiente, descansados, con más tiempo. Pelegrina se había aferrado a un plan y era imposible que cediese. La ayudó a subir al bote.

La llave falsa estaba oculta en el compartimento de proa. Con decisión, Pelegrina se la ató al torso, entre la camisa interior y la piel.

—¿Puedes nadar bien con eso?

—Me las arreglaré.

—¿Quieres que la lleve yo?

—Venga, salta. Tú vas primero.

Abandonaron el bote en la orilla, sujeto con un cabo a una vieja

argolla de hierro. Ventura se metió una vez más en el agua helada, en contra de su instinto. Sintió la queja de su piel. Tomó aire.

No quiero estar aquí. Una brazada, otra. Se sumergió cada vez más profundo, hasta la boca del túnel, con Pelegrina a los talones. *No quiero hacer esto ahora.*

Y un pensamiento más: *Estoy tan cansado*.

Entró en el túnel. La presencia cercana de su hermana lo ayudó a vencer la sensación de agobio al estar rodeado de piedra. Las algas acariciaban sus brazos doloridos. En su mente acechaba la idea de quedarse sin aire en aquella tumba de roca de la que no podría salir.

Son solo unos segundos, unos segundos hasta la burbuja, donde el túnel se ensancha, hasta el estanque interior desde el que sale otro túnel fuera del agua, solo unos segundos. Y más fuerte, como un ejército que repelía cualquier miedo: *No estoy solo*.

Empezaba a sentir la presión en el pecho. Dejó salir algunas burbujas por la boca. Tenía los pulmones vacíos y sus ganas de aspirar eran cada vez más intensas. Entonces, por fin, cuando creía que no podría aguantar un segundo más, la roca se abrió a su alrededor y estaba en el agua, pero no en el túnel. Ascendió con desesperación, sin saber si su hermana lo seguía o no. Solo podía pensar que debía respirar o moriría.

La cabeza de Ventura rompió la frontera de la superficie. La boca se abrió, el aire entró en los pulmones como un torrente. Fue un momento glorioso. Las lágrimas le corrían por las mejillas, mezclándose con el agua salada. Tardó en darse cuenta de que su cuerpo era sacudido más por el llanto que por la tos. A su lado, Pelegrina respiraba profundamente, y si tenía ganas de llorar, las contenía. Estaba viva.

Fue ella quien levantó las manos para tocar el techo de la cueva, que estaba a poca distancia de sus cabezas.

—Esto se ha inundado —dijo Pelegrina—. No sé cómo. ¿Se habrá filtrado agua por algún otro sitio?

El miedo a que el túnel estuviera a punto de colapsar por la presión del mar a su alrededor amenazaba con bloquearle la mente. No podía permitírselo. Se obligó a descartar la idea.

—No se ve nada —susurró Ventura.

—Se suponía que el siguiente tramo del túnel estaría por encima

del agua —recapituló Pelegrina—, pero está claro que esto ya no es así. Seguramente nos encontremos con que al menos una parte estará sumergida también. Nos toca volver a bucear.

Imaginó la burbuja de roca en la que se encontraban, parcialmente llena en la antigüedad, casi hasta arriba entonces. Una esfera repleta de agua, con un túnel de salida a la laguna y otro de entrada al palacio.

—Vale —murmuró Ventura—. Bucear otro rato. Podemos hacerlo.

Ella sabía que su optimismo era forzado y lo quiso un poco más por aquel esfuerzo.

—No pasa nada —aseguró.

Aunque ella misma no lo tenía claro, porque Anzola había dicho que la primera parte del túnel podía recorrerse buceando, pero este nuevo trecho era desconocido. No sabían si estaría inundado por completo o parcialmente, si pasarían treinta segundos bajo el agua o quince minutos, si la distancia era demasiado larga para sus pulmones o no.

Iban a contener la respiración y a seguir adelante sin saber lo que les esperaba.

—Uno de nosotros sigue —propuso con voz temblorosa— y el otro regresa. No tiene sentido que los dos…

—No —la cortó Ventura—. Más que nunca, los dos o ninguno. Seguimos o damos marcha atrás, lo que tú digas, pero juntos.

—¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de que nos ahoguemos los dos? —Pelegrina perdió la paciencia y le gritó. Su voz resonó en las paredes, haciendo temblar el agua.

—Porque yo no quiero ser el que espere fuera, en la puerta del palacio, sin saber si saldrás con la llave o si te estás poniendo azul aquí debajo —respondió Ventura con suavidad—. Si tú sí serías capaz, entonces date la vuelta y deja que sea yo el que siga adelante.

Ella apretó los labios.

—Seguimos juntos —concluyó a regañadientes.

Con la sensación de llevar toda la vida repitiendo la misma tarea interminable, se sumergieron varias veces en busca del nuevo túnel. La oscuridad era una dificultad añadida. Cuando por fin dieron con la boca, estaban demasiado cansados para celebrarlo. Sin vítores ni sensación de victoria alguna, se mantuvieron un momento en la parte

superior de la cueva para tomar aire. Ventura puso una mano en la nuca de su hermana y la atrajo hacia sí. Su frente chocó contra la de ella. El golpe les hizo daño, pero no se quejaron.

—Vamos —dijo Pelegrina—. Tengo los dedos arrugados con tanta agua.

Aspiró profundamente y se sumergió para tomar la delantera. El segundo túnel era más angosto que el primero y más empinado. No había algas que protegiesen de la roca los brazos magullados de los mellizos. Pelegrina nadaba con energía, pensando que habían hecho una estupidez, que dos vidas no valían ni diez ni quince ni veinte ducados. A medida que avanzaba por el agua interminable, se arrepentía de haber aceptado el encargo. La llave falsa le hacía de lastre. Estaba a punto de detenerse para deshacer los nudos, librarse de ella y olvidar el robo para salvar su vida, cuando la tierra le rozó las rodillas.

Hacía pie.

Sacó la cabeza del agua. Respiró. Grandes bocanadas.

Notó una mano en la espalda: Ventura estaba a su lado.

—Nunca más —susurró Pelegrina.

Él murmuró un asentimiento. Serían criaturas de tierra desde aquel momento, no volverían a sumergirse jamás. El agua era para los demonios.

Caminaron por el pasadizo hacia arriba, empapados y tiritando. Pelegrina tanteaba con los pies y las manos, Ventura avanzaba apoyado en sus hombros, siguiéndola a ciegas. El túnel empequeñecía a ratos, obligándoles a encorvarse; otras, se volvía tan ancho que Pelegrina perdía las paredes como guía.

Al cabo de un rato, chocó contra un obstáculo.

—Ya no podemos seguir —comentó, en tono aprensivo—. Creo que ha habido un desprendimiento.

—O quizá sea el final del camino —susurró Ventura.

Tantearon las paredes. No había más que roca, un callejón sin salida subterráneo. El intenso olor a humedad era abrumador. Pelegrina percibió el temblor de su hermano y supo que, igual que ella, era plenamente consciente de encontrarse en un lugar muy similar a una tumba.

Levantó las manos. Encontró sobre sus cabezas una textura blanda,

húmeda, y apartó los dedos, repugnada.

—¿Qué pasa? —gimió Ventura.

—Nada. —El corazón de Pelegrina quería escapársele del pecho—. Nada. Es madera —añadió con alivio—. Hay una trampilla medio podrida aquí arriba.

—Casi me matas del susto.

—A callar. —Volvió a tocar la madera con las manos—. Esta es la prueba de fuego. Si los Vianello saben que existe esta entrada, tal vez esté vigilada.

Empujó con cuidado, pero la trampilla no se movió. Lo intentó de nuevo, con todas sus fuerzas. Nada. Ventura se colocó a su lado, los dos apretaron a la vez. Por fin, la madera se movió un poco, pero crujió, a modo de queja, y volvió a cerrarse.

—Hay algo encima —señaló Ventura.

—Joder. —Si era un mueble, no podrían con él. Incluso si no fuese demasiado pesado, arriesgarse a volcarlo parecía una imprudencia—. Vamos a hacerlo despacio. Si es pequeño, quizá resbale a un lado.

Empujaron los dos desde el mismo lado de la trampilla, levantándola solo unas pulgadas para mantenerla inclinada. Les temblaban con violencia los extenuados brazos, y cuando Pelegrina no creía aguantar más, un vaivén en el peso que soportaban delató que algo cambiaba de sitio sobre sus cabezas, algo se deslizaba. Los mellizos levantaron un poco más la trampilla. El objeto que había sobre ella resbaló hasta chocar contra el suelo con un crujido de madera. Era un barril o una caja. Libre de ella, la trampilla se abrió sin dificultad.

—Pelegrina.

Ella lo entendió. Buscó con las manos los hombros de su hermano y con el pie sus manos entrelazadas. Él la aupó al interior del palacio y, poco después, levantó la mano y aceptó la ayuda de su hermana para subir.

—Estamos en una despensa —adivinó Pelegrina por el olor a comida. Era difícil resistirse, pese a la perspectiva de ir a ganar pronto mucho dinero, cuando ambos tenían tanta hambre—. Busca un saco y llévate lo que quieras. Yo voy a por la llave.

Una débil luz anaranjada se colaba por debajo de la puerta. Alerta, Pelegrina posó las manos sobre esta y escuchó con atención. No oía

pasos ni voces. Abrió despacio, atisbando por la ranura. La cocina estaba vacía, tenuemente iluminada por las brasas que quedaban en el hogar.

—Todo bien —susurró en dirección a la despensa—. Se han retirado a las alcobas.

Cruzó la cocina con pasos rápidos de gato callejero y salió al pasillo. Una tímida luna se asomaba a las ventanas aportando algo de claridad, lo cual permitió a Pelegrina localizar la escalera de servicio que conducía al piso superior. Subió despacio, desconfiando de los escalones desportillados, sin hacer ni un solo ruido. Llegó a una salita que servía como comedor secundario. Desde ella, pasó a un distribuidor que la condujo al salón principal.

Incluso sin luz, era una estancia impresionante, amplia, con grandes ventanales y techo de doble altura. Los pasos de Pelegrina, aunque silenciosos, provocaban un eco al otro lado de la sala. En el centro, ante un lujoso tapiz, estaba el aparador de cristal que contenía la llave.

Parecía un objeto ordinario, exceptuando su tamaño y el hecho de que estuviese tallado en piedra; como si fuera una escultura y no un talismán mágico. Pelegrina había escuchado la historia infinidad de veces, y siempre había imaginado que a los tesoros los rodeaba un halo de luz dorada, una prueba irrefutable de su poder. Se preguntó, incrédula, si aquella sería la auténtica Llave Piromagnética.

Probablemente no.

Decidida, abrió el aparador. No tenía cerrojo. Los Vianello, cegados por su arrogancia, confiaban en que nadie se atrevería a entrar en su palacio.

La ladrona sacó la llave falsa de su envoltorio, sin deshacerse de este, y con un movimiento preciso guardó en él la de los Vianello. Colocó la otra en el aparador. La contempló un momento. No había ninguna diferencia aparente, las llaves eran idénticas. Cerró la puerta de nuevo.

Se deslizó hacia abajo como una sombra, esta vez por las escaleras principales, con la mano rozando la barandilla como si fuese una señora abandonando un baile de máscaras.

Ventura la esperaba en la cocina, delante de la despensa. Pelegrina asintió con la cabeza para que él supiese que su misión había sido

cumplida. Juntos, echaron a andar hacia la parte trasera de la casa, pero no habían dado dos pasos cuando una naranja escapó de la malla en la que Ventura había embutido tanta comida como había podido. La fruta chocó contra el suelo con un ruido sordo y rodó hasta el primer escalón.

Los mellizos se quedaron quietos, casi sin respirar. Durante un segundo, la torpeza no pareció tener consecuencias. Después, se oyó una voz en el piso superior:

—¿Hola?

Pelegrina lanzó una mirada al final del pasillo, en el que se encontraba la puerta trasera. Estaba casi a su alcance. Con cautela, dio un paso hacia ella. Ventura no se atrevió a imitarla. Cualquier movimiento suyo, cargado como estaba con la bolsa de comida, podría desatar una catástrofe.

—¿Señora? —La mujer que dormía en la entreplanta, probablemente una criada, no las tenía todas consigo. La oyeron hablar de nuevo, más bajo, dirigiéndose a alguien a su lado—. Creo que la señora está entrando en la cocina otra vez.

—Es mejor que vuelvas a la cama —le respondió otra mujer en tono cansado—. A la señora no le gusta que la molesten en sus festines nocturnos.

Pelegrina se llevó una mano a la boca para obligarse a contener la risa. Se preguntó si la ancianísima señora, la madre nonagenaria del señor Vianello, era capaz de zamparse en una noche la cantidad de provisiones que Ventura había robado.

Una puerta se cerró en el piso de arriba. Pelegrina volvió con su hermano y agarró la bolsa de comida. Entre los dos podrían cargar con ella sin sobresaltos. Juntos llegaron hasta la puerta, que desde dentro era fácil de abrir, y salieron a la ribera de un canal pequeño.

La luna, cómplice, escogió ese momento para ocultarse tras un manto de nubes.

Cuando regresó, la calle estaba aún más vacía que la despensa de los Vianello.

8

La Isla de los Huesos

El cartel que colgaba de la puerta de la biblioteca central de la Serena dejaba claro que no estaba permitida la entrada a imperiales. El vigilante de la puerta lanzó un vistazo a Mirlo, alzó la mirada al frente y lo señaló, con el cuello tenso y los hombros rígidos. Incomodidad ante la injusticia u odio visceral. Mirlo no lo sabía y no quería averiguarlo.

Contempló con avidez los volúmenes que podían distinguirse desde la calle a través de las ventanas. Estaba convencido de que en ellos se escondían secretos sobre los demonios, descripciones y relatos de los tiempos en los que se formalizó el Pacto. Muchos habitantes de la Serena eran analfabetos, pero alguno de los estudiosos de antaño debía haber plasmado sobre el papel un momento histórico tan relevante para la ciudad.

Aquella era la única comunicación entre demonios y humanos de la que había constancia, al menos hasta donde Mirlo sabía; y tal vez pudiera arrojar algo de luz sobre el extraño encuentro que había tenido con la criatura ondulante.

Por supuesto, algunos imperiales afortunados poseían libros propios, la mayor parte heredados durante generaciones, en diversas lenguas, pero solían ser anteriores al bloqueo de fronteras de la Serena. Algunos de ellos, propiedad de amigos de sus padres, habían caído entre las manos de Mirlo en ocasiones; el resto de las leyendas las conocía de las reuniones, cada vez más infrecuentes a medida que el número de imperiales decrecía, que se daban algunas tardes de

invierno, cuando el sol se ponía pronto y no quedaba otra cosa que hacer más que juntarse alrededor de una lumbre y contar historias.

Los relatos que narraban o leían los imperiales no eran sobre demonios. Aparecían en ellos criaturas extraordinarias, inteligentes o monstruosas o ambas cosas a la vez, que habitaban los montes, los bosques y los cielos, seres que jamás se habían visto en la Serena. Eran para Mirlo tan irreales y lejanas como Tierrafirme, porque vivían en lugares como Varsovia, Alejandría, la antigua Constantinopla o la lejana Vindobona de Ptolomeo o el reino de Bohemia. Ciudades y regiones que tal vez no existiesen o quizá no hubieran existido nunca, porque los recuerdos se trasladaban de padres a hijos y a nietos y a bisnietos, y cada vez que se contaban perdían una pizca de realidad.

Las criaturas de las leyendas tenían encuentros con los seres humanos no demasiado distintos al de Mirlo y el demonio. Aquello era tan cierto como que nadie, imperial o no, lo creería.

Mirlo separó la mirada anhelante de los libros y la llevó de nuevo al cartel de la entrada de la biblioteca. Le dolía el brazo por apoyar el peso durante tanto rato en el bastón. El vigilante clavó los ojos en él, meditando si debía recordarle que no era bienvenido, pero no hizo falta. Mirlo retrocedió cautelosamente y se alejó de las grandes puertas de madera, de las columnas de mármol, de los cientos y cientos de páginas antiguas.

El agua de la laguna había metido el frío en el cuerpo de los mellizos, y aunque se cambiaron de ropa nada más llegar a su refugio y durmieron abrazados con Clotilda acurrucada sobre la manta como si fuera un gato, a media mañana del día siguiente Ventura se levantó con la garganta irritada. Dejó a su hermana envuelta en mantas para dirigirse solo a la taquilla del Teatro Fénix.

—Una entrada a nombre de Malatesta.

Estaba convencido de que iba a recibir un desplante. Le sorprendió que a la taquillera no le asombrase que él, con los zapatos rotos y el cabello sucio recogido bajo un sombrero apolillado, tuviese un palco reservado en el teatro.

—Aquí tiene.

Se metió el cartón en el bolsillo. No lo miró hasta llegar al Hospital, donde Pelegrina había sacado de la malla un par de mandarinas, un pedazo de pan y un trozo grande de queso.

—¿Quiere almorzar el señor?

—Sí, gracias. Tomaré pastel de queso con hierbas y estofado de pato. —Le tendió la entrada doble—. He pensado que te apetecería ir al teatro.

—Es la misma obra. Ya la hemos visto. —Pelegrina dio la vuelta al cartón y leyó con dificultad la anotación manuscrita que había en el reverso—. «Isla de los Huesos. Domingo a las nueve de la noche».

—¿Cómo sabían cuándo íbamos a hacer el robo? ¿Cómo han conseguido meter estas entradas en la taquilla? —preguntó Ventura.

—No lo sabían. Hay alguien que está yendo a esa isla todos los domingos —imaginó Pelegrina—. O bien la taquillera avisará de que las entradas han sido recogidas.

—A esto también vamos los dos —adelantó Ventura.

Pelegrina no protestó. La Isla de los Huesos era un lugar abominable en el que jamás hubiese puesto un pie por voluntad propia, mucho menos a solas.

Se trataba de un islote no demasiado apartado de la Isla de los Muertos, cuyos cipreses podían verse sin dificultad desde la costa de la Serena. Sus ocupantes, después de un tiempo prudente en la sepultura, eran arrojados al islote osario para abrir una nueva plaza en el cementerio. Los mellizos nunca habían visitado aquel lugar, pero todos los habitantes de Serena sabían dónde estaba.

Esa misma noche recuperaron el bote pintado de negro, que por suerte seguía en el mismo sitio en el que lo habían dejado, y zarparon antes de que sonase la *nona* del *campanile*.

Pasaron a gran distancia de la Isla de los Muertos, que se alzaba como una fortaleza amurallada. Por encima de la tapia asomaban las copas de los árboles, alargadas y negras como sombras encapuchadas. Las olas sacudían el bote, que no estaba pensado para adentrarse tanto en la laguna, y el viento frío hacía castañetear los dientes de los hermanos. A Ventura se le quedaron rígidos los dedos sobre los remos. Al cabo de un rato, su hermana lo relevó.

—Ya se ve la isla.

Aunque de menor altura y menos impresionante, también la Isla de

los Huesos estaba rodeada por un muro de piedra. En la noche, su silueta era más oscura que el agua. Los mellizos pasaron un cabo alrededor de una de las estacas clavadas en la tierra para atar el bote y desembarcaron.

En la pared de la Isla de los Huesos no había puertas, porque nadie quería entrar y nadie estaba en condiciones de salir. En cuanto treparon por ella, entendieron que había una tercera razón: el muro contenía un terreno irregular, claro a la luz de la luna menguante. La superficie en el interior era mucho más alta que la del exterior, y se desparramaría hasta el agua si se abriese una puerta.

—¿Tenemos que entrar? —susurró Ventura, asqueado.

—Cagalindes —espetó Pelegrina, igualmente horrorizada ante la perspectiva—. Vamos.

Apretó los dientes al oír chasquidos en el suelo inestable. Algo se quebraba bajo su peso, de forma casi imperceptible. Contuvo un chillido. No podía ser. No podía ser que la capa de tierra fuese tan fina, no podía ser. No quería pensar en lo que había debajo.

En el centro del islote crecía un árbol alto, de tronco grueso y pocas hojas. A sus pies esperaba una figura menuda, tan delgada que no parecía humana. Era una mujer.

—Buenas noches —saludó en voz baja.

A Pelegrina le pareció audaz llamarlas «buenas».

—Lo que tú digas. Tenemos la llave.

La mujer alargó una mano blanca como la espuma.

—¿Quién eres? —preguntó Ventura.

—Tuve un nombre hace mucho tiempo —respondió ella, pendiente de los movimientos de Pelegrina, que extraía la llave del saco—. ¿De qué sirve ahora? No soy quien os ha hecho el encargo. Solo soy una mensajera.

—Dinos quién es. ¿Cuánto te paga? —preguntó Pelegrina.

—Nada. Es un favor para la amiga de una amiga. Dame la llave.

—¿Y nuestra recompensa?

La mujer lanzó una bolsita tintineante a Ventura, que no logró atraparla. Se le erizó la piel al agacharse para recogerla del suelo.

La mujer examinó la llave que le había entregado Pelegrina. Ceremoniosamente, sacó un saquito del bolsillo, lo vació sobre la palma de la mano y lanzó al aire el polvo negro que contenía. La

ceniza quedó suspendida en una pequeña nube unos instantes y después fue atraída por la llave.

—Es la auténtica —confirmó la mujer, para sí. La hizo desaparecer bajo su capa—. ¿Habéis contado el dinero?

Ventura emitió un sonido de asentimiento.

—Está todo.

Pelegrina se dio la vuelta para marcharse. No quería permanecer en aquel lugar terrorífico ni un momento más.

—¿Aceptaríais otro encargo?

Eso la hizo detenerse.

—¿De alguien cuyo nombre desconocemos?

—Sí —respondió la mujer—. Vuestros clientes serían los mismos y les gusta el anonimato. ¿Lo queréis o no?

Los mellizos se miraron en silencio, pero en la oscuridad no eran capaces de distinguir la expresión del otro. Daba lo mismo. Ambos se conocían lo suficiente como para saber que no eran capaces de irse sin saber los detalles de la nueva posible aventura.

—¿De qué se trata?

—Un robo muy similar. —La mujer tendió un segundo saco a Pelegrina. Contenía otra estatuilla de piedra: una corona blanca, sin adornos—. La corona es el tesoro que han recibido los Abacqua. Tendríais que llevárosla y cambiarla por esta. La recompensa es la misma. Quince ducados.

Treinta ducados en total y, tal vez, otro botín tras saquear la cocina del palacio. A Pelegrina la sacudió una oleada de alivio solo de pensarlo. Sobrevivirían el invierno, vivirían holgadamente hasta el verano, podrían incluso guardar una reserva de dinero para cuando volviese el frío al año siguiente. Treinta ducados les cambiarían la vida a los dos.

—De acuerdo. Conseguiremos la corona y te la traeremos. Ve preparando los ducados.

—No. —La voz de la mujer era firme, aunque no la había levantado en absoluto—. No me la traigáis aquí. Dentro de ocho semanas, en febrero, antes de carnaval, me encontraréis en el embarcadero de los fantasmas frente al Casino de los Espíritus, en la Sacca della Misericordia. A las nueve de la noche.

—Muy bien. —Pelegrina se dio la vuelta y se alejó hacia el bote,

con el saco que contenía la corona falsa entre las manos.

Ventura se detuvo un segundo a mirar a la mujer, que no parecía esperar una despedida y se dirigía a su propia embarcación.

—Buenas noches —le dijo antes de seguir a su hermana.

Ella le lanzó una mirada asombrada que él no llegó a ver.

Pelegrina remaba con ímpetu, ponía distancia rápidamente entre ellos y la Isla de los Huesos. Ventura se sentó en la popa para mirar hacia atrás. Oía el choque de los remos de la otra mujer contra el agua, pese a la distancia y al viento.

—Se ha quedado en la Isla de los Muertos —susurró—. No va hacia la Serena.

—No me extraña lo más mínimo —respondió Pelegrina con un escalofrío—. Esa persona hubiese quedado fuera de lugar entre los vivos.

Ventura estaba de acuerdo, pero no dijo nada. En lugar de eso, pensó en la corona que debían sacar del Palacio Abacqua por quince ducados.

El resto de la noche y los días siguientes, Pelegrina y él no hablaron de otra cosa. Pronto descubrieron que aquel robo sería más difícil que el del Palacio Vianello, porque nadie en la Serena había oído hablar del tesoro de los Abacqua. La familia mantenía un silencio terco, protector, discreto hasta el extremo. Ni siquiera sus criados sabían dónde se escondía la corona blanca.

—Aquí no hay túnel que valga —meditó Pelegrina, sentada en el suelo de su refugio—, así que solo nos queda excavar nuestra propia vía hacia el interior del palacio.

—¿Cómo?

—No pongas esa cara de palurdo, no vamos a lanzarnos a cavar. Me refiero a que alguien tiene que abrirnos la puerta desde dentro. —Pelegrina meditó unos instantes—. No podemos pringar a la gente del servicio. Los señores Abacqua son un público difícil. ¿Qué piensas de sus hijos?

—Todas las personas con las que he hablado comentan lo sensata que es Fiordelise Abacqua. —Ventura le rascó la cabeza a Clotilda, que

cacareó de gusto—. Va a clases en el Teatro Fénix y a la Biblioteca de Marzenego, hace visitas a otras familias nobles, solo se relaciona con su amiga, la pequeña de las Sartori.

—No se codeará con gente como nosotros —resumió Pelegrina—. No. El punto débil de la familia es el otro hijo. Habla con todo el mundo, jamás se imagina que nadie pueda ser más listo que él, que se le engañe o que se le mienta, por la simple razón de que nadie ha tenido las narices de hacerlo nunca. Es a él a quien nos tenemos que ganar. Baldizere Abacqua.

9

El Palacio Abacqua

El Palacio Abacqua estaba decorado con farolillos azules para el Baile de Invierno, la primera de las celebraciones humanas previas al carnaval; sus luces brillantes eclipsaban el resplandor de los fantasmas que se asomaban a las ventanas para ver las góndolas de los invitados surcar el Gran Canal. Llegaron los Vianello, por supuesto; llegaron las Sartori y llegó Biasio Bonbiolo; después, el resto de las familias nobles de menor importancia. La última fue la duquesa. Dos hombres uniformados se apresuraron a ayudarla a desembarcar y abrirle la puerta. Elegante y parsimoniosa, entró en el gran muelle de los Abacqua, que ocupaba la mitad de la planta al nivel del mar, y pasó junto a los amplios arcos que comunicaban con los dos canales, indiferente a las miradas de los espíritus. El choque rítmico del agua contra los escalones acompañaba la música del cuarteto de cuerda en el piso superior. La duquesa recorrió el pasillo triunfal hasta la monumental escalera de piedra clara, tintada por la luz que atravesaba las vidrieras, y cruzó la puerta con el tritón esculpido en el dintel. Era el emblema de los Abacqua, los dueños de Santa Eulalia, la única de las islas de la laguna que tenía un valioso manantial de agua dulce. De su cauce llegaba la vida a bordo de barcos bien cargados a los aljibes de la ciudad y a los campos de cultivo cuando la lluvia no bastaba.

Los ojos de la duquesa no se detuvieron en los anchos surcos en las paredes, en la marca oscura tras el tritón, que evidenciaba que la estatua no era más que una suplente, y que una de mayor tamaño

había ocupado su puesto antes; ni siquiera en las grietas de la gruesa puerta principal, que no había sido sustituida. Los Abacqua mantenían con igual dignidad sus fantasmas y las cicatrices de su edificio; dos recordatorios de la traición que, décadas atrás, había puesto en peligro el futuro de la familia; dos recordatorios que eran, a su vez, una declaración de intenciones: los Abacqua llevaban en guardia desde aquella tragedia y desconfiaban de todo aquel que cruzase el umbral. Nadie en el palacio, salvo la propia señora, conocía todos los secretos que escondían aquellas paredes.

Los mellizos Malatesta, que llevaban en el Palacio Abacqua varias horas antes de que llegase el primer invitado, tampoco se habían fijado ni en los fantasmas ni en las señales. Entraron por la puerta trasera, la de la calle, y se les condujo directamente a la cocina, donde Pietro, un mayordomo nervioso, que hubiese sido más exigente de no estar tan preocupado por la inminente fiesta, los recibió con agradecimiento. Acostumbrado a gobernar a un equipo pequeño, cuidadosamente seleccionado, los eventos en los que la familia Abacqua ampliaba temporalmente el servicio lo abrumaban. En aquella ocasión, además, le habían fallado en el último momento dos camareros que habían despertado con fiebre, pero la suerte le había traído a dos jóvenes dispuestos a ocupar su lugar sobre la marcha. Los instruyó con premura, aunque ellos le aseguraron que conocían las reglas de la etiqueta. Al fin y al cabo, habían trabajado recientemente en el Palacio Vianello.

Poco después, con un uniforme negro y sobrio que le quedaba grande, Ventura Malatesta entró por primera vez en el salón de baile de los Abacqua. Las paredes de doble altura guiaron su mirada hasta los frescos del techo, donde Apolo montaba en su carruaje y Neptuno vigilaba desde las alturas. Dos grandes lámparas de cristal cargadas de velas se reflejaban en las esculturas pulidas y en el escudo de armas de la familia Abacqua, que dominaba la estancia desde el dintel de la puerta de entrada.

Aquella no sería la última ocasión en la que Ventura Malatesta entrase en la sala de baile del palacio, y tendría tantas oportunidades de disfrutar de aquella belleza que llegaría a darla por sentada y a cruzar con paso vivo el salón sin siquiera detenerse, pero en aquel momento él no lo sabía. Permaneció inmóvil unos momentos,

sobrecogido, hasta que Pietro le dio un suave golpe en el hombro.

—No te me duermas.

Siguieron horas frenéticas: había que preparar la mesa, colocar convenientemente las butacas en las salitas de desahogo, mantener encendidas las chimeneas, disponer las bebidas en bandejas de plata. Los miembros del servicio permanente del palacio recibieron a los señores Abacqua, después a Fiordelise y, por fin, a los primeros invitados. Aunque los mellizos, bajo las órdenes de Pietro y del ama de llaves, no se quedaban quietos un instante, Ventura procuraba mantener un ojo puesto en las personas que entraban y salían del salón, formando corrillos de conversación cortés y admirando los vestidos y trajes ajenos. Algunos, los menos, llevaban máscaras aunque aún no hubiese acabado el año.

—Ninguna de ellas esconde a Baldizere Abacqua —musitó Pelegrina, en un instante en el que ambos coincidieron en la cocina—. Estoy casi segura.

—Se está haciendo de rogar —musitó Ventura con nerviosismo—, pero tiene que venir, se trata de su propia casa.

—Vamos a ignorar a los enmascarados: Baldizere vendrá con el rostro descubierto —adivinó ella—. A los lechuguinos como él les gusta que se los reconozca.

En realidad, la mayor parte de los invitados, que exhibían largas faldas bordadas, capas y sombreros exuberantes, complejos peinados y chaquetas de colores brillantes, deseaba que todos los demás supieran quién era. Incluso los que llevaban máscaras las retiraban antes o después.

Pietro esperaba la llegada del hijo mayor de los Abacqua con la misma impaciencia que los mellizos.

—No podemos sacar los primeros platos hasta que ese desgraciado mueva el culo y lo plante en el comedor —gruñía malencarado—. Se nos van a tomar por saco los tiempos. Luego si no está todo perfecto, la culpa será nuestra. Hay que ser impresentable.

Algunos platos esperaban ya, cubiertos para mantener el calor, en la mesa de la cocina. Otros estaban a punto de salir. Eran manjares de todo tipo, que pasaban por las hábiles manos de los cocineros y la exigente inspección del propio Pietro para asegurar que la presentación fuese impoluta: sepia en su tinta, hígado picado, pasta

con cebolla y sardinas, pato en salsa. Platos reservados a la clase alta serena, desconocidos para los Malatesta.

—¿Qué haces?

Ventura dio un respingo, pero Pietro no le gritaba a él sino a Pelegrina, que no había podido contenerse y se había llevado un tenedor a la boca, apenas con un poco de carne y salsa. Pietro, lívido de rabia, le gritó cien amenazas y prometió mil castigos. Pelegrina frunció el ceño.

—Ni que hubiese matado a alguien —gruñó, y al ver que Pietro estaba dispuesto a seguir gritándole, amenazó—: Si quieres me voy ahora mismo.

A Ventura se le cortó la respiración. No quería quedarse en el Palacio Abacqua sin su hermana, como único responsable de toda la operación. Por suerte, Pietro no podía prescindir de un par de manos útiles, aunque perteneciesen a una ladronzuela.

—Ponte a fregar platos. Si tanta hambre tienes, los lames antes como la manguarriana que eres. No podría importarme menos.

—Tragavirotes —musitó Pelegrina, sin que él la oyese.

Una criada entró presurosa en la cocina.

—Ha llegado el joven señor.

Sus palabras desataron una tormenta de actividad. Pietro envió a todos a sus puestos para dar comienzo a la cena en cuanto el hijo de los Abacqua estuviera listo. Desde el rincón junto al barreño de agua, Pelegrina hizo un gesto elocuente con la cabeza a su hermano para que se moviese.

Ventura, cargado con servilletas, salió al comedor, y aprovechó para echar un vistazo al salón. En él, un hombre apuesto, cuyos cabellos castaños se enroscaban sobre sí mismos como remolinos, saludaba al resto de los aristócratas con una media sonrisa enigmática. Sus pestañas eran largas y oscuras como sombras a medianoche. Llevaba un traje azul oscuro con adornos en oro, iba vestido con el cielo estrellado y las luces del puerto reflejadas en las olas.

Baldizere Abacqua se detuvo unos segundos para besar la mano de Marte Sartori, para regocijo de los presentes. Ventura sabía que la boda era esperada por muchos en la Serena. La ciudad siempre estaba hambrienta de historias y cotilleos. A él, en cambio, más que la fingida ternura de aquel beso, le interesó el hielo que congeló la

sonrisa de Baldizere cuando Biasio Bonbiolo lo tomó del brazo para arrastrarlo a una conversación pegajosa con olor a alcohol y a aliento estancado. El joven Abacqua solo escuchó el mínimo de tiempo que obligaba la educación antes de quitarse al otro de encima. A Ventura no le pasó desapercibida la sutil mueca de desprecio que se escondía en sus labios.

—¿Tú has venido a trabajar? ¿O me he confundido y eres uno de los invitados? —El capón le aterrizó en la nuca sin darle tiempo a reaccionar. Pietro estaba tenso como el grátil de un velero—. Vete a avivar el fuego del comedor. Van a entrar los comensales.

Ventura añadió un tronco grueso a la lumbre y dio aire a las llamas con el fuelle mientras los invitados tomaban asiento. Después, se quedó discretamente a un lado, sin abandonar la habitación. Los camareros sirvieron el vino antes de colocar en la mesa varios platos con valiosos cangrejos verdes fritos. El olor hizo que rugieran las tripas de Ventura, que no los había probado nunca. Por suerte, tras el robo de la llave había estado comiendo bien; no quería imaginar lo mal que lo hubiese pasado en aquella situación con el estómago vacío.

No podía dejar de observar a Baldizere. Algo en sus gestos le cautivaba; tenía unos ojos que parecían ocultar secretos y una sonrisa que era una máscara. De pronto, él le devolvió la mirada. Ventura se tensó y apartó la vista bruscamente.

Se ha dado cuenta. No he disimulado lo suficiente. Y casi enseguida, otro pensamiento fugaz: *Lo voy a estropear todo si se da cuenta de que lo espío*.

Estaba quieto, pero el corazón le latía tan rápido como cuando corría por las callejuelas de la Serena con una gallina en un saco, huyendo de la Guardia.

Lo he estropeado todo.

Sabía que todavía no había sucedido ningún desastre. Solo se habían mirado. No tenía la menor importancia. Aun así, la angustia lo clavó en el suelo y no le permitió pensar más que: *No sé hacer esto. No sé qué hacer.*

Pelegrina estaba en la cocina y Ventura sospechó, aterrado, que su cuerpo estaba dejando de funcionar y que tal vez se muriese. No supo de dónde había venido ese pensamiento, del mismo modo que desconocía la procedencia del resto, que le desbordaba la mente como

una lluvia torrencial.

Entonces, Baldizere volvió a mirarlo, Ventura no supo apartar los ojos, y el aristócrata asintió. Fue un gesto breve, conciso. «Está bien», parecía decir. Y, por un instante, Ventura hubiese jurado que Baldizere no lo examinaba con sospecha, sino con curiosidad.

Tardó aún unos minutos en calmarse. Por suerte, la cena transcurría sin sobresaltos y el resto de los criados sabía lo que tenía que hacer. Ventura lanzó en dirección a las escaleras de servicio una mirada cargada a partes iguales de desasosiego y anhelo. Su hermana era un talismán para que todo saliese bien. Si lograba regresar con ella, recuperaría la confianza necesaria para que nadie descubriese que era un impostor que no sabía el orden correcto de los cubiertos ni la diferencia entre distintos tipos de vino.

—Toma. —Un camarero lo hizo volver bruscamente a la realidad colocándole una botella entre las manos—. Hay copas vacías.

Ventura se obligó a poner un pie delante de otro. Se acercó a la mesa. La botella estaba abierta. Deseaba huir, pero tenía un papel que representar, y llenar copas no era tan difícil. Lo único importante era no derramar la bebida. Avanzó con cuidado hasta llegar a la altura de Baldizere.

Su copa había quedado vacía.

A Ventura le tembló la mano al levantarla de la mesa para llenarla. Cuando la posó de nuevo sobre el mantel, la mano de Baldizere, rápida y certera, se colocó sobre la suya.

Baldizere Abacqua había abrazado los dedos de Ventura sin interrumpir la conversación que mantenía con Zorzi Vianello. Con suavidad, le deslizó la mano hacia abajo, del cáliz de la copa hasta el tallo.

Las mejillas de Ventura estaban tan calientes que le pareció que le fuese a estallar la cara. Lo incendiaban la vergüenza, el agradecimiento por la silenciosa corrección, que quizá evitase que se pusiera en evidencia durante la cena, y el contacto de la piel de Baldizere. Una mano sobre la otra, incluso aunque fuese durante apenas unos instantes, era un gesto demasiado íntimo en aquel comedor lleno de gente.

En cuanto Baldizere lo liberó, Ventura dio un paso atrás. Algunos camareros abandonaban ya la sala para traer el postre de la cocina, y

él los siguió en trance, sin poder dejar de pensar en el joven que seguía charlando y que no le había dedicado una sola mirada más.

Cuando terminaron de comer, los invitados regresaron al salón de baile. Los camareros se paseaban con bandejas de copas, testigos invisibles de las conversaciones. Casi todas eran alegremente superficiales; algunas, como la que mantenían las hermanas Sartori en voz baja, tenían cimientos profundos. El rostro disgustado de Marga convocó a Baldizere, que se acercó con la excusa de pedirle un baile a su prometida.

Marte no tuvo oportunidad de responder.

—Ve —dijo su hermana, sacudiendo la cabeza.

Ella aceptó sin entusiasmo el brazo que le ofrecía Baldizere. Los dos se deslizaron hacia la pista de baile, con las velas sobre sus cabezas, recortándose contra las altas paredes ornamentadas, despertando el regocijo en el rostro de las personas que los contemplaban trazar arcos sobre el suelo brillante: ella en los brazos de él, el vuelo de su vestido flotando al girar, las espaldas rectas, la promesa de una boda exquisita en el horizonte. La tensión en los hombros de Baldizere y la incomodidad de Marte quedaban sumergidas, ocultas por la imagen de cuento que exhibían a ras de las olas.

Para emoción de algunos de sus espectadores, él se inclinó hacia ella y le habló al oído.

—Estamos haciéndolos felices —murmuró—. Sonríeme. —Ella frunció el ceño. Él resopló bajito—. Marte, te conozco desde siempre. ¿Me ves dando saltos de alegría al ver que se acerca nuestra boda?

Esto la sorprendió. No era apropiado que Baldizere dijese aquello, cruzaba la línea entre la sinceridad y la grosería. Marte dudó un momento, antes de darse cuenta de que no se sentía ofendida, sino agradada.

—Tampoco te veo haciendo nada para evitarlo.

—¿Hay algo que se pueda hacer? Tú podrías casarte con Zorzi, si lo prefieres, pero yo no tengo a nadie más.

—Soy tu única opción. Qué romántico.

Él rio. La alejó de sí para que ella pudiese hacer una pirueta y regresar a él.

—Si amas a Zorzi, por favor, dímelo. Estaré encantado de renunciar a ti, ¿qué mayor muestra de amor y respeto que dar prioridad a tus sentimientos? A la gente le encantará verme como un caballero con el corazón roto, seré un héroe y me libraré de la boda. No me parece nada mal.

Marte lanzó una mirada a Zorzi, que bailaba muy tieso con otra joven aristócrata cuyo nombre ella no recordaba. Zorzi, que le sacaba dos años a Baldizere y ocho a Marte, siempre tan escrupuloso, tan exacto, tan interesado en fechas concretas y libros con datos. No podía ser más distinto a ella. La atención de Marte volvió a Baldizere. Él tampoco era un alma afín, pero al menos parecía tan poco interesado en ella como al revés.

—No estoy enamorada de Zorzi. —Y al darse cuenta de que aquella hubiese sido una ruta de escape para Baldizere, añadió—: Lo siento.

Algo en su tono intrigó a su compañero de baile.

—Pero sí de otra persona —aventuró, y el horror en los ojos de Marte desveló que había acertado—. ¿De quién?

—De nadie.

Marte no mentía bien. Baldizere dejó escapar una sonrisa socarrona.

—¿Es un noble? —Marte se negó a responder. Baldizere daba palos al aire, consciente de que los círculos sociales en los que se movía ella eran reducidos—. ¿Es alguien del teatro? —Baldizere alzó las cejas y bajó la voz—. ¿Es mi hermana?

—No —farfulló Marte, alarmada—. ¿Cómo puedes decir eso?

Él se encogió de hombros, sin darle importancia. Marte se equivocaba si creía que le escandalizaba la idea.

Aquella indiferencia le hizo más interesante a ojos de su prometida. Sin embargo, antes de que ella pudiera hacer preguntas, él atajó:

—En fin, sea o no sea, da igual. El caso es que tú eres mi única opción y yo soy tu mal menor —resumió—. Quizá podamos construir algo con esas piezas.

—Quizá.

La música terminó. Baldizere se inclinó ante Marte para agradecerle el baile, ella respondió con una graciosa reverencia. Durante un abrir y cerrar de ojos, fue tan distinguida como su hermana.

—¿Me concedes el siguiente?

Marte miró a un lado. Marga no estaba bailando. La observaba con gesto serio, como si estuviera rumiando los argumentos que utilizaría para continuar la discusión tan pronto como Marte se alejase de Baldizere.

—Por favor.

A él no se le había escapado el vistazo que su prometida había lanzado a la consejera. Dejó pasar un par de compases en silencio antes de preguntar:

—¿Estabais otra vez regañando por ese broche?

Marte volvió a fruncir el ceño.

—¿Nos estabas espiando?

Baldizere no se dignó a responder.

—¿Qué es lo que pasa con él?

—Era una conversación privada —refunfuñó Marte.

—Entonces, tendríais que haberla mantenido en privado —observó él.

Ella suspiró.

—Y no era sobre el broche. Era sobre otra cosa que no te voy a contar. —Su expresión malencarada escondía el alivio que sentía al desviar la conversación—. Pero, ya que preguntas, el broche de la abeja era de mi madre —explicó—, quiero decir, de *nuestra* madre. —Baldizere asintió. Eso lo sabía ya. La abeja era el emblema de los Sartori, por su papel vital en la polinización de los campos de cultivo que poseía la familia—. Según Marga, es de las dos, pero ella se lo pone cuando quiere y a mí, cada vez que lo toco, me monta un cirio. En realidad, aunque diga otra cosa, lo considera suyo.

—Podrías tener cualquier otro broche —señaló Baldizere—. No hay en la Serena un joyero que rechace haceros una copia.

—No lo entiendes. Es importante que sea ese broche y no otro. Para Marga, porque… —Marte buscó las palabras—. Ella heredó el cargo de consejera. El broche es eso para ella. Las responsabilidades que mamá le dejó.

Baldizere asintió. Cuando su madre murió, Margherite era muy joven. Asumió el rol de consejera con solo dieciséis años. Él recordaba bien la ceremonia en la que ella aceptó el puesto. La señora Abacqua no permitió que Marte, aún muy pequeña, se quedase en segundo plano con su nodriza. Ella misma sostuvo en brazos a la niña, en el puesto de honor reservado a las familias de los consejeros.

«Algún día seremos familia», había explicado Moderata Abacqua a su hijo, aunque en aquella época, a él el día de su boda le parecía muy lejano.

La música se tornó lenta y los cuerpos de los bailarines se acercaron. Marte y Baldizere hablaban en susurros.

—Para mí es importante porque en el retrato de mamá que tenemos en el salón, ella aparece con ese broche, justo ese. —La joven hizo una pausa. Baldizere no la interrumpió—. No tengo ningún recuerdo de mi madre, solo ese retrato.

—¿Se lo has dicho a Marga?

—A mi hermana no le importan esas cosas. Solo vive para su marido y el gobierno de Olivolo.

La música, que no tardó en animarse de nuevo, les impidió seguir hablando. Bailaron cada uno perdido en sus pensamientos, ejecutando los movimientos de manera mecánica, y cuando la pieza terminó, el dique que solía haber entre ellos volvía a separarlos.

Ventura no perdió de vista a Baldizere mientras este bailaba con su prometida. Estaban cerca, muy cerca, susurrándose al oído lo que él supuso que eran palabras tiernas, pero en cuanto acabó la segunda pieza, en lugar de quedarse juntos como en una estampa romántica, Marte Sartori se escabulló con Fiordelise Abacqua, que la esperaba al otro lado del salón de baile, y Baldizere siguió su propio camino. Ventura lo siguió, pegado a la pared.

El joven rastreó la multitud de invitados hasta localizar a Marga Sartori y a Zorzi Vianello en una de las salas contiguas, donde conversaban lejos de oídos curiosos. Se reunió con ellos, sin reparar en el camarero pelirrojo que se había colocado atento junto a la puerta, como un guardián de piedra. Ventura no podía verlos desde aquella

posición, aunque sí oírlos cuando la música se lo permitía.

La conversación, que comenzó distendida, se volvió más intensa poco a poco. Ventura oyó cómo los jóvenes arrastraban las butacas por el suelo para acercarse unos a otros y bajar la voz. Conteniendo una maldición, lanzó una ojeada rápida al interior de la sala. Baldizere había apoyado los codos en las rodillas y se inclinaba hacia Marga y Zorzi. Ellos, en cambio, se habían reclinado hacia atrás. Sus posturas expresaban distancia.

—… ya es hora de que tomemos las riendas nosotros —estaba diciendo Baldizere, con decisión vehemente. El fuego de la chimenea se reflejaba en sus pupilas—. … costumbres antiguas, obsoletas… No deberíamos regirnos… La duquesa se aferra al puesto como una lapa al casco de un barco.

Por miedo a ser descubierto, Ventura recuperó su posición junto a la puerta. Aguzó el oído.

—Mi padre… —La voz de Zorzi era muy baja—. … renuncia…

—… solo unos años —argumentó Marga. Su tono era razonable, comedido. Chocaba con la pasión de Baldizere—. ¿Por qué iba yo a dejar escapar un puesto que tengo prácticamente ganado?

—Me da igual quién… —Baldizere resopló, ligeramente impaciente—. … respeto, Marga. Un acuerdo…

—¿Qué propones?

—Mi hermana… No es justo. Mirad —el fervor con el que hablaba obligó a Baldizere a subir el tono—, yo siempre he sabido que no iba a elegir con quién me casaba. Tú te casaste por amor, Marga…

—Por *necesidad* —interrumpió ella—. Necesitaba a alguien a mi lado. Era solo una niña…

—Sí —aceptó él—, pero por amor también. Yo era un niño entonces, y podrías haber esperado unos años para casarte con Zorzi, pero elegiste a…

—… Era lógico… Vittorio…

—Sí, pero *elegiste*, es lo que digo. Y Zorzi podrá elegir también. Yo no. No pasa nada. Sin embargo, con mi hermana es distinto. Nadie debería casarse por obligación con un hombre que podría ser su abuelo.

—Eso es cosa de tus padres y suya, no nuestra —protestó Zorzi.

—Si nosotros estuviéramos al mando… San Teodoro es una región

grande. La duquesa no tiene herederos y me niego a que sea mi hermana la que se los dé a Biasio Bonbiolo. Si mueren sin hijos los dos, es razonable que repartamos sus tierras. Sobre todo si tú, Marga, así lo decretas como nueva duquesa. Todos salimos ganando; mi hermana se casa con quien le plazca y nosotros tres expandimos nuestros distritos.

—… una guerra civil… —Marga no se dejaba seducir por la idea —. … familias nobles. No permitirán…

—Sí, si les prometemos algo mucho mejor. —El entusiasmo de Baldizere era contagioso—. Si la Serena volviese a abrirse al mundo… Fuimos grandes en el pasado…

—… ¿la duquesa? —gruñó Zorzi, tan bajo que Ventura no entendió la pregunta. Tras un instante de deliberación, se atrevió a asomarse de nuevo para atisbar por la puerta.

Ninguno de los tres nobles se dio cuenta.

—Si tú pudieras acelerar la sucesión de tu padre… Mi madre está enferma, puedo convencerla de que me ceda el puesto antes de tiempo… —Baldizere gesticulaba con las manos abiertas, era la viva imagen de la esperanza—. Superaríamos en votos a Biasio. —Volvía a hablar en susurros—: … robar el cargo…, muy mayor… demencia. Un médico… un gasto asumible.

—No me gusta —dijo Marga—. Te basas en suposiciones, Baldizere, en lo que podría ser. *Si* vosotros accedieseis al cargo prematuramente, *si* pudiéramos abrir las fronteras de la Serena, *si* comprásemos a un médico, *si*… *si*… *si*… Pides nuestro apoyo, pero no tienes un plan.

—Y solo esto —concluyó Zorzi, poniéndose en pie— es una traición. Nadie debe saber lo que nos has dicho…

—Confío en que nadie lo sabrá. —Baldizere no se levantó. Su rostro se había endurecido—. Todos tenemos secretos, Zorzi, y nosotros tres nos conocemos muy bien.

—No —reculó él—. Nadie lo sabrá. Ten cuidado, eso es todo lo que digo.

Marga ladeó la cabeza. Ventura adivinó, con sorpresa, que aunque había rechazado la propuesta de Baldizere, la idea no le disgustaba del todo.

—Necesitas un plan —repitió, pensativa—. Vuelve a hablar

conmigo cuando lo tengas.

Una presencia que se acercaba a paso vivo por el salón de baile sobresaltó a Ventura. La señora Abacqua atravesaba la pista como una tigresa de caza y en pocos instantes irrumpiría en la sala.

Ventura se tragó la indecisión y carraspeó, asustando a los tres jóvenes.

—Señor Abacqua. —Baldizere entornó los ojos. Ventura se estremeció. El futuro consejero estaba evaluándolo para decidir si había espiado su conversación, si suponía una amenaza, si debía ser eliminado—. Su madre lo está buscando.

Él relajó el gesto inmediatamente. Ventura no era un enemigo. Era un aliado. Le estaba avisando de que su conversación iba a ser interrumpida por alguien que bajo ningún concepto debía escucharla.

Se puso en pie, lanzó una última mirada a sus amigos, y salió de la sala con una sonrisa.

—Madre —saludó, justo a tiempo—. ¿Me buscabas?

—Sí —respondió ella. Una oleada de alivio recorrió la espalda de Ventura. Había acertado—. ¿Podrías acompañarme?

Baldizere la siguió hacia las escaleras. Al pasar junto a Ventura, asintió levemente con la cabeza en mudo agradecimiento.

Quedaban platos por fregar, pero Pelegrina no se había colado en el Palacio Abacqua para quedarse arrinconada en la cocina. En cuanto uno de los criados despertó la furia de Pietro al dejar caer una copa en una zona de paso, dificultando el trabajo de todos los demás, ella aprovechó para huir por la escalera.

Encontró a su hermano perdido como un pollito fuera del gallinero, junto a la pared del salón de baile. Baldizere Abacqua no estaba a la vista. Pelegrina sacudió la cabeza.

—Ventura. —Pelegrina le apoyó una mano en el brazo—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has podido acercarte a él?

—Un poco. ¿Ya te han liberado?

—Más o menos. Ese malquisto está en la cocina regañando a otro. —Pelegrina miró a un lado y a otro. Nadie les prestaba atención—. Venga. Nos vamos de excursión.

Más allá del salón de baile, el comedor y las salas anexas, el primer piso estaba desierto. Las puertas estaban cerradas, aunque no con llave, y Pelegrina las abrió como si fuese la dueña. Con su hermano tras ella, pasó por una gran sala abierta, con paredes repletas de ventanales que daban al Gran Canal, que hacía las veces de distribuidor. Comunicaba con una pequeña biblioteca, un estudio, un gabinete recogido. Un dormitorio grande, otro más pequeño al otro lado, cada uno con su vestidor. El contenido de los armarios les reveló que el primero pertenecía a Baldizere y el segundo a su hermana.

—Tiene sentido que tengan la corona arriba, si es donde viven los padres —reflexionó Pelegrina—. ¿Habrá otra escalera? No quiero volver a pasar por delante de la congregación de pisaverdes.

La encontraron en el distribuidor. Subieron al último piso, que también estaba silencioso y a oscuras. Deprisa pero sigilosos como ratones, los mellizos examinaron una capilla en desuso, con las contraventanas cerradas, un salón, otro estudio y una alcoba de matrimonio con vestidor, guardarropa y *boudoir*. Todas las puertas estaban abiertas, excepto una.

Pelegrina hizo un gesto a su hermano para que se acercase.

—Hay alguien ahí dentro.

—Baldizere —susurró Ventura— y su madre.

Arrimaron la oreja a la puerta. Los dos Abacqua se sentían seguros y hablaban en voz alta:

—Debes confiar en la duquesa para eso. No eres el único que desea lo mejor para la Serena, ya sea devolviéndole su antiguo esplendor o no.

—¿Es que la duquesa está pensando en abrir las fronteras?

—No he dicho eso.

—¿Lo está haciendo?

—Tu deber es únicamente apoyar a la gobernante electa. Esto no es un juego en el que cada cual hace lo que le parece, hijo. Debemos lograr lo mejor para nuestra ciudad entre todos.

—¿Por qué no me respondes? Voy a ser el gobernador de Marzenego y uno de los consejeros. Tengo derecho a saber.

—Todavía no lo eres.

Silencio. Pasos. Baldizere, airado, estaba a punto de abandonar la sala.

Los mellizos se batieron en retirada, pero no lograron reaccionar con la premura suficiente.

Cuando Baldizere salió al distribuidor, no había nadie vivo a la vista; pero por el rabillo del ojo vio cerrarse la puerta de la escalera, y frunció el ceño. Los muertos espiaban conversaciones, pero no huían al ser descubiertos.

—¿Baldizere? —llamó su madre desde el gabinete.

—No quiero robarle más tiempo, señora consejera y gobernadora —respondió él con sequedad. No se le daba bien reaccionar con talante cuando le llevaban la contraria, ni siquiera si era su madre quien lo hacía.

Bajó la escalera, intrigado por los pasos que intuía que le precedían. Paseó con zancadas largas por el primer piso. De pronto aceleró el ritmo: le había parecido oír una carrera hacia el salón de baile y el sonido de la puerta de una de las salas anexas al cerrarse. Como un felino ante el revuelo de plumas de un pájaro que intenta escapar, dio un salto hacia delante y abrió la puerta deprisa.

La sala estaba vacía a excepción del camarero pelirrojo, que dio una sacudida del susto y dejó caer una de las copas que tenía entre las manos. Baldizere dudó. ¿Era aquel hombre al que perseguía? No estaba seguro: tal vez el espía se hubiese mezclado ya con los invitados.

—Eres nuevo, ¿verdad?

—Sí, señor.

Se agachó para recoger los cristales. Baldizere se adelantó y le tomó de la muñeca para invitarlo a incorporarse.

—Con la mano no. Te vas a cortar. —Dio la vuelta a la mano del camarero entre las suyas. Tenía un arañazo en la muñeca—. Deja que lo recojan más tarde. Esta sala no la están usando las visitas.

El otro bajó la mirada.

—Sí, señor. Gracias.

—Sí, señor, sí, señor. Tranquilo. —Baldizere sonrió, pero esto solo aturdió aún más al camarero—. ¿Estabas en el piso de arriba hace un momento?

—No, señor. ¿Necesita que vaya? Estaba recogiendo estas copas… Las han dejado dos de los señores… que se recogieron aquí, seguramente sin saber que esta sala no estaba abierta a las visitas.

—O seguramente sabiéndolo. —Baldizere hizo una mueca pícara —. No, no hace falta que vayas a ninguna parte. Puedes llevarte la copa superviviente a la cocina.

—Sí, señor. —El camarero esbozó una sonrisa—. Lo he dicho otra vez. Lo siento. Ya me voy.

Baldizere lo vio salir, divertido, y más adelante, en el salón de baile, lo buscó con la mirada una vez y otra y otra. Notó que siempre que lo encontraba, el camarero también se estaba fijando en él.

Aguardó con impaciencia al final de la fiesta. Los invitados tardaron en despedirse y marcharse, y el resto de los Abacqua se perdía en palabras corteses y charla insustancial, mientras Baldizere solo pensaba en librarse de ellos. Quería averiguar quién era aquel camarero desconocido que había estado en todos los rincones aquella noche, sirviéndole vino, advirtiéndole de la llegada inoportuna de su madre y, tal vez, fisgoneando sus conversaciones.

No lo halló ni entre los criados que limpiaban el salón ni entre los que recogían la cocina.

—¿Un chico con el pelo rojo? Se fue pronto. —Pietro respondió de buen grado a las preguntas del señor, pero en su postura se percibía el deseo de continuar con sus tareas—. Ha sido su primer día. ¿Ha hecho algo mal, señor?

—No. Tenía curiosidad por él, nada más. Buenas noches, Pietro.

Al otro lado del Gran Canal, en Scopulo, los mellizos treparon por el muro del jardín con cierta dificultad, porque llevaban debajo de sus respectivos mantos toda la comida que habían podido robar de la cocina del palacio. Una vez dentro del Hospital de los Incurables, Pelegrina la repartió en dos raciones mientras Ventura alimentaba a Clotilda.

Puso deliberadamente menos cantidad en el plato de su hermano. Siempre lo hacía así. Siempre se sentía culpable. Siempre sopesaba la posibilidad de darle a él la ración que se había servido a sí misma.

Nunca lo hacía.

Ventura jamás protestaba. Pelegrina confiaba en que no se diese cuenta siquiera. Su hermano creía ciegamente en que ella era justa, no hacía comparaciones.

—Ha ido muy bien —juzgó Pelegrina cuando él le contó los momentos que había compartido con Baldizere—. Necesitamos entrar en el Palacio Abacqua cuando haya menos gente y rebuscar en todos los rincones. Eso, o ganarnos la confianza de Baldizere y que nos cuente dónde diablos esconden la corona. Lo que pase primero.

—Podríamos intentar las dos cosas a la vez —propuso Ventura—. La hija pequeña de los Abacqua actúa en el Teatro Fénix, ¿no? La próxima vez que haya un estreno, uno de nosotros podría ir. El otro, que aproveche para colarse en el palacio.

—No vamos a gastarnos dinero tontamente en una entrada para el teatro —rechazó Pelegrina, a regañadientes. Aunque había disfrutado de la obra la última y única vez que había formado parte del público, lo consideraba un gasto absurdo—. Sería mejor que fuésemos directamente a la fiesta del estreno, si conseguimos colarnos.

—¿Tú o yo?

—Tú. Así yo me cuelo en el palacio mientras tanto. —Y robaría la corona, si se terciaba, pero eso no lo dijo en voz alta—. Tú tienes más calado a Baldizere. —Ventura asintió. Pelegrina sonrió burlona—. La mejor forma de ganarse la confianza de un verriondo presumido es seducirlo —sugirió—. La gente dice muchas tonterías en la cama.

Ventura le dio un empujón. Sin embargo, se había puesto colorado. Pelegrina comió en silencio, sin dejar de mirarlo, un poco molesta. No hizo preguntas, porque prefería creer que su sospecha era infundada. La única persona que importaba en la vida de su hermano era ella. Así había sido siempre.

Clotilda cacareó para llamar la atención de Ventura, que la acarició entre las alas. Irritada, Pelegrina la espantó de un manotazo.

10

La voz de los demonios

Las barcas se bamboleaban suavemente sobre el agua en el pequeño canal. La corriente era débil, pero venía del Gran Canal con la suficiente fuerza para empujarlas. Apenas había comenzado a subir la marea y por debajo de la línea que la pleamar marcaba en la planta baja de los edificios podía verse un conglomerado de algas verdes aferradas a la fachada. Hacía una hora que había empezado a oscurecer. Mirlo Yavuz, sentado en el suelo del embarcadero con un tablero sobre las rodillas, terminó de rellenar la última cuartilla de papel y esperó a que se secase. Justo a tiempo. No habría podido seguir escribiendo; empezaba a sentir una molestia en los ojos y tenía agarrotados los dedos de la izquierda, que era su mano hábil.

Limpió con mimo la plumilla en el trocito de gamuza que había dejado en su regazo. El cuidado casi ritual que imprimía en sus movimientos contrastaba con la dejadez con respecto a las manchas de tinta que le adornaban las manos.

—¿Ya está? —preguntó Agneta, asomada a la ventana de las oficinas de su patrón—. Está a punto de volver para cerrar.

—Sí. —Mirlo colocó la hoja de papel sobre la pila que había a su lado antes de apartar el tablero y ponerse en pie apoyándose en la muleta. Tomó con la otra mano las cuartillas para acercárselas a Agneta.

—¿Cuántas son?

—Todas. Ciento veinte, como me dijiste.

—Ciento veinte —confirmó ella, aceptándolas. Revisó la primera

—. Muy bien.

—El tablero. —Mirlo lo levantó para que ella pudiese alcanzarlo desde la ventana y meterlo en la oficina.

—Gracias. Toma. —Agneta le ofreció un paquete de papel encerado que contenía pan y un poco de carne—. Es de mi comida de hoy. Te guardé más de la mitad.

Mirlo lo abrió y empezó a comer inmediatamente. El hambre no podía esperar.

—¿Vengo mañana? —preguntó.

Ella hizo una mueca de contrariedad. Él lo entendió antes de que empezase a responder.

—A partir de mañana estará el patrón todos los días. Y ya me ha advertido… Cuando ayudé a otro hace unas semanas y se enteró… No eres el único que no tiene nada, ¿sabes? —añadió, casi a la defensiva, como respuesta a un reproche imaginario—. No puedo seguir dándote trabajo, Mirlo.

Él asintió. La solidaridad entre imperiales era grande, pero no podía pedirse a nadie que pusiera en peligro su propio empleo para echar una mano a los demás. Aunque antaño habían sido una comunidad amplia, en la que era más fácil ayudarse entre sí, en aquel momento eran pocos y dispersos. Solo las familias con más suerte habían sobrevivido. Otras se habían extinguido o, como la de Mirlo, lo harían pronto.

—Gracias de todas formas —respondió él.

A Agneta le resultaba duro dejarlo a su suerte. Daba igual que apenas lo conociese, se identificaba con él aunque solo fuese porque ninguno de los dos era ciudadano sereno. Suspiró.

—No te vayas todavía —ordenó—. Voy a ver si encuentro algo más que darte. Creo que hay fruta en el cajón. Al menos tendrás para mañana.

Mirlo se lo agradeció con una sonrisa. Ella desapareció en el interior del edificio, dejándolo solo en la ribera del canal. Su mirada fue a descansar al agua verdosa, que se tornaba negra poco a poco como si alguien hubiese vertido en ella un tintero.

Acordándose de pronto, Mirlo se acercó al embarcadero para recoger los útiles de escritura y devolvérselos a Agneta. Se agachó sobre la madera carcomida por la humedad y la podredumbre,

observó el contraste con el borde de piedra blanca de la calle.

Entonces lo vio.

Una silueta luminiscente que fluía por el canal. Un manojo de cintas con un brillo tenue, como algas de luz, siete ojos oscuros como pozos que se adivinaban en la cabeza. Un demonio silencioso que desapareció sumergido calle abajo.

Mirlo trastabilló sobre su muleta. Quiso llamar a la criatura, pero era ridículo darle una voz a un ser bajo el agua. Dudó un instante. Agneta no había regresado aún. Las tripas le rugían, recordándole que estaban medio vacías y que a la mañana siguiente tendría más hambre aún.

Y, sin embargo, aquel era el demonio que había tratado de comunicarse con él. Olvidarlo habría sido imposible y lo había reconocido al momento.

Echó a andar todo lo deprisa que pudo por la ribera, apoyando tanto peso en la muleta que los nudillos palidecieron y la muñeca empezó a dolerle. Era imposible superar en velocidad al demonio, pero de cuando en cuando los botes se interponían en el camino de la criatura y Mirlo lograba alcanzarla. La gente se apartaba a su paso, asustada por los golpes que daba en el suelo con el palo y por sus ojos, que se clavaban en el agua con una determinación febril. Algunos le gritaron, indignados ante un imperial que obligaba a apartarse a ciudadanos serenos, pero Mirlo no oyó sus voces.

El demonio llegó a un cruce; si seguía adelante debía pasar bajo un puente que estrechaba el canal. Se detuvo en un remolino de cintas, como si dudase entre torcer o no. Mirlo siguió adelante. Tras el puente había un embarcadero de piedra, con grandes escalones que llegaban hasta el agua. Allí esperó al demonio, con el corazón en un puño: si había decidido cambiar de dirección, lo habría perdido.

Respiró al ver el resplandor de sus escamas bajo el puente. La criatura había seguido adelante y pasaría frente a él en pocos segundos.

«Espera», Mirlo se agachó y agitó el agua con la mano.

Se arrepintió inmediatamente. Era ridículo. No estaba bisbiseándole a un gato, no intentaba atraer a un animalillo. El demonio ya se había acercado a él una vez, sin que lo llamase.

Era su turno. Era él quien debía dar el paso.

Si se hubiese detenido a pensarlo, no se habría atrevido. Dejó caer la muleta en los escalones. Se metió en el agua.

Los viandantes ahogaron una exclamación. Algunos se apresuraron a acercarse, intentaron agarrarlo, sacarlo, salvarlo. Nadie se metía en los canales, jamás. En la laguna, tal vez, conscientes del peligro que corrían, y solo si era estrictamente necesario. En los canales, *nunca*. El agua era el territorio de los demonios, y los canales el único modo que tenían de acechar la ciudad fuera del carnaval.

Nadie fue capaz de atrapar a Mirlo a tiempo. El hombre se hundió en el agua, su ropa se tornó pesada y tiró de él hacia el fondo, los zapatos entorpecían sus movimientos.

Mirlo buceó.

Por favor, pensó. *Por favor, háblame. Escúchame. Espérame. He venido a ti, he venido, esta vez he venido yo*. Y rogó en silencio que el demonio no lo hubiese olvidado tampoco a él ni hubiese perdido el interés. El instante de conexión que intuía que se había dado entre ellos no podía haber sido producto de su imaginación.

La criatura llegó a su altura. Mirlo forcejeaba contra el agua, agitando brazos y piernas a duras penas, el demonio flotaba elegante. Sus cintas invadían por completo el canal y lo llenaban de luz. Era un ser bello y terrible, en sus ojos se ocultaban horror e indiferencia cruel. Aun así, se detuvo frente a él.

Mirlo lo olvidó todo. Abrió la boca sin darse cuenta, quiso tomar aire, pero solo encontró agua. Entonces, la criatura lo envolvió con las cintas y tiró de él hacia abajo.

El demonio lo ahogaba.

El humano luchó por su vida. Trató de sacar la cabeza, pero las cintas se enrollaban en torno a su pierna. La criatura continuaba su camino, jalando para arrastrarlo consigo.

¡No! El demonio no entendía que Mirlo se moría o no quería entenderlo. *Por favor. Por favor*.

Dos manos le aferraron las muñecas. No eran demoníacas, sino humanas: alguien había logrado agarrarlo y tiraba de él hacia la superficie. El demonio no podía abandonar el agua, si Mirlo lograba salir estaría a salvo. Personas contra demonio, unas tirando de sus brazos y el otro de su pierna, pelearon por la vida de Mirlo. Entonces ocurrió un milagro: el zapato de la pierna presa se soltó, quedando en

poder de la criatura, y el pie se escurrió entre las cintas. Mirlo emergió, la mujer que le agarraba las muñecas y los tres individuos que a su vez tiraban de ella cayeron hacia atrás y aterrizaron en la ribera de piedra. Mirlo tosía, lloraba, le salía agua por la boca y por la nariz, se derramaba en el suelo como una esponja empapada que alguien hubiese dejado caer por descuido.

—¿Estás loco? —preguntó uno de sus salvadores.

—Tienen una vida muy dura —comentó en voz baja una mujer que se había detenido a presenciar la escena.

Se había formado un corro de curiosos que fue deshaciéndose. Un imperial vivo no era tan interesante como uno que se debatiese con un demonio en el canal.

—Vete a casa y cámbiate de ropa —le recomendó su salvadora antes de seguir su camino.

Mirlo no tenía aliento para dar las gracias. Solo podía pensar en ese demonio que había intentado matarlo, ese demonio que él, tal vez erróneamente, había creído que lo percibía de forma diferente. Se preguntaba qué había significado, entonces, el extraño encuentro en la barca, y no hallaba respuesta.

Temblaba de frío. No tenía casa a la que ir ni otra ropa que ponerse. El viento despiadado estaba tan cargado de humedad que solo servía para enfriarlo aún más. Mirlo apoyó las manos en la piedra blanca y rugosa. Se incorporó. Buscó la muleta con las manos.

Al ponerse en pie, cansado, dolorido y tiritando, se vio desde fuera, como si fuese testigo de su situación en lugar del protagonista, y sintió lástima y repulsión por sí mismo. *Mirlo Yavuz, estás en un estado lamentable*, pensó, *y todavía queda mucho invierno*.

Cojeó por callejuelas estrechas, con altos edificios que servían de barrera contra el viento. Sentía que la Serena inclinaba las fachadas hacia él, tanto que casi se tocaban en la parte superior y el cielo era solo una delgada franja entre tejados. Habría querido pensar que la ciudad lo protegía, pero era demasiado consciente de que una fantasía indulgente no le daría calor ni refugio.

Caminó hasta el Gran Canal para ver cómo se encendían los faroles de los palacios. El paseo de la orilla acababa abruptamente en un embarcadero pequeño, de madera, interrumpido por un edificio que se adentraba en el agua más que los demás. A aquellas horas ya habían

regresado todos los barcos y, por lo tanto, aquel lugar estaba desierto. La esquina de la fachada protegía a quien se sentase en el suelo, frente al muelle, de las miradas indiscretas, y las sombras lo hacían invisible a ojos de cualquier espectador de la orilla opuesta.

Mirlo apoyó la muleta en la pared. Con movimientos lentos, se deshizo de los pantalones, de la camisa, de la chaqueta y del zapato que le quedaba. La piel se le secaría antes que la ropa, y prefería el frío seco al húmedo.

Mucho invierno, pensó de nuevo. Se apretó contra la pared de piedra, buscando abrigo.

Temblaba tanto que le era imposible dormir, pese a tener comida en el estómago y estar exhausto. Una de sus piernas, la que había agarrado el demonio, estaba llena de cardenales y marcas enrojecidas. La masajeó sin esperanza de que desaparecieran.

No voy a vivir mucho más. El pensamiento llegó de pronto, como un relámpago en una tormenta. Enseguida lo siguió el trueno: *No aquí*.

Aquella idea era nueva. Nadie entraba ni salía de la Serena, no desde hacía siglos. Mirlo nunca había conocido otro lugar, aunque sus padres y el resto de los imperiales hablasen de otras costas, sitios lejanos que sus antepasados habían llamado hogar, al otro lado de la laguna, en Tierrafirme.

Mirlo cerró los ojos y se permitió recordar esos paisajes que solo había conocido a través de historias de otros. Montañas, valles, ciudades en las que la gente hablaba idiomas que él había aprendido sin comprender muy bien el motivo. Poblaciones en las que no sería un paria sino un recién llegado, considerado forastero, en el peor de los casos, o un hijo perdido y retornado en el mejor.

Nadie entraba ni salía de la Serena.

Desencantado, Mirlo abrió los ojos y se encontró cara a cara con un demonio.

No era el mismo. No tenía cintas ni siete ojos ni escamas luminiscentes. Se sostenía sobre cuatro brazos fuertes, de piel gris sin escamas, veteados en tonos dorados; sus manos con dedos largos, llenos de articulaciones y terminados en zarpas, aferraban el borde de madera del pequeño muelle. Su cuerpo, pesado y musculoso, caía hasta hundirse en el agua y emerger a algo de distancia, revelando sus inmensas dimensiones. Asomaba una cola larga con dos aletas

membranosas rasgadas en algunos puntos, en las que el gris veteado se convertía en un hermoso verde aguamarina. El demonio tenía un rostro humanoide, enmarcado por una maraña de cabellos verdes como algas, ojos de gato y enormes orejas móviles.

—No —susurró Mirlo—. No tendréis otra oportunidad de ahogarme hoy. No puedes salir del agua. Aún no es carnaval.

El demonio echó las orejas hacia atrás, luego hacia delante. Entornó los ojos con un par de párpados translúcidos. Parecía intrigado.

—¿Qué quieres? ¿Por qué te intereso? —Con cada palabra de Mirlo, la criatura se asombraba, ladeaba la cabeza, escuchaba—. Solo soy un imperial. Todos los años evito ir a las fiestas en vuestro honor y a nadie le importa. ¿Os he ofendido? ¿Es eso? —También él ladeó la cabeza. Uno y otro se observaron con curiosidad—. ¿Vais a venir a por mí en cuanto podáis salir del agua?

La sola idea le hizo sonreír. Era absurdo pensar que los poderosos demonios fuesen a perder el tiempo en pos de un imperial irrelevante.

La criatura no se movió del sitio. No podía acercarse más a Mirlo, de modo que se contentaba con no perderlo de vista y estudiarlo desde lejos.

—¿Qué es lo que quieres? —volvió a preguntarle. Se le ocurrió de pronto que era él, en realidad, quien podía tener una petición. Con el corazón bombeándole en la garganta y las sienes, se inclinó hacia delante, lo justo para que el demonio no pudiese tocarlo, y musitó—. ¿Puedes sacarme de la Serena?

Lanzó un rápido vistazo a su alrededor. Con la mano, recogió un puñado de piedrecillas del suelo y las arrastró hasta colocarlas entre él y la criatura. Su gesto pareció interesar al demonio, que examinó con mirada atenta lo que hacía. Mirlo colocó las piedras formando un círculo.

—La frontera. Nosotros estamos aquí. Esto es Tierrafirme… —Dibujó en el suelo la forma de la Serena, en el centro del círculo, y otras costas desconocidas más allá.

El demonio emitió un sonido parecido a un relincho que casi arrojó a Mirlo al agua del susto. Golpeó el agua con la cola varias veces, súbitamente frenético. Mirlo retrocedió, espantado, sin saber si había provocado entusiasmo o ira. Entonces, la criatura hundió en el agua

una de sus manos y acto seguido la colocó sobre el círculo de piedras, inundándolo con el agua que se escurría por sus dedos afilados.

—¡Sí! —Mirlo regresó hacia delante, igual de exaltado que el demonio—. ¡Eso es! ¡La Serena!

La certeza de que la criatura lo había comprendido lo aturdió como un mazazo en la cabeza. Se había comunicado con uno de esos seres, aquella vez de verdad, había lanzado un mensaje y el otro lo había recibido. Los demonios lo veían y lo escuchaban, a él entre todos los ciudadanos de la Serena.

Y tal vez, tal vez, pudiera explicarles lo que deseaba. Tal vez, tal vez, abriesen las fronteras para él.

Tal vez, tal vez, haría lo impensable: abandonar la Serena para sobrevivir. Nada más imaginarlo a Mirlo se le rompió el corazón y, al mismo tiempo, supo que era su única opción.

Se retiró hasta apoyar la espalda en la fachada del edificio: en el muelle el viento le había amoratado el rostro y los dedos, y todo su cuerpo tiritaba con tanta violencia que Mirlo temía caer al agua. El demonio no se marchó. Permaneció inmóvil sobre sus brazos, como si no conociera el cansancio. Dormir era imposible por el frío y por la presencia de la criatura. Mirlo aceptó que pasaría la noche en vela, frente a frente con el demonio; o al menos, se quedaría despierto hasta que este resolviese regresar al agua.

Hasta que despuntó el alba, permanecieron los dos en el embarcadero, y Mirlo Yavuz le habló en voz alta durante horas, sobre la vida y sobre sí mismo, y el demonio escuchó como si aprendiese, y poco a poco Mirlo se hizo la ilusión de que, si bien no le entendía, quizá un día llegase a hacerlo.

La Cámara del Senado, más recogida que la del Gran Consejo, compensaba sus dimensiones reducidas con una apabullante riqueza en dorados y pinturas. En la tribuna de madera oscura que presidía la cámara se sentaban la duquesa y sus consejeros; el resto de los miembros del Senado ocupaba los asientos dispuestos a lo largo de las paredes laterales. Una de ellas estaba adornada con un vistoso reloj astrológico; la otra, con la hermosa vista a la laguna y la isla de San

Jorge. Por los ventanales entraba la luz del mediodía, que animaba las ganas de marcharse de los senadores.

Un hombre cruzó las grandes puertas, atravesó la sala y se inclinó ante la duquesa. Esta le hizo un gesto para permitir que se acercase a la tribuna. Él le habló casi al oído. Ella negó con la cabeza.

—No. Hoy no voy a ver a nadie. —Y después de escuchar la respuesta en susurros, añadió ofendida—: ¿Un imperial? —Atendió al hombre por última vez. Él, preocupado, olvidó bajar el tono y los consejeros pudieron oír que mencionaba a un hombre que declaraba ser capaz de hablar con los demonios. La duquesa frunció el ceño—. Quiero a todo el mundo fuera de la cámara ahora mismo. Que solo se queden los consejeros.

Aquello despertó a los senadores que llevaban un rato amodorrados. Obedientes, se pusieron en pie y salieron de la sala entre murmullos y miradas cargadas de curiosidad a la duquesa.

—¿Has oído? —preguntaban algunos—. ¿Algo sobre los demonios?

—No puede ser verdad —respondían otros—. Los demonios no hablan como nosotros.

Los asientos laterales quedaron vacíos. Al cabo de unos momentos, los consejeros y la duquesa contemplaron cómo un imperial joven, cojo y desgarbado, sucio y con solo un zapato, entraba en la sala bajo las espléndidas pinturas del techo. Se detuvo frente a la tribuna, asimétrico, apoyado en una muleta tosca hecha con un palo medio podrido, se presentó como Mirlo Yavuz y declaró que era capaz de comunicarse con los demonios.

Un murmullo escandalizado recorrió la tribuna, pero murió deprisa cuando la duquesa se puso en pie. Examinó al imperial con gesto severo.

—Los demonios no reparan en los humanos —objetó ella—, mucho menos en los imperiales.

—Reparan en mí —replicó el joven con sencillez—. Ya he empezado a tender puentes con ellos. Solo necesito más tiempo para que la comunicación sea fluida.

—¿Qué interés podría tener un imperial en hablar con los demonios?

Era una pregunta retórica, pero Mirlo Yavuz la respondió de todos modos:

—Saber qué es lo que quieren de nosotros. Pedirles, a cambio, que abran las fronteras.

Biasio Bonbiolo estalló en voces; ni Marga Sartori ni la señora Abacqua, sentadas una a cada lado, lograron hacerlo callar. El consejero Vianello, indignado, se puso también en pie. Solo la duquesa y el imperial permanecieron en silencio, mirándose uno a otro, insensibles a la tormenta que había despertado a su alrededor.

—Silencio. —La orden de la duquesa tardó en hacerse oír, pero un golpe en el suelo de las armas de los dos miembros de la Guardia presentes bastaron para acallar los gritos—. Las fronteras de la Serena no se pueden abrir, no al menos por voluntad de un imperial. Márchate de aquí, Mirlo Yavuz, y agradece mi bondad al no hacerte tomar preso por blasfemias. Si vuelven a llegar a mis oídos tus invenciones, no seré tan benevolente.

La Guardia sacó al imperial a empellones. Lentamente, la duquesa volvió a tomar asiento.

—Tenemos que actuar deprisa —afirmó en cuanto se cerró la puerta.

Sus consejeros asintieron y se volvieron hacia ella, con gesto serio, para escuchar.

Mientras tanto, Mirlo Yavuz era expulsado del Palacio Ducal por la puerta pequeña. Los guardias lo empujaron al exterior sin miramientos; la muleta cayó con estrépito al suelo por un lado y el hombre por otro. Se arañó las manos y las rodillas, y dejó una pequeña mancha de sangre en la piedra.

Los guardias se retiraron. Mirlo se puso en pie y cojeó, con una mueca de dolor al apoyar el pie, hacia la muleta. Se agachó al recogerla, pero dos zapatos azul celeste, bordados en oro, se plantaron junto al palo, obligando a Mirlo a levantar la mirada. Un joven moreno de ojos dorados y largas pestañas lo contemplaba desde arriba. No hizo ademán de ayudarlo a levantarse. Mirlo se incorporó solo y dio un paso atrás. Se inclinó profundamente: la reverencia más humilde, la de un imperial ante un aristócrata sereno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el noble.

—Mirlo Yavuz.

Casi sin esperar a escuchar la respuesta, el otro inquirió:

—¿Eres tú quien acaba de pedir audiencia con la duquesa?

Mirlo frunció el ceño.

—Disculpe, señor —murmuró—. ¿Quiere algo de mí?

—Sí —contestó el otro con tono luminoso—, pero no podemos hablar aquí.

Echó a andar por el paseo, dio unos pasos y se giró al ver que Mirlo no lo seguía. El imperial dudó un instante. Después, cojeó tras el aristócrata, apoyándose en la muleta e ignorando el dolor en sus manos magulladas.

Torcieron en la primera esquina para alejarse del Gran Canal e internarse en la intrincada red de callejones oscuros del distrito de San Teodoro.

—Está claro que la duquesa no te ha dado lo que querías —declaró el aristócrata—. Yo puedo hacerlo. Puede que nuestros intereses no sean dispares, si es cierto que puedes hablar con los demonios.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Mirlo, asombrado, porque aquel hombre no era uno de los consejeros y no había estado presente en la sala cuando él había hablado con la duquesa.

—Solo los miembros del Senado con buen oído. Y ahora no me hagas perder el tiempo. Ya no puedes contar con la duquesa; si quieres tener una segunda oportunidad conmigo, empieza a hablar.

Mirlo apretó los labios. Le costaba seguir el ritmo del otro al caminar.

—Me he comunicado con los demonios, me han buscado ellos a mí en dos ocasiones. Quiero averiguar por qué. Quiero perfeccionar la forma en la que hablamos, para asegurarme de que los entiendo y que ellos comprenden lo que les digo yo. Quiero crear un enlace entre ellos y nosotros. —Se detuvo un instante para respirar. El otro hizo lo propio, aunque unos pasos por delante—. Quiero abrir las fronteras de la Serena.

Los ojos del noble brillaban como dos ascuas encendidas.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

Hacía que pareciese fácil conseguir cualquier cosa. Mirlo se dio cuenta de que sus peticiones no iban a significar nada para él.

—Tiempo. No puedo dedicarme a esto si tengo que buscarme la vida para subsistir. Necesito un techo, comida y seguridad, además de los recursos que puedas ofrecerme.

—¿Qué recursos? ¿Un barco?

—No lo sé. —A Mirlo ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad —. Irán surgiendo necesidades. Y cuando lo consiga —añadió, súbitamente—, cuando abramos las fronteras, quiero una recompensa: oro y un barco que me lleve a Tierrafirme.

El otro asintió.

—Todo eso te lo podré dar.

—También necesito saber con quién estoy haciendo negocios.

Una sonrisa repentina del noble. El rostro de Mirlo continuaba serio, casi inexpresivo.

—No me lo preguntan mucho. Soy Baldizere Abacqua. —Volvió a echar a andar, con Mirlo detrás—. Nadie puede saber qué es lo que estás haciendo. Necesitamos una versión oficial para explicar en qué te estoy apoyando.

Mirlo pensaba deprisa.

—Un estudio sobre cómo otras lenguas han afectado al lenguaje de los serenos desde el bloqueo de las fronteras.

—Lenguas imperiales.

—Sí.

—Está bien.

Bordearon una de las grandes iglesias y Baldizere se dirigió hacia el embarcadero, donde lo esperaba una de las góndolas de su familia. Embarcó sin pensarlo. Mirlo se quedó en tierra, desconcertado ante la súbita marcha del otro. Baldizere lo examinó con la mirada.

—Sube —ordenó, al darse cuenta de que para el imperial no había sido evidente su intención de que lo acompañase. Mirlo obedeció, con dificultad debido a la muleta. En cuanto estuvo en la embarcación, Baldizere se dirigió al gondolero—. Vamos a casa.

Con algo de reparo, Mirlo tomó asiento en uno de los sillones dorados de la góndola. Baldizere se quedó de pie, pero no hizo ningún comentario ni le reprochó haberse tomado aquella confianza.

—¿Tienes casa?

—Tenía. No la puedo pagar.

—Bien. Le dices a tu casero que yo correré con los gastos. Eso es un problema menos —decidió Baldizere—. En cuanto a la comida, lo mejor es que acordemos con las cocinas del Palacio Abacqua cómo te será suministrada. Respecto a los recursos: tendrás acceso a la Biblioteca de Marzenego. —Se detuvo un instante—. ¿Sabes leer?

Mirlo entornó los ojos.

—Todos los imperiales sabemos leer.

La información era nueva para Baldizere, pero aun así no demostró ninguna sorpresa. Que los imperiales lectores fuesen una excepción o la norma no podía importarle menos.

—Muy bien. —Lanzó una mirada más a Mirlo—. No puedes presentarte en la biblioteca así. Date un baño. Ordenaré que te hagan llegar ropa nueva. Y un par de zapatos.

En la planta baja del Palacio Abacqua, en la que se encontraban el embarcadero y las cocinas, Baldizere mandó llamar a una criada de su confianza y dispuso que acompañase a Mirlo.

—Necesitaré tus señas. Las apuntas en un papel y se las das a ella —añadió, dirigiéndose al imperial—. Me voy. Pasad por la cocina antes de iros, luego la góndola os llevará a tu casa. —Sonrió, satisfecho—. Un placer, Mirlo Yavuz. Tráeme noticias pronto.

Se marchó en dirección a las escaleras sin esperar respuesta. Mirlo miró a la criada, aturdido.

—Me llamo Mirlo.

—Jacomina —se presentó ella—. Vamos a la cocina.

Los cocineros no quisieron dirigirse a un imperial, ni siquiera a uno que fuese protegido del señor. Fue Jacomina la que empezó a sacar víveres y a colocarlos sobre una de las mesas para empaquetarlos.

—No tengo cocina —admitió Mirlo, pensando en la humilde vivienda que había ocupado cuando su madre aún vivía—. Solo un pequeño fuego.

Jacomina contempló los alimentos que había seleccionado y apartó algunos.

—¿Sabes qué? Puedes venir a comer aquí, con el resto del servicio, por la mañana, a mediodía y al acabar la jornada. Eso será lo más sencillo. Aun así, llévate esto, por si te entrase hambre.

Fueron en góndola, como dos señores, hasta la tienda del antiguo casero de los Yavuz. El apartamento seguía vacío, nadie había querido vivir en un lugar tan pequeño. El dueño, encantado de volver a alquilarlo, aprovechó para pedir cuatro liras más. Mirlo no lo discutió. Al fin y al cabo, a Baldizere Abacqua no le supondría ninguna diferencia.

—Tengo dinero para la ropa que ha dicho el señor que te compremos —dijo Jacomina.

—No me lo puedes dar —le recordó él—. Los imperiales…

—Ven a que te tomen las medidas. Lo dejaré pagado y podrás ir a buscarlo cuando esté listo.

Mirlo nunca había tenido ropa hecha a medida para él, siempre la había heredado de otros imperiales o de algunos patrones generosos. Acompañó a Jacomina, sintiéndose fuera de lugar en la sastrería limpia y multicolor. Después, cojeó hasta una zapatería en la que la criada de los Abacqua compró un par de su talla. Mirlo salió con ellos puestos, unos zapatos nuevos, fuertes y resplandecientes, que contrastaban con sus ropas deshilachadas, su cojera, sus movimientos torpes.

Al salir a la calle, la brisa fría que agitaba la superficie de los canales le pareció agradable.

11

Noche de estreno

El Teatro Fénix se había vestido de gala para el estreno. Un río de espectadores elegantes había llegado en góndola y ocupado pasillos y butacas. Los señores Abacqua tardaron en sentarse, porque todo el mundo quería hablar con ellos: no en vano su hija pequeña era una de las artistas, lo cual despertaba mucha curiosidad. Baldizere asistió, con distancia y algo de aburrimiento, al espectáculo de sus padres expresando una y otra vez lo contentos que estaban y cantando alabanzas a la directora del teatro, la señora Zambeloto, que tanto había hecho por Fiordelise.

La propia directora, con un vestido blanco de anchas mangas y una corona de plumas del mismo color en la cabeza, se acercó a saludar a los señores Abacqua antes de retirarse al palco que compartía con el director de la Galería, Vivian Zio. Este llevaba un traje estrecho, color azul oscuro, que hubiese sido sobrio de no ser por los reflejos cambiantes que lo recorrían, como sombras bajo las aguas. Un traje que hacía pensar en los demonios. Baldizere, súbitamente interesado, examinó el rostro recto y los ojos rasgados del hombre. Lo recordó arrodillado y suplicando en el Palacio Ducal, como si en lugar de las réplicas de los tesoros la duquesa estuviera exigiendo que entregase su alma.

El personal del teatro atravesó los pasillos apagando dos de cada tres velas. La penumbra era la señal de que el público debía tomar asiento, pero hasta que se levantó el telón no se acallaron los murmullos, e incluso entonces, aún había conversaciones a media voz,

al oído o en la privacidad de los palcos.

La obra comenzó, pero Baldizere, con los ojos bien abiertos reflejando las luces del escenario, estaba lejos, en la laguna, explorando las fronteras; y en otro momento del tiempo, siglos atrás, cuando tuvo lugar el pacto con los demonios.

Fue el primero en ponerse en pie en el entreacto.

—Ahora vuelvo.

Salió del palco antes de que sus padres pudieran acompañarlo. El pasillo estaba aún vacío, aunque empezaban a abrirse las puertas. Baldizere lo recorrió deprisa. Llegó a tiempo para ver a la señora Zambeloto abandonando el palco, y se plantó en la puerta de este antes de que Vivian Zio pudiera seguirla.

—Señor Zio —saludó Baldizere con una sonrisa de zorro astuto—, ¿cómo está?

El director de la Galería frunció ligeramente el ceño. Baldizere Abacqua no era la persona cuya charla más le apetecía, pero apartarlo era impensable. Toda la Serena sabía del frágil estado de salud de la señora Abacqua, y que dado que ella no hacía ningún esfuerzo por descansar o cuidarse, su hijo no tardaría mucho en convertirse en gobernador y consejero.

—Señor Abacqua, buenas noches —saludó, con cortesía sólida y sin matices como la roca pulida—. Muy bien, gracias. Espero que usted también. ¿Cómo está su madre?

Baldizere entró en el palco y cerró la puerta a su espalda. Quedaron aislados del pasillo, aunque aún abiertos a la sala llena de luces y conversaciones amortiguadas por las cortinas. Vivian Zio se cruzó de brazos.

—Bien —respondió Baldizere—. Mire, me estaba preguntando cuál es el papel de los tesoros en la historia de la Serena, y pensé que seguramente usted pueda aclarármelo.

—Hay muchos tesoros en la Serena —respondió el director de la Galería—. Desde la arquitectura de las iglesias y los palacios hasta los frescos que adornan paredes y techos…

La expresión de Baldizere se endureció.

—Sabe perfectamente de qué tesoros le hablo. ¿Por qué son tan valiosas esas réplicas?

—Se dice que son idénticas a los tesoros originales —respondió el

señor Zio, calibrando cada una de sus palabras como si tuviese que pagar un inmenso precio por pronunciarlas—. Dado que estos se perdieron, las réplicas son lo más cercano que tenemos a ellos.

—¿Qué eran esos tesoros exactamente? ¿Tienen algún significado especial? ¿Son talismanes?

—¿Por qué le interesa esto, señor Abacqua? Son leyendas antiguas.

Baldizere no estaba del todo seguro. Sus ojos volvieron a clavarse en el traje del director de la Galería, en busca de aquello que había despertado su interés, de la chispa que había saltado al unir un concepto con otro, casi sin darse cuenta. Y lo encontró.

—¿Están relacionadas con los demonios esas leyendas?

Vivian Zio desvió la mirada. Estaba a disgusto. Tal vez pensase que si tardaba lo suficiente en responder, el entreacto terminaría y la obra lo salvaría de aquella conversación.

—Vagamente. Se dice que en el momento de realizarse el pacto con ellos y sellar las fronteras, el poder de los demonios, o la magia, como quiera llamarlo —el director hizo un gesto despectivo con la mano, como para quitarle importancia a aquellos cuentos—, quedó atrapado en los tesoros. Adquirieron propiedades extraordinarias, según la leyenda, y por eso podrían considerarse, como ha dicho usted antes, talismanes. Sobra decir que las réplicas, aunque de incalculable valor, son obras de arte nada más… y nada menos —añadió con dignidad.

Baldizere sonrió. Por fin había encontrado un hilo del que tirar.

—¿Cuáles son esas propiedades?

—Eso está abierto a interpretación. No todas las versiones de la leyenda dicen lo mismo —el director de la Galería lanzó una mirada al foso de la orquesta, cuya actividad sugería que les quedaba poco tiempo— y yo no soy un experto.

—Sabe más que yo, se lo aseguro —concedió de buen grado Baldizere—. ¿Qué significa «Fuerza, habla, vida, libertad» en relación a los tesoros?

Vivian Zio tardó en reaccionar. Se encogió de hombros.

—Algunos artistas han relacionado esos conceptos con las propiedades de los tesoros. Solo son cuatro, porque cuando las familias Scarpa y Corso se extinguieron, dejaron también de aparecer sus tesoros en las pinturas.

—Me interesa mucho. ¿Cree que «libertad» se refiere a ser libres de los demonios? ¿De las fronteras, incluso?

—No tiene por qué. —Vivian Zio estaba tan tenso que parecía una estatua—. Podría significar todo lo contrario: ser libres de los imperios enemigos de la Serena.

Una campanita avisó a los espectadores de que el segundo acto estaba a punto de comenzar. La puerta del palco se abrió para dar paso a la directora Zambeloto. El señor Zio esbozó una sonrisa.

—Señor Abacqua —saludó ella, sorprendida—, creo que sus padres lo estaban buscando.

—Están a punto de encontrarme —replicó él alegremente—. Gracias, señora Zambeloto. Y enhorabuena por la obra. Me está gustando mucho.

Regresó al palco de los Abacqua y no volvió a separarse de sus padres durante la función. Por fuera representaba el papel de hijo y heredero ideal, atento, cortés, sosegado; por dentro, pensaba en demonios, en marismas, en Mirlo Yavuz.

Su mente solo regresó al Teatro Fénix después de la función, cuando se encontró en el salón de baile con una copa en la mano, y su hermana y Marte Sartori salieron por fin de los camerinos y se unieron a la fiesta del estreno. Baldizere besó la mano de su prometida y la mejilla de su hermana.

—Enhorabuena.

Fiordelise estaba exultante. Posó los dedos solo un instante sobre la muñeca de Baldizere.

—¿Bailas conmigo luego?

Él asintió y contempló con una sonrisa cómo ellas se perdían entre el resto de la gente, en busca de sus familias y de la señora Zambeloto.

A su alrededor, los miembros de las familias acomodadas de la Serena charlaban en voz alta. Los que comentaban la función eran una minoría. Baldizere percibió, intrigado, que la mayor parte de las conversaciones eran sobre el próximo carnaval, para el que aún faltaba más de un mes.

—Se ha hecho siempre así —decía una mujer con un vestido ostentoso pero un apellido lo bastante irrelevante como para que Baldizere lo desconociese—. Hay que entender que no todos podemos dar o asistir a fiestas en los palacios. La gente necesita celebrar…

—Es esa antigualla de Bertucci, que no sirve más que para molestar —intervino un caballero, provocando un coro de gemidos escandalizados—. ¿Qué pasa? Es verdad. Siempre detrás de la duquesa, sin querer aceptar que la Iglesia Olvidada, olvidada ha quedado.

—Ese hombre odia a los demonios —añadió una joven—, los odia.

—¿Y quién no? Antaño robaban niños y hundían barcos, hoy te ahogan si te encuentran en el agua y los diez días que pueden hacerlo se pasean por nuestras casas como si no importásemos. ¿A quién le gustan los demonios? Eso pregunto.

—A nadie, pero ese hombre los odia con toda su alma. Y no hay que olvidar que fueron los demonios quienes nos protegieron en el momento de la invasión…

—Nos aislaron…

—La Iglesia Olvidada lleva siglos soñando con recobrar su antiguo esplendor, y Salvador Bertucci está dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar el poder, incluso aunque esté a vista de todos que lo que predicaba era falso. ¿Qué decía su Iglesia de los demonios? Pues eso. Esto no debería sorprender a nadie. Lo raro es que la duquesa le baile el agua…

Baldizere dio un paso adelante para unirse al corro.

—Discúlpenme. —Su voz queda hizo callar al grupo entero—. ¿Qué es lo que la duquesa ha concedido al patriarca?

—No lo ha anunciado todavía, pero se rumorea que lo hará dentro de poco —le confió una de las mujeres—: al parecer se retira el presupuesto para las fiestas públicas.

—Hay quien dice que incluso prohibirá que se celebren en plazas y lugares abiertos —añadió la joven—. Es decir, que tendrán lugar solo en los palacios y los edificios oficiales.

Aquella información tomó por sorpresa a Baldizere. Si era verdad, significaba que el pueblo llano no tendría permitido dar fiestas en honor a los demonios, que por sus dimensiones no podían entrar en las casas humildes, ni tampoco asistir a ellas salvo que los plebeyos fuesen convidados a los eventos de los aristócratas. El pacto con los demonios especificaba que durante los diez días del carnaval estos serían invitados de honor, y por eso el gobierno de la Serena había animado siempre a sus ciudadanos a ofrecer y participar en las fiestas,

honrando a las criaturas en todo momento, hasta el punto de establecer sanciones para quienes no lo hiciesen. Las únicas excepciones eran niños pequeños, ancianos y enfermos, que debían permanecer en el interior de sus viviendas. Los demonios, cuando salían del agua, eran inofensivos para todos aquellos que les rendían homenaje, pero podían atacar a quienes no lo hicieran.

—¿Y qué va a hacer la gente? ¿Atrincherarse en sus casas? —preguntó.

Solo recibió como respuesta un silencio incómodo. Nadie lo sabía.

—Hace años ya que se sabe que los demonios no suponen una amenaza —aventuró uno de los caballeros—; al menos, no más en carnaval que durante el resto del año. Las fiestas son una costumbre obsoleta, antigua. Si no las celebramos, ellos no saldrán del agua. Eso he oído.

—Tiene sentido —agregó la mujer que se encontraba a su lado—. La duquesa no pondría la ciudad en peligro. Es evidente que tiene información que nosotros no.

—El patriarca lleva años predicando que las fiestas de los demonios son una exaltación del vicio y las malas costumbres —comentó otro hombre—, debe ser que la duquesa ha decidido actuar contra ellas.

—Por lo visto, solo las de los pobres son una exaltación del vicio —señaló, irónica, otra de las mujeres.

—Tú no le des ideas, no vaya a ser que las prohíba todas.

—Yo no me preocuparía mucho por esto —recomendó Baldizere—. Un rumor no es más que un rumor.

Hacía unos momentos que el tema había dejado de interesarle, porque una de las mujeres del corrillo, pelirroja y casi tan alta como él, había llamado su atención. Su rostro tenía un atractivo singular, sin ser bello resultaba llamativo. Algunos mechones de su cabello escapaban del elaborado peinado para acariciar la piel morena de su cuello. Tenía una nariz grande que no estorbaba al contemplar sus ojos encapotados.

Baldizere no solía fijarse en mujeres, pero estaba seguro de que a esta la había visto antes y en aquel momento no podía dejar de mirarla. Ella se dio cuenta y le sonrió.

Después de haberla observado con tanta atención, que él se

apartase podía ser interpretado como desprecio. Las familias gobernantes en la Serena mantenían su estatus en gran parte gracias a la simpatía del resto de la aristocracia y del pueblo, por lo que ninguno de sus miembros podía permitirse tales desaires en público. Baldizere ofreció la mano a la dama, cuyo nombre desconocía, y se inclinó. Ella dudó un segundo antes de aceptar, y dejó que la condujera hacia la pista de baile. Se detuvieron un instante, uno junto a la otra, para que les dejasen paso.

—Señor Abacqua —murmuró ella, aprovechando la cercanía—, está aquí su prometida.

—Es solo un baile. —A Baldizere no le preocupaba. Ladeó la cabeza, intrigado por el aparente desconocimiento de etiqueta de la mujer—. Dos, en cambio, sería un problema. —Ella rio—. Por favor, ¿con quién voy a tener el gusto de bailar?

Ella respondió, pero Baldizere no captó el nombre porque en aquel preciso momento empezó a sonar la siguiente pieza y la gente que había de pie ante ellos se hizo a un lado, permitiéndoles entrar en la pista. Bailaron juntos, despacio. A los pocos pasos quedó claro que ella no tenía la menor técnica, le costaba seguir a Baldizere y dejarse guiar por él.

A Baldizere le daba igual si el baile era bueno o malo, fluido o torpe. Le hizo reír el mohín de disgusto que ella puso durante un segundo al dar un traspié. Sintió un arrebato de ternura al verle las mejillas adornadas con una pizca de sonrojo.

Hizo una inclinación cuando el baile terminó. Ella le respondió con un gracioso gesto de respeto.

Solo podía ser uno, lo contrario podía entenderse como una afrenta hacia los Sartori.

Antes de que Baldizere pudiera decidir qué decirle, la mujer se retiró de la pista. El cuarteto de músicos estaba a punto de volver a empezar a tocar, y Fiordelise apareció delante de su hermano, le agarró las manos y lo obligó a colocarlas en posición de baile.

—Me lo prometiste —refunfuñó, con disgusto fingido.

—Qué le vamos a hacer —suspiró él.

Bailó con ella hasta que estuvo seguro de que Biasio Bonbiolo estaba demasiado borracho para soñar siquiera con pedirle un baile. Después, le ofreció la mano a Marte, porque la nube de desaprobación

que crecía sobre las cabezas de los señores Abacqua y Margherite Sartori era tan densa que Baldizere temía que rompiese a llover. No hablaron en aquella ocasión, bailaron en silencio, formales, aunque la incomodidad que había reinado entre ellos se había aplacado.

Cuando la música terminó por fin, Baldizere recorrió el salón de baile, molesto cada vez que alguno de los presentes lo detenía para intercambiar con él unas palabras corteses, porque cada desvío obstaculizaba su búsqueda. Dio lo mismo. No fue capaz de encontrar a la mujer pelirroja.

Marga Sartori esperó a que su hermana interactuase con su prometido, porque si se marchaba antes de que esto sucediese, la fiesta no habría servido de nada. Lo único bueno de la afición de Marte por el teatro, además de tenerla ocupada y fuera de casa muchas horas al día, era que estrechaba los lazos entre ella y Fiordelise; o lo que era lo mismo, entre los Sartori y los Abacqua. Marga estaba dispuesta a apoyar cualquier actividad que acercase a Marte y a Baldizere, ya fuese directa o indirectamente.

Después de aquel baile, que ambas hermanas sabían, una con resignación y la otra con rebeldía, que se trataría del único, podían regresar al Palacio Sartori.

—¿Y si yo me quiero quedar? —gruñó Marte—. Fiordelise se queda.

—Los padres de Fiordelise son los responsables de Fiordelise.

—Y Marte es la responsable de Marte.

Marga suspiró. No aguantaba las muecas de su hermana pequeña, que actuaba como una niña de catorce años en lugar de la joven que era.

—Marte será responsable de Marte cuando se case y viva en su propia casa.

—Sí, cuánta prisa tienes —farfulló Marte mientras su hermana, tomándola del brazo, tiraba de ella discretamente hacia el foyer del teatro. Margherite lograba hacerlo entre sonrisas y despedidas, sin que nadie se diera cuenta de que sus dedos se hundían en la carne de Marte hasta volverse blancos— por que deje de ser tu problema para

convertirme en el de Baldizere. Es eso, ¿verdad? —Marga no se dignó a responder—. Como cuando vendiste aquella yegua joven que no sabías montar. Que sea problema de otro. Igual, pero con tu hermana.

—Cállate. —La sonrisa de Marga estaba tallada en sus labios y era inamovible.

Salieron al embarcadero por las grandes puertas de hierro. Marga saludó a la gondolera que las ayudó a embarcar. Colocó a su hermana junto a ella en el asiento, a la fuerza, porque aún no le había liberado el brazo.

—Me estás haciendo daño —se quejó Marte.

—Desde que murieron padre y madre —la voz de Marga era contenida, pero temblaba de rabia— he tragado por las dos, sí, yo: he cargado con todas las tareas desagradables, con las preocupaciones, con el deber y con el miedo, todo por ti, para protegerte. He sido la hermana mayor que tú nunca hubieses tenido el carácter para ser, porque nunca has dejado de estar mimada como una niña pequeña. Te niegas a crecer, Marte, y por eso me toca ser adulta por las dos.

—Nadie te lo ha pedido.

—Sí, mamá me lo pidió. Eres mi hermana pequeña.

—No te pidió que me casases para quitarme de en medio, para afianzar tus alianzas políticas…

—Tú sabes perfectamente por qué quiero que os caséis cuanto antes —la cortó Marga.

Las dos callaron durante unos segundos largos como meses.

Marga sabía que lo mejor para todos era que Marte dejase de vivir con ella. Era no solo una necesidad, sino una urgencia, y la única forma de hacerlo, desde que los conventos de la Iglesia Olvidada habían sido abandonados, era a través de una boda.

Ella no podía seguir viviendo alerta, vigilando dónde se hallaba su hermana en cada momento; tensa si debía salir del palacio y Vittorio se quedaba en él, en su despacho, en la oficina de la entreplanta o en el salón, tal vez acompañado, pero quizá solo y aburrido. No se quedaba tranquila cuando sabía que su hermana estaba en el estudio, tocando el piano, o en la salita, o quién sabe dónde, porque en cualquier punto de la casa Vittorio la encontraría.

No quería volver a entrar en uno de los salones del Palacio Sartori y ver a Marte arrinconada, con la falda levantada, y tener que soportar

la sonrisa de medio lado de su marido, que la miraba con la resignación indolente de quien acepta como inevitables sus propios defectos. Y ella era capaz de comprender e incluso de aceptar el deseo, porque lo amaba con toda su alma, pero los celos la dominaban por las noches y contaminaban lo que sentía tanto por su marido como por su hermana.

Marga no podía tolerarlo. Eso sí que no.

—Tú no sabes nada —replicó Marte, en voz baja, cuando ya llegaban al palacio—, porque no me has preguntado.

—Para mí no hay secretos en mi propia casa —respondió Marga—. Sé perfectamente lo que pasa. —Marte lanzó un bufido despectivo. Marga apretó los labios—. No solo sé lo que estás pensando. También sé lo otro.

—¿Qué dices?

—Sé por qué no quieres casarte. Mejor dicho —se corrigió—, sé con quién querrías hacerlo y no va a suceder.

Marte desvió la mirada. No quería hablar de aquello. La gondolera amarró la embarcación y les ofreció el brazo para ayudarlas a bajar a tierra. Uno de los criados abrió la puerta, pero antes de cruzarla, Marga agarró a su hermana del brazo una vez más y la acercó para susurrarle:

—Te lo digo solo para que sepas que, cuando hablo contigo, no lo hago desde la ignorancia. Entiendo lo que te pasa, y siento que estés en una situación difícil, pero vas a casarte con Baldizere Abacqua. Esa es la realidad que debes aceptar. Cada cual tiene su camino, Marte, y este es el tuyo. No hay otro.

Las puertas del palacio se cerraron tras ellas.

El griterío cerca de la puerta del Teatro Fénix que daba a la plazoleta de piedra, por la que se podía entrar andando en lugar de sobre una góndola y que utilizaban principalmente los artistas, atrajo a Baldizere. Las gruesas paredes del teatro ahogaban el ruido, que no se distinguía desde el salón de baile ni desde las salas apolíneas, pero él había estado patrullando los pasillos en busca de la mujer pelirroja, y se encontraba en el foyer cuando oyó las voces del personal del teatro.

Se acercó deprisa y allí estaba ella: dos hombres la sujetaban por los brazos, con una violencia innecesaria, porque en cuanto vio a Baldizere, la detenida dejó de forcejear.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el joven Abacqua en tono autoritario.

—Señor —empezó uno de los hombres—, esta persona se ha colado en la fiesta sin invitación.

—Y si así fuera, ¿sería motivo suficiente para tratarla como a una criminal? —preguntó Baldizere—. Yo también me colaría en las fiestas si la alternativa fuese perdérmelas.

—No es solo eso, señor. No es quien dice ser.

Baldizere lanzó una carcajada que presagiaba problemas.

—No seas ridículo. Soltadla ahora mismo. La he invitado yo personalmente y llevo un buen rato buscándola. —El otro quiso volver a hablar, pero Baldizere levantó el dedo índice y le hizo callar—. Ya nos habéis agraviado lo suficiente. Os movéis en aguas muy peligrosas.

Nadie quería hacer una afrenta al heredero de una de las familias más poderosas de la Serena. Los dos hombres dejaron ir a la mujer pelirroja, que se recolocó el vestido con gesto de vergüenza y avanzó hasta Baldizere.

—Gracias —susurró.

—Ven. —Él le rozó la muñeca con los dedos.

Subieron un piso, pero no para regresar al salón de baile, sino para refugiarse en el palco de los Abacqua, que se encontraba a oscuras. Baldizere se sentó. Su compañera también, frente a él. No podían verse, pero intuían la respiración del otro en la oscuridad.

—No tenía por qué hacerlo, señor Abacqua. Se lo agradezco de verdad. Lo estaba pasando muy mal.

—Nada de señor Abacqua. Y sí tenía por qué hacerlo.

—No me conoce.

—Sé algunas cosas de ti.

Una sonrisa, apenas visible.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Sé, por ejemplo, que te gusta disfrazarte… jugar a ser distintas personas… —Baldizere hizo una pausa, esperando una confirmación que no llegó—. A veces te presentas en los eventos como camarero,

otras como una dama.

Una respiración cortada. Sorpresa.

—¿Cómo…?

Baldizere alargó las manos y tomó entre ellas las de la persona que estaba ante él. Pasó la yema del pulgar sobre los arañazos en la muñeca.

—Tu disfraz no es perfecto. ¿Cómo te llamas? —preguntó—. No te escuché antes… Y no sé si me dijiste tu nombre verdadero.

Una pausa. Un suspiro. Una rendición.

—Ventura.

La confesión del nombre fue un primer paso hacia la desnudez, aunque insuficiente para Baldizere. Deseaba arrancarle más secretos, el vestido, un grito ahogado tras la palma de la mano.

—¿Quién eres, Ventura? ¿Un camarero? ¿Una invitada a un estreno?

Una pequeña risa.

—Ninguna de las dos. —Duda—. Podría ser un amigo.

La oscuridad entre los dos los animaba a ser cómplices. Baldizere quería confiar en aquel desconocido, pero una de las lecciones que más pronto se inculcaban a los Abacqua era que no había que fiarse más que de su familia; no había que tratar con nadie, salvo con sus pares, a los que ataban antiguas lealtades y secretos. La última vez que una Abacqua había tenido una relación de amistad con una plebeya, la consejera Helena Corso la había utilizado para atacar a la familia. La doble traición, política por parte de Corso y personal por la de la plebeya, había poblado de fantasmas el Palacio Abacqua.

Baldizere se debatía entre el tacto tentador de la piel de Ventura entre sus dedos, la mirada que lo impulsaba a querer algo más que un instante de placer y la prudencia que le recordaba que aquello sería fugaz o no sería.

—Ventura, yo no tengo amigos.

—Después de lo que has hecho por mí esta noche, no tengo otra opción que ofrecerte mi amistad. No estás obligado a aceptarla.

A Baldizere se le escapó una sonrisa. Tenía la impresión de que Ventura le proponía un juego, y aunque él no conociese las reglas, tenía ganas de jugar.

—Preferiría otro baile. ¿Cómo aparecerás en la próxima fiesta?

—Depende. ¿Tendré invitación?

Carcajada. A Baldizere le divertía su audacia.

El murmullo suave de la música, que llegaba desde la sala de baile, se interrumpió. Era tarde. La fiesta había terminado, y eso significaba que pronto los señores Abacqua se preguntarían dónde estaba su hijo.

Baldizere se puso en pie.

—Vuelve a cruzarte en mi camino, Ventura. Con invitación o sin ella.

Abrió la puerta del palco y la luz le permitió ver la inclinación cortés con la que le respondió Ventura, con el pie derecho tras el izquierdo y las manos extendiendo gentilmente la falda. Cuando alzó la cabeza, sus ojos brillaban.

—Cualquier cosa por complacerte, Baldizere Abacqua.

Bajó la escalera antes de que el resto de los invitados lo alcanzase, y se marchó por la puerta que daba a la calle, pasando delante de los dos hombres que lo habían retenido unos momentos atrás. Ninguno se atrevió a decirle nada.

12

El rumor del agua en los canales

Fuera de Marzenego, el distrito que gobernaba Moderata Abacqua, poca gente tenía algo que decir sobre la familia. Incluso al noreste de la Serena, entre el antiguo distrito de Luprio, que los Abacqua habían anexado al suyo tras la desaparición de los Corso, y la costa norte que daba a la laguna, toda la información que pudieron recabar los mellizos Malatesta fue una recopilación de datos que ya conocían.

—Los Abacqua siempre han sido distantes, pero justos. La señora Abacqua es una de las mejores gobernadoras que ha tenido el distrito.

—Yo creía que sería elegida duquesa en su momento. Marzenego habría florecido.

—El sastre del señor Abacqua trabaja ahí, en esa casa que hace esquina. Cada dos semanas pasa por palacio.

—Mi prima está en el servicio de los Abacqua, pero todos los cotilleos que me cuenta son de los Vianello. Las Sartori también están siempre con algo, peleas, de todo.

Pelegrina se impacientaba. Aquello no les servía para nada, no los acercaba al tesoro.

—Sí, pero las Sartori no me interesan. ¿Qué te cuenta tu prima de los Abacqua?

—Nada. Los Abacqua nunca discuten, que ella sepa.

En los puestos del mercado, entre cubos de hielo, cuchillos de cortar y pescado con ojos vidriosos, Ventura y Pelegrina daban caza a un chisme que parecía inexistente; ella, con el cabello recogido bajo un pañuelo, sostenía el brazo de su hermano, que estaba caracterizado

como una anciana ciega.

—¿Y a qué viene tanta pregunta? —les bufó un señor muy atareado.

—Oiga —gruñó Ventura—, ya quisiera verlo yo a usted tan mayor como yo, cascado y aburrido. Las historias son lo único que me queda, y por suerte en la Serena hay muchas. No vaya a negarme usted ese único placer.

Él rio con amabilidad.

—Señora, no se preocupe, que aunque usted no vea, los mil ojos de la ciudad estarán atentos para contarle todo lo que pasa. —Y, dirigiéndose a Pelegrina, añadió—: Hija, llévate a la abuela a un sitio más tranquilo, que aquí tenemos mucho lío.

Al otro lado del mercado, un grupo de adolescentes destripaban y despiezaban pescados grandes. Pelegrina se acercó a ellos.

—¿No os importará cederle un taburete un momento a mi abuela? Se ha fatigado y necesita descansar.

Uno de ellos se puso en pie de inmediato.

—Si no le molesta el olor…

—Qué me va a molestar —respondió Ventura, sentándose despacio —, si yo me crie entre pescadores. Gracias, joven.

—Nada.

—Vosotros seguro que lo sabéis. ¿Cuál es el mejor puesto del mercado? —preguntó Pelegrina.

Una muchacha señaló tres de ellos, por orden.

—Nosotros trabajamos sobre todo para esos. El pescado es muy fresco, del día siempre.

—O casi siempre —intervino otro.

—Me han dicho que de aquí sale todo el pescado para el Palacio Abacqua —inventó Pelegrina—. Digo yo que si la gobernadora lo saca de este mercado, será porque es de calidad.

Uno de los chicos soltó un silbido. Su expresividad hizo reír a algunos de los demás.

—¡Ya te digo!

—Entonces, ¿es verdad? ¿Vosotros los conocéis, entonces?

—Vaya. No te creerás que viene la señora Abacqua en persona a comprar el pescado. Hemos visto a gente del servicio, claro, pero vamos, como si fueran de cualquier otro lado, son solo criados. Gente

como cualquiera. ¿Por qué? ¿Qué te pasa con los Abacqua?

Ventura rio por lo bajo. Esperó a que los muchachos lo mirasen con curiosidad.

—A mí me parece que mi nieta está enamoriscada del chico de los Abacqua…

—Pues lo tiene claro.

—¡Abuela! Calla. Vieja boquimuelle… Yo no estoy…

—Baldizere Abacqua, se llama, ¿no? —Fingiendo no hacer caso a su hermana, Ventura se volvió hacia los jóvenes—. ¿Qué sabéis vosotros de él? ¿Es o no es un buen partido?

Ellos intercambiaron miradas divertidas y le hicieron gestos de burla a Pelegrina, que muy en su papel de nieta avergonzada, se sonrojó e hizo una mueca de incomodidad.

—Por el dinero sí —respondió una muchacha—, por lo demás, cualquiera sabe. Hay quien dice que a Baldizere Abacqua lo rodean malos presagios.

Eso interesó a los mellizos.

—¿Qué presagios?

—No sé exactamente.

—Por eso no va a ser duque cuando la enfermedad se lleve a la madre —interviene otro de los chavales—. Será consejero, porque es el primogénito, y gobernador de Marzenego, pero nunca lo elegirán duque. Le van a dar el título a Margherite Sartori, todo el mundo lo sabe ya.

—Sí, esa es la razón por la cual Baldizere se ha comprometido con la hermana pequeña de la Sartori —compartió una de las muchachas —. Es lo mejor a lo que puede aspirar.

—Malos presagios —repitió Ventura, pensativo—. Me gustaría saber más.

Pelegrina le lanzó una mirada de reojo. Entendía lo que estaba haciendo Ventura: si Baldizere Abacqua iba a ser su acceso al palacio, convenía conocerlo lo mejor posible. Sin embargo, la impaciencia la devoraba por dentro, y le costaba contener la sensación de estar dando un rodeo.

—¿Sabéis quién puede hablaros de esto? Mi bisabuela. Tiene casi cien años, no puede moverse ni dormir ni comer ni beber… —los demás chavales se rieron, incrédulos, pero la muchacha insistió—, ¡en

serio!, pero se acuerda de todo perfectamente. Está aburrida como una ostra y seguro que le da charla, señora.

—Parece la compañía perfecta —dijo Ventura—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Vive en una casa amarilla que hace esquina en un patio pequeño. Si tiráis hacia allá, pasáis el Puente de la Maravilla y giráis a la derecha…

—¿Pasando una panadería? —preguntó Pelegrina.

—Sí. La panadería es de mis tíos. Si no encontráis la casa, preguntadles a ellos.

No les hizo falta entrar en la panadería. A pocos pasos del puente encontraron un callejón a la derecha, muy estrecho, que conducía inesperadamente a un patio verde y bonito, lleno de plantas, en el que destacaba la fachada amarillo brillante de una de las casas. Sobre la puerta colgaba un reloj de cobre: señal inequívoca de que en aquel lugar habitaba una bruja.

—¿Estamos seguros? —preguntó Ventura, en voz baja.

Pelegrina hizo una mueca en su dirección antes de llamar a la puerta.

—¿Hola? —respondió una voz cascada muy débil.

—Buenas tardes, señora —saludó ella animosamente.

—Cassandra Bargamasca —puntualizó la voz con firmeza por debajo de la vulnerabilidad.

—Señora Bargamasca —corrigió Pelegrina—. Nos han dicho que usted puede hablarnos de Baldizere Abacqua y los malos presagios que lo rodean.

Hubo un instante de silencio. Después, la voz respondió con algo más de fuerza desde el otro lado de la puerta:

—Una mujer disfrazada de muchacha y un hombre disfrazado de anciana preguntan por Baldizere Abacqua. Tenía que haberlo supuesto. Antes o después debía suceder. —Los mellizos dieron un respingo, alarmados. Era imposible que la bruja supiera quiénes eran, no solo por lo convincente de sus disfraces, sino porque no había ventanas en la casa ni mirilla en la puerta. El sobresalto impulsó a Ventura a erguirse, olvidando la posición inclinada que tomaba para interpretar el papel de abuela—. Qué ternura… No os asombréis tanto. Yo lo veo todo… De no ser así, no habríais venido a hablar conmigo.

La puerta se abrió. No había nadie detrás.

—Vamos —susurró Pelegrina.

Entró primero, porque sabía que de no ser así su hermano se echaría atrás. El interior de la casa no era inquietante en absoluto: una sala de estar, pequeña pero acogedora, con una pequeña chimenea a un lado. Había una anciana sentada en un sillón, cerca de la lumbre, envuelta en tantas mantas que resultaba imposible distinguir la forma de su cuerpo. Tenía el cabello blanco, fino y escaso, recogido en un gorro que llevaba calado hasta las orejas. No se le veían ni brazos ni piernas.

Mantenía los ojos cerrados, y no miró a los recién llegados.

—Los malos presagios de Baldizere Abacqua —musitó, como para sí.

La puerta se cerró a espaldas de los mellizos, alarmándolos. Ventura se aferró al brazo de Pelegrina.

La anciana bruja chasqueó la lengua.

—Si no cierro, entra el frío. ¿Qué traes ahí, hija? —Como Pelegrina, asombrada, no respondió, la anciana añadió—. Llevas en el dedo un lunar pensado para espiar todas tus conversaciones. Si alguien más quiere escuchar lo que hayáis venido a hablar conmigo, más vale que venga en persona. No voy a tolerar este tipo de encantamientos en mi casa.

—Lo siento —replicó Pelegrina, ignorando la mirada de alarma de su hermano—. No sabía que lo llevaba.

Apretó los dientes al pensar que aquel lunar que se le había pegado al tocar las entradas del teatro le había servido a la mujer enmascarada para espiarlos. La sola idea le daba náuseas.

—Acércate. —Pelegrina obedeció, colocándose de rodillas junto a la anciana. Esta tomó su mano y, con cuidado, pellizcó el lunar y lo levantó como si fuese el pétalo de una flor—. No está muy bien hecho. Sea quien sea que te lo haya puesto, es un aficionado.

La bruja alargó la mano, a ciegas, y tomó una bolsita de piel que reposaba sobre una pila de libros a su izquierda. Metió el lunar dentro; después, añadió una piedra suave y negra que escogió de una bandejita, una pizca de polvos amarillos de una caja tallada y, finalmente, un pelo rojizo, de la propia Pelegrina, que tomó sin preguntar del cuello de su vestido. Lo agitó todo dentro de la bolsa.

—Esto está mejor. Ahora funcionará para ti, si lo quieres usar. —Refunfuñando sobre la gente que no sabía hacer bien las cosas, guardó la bolsa en una lata rectangular y se la entregó a Pelegrina—. ¿Queréis sentaros? No —se respondió a sí misma, sin dar tiempo a que lo hicieran los mellizos—, tampoco va a merecer la pena. No tengo mucho que contar sobre Baldizere Abacqua. Es esquivo, se esconde en lo alto de una torre y solo baja por las noches, a hurtadillas, enmascarado. Nadie sabe quién es Baldizere Abacqua, seguramente tampoco sus padres. Dicen que no se toma en serio sus responsabilidades, que es un joven volátil y caprichoso, pero ¿qué pruebas tienen? Nunca hace nada, que sepamos. Hemos visto los desplantes de Marte Sartori a su hermana. Hemos sido testigos de la serenidad de Marga, de la diligencia con la que Zorzi Vianello hace lo que se le pide y exclusivamente eso. Pero ¿y Baldizere Abacqua? ¿Cuáles son sus miedos, sus objetivos, sus deseos?

Los mellizos atendieron en silencio. Ninguno de los dos se atrevía a tomar asiento, aunque no hubiesen entendido del todo por qué la anciana se lo había negado.

—¿Qué sabe usted de él, Cassandra Bargamasca? —preguntó Pelegrina.

—No. Ya os he regalado un favor y no voy a haceros más. Historias a cambio de historias —respondió ella con sequedad.

Pelegrina asintió. Era justo.

—Hace dos noches, durante el estreno de una obra en el Teatro Fénix, intenté colarme en el Palacio Abacqua. Descubrí que, cuando los señores están fuera, dejan a un criado en cada distribuidor, de modo que no se puede entrar en los dormitorios ni el gabinete de la señora sin ser visto. Los Abacqua les permiten encender las chimeneas, y los criados comentaban entre ellos que se está más a gusto allí que en la planta destinada a la servidumbre.

—Es muy generoso eso por parte de los Abacqua —comentó la bruja—. O tal vez esperen que alguien entre a robar e intenten ponerle obstáculos. Todo el mundo sabe que los fantasmas no son suficiente como guardianes. —Pelegrina asintió, sin decir nada. La anciana hizo una pausa larga, antes de preguntar—: ¿Qué puede contarnos tu hermano, el chico que se disfraza de vieja?

Ventura tragó saliva. Su melliza lo miraba interrogante, pero a él

no se le ocurría qué decir.

—Algo sabrás —susurró Pelegrina—. Venga.

—Baldizere Abaqua es curioso —dijo Ventura—. Quiere saber cosas de los demás cuando le interesan. Se fija en los detalles. —Inconscientemente, llevó los dedos a los arañazos que aún le marcaban la muñeca—. No le importa… no parece darle *mucho* valor al estatus de los demás. Habló conmigo sabiendo que no soy noble. Habló conmigo… como si fuera un igual.

La bruja hizo un leve gesto de extrañeza. Alargó una mano temblorosa para comprobar la dirección de un viento imaginario en el interior de la casa. Los mellizos intercambiaron una mirada.

Finalmente, la anciana asintió, como si considerase que el pago había sido bastante. Entonces, por fin, empezó a hablar:

—Recuerdo la noche en la que nació Baldizere Abacqua. Llovía mucho, tanto que el agua amenazaba con salir de los canales e invadir las calles. No parecía que la tormenta fuese a terminar jamás. Mientras tanto, en el Palacio Abacqua, la señora sufría durante el parto. Se habían convocado a médicos de toda la ciudad, para que la atendiesen en cuanto naciese el niño, aunque las matronas tenían pocas esperanzas: el bebé sobreviviría, decían, y pronto sería huérfano. Demasiada lluvia, demasiada sangre. Nació justo a medianoche, con tan mala suerte que el campanero, zarandeado en lo alto del *campanile* por el agua y el viento, se equivocó de cuerda e hizo sonar el *maléfico*. Las campanadas que anuncian ejecuciones sonaban en el momento en el que nació Baldizere Abacqua.

—Un mal presagio —susurró Ventura.

—El peor de los presagios —confirmó la bruja—. La señora Abacqua estuvo a punto de morir en el parto, pero esa mujer es más fuerte que la muerte y que la enfermedad. Esa misma noche, todos los videntes de la Serena vimos el mismo futuro: Baldizere Abacqua vino al mundo con sufrimiento y sangre, y eso es todo lo que podrá ofrecer durante su vida.

Justo en aquel momento, se oyó el clamor de las campanas a lo lejos. La que sonaba era la *trottiera*, que se empleaba para convocar a los miembros del Gran Consejo o para avisar a los ciudadanos de la Serena de que estaban a punto de compartirse noticias importantes para la ciudad.

Considerando que la bruja ya les había dicho todo lo que necesitaban saber, Pelegrina se puso en pie.

—Vamos a enterarnos de qué pasa.

—No merece la pena —comentó Cassandra Bargamasca, sin inmutarse—. No es más que la confirmación de algo que todos sabíamos ya. —Hizo una pausa, como si escuchase voces lejanas que solo ella podía oír—. Es precisamente sobre la familia Abacqua. Vaya, por fin se han animado. Ya era hora.

—¿Qué pasa?

—Es su hija Fiordelise. Una delicia de criatura. ¡Quién iba a decir que la señora Abacqua se atrevería a tener más hijos después del parto del primero! Y sin embargo, la pequeña nació plácidamente, con la dulzura que la caracteriza. Ah, hay ocasiones en las que sería mejor que los herederos fueran los segundos hijos.

—¿Qué pasa con Fiordelise?

—Se casa con el hermano de la duquesa. Los padres acaban de anunciar la boda.

Los mellizos salieron a la calle, pero no se dieron prisa en llegar al Jardín. En cuanto llegaron a un canal lo bastante profundo, Pelegrina sacó la lata del bolsillo y la lanzó al agua. Ventura la observó, con preocupación, pero no hizo preguntas. No sabía que la lata estaba vacía. Pelegrina había sacado la bolsita que contenía el lunar y la guardaba en el bolsillo de su abrigo. Había cosas que prefería saber solo ella.

Baile De Lobos

13

La Biblioteca de Marzenego

La tercera semana de febrero, la Serena celebraba el primer carnaval, el de las personas. Las calles se iluminaban con faroles que imitaban las grandes lámparas de araña de los palacios, se tendían alfombras bajo los soportales y en los pasadizos, y junto a los canales paseaban viandantes enmascarados. Se colgaban estandartes con lobos de las barandillas de los puentes, porque una tradición antigua dictaba que la festividad se daba en nombre de aquella fiera extranjera. En las plazas, la gente bailaba al son de músicos ambulantes durante el día y orquestas por la noche.

Así fue durante dos siglos, hasta que la duquesa, Veneranda Bonbiolo, retiró el presupuesto para las fiestas públicas y prohibió que se celebrasen en las calles y plazas. Aquel año, la Serena permaneció silenciosa durante las fiestas de los lobos.

—Los ricos sí van a hacer bailes de máscaras, está claro —rezongaba una de las criadas de los Abacqua durante la comida—. Los señores acuden esta noche a uno en el Palacio Vianello, la propia duquesa dará otro pasado mañana, y aquí lo tendremos unos días después.

—Estaba claro que ellos no se iban a quedar sin festejos. No se iban a privar los señores de un placer.

Mirlo, sentado a un lado de la mesa, en un rincón, escuchaba la conversación sin participar en ella.

—No es cuestión de placer. Como hagan lo mismo con las fiestas de los demonios, estamos condenados. Ellos se salvarán con sus bailes

privados, y nosotros estaremos bien mientras nos toque trabajar esa noche… pero el resto del tiempo, si no homenajeamos a esos monstruos, nos llevarán consigo. ¿Qué pasará con nuestras familias?

—Hay que ser cenizo y zurumbático… ¿Qué te crees, que se va a hundir la ciudad? Los demonios solo salen del agua *porque* hacemos las fiestas. Si no las hay, se quedarán en la laguna. Lo sabe toda la Serena ya, menos tú, al parecer…

—¿Y eso quién lo asegura?

—Gente que sabe mucho más, ¿o eres un experto en demonios? ¿Eh? ¿Lo eres? No, ¿verdad? Ten un poco de seso, ¿no sabrá la duquesa lo que hace mejor que nadie? A mí no me dan nada por defenderla ni soy su abuela, pero hay que reconocer que hasta ahora ha hecho un buen trabajo y ha demostrado ser una mujer con cabeza…

—Y si te mueres de miedo, basta con no salir de casa —gruñó uno de los cocineros.

—Claro, ¡qué bien! Menos mal que has tenido esta idea brillante. Nos quedamos en casa, no venimos a trabajar, y que les den a los señores. Contentísimos se van a poner.

—No sé vosotros —intervino otra criada—, que igual vivís en un palacio y no me lo habíais contado, pero yo tengo que salir de casa quiera o no todos los días, porque resulta que no tengo un aljibe privado…

El temor y la incertidumbre gobernaban el comedor del servicio, y por eso tal vez nadie prestaba atención a Mirlo. Su presencia no había sido bienvenida desde el principio; era un imperial que ni siquiera trabajaba en el palacio. Los primeros días se le había negado el paso tantas veces que Baldizere tuvo que entregarle un pequeño broche de hierro con forma de tritón que lo señalaba como protegido de los Abacqua, e incluso después de eso, el personal lo trataba con desconfianza que en ocasiones se confundía con desdén. Lo mejor era que lo ignorasen, por eso Mirlo entraba en silencio, comía deprisa y se marchaba en cuanto había terminado.

El desprecio le daba igual. Dormía bajo techo y tenía el estómago lleno; lo notaba en la energía con la que despertaba, en la mejora que había sufrido su salud, en la forma en la que le salía solo sonreír cuando le daba el sol en la cara por las mañanas. El mundo tenía un

color distinto cuando la supervivencia estaba asegurada.

—No sé qué pretende la duquesa con esto —refunfuñó el mayordomo, dando vueltas con la cuchara al guiso de su plato—. No me lo explico.

—Mira, sabrá cosas que nosotros no, lo que tú quieras —corroboró otro criado—, pero tenga los motivos que tenga, es evidente a quién beneficia. El patriarca está orondo como un gato al que dan de comer en tres casas.

—Todo el mundo asustado y el muy cretino proclamando abstinencia y austeridad. Lo tiene fácil. Ese no se va a perder ni una sola de las fiestas. Teme a los demonios más que nadie.

Mirlo rebañó lo que quedaba en el fondo del plato. Una de las cocineras lo retiró, con un asentimiento casi imperceptible de aprobación. El hombre sería un imperial, pero al menos sabía apreciar la comida.

La presencia a su espalda de un fantasma lo hizo estremecerse. Los criados parecían tan acostumbrados a ellos que Mirlo no se había atrevido a preguntar por qué los espíritus, que solían preferir los lugares reservados para la muerte, rondaban el Palacio Abacqua. Súbitamente incómodo, el imperial salió del comedor dejando a los demás inmersos en su charla. No saludó a los guardias al pasar porque también ellos preferían fingir que Mirlo no existía mientras le abrían la puerta. A él no le molestaba. Estaba acostumbrado a ser invisible, y que nadie le hablase le permitía pensar, sin interrupción, en los demonios.

No había vuelto a interactuar con ellos. No le había hecho falta. En la Biblioteca de Marzenego había encontrado un caudal inmenso de información sobre las criaturas: desde leyendas hasta estudios antiguos, libros de historia que narraban el pacto y el bloqueo de las fronteras, ilustraciones con tinta, bocetos e hipótesis. Según los estudiosos que precedían a Mirlo, había distintos tipos de demonios, que demostraban tener sus propios gustos en las fiestas; algunos tenían aletas, otros piernas, unos se comunicaban entre sí mediante sonidos, otros carecían de boca; todos ellos, sin excepción, ignoraban a los humanos del mismo modo que las personas desatendían a los insectos, fijándose en ellos solo cuando suponían una molestia que debía ser erradicada.

La documentación estaba siendo tan extensa que en la biblioteca habían separado dos mesas para uso exclusivo de Mirlo, y él estaba decidido a pedir una tercera en cuanto reuniese sobre ellas más volúmenes de los que podían soportar.

Se detuvo en una tienda de agua antes de regresar a los libros. El emblema de los Abacqua le garantizaba una taza de *khavé* de achicoria sin tener que pagarla él mismo. Mirlo no la había probado antes, pero hacía varias semanas que se había convertido en el combustible que lo mantenía en pie durante días y parte de las noches, mientras leía junto a la ventana o bajo la luz de una vela, incluso cuando los encargados de la Biblioteca de Marzenego se marchaban a sus casas y solo quedaba el guardia de la puerta.

—Siéntate fuera —indicó concisa la dueña del establecimiento.

Los imperiales, aunque estuvieran bajo el ala de aristócratas, no podían ocupar las mesas del interior del local.

Mirlo se sentó en la plaza con la muleta a un lado y la taza humeante entre las manos. Quería darse un instante de respiro que sirviese de transición entre la hora de comida y el trabajo, pero las risas y voces de un grupo de mujeres atrajeron su atención quisiese o no. Estaban delante de uno de los negocios de confección de tejidos más prestigiosos de Marzenego. Dos de ellas habían sacado telares pequeños a la calle, para aprovechar las horas de sol del mediodía, y la otra, la dueña, se tomaba un descanso y supervisaba su labor. Entre tanto, compartían las novedades del momento: el compromiso entre Fiordelise Abacqua y Biasio Bonbiolo era la comidilla de la temporada, por resultar casi obsceno de tan desigual, en contraste al enlace perfecto entre la joven Sartori y el heredero de los Abacqua.

—Han hecho el intercambio de regalos —reveló una de las tejedoras—. Se están dando prisa.

—Son los padres de la niña, que por algún motivo quieren casarla cuanto antes.

—¿Por algún motivo? Como si fuera un misterio. El motivo está clarísimo.

—Bueno —cortó la jefa—. ¿Y qué se han regalado?

—Él a ella, no sé…

—Él a ella aún no le ha dado nada —intervino la otra tejedora—, que lo sé yo.

—Bueno, pues él a ella nada, pero ella a él le ha regalado una estatua…

—Muy tradicional.

—Un ave fénix.

—Muy apropiado.

—Es muy romántico. Simboliza un ardiente amor y la resurrección.

—Pobre niña. Ardiente amor no creo que sienta.

—No es eso. El fénix muestra la inmortalidad, y cuando lo usan los nobles, se refieren a la de las castas. Esto siempre ha sido así.

—No. Es el ardiente amor. Lo ha acompañado de unos versos que decían algo así como que arderá como un fénix en el fuego de sus besos y dejará que sus llamas la consuman…

—A saber qué le regala él a ella —concluyó una de las tejedoras, sin poder evitar que sus palabras transmitiesen cierta aprensión.

Mirlo no tenía el menor interés por los chismes sobre aristócratas, pero recordó aquella conversación más tarde, en la biblioteca, cuando desde su rincón observó, varias mesas más allá, la silueta silenciosa de Fiordelise Abacqua, que acariciaba los lomos de los libros antes de sacarlos de las baldas y pasaba las páginas con mimo. No era la primera vez que la veía. Fiordelise paseaba con frecuencia entre las estanterías, siempre con un vestido de sencillez exquisita que a la vez disimulaba y remarcaba su estatus, el cabello delicadamente recogido y la expresión sosegada. Transmitía una paz que Mirlo no había conocido nunca y una melancolía que le era muy familiar.

Por la noche, cuando él era el único que quedaba en el segundo piso de la biblioteca, Mirlo se acercó a la mesa de Fiordelise. Los volúmenes que había estado consultando eran libros de historia y algunos textos teatrales. En una carpeta de cartón había algunos pliegos manuscritos. Mirlo los levantó con cuidado. Era el resumen de una obra de teatro, con bocetos de la escenografía en los márgenes. *Lo que los mil ojos de la Serena no quieren mirar*, rezaba el título garabateado en la cara interior de la carpeta. Debajo, Fiordelise había dibujado una pequeña luna redonda.

Mirlo comenzó a leer un diálogo entre un pescador sereno y un imperial que había trabajado para su familia toda la vida. La obra resaltaba el abismo que existía entre ellos y las clases altas de la ciudad, pero el pescador, aun así, ensalzaba al gobierno y las medidas

que había tomado para eliminar la pobreza extrema de la Serena: todo ciudadano tenía una vivienda garantizada, así como acceso a comedores sociales y a bolsas de trabajo. El imperial callaba. Su silencio era atronador incluso sobre el papel.

Al dejar los pliegos en la carpeta, Mirlo se preguntó cuántas horas habría pasado Fiordelise Abacqua atenta en los muelles para replicar con tanta naturalidad el habla del pescador.

A la mañana siguiente, se encontró distraído de su investigación, mirando una y otra vez en dirección a la joven que escribía a apenas unos pasos de él. Ella alzó los ojos una vez, y una segunda. Para asombro de Mirlo, en la tercera ocasión en la que lo sorprendió observándola, Fiordelise sonrió.

Cuando sonó la *marangona*, la muchacha se puso en pie, recogió sus cosas y se acercó a la mesa del imperial.

—Si te gusta mirarme —empezó, con tono desenfadado— a lo mejor te interesa ir.

Dejó caer una invitación del Teatro Fénix sobre la mesa.

Mirlo inclinó la cabeza, con respeto. Buscaba las palabras para pedir perdón, pero antes de que las encontrase, ella se despidió con un gesto y se marchó. Él la siguió con la mirada, preocupado.

Aunque no estaba seguro de lo que significaba aquello, esa tarde salió de la biblioteca temprano. La guardia de la entrada contuvo su extrañeza al verlo salir antes del cambio de turno; la encargada de la taquilla del teatro se mostró perpleja al registrar la invitación; el acomodador, al verlo entrar, le pidió que aguardase mientras él confirmaba en la entrada que todo estaba en orden.

Era, posiblemente, la primera vez en doscientos años de historia de la Serena que un imperial acudía a una función en el Teatro Fénix.

El sol al caer daba pinceladas anaranjadas al agua oscurecida de los canales y restaltaba los detalles en la piedra de las estatuas en los dinteles. El patriarca caminaba despacio, siempre esperando que alguien lo detuviera para expresar su devoción, pedir una bendición o, tal vez, hacer una pequeña ofrenda. Era tan infrecuente que se cumpliese su deseo que Bertucci se sobresaltó al oír una voz a su

espalda.

—Su Beatitud, por favor. —La mujer, joven y con la cara marcada por el miedo, alargó las manos en actitud suplicante—. Señor, por favor, ayude a los que más lo necesitamos.

—¿Qué sucede, hija mía?

La mujer se inclinó, sin saber cómo dirigirse a él.

—La duquesa, según dicen siguiendo su consejo, nos deja a merced de los demonios…

El patriarca, que se había inclinado solícito hacia ella, se enderezó. Endureció el gesto severo.

—Mayor motivo de preocupación es el destino de tu alma si continúas adorando a los malignos —sentenció.

Los ojos de la mujer estaban anegados de lágrimas.

—Tengo un niño pequeño —insistió—, su vida va por encima de la inmortalidad de mi alma. Por favor, señor, ayúdenos. No sé cómo, pero sé que a usted se le ocurrirán maneras de evitar el desastre. Se lo ruego…

—¿Cuándo fue la última vez que pisaste un templo, hija?

Ella negó con la cabeza. No quería decirlo o no había ido nunca.

—Mi madre le llevó a mi bebé recién nacido y usted lo bendijo —reveló, en cambio.

Buscaba conmoverlo y, por un momento, creyó haberlo logrado. Salvador Bertucci se acercó a ella para tomar con afecto sus manos, cobijándolas entre las suyas.

—Olvida a los demonios —su voz era grave y cálida, reconfortante como una manta en una tarde invernal—, que ninguno de ellos podrá tocaros ni a ti ni a tu hijo.

Se separó de ella sin esperar respuesta y continuó su camino, con la satisfacción de haber dado la bienvenida a una oveja descarriada y haberle ofrecido amparo en el redil que jamás debió abandonar, aquel en el que nada podía hacerle daño.

14

El Arsenal

Una mezcla de orgullo y escepticismo invadía a la señora Abacqua. Su hijo llevaba varias semanas comportándose de forma impecable, sin escabullirse de sus deberes ni rezongar cuando ella requería su tiempo para acompañarla en visitas oficiales o merendar en casa de las hermanas Sartori. Baldizere se prestaba a todo con una sonrisa distante, artificial pero convincente, besaba manos, hacía reverencias y repartía cumplidos. Moderata Abacqua sabía que él no sentía nada por Marte, y lo conocía lo suficiente como para estar segura de que jamás lo haría. Sin embargo, habría jurado que su hijo estaba enamorado.

La señora Abacqua ignoraba que Baldizere tenía un nuevo juego que hacía su día a día más entretenido.

—¿Un juego? —preguntó el gondolero pelirrojo que aguardaba junto al embarcadero del palacio Sartori.

—Se llama «¿Dónde estará hoy Ventura?» —respondió Baldizere—. Hoy acabo de ganar.

El gondolero rio como un niño sorprendido en falta.

—Me dijiste que me cruzase en tu camino —se explicó— y eso he hecho.

Baldizere le regaló una sonrisa y continuó su camino hacia la puerta principal. No quería despertar el interés de los criados de Margherite por pasar más tiempo del necesario hablando con uno de los gondoleros, ni tampoco atraer atención hacia Ventura.

No podía negar que el hombre había cumplido con creces su

petición: lo encontraba casi a diario allá a donde fuera. Ventura era una pescadora en su bote, un mendigo imperial en los escalones de una iglesia abandonada, una vendedora de vino, un caballero con traje y sombrero, una dama dándose un respiro en una tienda de agua, un muchacho jugando al tria en una plaza e incluso, durante una tarde entera, la sustituta de una de las doncellas de Marte Sartori. Baldizere estaba seguro de que también tenía otro puñado de disfraces tan buenos que ni siquiera él, que lo buscaba, había sido capaz de descubrirlo mientras los llevase.

Una tarde, estaba con Fiordelise en la sala de recreo de la Casa del Agua, cuando la conversación lo llevó a comentar en voz alta:

—Hay muchas personas que pasan de largo por tu vida, pero pocas que provoquen un cambio de rumbo.

—Aun así —Fiordelise sostuvo la copa para que la camarera que acababa de entrar pudiera rellenársela sin derramar el vino—, creo que merece la pena dar la oportunidad a la gente. Cuando encuentras a alguien interesante, quiero decir.

—Sí, claro, si tuvieras todo el tiempo del mundo, pero no lo tienes —argumentó Baldizere, con más fervor del que realmente sentía por el tema. Los debates que germinaban por aburrimiento eran como fuegos artificiales: estallaban con luces y estruendo, y en un segundo desaparecían sin dejar huella—. No puedes andar conociendo en profundidad a todo aquel con quien te topes.

A la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, Baldizere había olvidado qué les había llevado a hablar de aquello. Hizo una indicación para que le sirviesen una segunda copa de vino y se llenó la boca de fruta. Fiordelise estaba perdida en sus pensamientos. Un movimiento casi imperceptible de sus labios revelaba que estaba repitiendo líneas en silencio. Los señores Abacqua, por su parte, comentaban con desagrado el vandalismo al que, durante la noche, se había visto sometida la fachada del edificio contiguo al palacio.

—Se ve desde mi salita y desde los dormitorios de los niños —decía Moderata, que nunca había dejado de referirse así a sus hijos—. No sé qué tiene la gente en la cabeza.

Baldizere tragó la fruta, apartó la servilleta y se puso en pie, abandonando la copa sobre la mesa.

—Si me disculpáis…

—No —replicó su madre—, no te disculpamos. Haz el favor de esperar a que todos terminemos.

—Es una urgencia —mintió él con tranquilidad.

—¿Qué urgencia?

—No puedo decirlo. —Baldizere fingió escandalizarse—. Estáis comiendo. No sería de buen gusto.

Ella estaba cansada de sus tonterías. Lo dejó ir.

Baldizere regresó a su cuarto, expulsó con un gesto a los criados que estaban haciendo la cama y apartó la cortina para atisbar a través de la ventana. Dos hombres, armados con trapos y cubos de agua, limpiaban despacio unas enormes letras de tiza en la fachada del edificio vecino.

«Deja que te saque de tu camino».

Y debajo, el sencillo dibujo de un árbol y las palabras: «San Francesco. N».

Baldizere sonrió. Sabía lo que significaba la primera línea, pero no lograba interpretar la segunda. Pasó el resto del día alerta, buscando a Ventura en cada extraño con el que se cruzaba. Él no apareció. Tampoco al día siguiente.

Estaba claro. Si quería verlo, tenía que descifrar la pista que le había dado.

—Un bosque —sugirió Fiordelise. Arrancó de las manos de Baldizere el papel en el que él había garabateado el mensaje—. O un jardín.

—Gracias —replicó él, irónico—. Menos mal que te he preguntado, a mí no se me habría ocurrido eso.

—Calla, que no me dejas pensar.

—Esto puede ser el antiguo convento de San Francesco.

—No tiene jardín, que yo sepa.

—Jardín exterior no —meditó Baldizere en voz alta—, pero tal vez sí uno secreto en un patio interior.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Quién te lo ha dado? —Fiordelise frunció el ceño cuando su hermano, sin responder más que con una sonrisa enigmática, se encogió de hombros—. Zere, te lo digo en serio, podría ser peligroso.

Baldizere se paseó por la salita de estudio que los dos compartían.

—Pero ¿a qué hora y qué día? —se preguntó en voz alta.

Fiordelise resopló.

—La *nona*. Sea quien sea que te ha escrito esto, te cree mucho más listo de lo que eres.

Baldizere le dio un empujón suave en el hombro para desestabilizarla. Ella se rio e hizo ademán de apartarlo con un libro.

—¿Quién es? Dímelo —suplicó—. ¿Estás teniendo una aventura? —Fiordelise se puso seria un momento—. Te recuerdo que soy la mejor amiga de tu prometida.

—No digas tonterías. —Baldizere rompió la nota y la lanzó a la chimenea encendida—. Que se te dé bien el estudio —añadió, despreocupado, mientras se dirigía a la puerta.

—Nada de estudio. Me estoy documentando —respondió ella, aunque él ya había salido al distribuidor y no la escuchaba.

Una ráfaga de viento obligó a levantar el vuelo a una gaviota despistada que dormitaba sobre las murallas de ladrillo rojo del Arsenal. Los muros que rodeaban el gran embalse eran los de una fortificación, la única en la Serena. Una hilera de paredes con arcos separaba las distintas áreas, dos torres de vigilancia guardaban la entrada por el canal y el puente levadizo de madera antigua. En una de ellas había un reloj, con los colores blanco y azul de la Serena, grandes agujas color bronce y decorado con estrellas; el hermano pequeño del Reloj Astrológico del Jardín. En la otra estaba esculpida una quimera blanca; uno de los felinos alados que protegían la ciudad.

La duquesa, en esta ocasión, no iba acompañada por su habitual séquito, sino únicamente por sus consejeros: su hermano, Biasio Bonbiolo, la señora Abacqua, la señora Sartori y el señor Vianello. Subió despacio los escalones blancos que llevaban a la Puerta de Tierra y esperó entre las dos estatuas de inmensas quimeras que descansaban a ambos lados de la escalinata, una recostada y mirando al Arsenal y la otra sentada, alerta, con los ojos clavados en los visitantes. Había una tercera con las alas extendidas en la parte superior de la puerta.

Los guardias humanos se inclinaron ante la duquesa, extrañados al verla llegar sin protección.

—¿Desea que la acompañemos, Su Alteza Serena?

Ella rechazó la propuesta con un gesto de la mano.

—Cerrad la puerta una vez hayamos entrado, por favor, y que no entre nadie.

Los cinco nobles cruzaron la ancha muralla. Las hojas de madera gruesa sellaron la salida a sus espaldas. La duquesa avanzó con parsimonia hasta el primero de los embarcaderos de la dársena antigua. La gran extensión de agua azul, delimitada con muros de piedra y ladrillo por tres lados, resultaba peculiar a los observadores acostumbrados a los canales y a la amplitud de la laguna. En silencio, los consejeros pasearon por los muelles de las tres dársenas, uno tras otro, siguiendo los pasos y el ritmo de la duquesa.

Esta se detenía de tanto en tanto, perdida en sus pensamientos. En una de esas paradas, se volvió hacia ellos:

—¿Qué os parece?

Moderata Abacqua calló con prudencia, sin dejar de observar el agua cautiva. Fue el señor Vianello el que se atrevió a decir lo que pensaba:

—Vacío. Desierto, incluso.

—No por mucho tiempo —replicó la duquesa—. Solo vosotros cuatro celebraréis el Baile de Lobos. Después, llegará el carnaval, y en cuanto este termine, el Arsenal volverá a estar tan activo como antes del cierre de nuestras fronteras. Es vital que nuestras familias se mantengan unidas y nos ciñamos al plan. Una flaqueza por parte de uno de vosotros sería suficiente para desencadenar un desastre.

Los cuatro consejeros hicieron una pequeña reverencia para expresar su completa lealtad.

—Su Alteza Serena —llamó la atención de la duquesa la joven Margherite Sartori—, ¿qué evitará que *se marchen*?

—Yo —respondió ella, sin dejar que la otra elaborase la pregunta —. Yo lo evitaré.

Cuando Margherite Sartori estaba fuera de casa y Marte no tenía nada mejor que hacer, se colaba en la sala reservada de su hermana solo para imaginarse como gobernadora y consejera y confirmar que no

tenía el menor deseo de serlo. Desde el cuadro sobre la chimenea, el señor y la señora Sartori la veían desperezarse en el sofá de su hermana, curiosear los papeles sobre su mesa y revisar los cajones, siempre en busca de algo interesante.

En aquella ocasión, estaba en posesión del broche de la abeja, que tenía prendido en el forro interior de su vestido, para que Marga no pudiera encontrarlo y quitárselo, de modo que su examen de la salita lo alimentaba únicamente el aburrimiento. No esperaba encontrar, en un cofre de madera, en una de las baldas superiores de la estantería, una *bauta* de color negro brillante.

Marte posó el cofre sobre la mesa y examinó la máscara. Sabía que Marga no era una entusiasta del teatro, por lo que aquello debía haber pertenecido a otra persona; tal vez, a su padre o a su madre. Era de piedra, no estaba pensada para llevarla puesta y actuar, aunque una cinta de raso negro permitía ajustarla a la cabeza.

Marga tenía la costumbre de guardar con celo los recuerdos heredados, por lo que a Marte no le sorprendía que ni siquiera le hubiese contado que a uno de sus progenitores le gustaba tanto las artes escénicas o los disfraces como para tener una estatuilla con forma de máscara.

Con cuidado, la sacó del cofre y se la puso. Pesaba mucho, demasiado para contemplar llevarla durante una fiesta de carnaval, pero se amoldaba bien a su rostro, casi como si estuviera hecha a medida.

Aquella máscara era para Marte. No entendía por qué Marga se la había escondido, por qué cuando empezó a hacer teatro no le contó que compartía aquella pasión con uno de sus progenitores. Marte torció el gesto, enfadada con su hermana.

Sabía que, si sacaba el tema, solo obtendría excusas y una regañina por haber rebuscado entre sus cosas. Sin embargo, consideraba que aquella máscara le pertenecía por derecho, y no podía dejarla reuniendo polvo en un estante.

El sonido de una puerta al cerrarse y la voz de Vittorio en la planta baja le hicieron dar un respingo. No quería que la encontrase en la sala de Marga y mucho menos quedarse a solas con él, por lo que cerró el cofre vacío, lo devolvió a su lugar y se escabulló hasta su cuarto con la máscara. Sabía que no podría conservarla allí, porque su

hermana no tardaría en descubrirla. No, debía encontrar un lugar seguro para esconder el tesoro hasta que dejase de vivir en el Palacio Sartori y se mudase con los Abacqua. El solo pensamiento le retorció el estómago.

Dos de sus doncellas la acompañaron de paseo esa tarde. Se detuvo en el Teatro Fénix, solo un momento, para subir a las salas apolíneas y colocar la máscara en una de las vitrinas. Era difícil distinguirla entre el resto de reliquias expuestas y, en cualquier caso, una *bauta* en el teatro no llamaría la atención de nadie. Marte dio un paso atrás y sonrió. Consideraba el Fénix más su hogar que el Palacio Sartori; era apropiado guardar aquel enlace entre ella misma y su pasado en aquel lugar.

A la vuelta, pasó por la calle de los artesanos y escogió una gruesa *bauta* de yeso, más o menos del mismo tamaño y peso que la que había sustraído. El dueño de la tienda le dio una capa de laca negra y brillante.

Antes de meter la máscara falsa en el cofre, entró en su cuarto para encontrar una cinta de raso negro. Estaba anudándola cuando Gianeta llamó a la puerta y pasó con una bandeja de fruta cortada y galletas.

—Me pareció que tendrías hambre.

Marte sonrió, como siempre que estaban a solas y ella podía tutearla, cuando no hacía falta disimular, cuando no había diferencias entre ellas. Se puso en pie.

—¿Qué te parece? —Gianeta asintió, sin saber muy bien qué debía evaluar. Marte le metió un trozo de naranja en la boca y le contó el descubrimiento de la máscara.

—Más te vale que no se entere Marga. —La cocinera sacudió la cabeza—. Te va a matar.

—No se va a dar cuenta. Seguro que no abre ese cofre desde hace años.

Marte tomó la mano de Gianeta entre las suyas. La cocinera le dedicó esa sonrisa a la que ella no se podía resistir. Se inclinó hacia delante para besarle la mejilla.

—Voy a bajar a la cocina antes de que me manden a buscar —susurró Gianeta—. Me he puesto muy pesada para que me dejasen subir a mí, pero es que no podía aguantar más sin verte.

Marte tragó saliva. Estaban tan cerca y a la vez tan lejos; y cuando

abandonase el Palacio Sartori para casarse con Baldizere Abacqua, Gianeta se quedaría donde estaba e incluso aquellos momentos fugaces les serían arrebatados. No pronunció palabra. No hizo falta. Gianeta entendió lo que estaba pensando y estrechó su mano.

—Nos vemos en un ratito —prometió.

Y las dos aplazaron pensar en el futuro, porque no sabían cómo afrontarlo.

El sol se puso pronto, cuando aún quedaban varias horas para que sonase la *nona*, y Baldizere dormitaba en el diván de terciopelo amarillo de su dormitorio, arrullado por el crepitar del fuego en la chimenea y arropado por las gruesas cortinas que bloqueaban el frío viento. El cuerpo desmadejado, la cabeza apoyada en un cojín mullido; completamente vestido pero con los botones desabrochados, había pedido que nadie entrase a molestarlo, ni siquiera para avivar las llamas o retirar la copa vacía que había quedado abandonada sobre la mesa. Deseaba estar solo.

«No sé si me dijiste tu nombre verdadero».

Llevaba días y noches sin poder dejar de pensar en un par de ojos de plata que complementaban el oro de los suyos, en una sonrisa que se escabullía, en un suspiro de rendición antes de confesar un nombre.

En sueños, volvía a bailar con Ventura en el Teatro Fénix, a sentir el agarre de sus dedos en el hombro y la delgada barrera del vestido entre la mano y la piel de su espalda. Los encuentros fugaces, el verlo en cada esquina, solo servían para avivar la sed de Baldizere. Algo en su pecho exigía un contacto tangible, tener al otro hombre entre los brazos, deshacer la maraña de secreto que lo rodeaba.

El deseo lo había conquistado, como la sal que se le impregnaba en el cabello tras un día en la laguna, y Baldizere se debatía entre la culpa, porque sabía que aquello lo estaba distrayendo de otros asuntos más urgentes, y la tentación de entregarse al infierno del anhelo y la fantasía. La única forma de librarse del embrujo, decidió, era ir al encuentro de Ventura y dejar que la realidad deshiciera la magia.

15

El jardín secreto

El convento de San Francesco se había edificado en una zona deshabitada del distrito de Olivolo, dentro de una vasta área de viñedos al noreste. No había tenido iglesia, solo un pequeño oratorio dedicado al santo, y había sido abandonado debido al cese de la fe. El convento, al contrario que la mayor parte de los antiguos templos, no había sido convertido en casino, almacén o cualquier otra cosa, porque el patriarca de la Basílica, en su delirio por devolver la vida al menos a una parte de lo que antaño fue, se había negado a venderlo. El convento de San Francesco seguía siendo propiedad de la Iglesia Olvidada y, por lo tanto, estaba en desuso.

Baldizere rechazó el viaje en góndola, prefiriendo cruzar la Serena a pie, discretamente oculto bajo una capa negra que le llegaba a los pies y una máscara blanca de médico de la peste. Pasó por el puente que los ciudadanos habían construido en el canal del Arsenal, el antiguo astillero en que antaño fueron construidos a una velocidad pasmosa los barcos mercantes que colmaron de gloria y riqueza la ciudad. En los últimos años antes del pacto de los demonios, esta tarea se había trasladado a los astilleros de Scopulo y el Arsenal se había transformado en una base de artillería para dar forma al ejército naval de la Serena ante la amenaza invasora. Tras el bloqueo de las marismas, el Arsenal había quedado obsoleto.

En aquel momento, mientras Baldizere lo cruzaba, el puente que se había construido posteriormente impedía la entrada y la salida de los barcos del canal a la base, pero daba igual. La Serena no necesitaba un

ejército para proteger sus fronteras infranqueables.

A partir de ese punto, lo rodeaba la parte más verde de Olivolo: campos de cultivo, los únicos que se encontraban dentro de la ciudad en lugar de en las islas cercanas. El zumbido de las abejas de la familia Sartori lo acompañó hasta los muros del convento.

Baldizere Abacqua no iba a saltar una tapia, así que dio la vuelta alrededor del edificio hasta encontrar un punto en el que esta estaba casi derruida. No le costó trabajo traspasarla. Al otro lado había un patio pequeño, pobremente adoquinado, un terreno anexo con una sucesión de tumbas que nadie visitaba desde hacía siglos y, en la fachada principal, las puertas del convento, que estaban cerradas. La madera, aunque gruesa, era vieja y la devoraba la podredumbre. Baldizere la golpeó hasta hacer saltar el cerrojo. Al patriarca no le haría gracia, pero Baldizere tenía el privilegio de la certeza de que no acabaría en prisión por aquello.

El recibidor era oscuro y lúgubre. Conducía al primero de los dos claustros consecutivos del convento, con sus arcos de medio punto de ladrillo sobre columnas de piedra con sencillos capiteles. Sobre las galerías podía verse el segundo piso cuajado de pequeñas ventanas equidistantes. Una sucesión de celdas idénticas las unas a las otras. A Baldizere le daba escalofríos la sola idea de vivir en un lugar como aquel.

Atravesó los corredores, sin permitir que la penumbra y el descuido lo inmutasen, hasta llegar a un tercer claustro del que no tenía noticia. Era más grande que los anteriores, y solo tenía dos galerías. Las otras dos bandas comunicaban con un amplio jardín asilvestrado, casi boscoso, que se perdía en la distancia hasta llegar a la laguna.

—¡Tú por aquí! —La voz lo hizo sobresaltarse—. Espero que seas el señor Baldizere Abacqua. —El joven pelirrojo estaba apoyado en una de las columnas del claustro, con el rostro descubierto, exhibiendo una media sonrisa—. Si es otra persona la que se esconde tras esa máscara, me habré metido en un lío.

Baldizere intentó contener la risa y fracasó.

—Quizás estés metido en un lío de todas formas —comentó.

Ventura hizo una mueca, fingiendo estar asustado. A Baldizere le agradó la expresividad de sus facciones rectas y la nariz grande, que

hubiese resultado excesiva en cualquier otro rostro.

—Qué voy a hacer yo, un hombre humilde, en las garras de un poderoso heredero —bromeó Ventura, sacudiendo la cabeza—. Aquí estamos en igualdad de condiciones, señor Abacqua. Los dos somos intrusos.

La idea de tener a Ventura entre sus garras, más literal que figuradamente, seducía a Baldizere. Se tocó los labios con la punta de la lengua, casi hambriento.

—Tienes razón, salvo en una cosa. Tú no eres un hombre humilde. Eres al menos veinte, y otras veinte mujeres también. Eres la población de la Serena al completo. ¿Cuándo voy a conocer al verdadero Ventura?

Ventura se acercó a él, risueño.

—Hoy vas a conocer el jardín secreto del antiguo convento de San Francesco. Te parecerá poco.

Era cierto que se lo parecía. Baldizere no entendía por qué el pelirrojo lo había citado en aquel lugar inhóspito habiendo en la Serena tantos escondites cálidos y recogidos en los que no hiciera falta ir abrigado.

Sacudió la cabeza, incrédulo, y miró a Ventura sin decir nada. Este, aún sonriendo, abrió el brazo para invitarlo a seguirlo. Juntos se internaron entre la maleza, caminando despacio. Hacía horas que el sol había desaparecido, pero las estrellas brillaban con fuerza inusitada y les iluminaban el camino. En la zona arbolada era sencillo caminar, porque la sombra de las ramas no permitía que el resto de la vegetación prosperase. Baldizere andaba sin perder detalle del hombre a su lado. Por primera vez, no parecía estar llevando un disfraz: su ropa era sencilla, el largo cabello estaba recogido en la nuca con una cinta negra, no llevaba máscara ni maquillaje. Una persona corriente, tal vez unos años menor que Baldizere, pero no demasiados, de sonrisa agradable y conversación fácil sobre el convento, la Iglesia Olvidada, el cielo estrellado y la belleza salvaje del jardín. Pese a todo, el tamborileo de los dedos sobre el pantalón daba a entender un nerviosismo contenido.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Baldizere—. ¿De dónde sacas el tiempo para aparecer detrás de cada rincón, día tras día?

—Me dedico a sorprenderte. —Ventura ladeó la cabeza—. Y creo

que lo consigo.

A Baldizere le divertían sus intentos de mostrar arrogancia, casi tímidos, tentativos, pero no permitió que pusieran freno a su desconfianza.

—¿Cómo te apellidas? ¿Te mantiene tu familia? —Apretó los labios. Presentía que mostrar interés por Ventura, con su contexto enigmático y sus intenciones ocultas, podía entrañar algún peligro. Y sin embargo, al mismo tiempo, lo miraba y aquel instante era más valioso que todos los tesoros de la Serena; el aire olía a nuevo, como si aquel viejo jardín hubiese renacido para ellos, el viento soplaba suave para acariciarles la piel del cuello, el mundo entero había dispuesto que aquella noche fuese perfecta. Baldizere habría querido apartar los ojos de Ventura, pero mente y espíritu se habían aliado, por una vez, para impedírselo—. Dijiste que querías ser amigo mío. No puedo confiar en alguien que solo me muestra mentiras y secretos.

—Dijiste que no querías amigos.

Baldizere respiró profundamente. En otro momento habría aceptado la invitación a insinuar que tal vez pudiera su relación tener otra naturaleza, con principio y final aquella misma noche y en aquel mismo bosque. Sin embargo, la charla sencilla, el silencio y el paseo habían transformado el ambiente en uno de serena sinceridad. Aquello, si era un principio, pertenecía a algo más duradero; y Baldizere no estaba seguro de querer embarcarse en ello. Calló durante unos pasos, sin que Ventura interrumpiese sus cavilaciones.

—Ningún Abacqua los tiene —acabó explicando. Sus palabras sonaron vacías, una excusa manida, desgastada por un uso excesivo—. ¿Sabes quién era Andriana Abacqua?

—La Duquesa del Pacto.

—Sí. Era amiga, dicen, de Helena Corso, la última de los Corso que ejerció como consejera. Ambas, al mismo tiempo, habían cultivado una amistad con una plebeya: la modista que trabajaba para ellas. Eran tiempos terribles, en los que la Serena llevaba siglos acosada por los demonios y los imperios invasores: el pacto debía terminar con ambas amenazas, pero los Corso lo firmaron a regañadientes, sin apoyarlo honestamente. Durante la primera fiesta, Helena Corso confabuló con la modista para que esta armase un escándalo en el Palacio Abacqua, interrumpiendo la celebración y enfureciendo a los

demonios. Aun hoy quedan en mi casa las marcas del desastre y los fantasmas de los muertos; la ira de los demonios no es inofensiva.

—¿Qué hizo tu familia en respuesta? —preguntó Ventura en tono bajo, casi inaudible.

—Los Scarpa, la otra familia en desacuerdo con el pacto, intentaron traspasar las fronteras, con el consecuente disgusto de los demonios. Los Corso siguieron su ejemplo. Hay quien dice que lograron salir, sin importarles que, como venganza, las criaturas se cobrasen las vidas de muchos serenos. Desde entonces, sin los Corso ni los Scarpa, todos los habitantes de la Serena hemos honrado el pacto. Se han ofrecido fiestas en honor a los demonios, se les ha reverenciado durante los diez días que pisan la tierra, y siempre que nos hemos mantenido fuera del agua, ellos han respetado nuestras islas y nuestros barcos. Aun así, la traición de Corso y de la modista salió cara a mi familia.

—Y por algo que sucedió hace siglos, Baldizere Abacqua no tiene amigos —resumió Ventura, con una pequeña sonrisa.

—Ni los quiero. —Un suspiro—. Esto es muy entretenido, pero no me gusta que me engañen.

Llegaron al final del jardín, donde la vegetación se abría a la laguna. Las olas chocaban mansamente contra las rocas y los postes de madera de un viejo embarcadero. Un murete de piedra lo separaba del jardín.

—Tengo una hermana. Pelegrina.

El arrullo del agua invitaba a la cercanía.

—Una hermana, como yo.

—No exactamente. La mía tiene mi misma edad.

—¿Y tus padres?

—Nada de padres.

—¿Muertos?

—Mi madre sí. Mi padre nos abandonó cuando éramos pequeños.

Baldizere respiró hondo, dejó que el olor de la sal lo llenase por dentro. Ventura había hablado con sencillez, como si lo que decía tuviese la misma importancia para él que la primavera que sucedería al invierno. Una luz llamó la atención de ambos, pasando bajo las olas. Era un demonio luminiscente, nadando casi en la superficie, que no se detuvo ante ellos y continuó su rumbo hacia las islas de la

laguna. En el horizonte, una densa barrera de bruma tapaba como un velo la permanentemente oculta frontera de la Serena, y ni siquiera el resplandor de las estrellas era capaz de atravesarla.

—¿Qué quieres de mí, Ventura? —preguntó, porque no podía permitirse pensar en lo que él mismo deseaba.

—Ya lo sabes.

Baldizere torció el gesto.

—Yo no tengo amigos, ya te lo he dicho. Tengo familia y aliados poderosos. Tú no cualificas para ninguna de estas categorías. —Lo miró de reojo.

—Cierto, pero tampoco voy a destruir tu palacio al estilo de los Corso —prometió Ventura—, eso te lo puedo asegurar.

No parecía tomarse en serio lo que decía Baldizere, pese a que este hablaba con honestidad; no por hacer alarde de cinismo, sino para dejar las cosas claras. El gobierno de la Serena tenía como cimientos el nido de lazos, engaños y misterios de las cuatro familias principales, los miembros de las cuales sabían bien que la ciudad entera estaba a una traición de la desgracia. Baldizere era consciente de que había verdades que él mismo desconocía, y que no se le mostrarían salvo que no hubiese otro remedio, y únicamente si se mostraba digno de guardar el secreto.

El heredero de los Abacqua, futuro gobernador y consejero, no podía permitirse tener puntos débiles. Confiaría en Fiordelise, como siempre había hecho, y en sus padres; incluso en las hermanas Sartori y en Zorzi Vianello, siempre y cuando sus intereses fuesen afines. Eso era todo. Nunca había cultivado una relación fuera de sus círculos.

—Me siento tranquilo en este lugar —comentó Ventura—. Aislado del resto de la Serena. Aquí me puedo olvidar de angustias y de lealtades. Soy Ventura, estoy aquí, y ya está. El agua y los árboles son una especie de caparazón que me protege de lo demás.

—¿Por qué me has traído?

Ventura alzó los ojos grises hacia él.

—Porque siempre te salgo al encuentro en tu mundo, y en cambio esta noche has venido tú al mío.

Acababa de decirle que no quería su amistad o la relación que le estaba proponiendo, fuese de la naturaleza que fuese, y aun así Ventura estaba sereno, resignado, incluso, y temblaba un poco porque

la brisa que llegaba desde la laguna era fría, y a Baldizere lo asaltó el deseo de abrazarlo para contagiarle calor. Súbitamente fue consciente de que él era una criatura de salones y chimeneas, y el otro un príncipe del invierno, la intemperie y el silbido del aire entre las ramas.

Tengo que huir de aquí o me convertiré en niebla helada.

Otro demonio, este oscuro como una sombra e inmenso, levantó el agua no demasiado lejos de la costa. Iban a alguna parte; la sensación de que tenían intenciones compartidas asustaba como un mal presagio. Baldizere dio un paso atrás.

—Gracias por la invitación, pero no quiero invadir tu reino más tiempo.

—Me gustaría que volviésemos a bailar. ¿Tal vez en la próxima fiesta?

—No va a haber fiestas este año. —Salvo las de los palacios, a las que Ventura no podría acceder—. Adiós, Ventura.

Baldizere se dio la vuelta y atravesó el bosque hacia el convento. El otro hombre no lo siguió ni intentó detenerlo; se quedó frente al agua, silencioso, escuchando su murmullo. El viento se había vuelto gélido, insoportable. El jardín, hostil de pronto. El joven Abacqua no se sintió a salvo hasta que entró en el edificio, cruzó corriendo las galerías, perseguido por el eco de sus pisadas, y salió a la calle sin mirar el cementerio que el tiempo había desmoronado.

Hizo el camino de vuelta hasta el Palacio Abacqua andando, llegó bien entrada la noche y helado de frío. Los criados dispusieron un baño caliente, pero aun así Baldizere no logró librarse del invierno que se le había metido en los huesos y pasó la noche tiritando.

Durante los días siguientes, no logró descubrir a Ventura en ninguno de los rostros con los que se cruzó.

La puerta de la salita de estar del Palacio Sartori se abrió con tal discreción que Marte, sentada en un sillón frente a la lumbre, solo se dio cuenta por el sutil cambio en el crepitar de las llamas. Reposó sobre el regazo la tela roja y alzó la mirada sin soltar la aguja. Los dedos que sostenían el metal empalidecieron.

Vittorio, triunfal, la contemplaba desde el quicio de la puerta.

Marte hizo ademán de ponerse en pie, pero él la detuvo con un gesto.

—No hace falta que te levantes —declaró con una sonrisa—, precisamente venía a hablar contigo.

—¿Hay algún problema? —Marte miró la aguja. Valoraba si, apartándolo todo a tiempo, sería capaz de esquivar a Vittorio para huir o si por el contrario debía fingir la calma que no tenía y seguir cosiendo. Lamentó sostener una aguja y no un puñal, aunque no estaba segura de tener estómago suficiente para clavárselo si él se acercaba demasiado.

—Ningún problema. —Vittorio cerró la puerta y caminó hasta quedar junto al sillón—. ¿Hace falta que ocurra algo para tener una agradable charla con mi cuñada?

—No tengo muchas ganas de charlar —musitó ella.

—¿No? ¿Será que más bien te apetece curiosear en la sala de tu hermana? ¿O tal vez ir de paseo con tus doncellas, quién sabe a dónde?

Marte se tensó. Intentó retomar la costura con manos temblorosas.

—¿Preferirías que pasease sola? Que me acompañen mis doncellas es lo propio —respondió entre dientes.

—No te hagas la modosita ahora, que sé que no son solo las doncellas con quienes pasas el rato. —Vittorio se apoyó contra el respaldo del sillón, con el brazo alrededor de Marte, que sintió su respiración amenazadoramente cerca—. Esa cocinera y tú sois muy amiguitas.

Marte no supo qué decir. Observó con pavor cómo la mano del hombre se posaba en su hombro, cómo amenazaba con rozarle el cuello con el pulgar. Calculó el movimiento para clavar la aguja en la piel entre los dedos, pero antes de que se decidiera a hacerlo, una voz ahogada al otro lado de la puerta provocó que Vittorio se pusiera en pie, apartándose de ella.

—Parece que está aquí mi hermana —dijo Marte, con voz rara y tensa, como si un nudo invisible se hubiera cerrado alrededor de su garganta.

Vittorio esbozó una sonrisa forzada y salió de la salita para saludar a Marga. Sonaba cálido y despreocupado, y su mujer respondió con

alegría. Marte escuchó el intercambio de murmullos ininteligibles sin dejar de coser, y contuvo las lágrimas mientras la aguja se hundía una y otra vez en la tela.

Después de oír el relato de Ventura de lo que había pasado con Baldizere Abacqua en el jardín del convento, Pelegrina invirtió parte de la recompensa por el robo de la llave en una pomada hecha con ceniza de almarjo. Se la aplicó en el cabello con cuidado, siguiendo las instrucciones del boticario del Campo San Stefano, para luego exponerlo al sol durante el mediodía. El color rojo se convirtió en un pajizo desgastado que ella, con una pasta de corteza y bayas negras, tiñó de un oscuro tono pardo. Ya no se parecía tanto a Ventura a primera vista, lo cual disgustó a su hermano y le agradó a ella.

—Siempre hemos tenido el pelo igual —se lamentó él.

—No es mi culpa que seas un majadero incapaz de ganarse al baboso de Baldizere Abacqua —recriminó ella con ligereza—. Si lo hubieses hecho bien, en lugar de llevarlo de paseo y aburrirlo con tus tonterías de peinaovejas, no tendría que procurar simpatizar con él yo. Y no puedo presentarme en su palacio siendo una copia tuya.

Ventura apretó los labios, disgustado consigo mismo.

—Lo siento.

Ella, sentada junto a la ventana, tironeó del cepillo, que se había quedado enganchado en uno de los mechones de su cabello seco. Su hermano se puso en pie, caminó hasta ella y lo tomó con delicadeza entre las manos. Sin decir nada, empezó a cepillarle el pelo desde las puntas hasta la raíz, pacientemente. Pelegrina cerró los ojos de gusto.

—¿Trenza? —preguntó Ventura.

—Sí.

La ayudó a vestirse de vendedora de flores. Habían hecho un trato con la dueña de un puesto en Santa Maria Formosa, que les permitía vender su mercancía siempre y cuando se llevase tres cuartas partes de las ganancias. Con un delantal blanco, Pelegrina se puso en marcha, dejando a Ventura en el Hospital de los Incurables, mohíno y sin ganas de nada.

Lo único que le gustaba de aquello era haber recuperado las

riendas. Ventura no tendría por qué volver a ver a Baldizere Abacqua a solas. Le cambiaba la voz al hablar de él, su mirada se volvía soñadora, y a Pelegrina se le retorcían las entrañas. No pensaba permitir que su hermano se encariñase con la víctima de su próximo robo, del cual dependía su bienestar a largo plazo.

Se plantó junto a un embarcadero al otro lado del canal que daba a la entrada del agua del Palacio Sartori. Durante una hora vendió flores y charló con los viandantes, sin quitar un ojo de las embarcaciones que pasaban. Entonces distinguió una de las góndolas de los Abacqua. Baldizere acompañaba a casa a su prometida.

El gondolero tuvo la sensatez de mantenerse al margen para que el joven, galante, ayudase a desembarcar a Marte Sartori, que estuvo a punto de tropezar al agarrarse a su brazo y habría sido capaz de regresar a tierra con mucha más gracia sin que la asistiera nadie. Baldizere le dedicó una sonrisa ausente.

—Nos volveremos a ver pronto.

—No puedo soportar la espera —respondió ella en tono tan inexpresivo que ni siquiera llegaba a ser irónico.

Su prometido no le prestaba atención. Se había fijado en Pelegrina, la desconocida que lo vigilaba desde la orilla contraria del canal.

—Que pases una buena tarde, querida —se despidió.

Esperó a que Marte entrase en el palacio antes de indicar al gondolero que lo acercase al embarcadero opuesto. Pelegrina esbozó su mejor sonrisa al verlo desembarcar y avanzar hacia ella.

—¿Un ramo para su enamorada, señor?

El noble la examinó de cerca. Frunció el ceño.

Ella había esperado desinterés en su mirada, pero lo que encontró fue una honda decepción.

—Tú debes ser Pelegrina.

Un escalofrío recorrió sus hombros. Los mellizos Malatesta nunca compartían con nadie su verdadera identidad. Ellos eran cien personas distintas, cualquier ciudadano de la Serena, nadie, todo a la vez.

Ventura, boquimuelle, ¿qué le has contado?

—Qué honor y qué sorpresa es ser reconocida por el señor Baldizere Abacqua —respondió con un poco de socarronería—. Ya veo que mi hermano y usted son íntimos.

—No diría tanto.

—Es cierto. Usted le dio a entender que no quería verlo más. No se preocupe. Yo me encargaré de eso.

El rostro de Baldizere era difícil de leer. Estaba demasiado acostumbrado a contener sus emociones hasta evaluar él mismo si le resultaba conveniente exponerlas. Pelegrina sabía que en la privacidad de su palacio era más transparente: sus criados decían que no se caracterizaba por su contención cuando solo ellos o su familia estaban delante. De cara para fuera, sin embargo, Baldizere sabía medir su propia expresividad.

Pese a todo, ella estaba bastante segura de que, en aquel momento, él estaba contrariado. Profundamente contrariado.

—Dame un ramo.

Ella se lo entregó y recibió a cambio unas monedas. Baldizere no iba a rebajarse a preguntar por Ventura ni mucho menos a retractarse de sus palabras y admitir que sí anhelaba volver a verlo. No hacía falta. A Pelegrina le bastaba con su intuición.

—Gracias, señor Abacqua.

Él se dio la vuelta y se dirigió a la góndola. Aún no se había alejado del embarcadero cuando se giró de nuevo hacia Pelegrina.

—No volváis a pintarrajear la fachada de los vecinos —ordenó—. A unos pasos de la puerta trasera del palacio, la que da a la calle, hay un adoquín suelto. Dejad un papel dentro y haced una marca con tiza encima. Discreta. Que solo la distinga un observador atento.

—Sí, señor —respondió ella, escondiendo una sonrisa.

No habría un observador más atento que Baldizere Abacqua, de eso estaba segura.

Regresó con paso ligero, primero al puesto de flores de Santa Maria Formosa para devolver los ramos restantes y entregar el dinero que le correspondía a su dueña, después hacia Rialto para cruzar el Gran Canal y recorrer deprisa el distrito de Scopulo hasta el Hospital.

Encontró a Ventura con la gallina en el jardín.

—Ha picado —declaró al saltar al suelo desde el muro—. Lo tenemos en la palma de la mano.

—¿Contigo? —Ventura no fue capaz de disimular su aflicción. A Pelegrina le molestó que él se mostrase tan afectado. Aquello debía ser un trabajo, nada más. Daba igual quién de los dos lograse meterse en el bolsillo a su víctima—. ¿Cómo lo has hecho?

—No, berzotas, contigo. Para sorpresa de todos, le has conseguido echar el lazo a ese craputoso. Cuando le he dicho que me iba a ver siempre a mí a partir de ahora, y nunca más a ti, casi le da un soponcio.

—¿Ha preguntado por mí?

—No. —A Pelegrina le disgustó ver la ligera decepción en su mirada—. Pero me ha dicho cómo podemos enviarle mensajes. Tendremos que volver a pedirle al señor Tawfiq que nos los escriba.

Ventura asintió. Una vez superado el pequeño disgusto de que Pelegrina no quisiera decirle que Baldizere suspiraba por él, no podía ahogar la emoción; al fin y al cabo, no le resultaba indiferente al heredero de los Abacqua. Aunque intentaba no sonreír demasiado, la cara se le había iluminado como un farolillo. El calor había coloreado de rojo dos puntos en sus mejillas.

—Sí —respondió, ausente—. Hay que pensar en qué le vamos a escribir.

—Ventura. Mírame. —Pelegrina frunció el ceño—. Esto es un engaño, nada más.

—Claro. —Él rehuyó sus ojos como un niño sorprendido en falta—. Me importa porque de ello depende el robo de la corona, nada más.

—No te dejes engatusar por Baldizere. Es astuto como un zorro y solo piensa en sí mismo. Todos los ricos son así.

Pelegrina no podía distinguir el temblor del pecho de su hermano, pero lo sentía como si fuese propio.

—Sí —respondió Ventura—. Está claro. Estoy haciendo lo que puedo, ¿de acuerdo? Estoy haciendo lo que me has pedido.

Después se puso a hablar de Clotilda, como si Pelegrina tuviese el menor interés en una gallina, hasta que su hermana, harta de tanta cháchara, entró en el Hospital de los Incurables y lo dejó fuera, en el jardín, pensando en las musarañas y sonriéndole a la noche que empezaba a tomar el cielo.

Fiordelise escribía en la Biblioteca de Marzenego y no en la que compartía con su hermano porque entre las estanterías altas y polvorientas podía despojarse de su papel de hija pequeña de los

Abacqua. Fuera del palacio no se ahogaba en cábalas sobre cómo habría sido su vida como viuda del hijo de la duquesa, si su boda se hubiera celebrado antes de su muerte; y si hubiese concebido a tiempo un heredero suyo, porque aunque la idea le era incómoda, la prefería a imaginar una noche de bodas con el aborrecible Biasio Bonbiolo. Envuelta en el perfume de libros viejos, se convertía en una herramienta de las palabras, que la utilizaban para llegar al papel. Su concentración y entrega solo encontraban rival en las del protegido de su hermano, Mirlo Yavuz, que estudiaba un par de mesas más cerca de las ventanas. Ambos dejaban pasar la tarde, hora tras hora, envueltos en el rasgueo de la pluma sobre el papel y el susurro de las páginas de los libros.

Había entre ellos el acuerdo tácito de no interrumpirse durante el trabajo. Solo cuando sonó la *marangona* y Fiordelise sopló sobre las líneas que acababa de escribir para que la tinta se secase y cerrar la carpeta, el joven de cabello oscuro y ojos hundidos se puso en pie y, con pasos cautelosos, se acercó a ella.

—Señorita Abacqua —saludó con una inclinación—. Gracias por la invitación al teatro. Fui a ver la obra y la disfruté mucho.

—Me alegro —respondió ella.

Él asintió y se dio la vuelta para retirarse. Un segundo más tarde, cambió de idea y la miró de nuevo. Dudó.

—Espero —añadió en voz baja— ver algún día su obra en escena.

—¿Mi obra? —Cuando Fiordelise entendió a qué se refería, se le incendiaron las orejas—. ¿Has estado humeando mis cosas?

Mirlo alzó la vista con sobresalto, pero encontró que el rostro de Fiordelise no se mostraba iracundo sino casi risueño.

—Lo siento.

A ella se le escapó una sonrisa.

—Eres el primero en leerlo. ¿Qué te pareció?

—Interesante y también arriesgado. Aunque no lo leí —admitió él —, apenas lo ojeé.

—¿Querrías leerlo cuando haya terminado el primer borrador? —preguntó Fiordelise. Su voz se volvió tímida—. Puede que haya mil errores que habrá que enmendar. Y tu perspectiva sería de gran ayuda.

—Sí —él parecía perplejo por la petición—, por supuesto.

Fiordelise desvió la mirada a los libros. Empezó a apilarlos

ordenadamente; le gustaba dejarlo todo arreglado antes de irse.

—No me refiero solo a tu experiencia como imperial —explicó—, también a lo que puedas aportar gracias a tu estudio. Según mi hermano, eres un experto en lenguas imperiales y su evolución desde el pacto con los demonios.

Un parpadeo. Una respiración más larga de lo normal. Fiordelise entornó los ojos, intentando interpretar aquel instante de suspensión.

—Sí —respondió Mirlo—. El joven señor Abacqua está muy interesado en este tema.

—Inexplicable —comentó ella con la esperanza de provocar una reacción, pero no fue capaz de distinguir ningún cambio en la expresión pétrea del otro—. ¿Por qué estás consultando entonces libros sobre física?

El asombro en los ojos del otro le hizo reír. Mirlo Yavuz frunció un poco el ceño, aunque Fiordelise intuyó que, en realidad, aquello le divertía.

—Ya veo que no soy el único en meter las narices en el trabajo ajeno —señaló—. Eso se debe a una curiosidad personal mía. Nunca había podido antes utilizar un barómetro y cuando descubrí que la biblioteca disponía de algunos, no me pude contener…

—¿Me lo enseñas?

Lo acompañó hasta sus mesas, al fondo de la sala. Eran el completo contrario a las de ella: Mirlo había creado un barullo caótico de libros, papeles, apuntes manuscritos y diagramas que solo él comprendía. Con un movimiento rápido, sacó un barómetro de Torricelli y se lo enseñó a Fiordelise.

Se trataba de un tubo de vidrio metido en una caja de madera, poco más largo que un dedo índice de la punta al nudillo. Estaba relleno de mercurio, con un extremo abierto y otro cerrado. Mirlo, con las manos protegidas por guantes negros, destapó un frasco que contenía el mismo líquido y sumergió el primer extremo del tubo en él. El mercurio descendió hasta estabilizarse gracias a las presiones ejercidas por la atmósfera, dejando en la parte superior del tubo un espacio vacío.

—¿Y bien? —preguntó Fiordelise.

—La cámara barométrica debería ser algo menor —declaró Mirlo —. Al menos, según los libros. —Estaban abiertos sobre la mesa.

Fiordelise los consultó, curiosa—. El barómetro marca una presión algo más de ciento treinta milibares mayor de lo que debería ser.

Fiordelise se encogió de hombros.

—Esos libros son muy antiguos. Es normal que haya cierta inexactitud.

—Eso mismo pensaba yo. —Con delicadeza, Mirlo volvió a guardar el barómetro en su caja—. Aunque la discrepancia me resulta fascinante. Un pequeño misterio.

La joven sonrió. Le parecía entrañable el aire excéntrico del hombre, su interés por el mundo que lo rodeaba.

Alargó la mano.

—Si no necesitas el barómetro, ¿puedo llevármelo?

—Es suyo. —Él se lo entregó dentro de la caja.

—Gracias. Debe ser tarde ya. Será mejor que me vaya. —Hizo un amago de alejarse, sin llegar a dar un paso. Quería decir algo más, pero no sabía qué—. Buenas noches.

—Hasta mañana —sonrió él.

Fiordelise regresó a la mesa para recuperar algunos de sus útiles de escritura y un libro que pensaba llevarse a casa. Se guardó el barómetro en el bolsillo del abrigo pardo que había traído, con la idea de repetir el experimento en el Palacio Abacqua y comprobar que el resultado fuese el mismo.

El aparato viajó resguardado entre un pañuelo y unos guantes, y fue recibido por los criados que, sin saberlo, se lo llevaron consigo al tomar el abrigo de la señorita. Fiordelise llegó al palacio calada por la llovizna, con la mente centrada en la idea de darse un baño y volver a entrar en calor. Al día siguiente se puso un vestido rojo y, por lo tanto, prefirió el abrigo negro al pardo, que se quedó en el armario, con el barómetro olvidado en el interior del bolsillo.

16

Los tesoros desaparecidos

Jacomina abrió con precaución la puerta del estudio de Baldizere, no del todo segura de haber oído su voz invitándola a entrar. Aunque él nunca lo dijese, ella se sabía favorita entre los miembros del servicio; claro que esta información solo le servía para calibrar con mayor precisión hasta qué punto podía tirar de la cuerda cuando la situación lo requería. Ella era consciente de que el aprecio de un hombre como Baldizere Abacqua no era necesariamente genuino ni perenne. Un error en mal momento cambiaría las tornas, y su joven amo podía hundirla en la miseria con solo una palabra. Jacomina no sentía el menor afecto por Baldizere.

Todos los que entraban a trabajar en el Palacio Abacqua sabían que los señores, aunque elegían con cuidado a sus criados y pagaban bien, nunca permitían la menor cercanía; les ocultaban información, les prohibían acceso a algunas zonas de la casa, en particular aquellas que pertenecían a la señora, y se negaban a tener con ellos nada parecido a una relación personal, ni siquiera entre siervo y amo.

Aun así, al menos por el momento, Baldizere favorecía a Jacomina, y le había prometido un sueldo por cada carta que encontrase bajo un adoquín junto a la puerta trasera del Palacio Abacqua. La mujer se había detenido a diario a mirar bajo la piedra, y aquella era la primera ocasión en la que había encontrado un pedazo de papel escondido.

—Esto queda entre tú y yo —advirtió Baldizere.

—Por supuesto, señor. —Jacomina le entregó la carta y recibió la moneda, que guardó en el bolsillo del delantal—. ¿Necesita algo más

el señor?

—Vuelve en media hora.

Baldizere desdobló el papel antes de que se marchase la criada, con ademán imperioso. Las letras eran difíciles de leer: era la caligrafía inconfundible de un imperial, alguien que había crecido aprendiendo la lengua de sus antepasados, cuya escritura tenía un alfabeto distinto al que se usaba en la Serena. Aquella mano no estaba hecha para escribir con naturalidad unos caracteres demasiado rectos, demasiado duros.

«Le debo un baile, señor Baldizere Abacqua».

Baldizere sonrió. Sacó una hoja de papel de cartas, color crema y con una filigrana del tritón de los Abacqua, y escribió:

«Esta vez en mi territorio. ¿Quién ha escrito tu mensaje, imprudente? Hazlo tú mismo. Nuestros secretos deben ser nuestros».

Jacomina regresó un rato después y recibió la hoja de papel plegada.

—¿A quién se la debo entregar, señor?

—Déjala bajo el adoquín esta noche, cuando te vayas a casa. Que no te vea nadie. —Hizo una pausa. Jacomina lo conocía lo suficiente para saber que iba a seguir hablando, de modo que aguardó—. Mañana por la mañana me llevas el almuerzo a mi cuarto. Y si ha habido respuesta, también.

—Muy bien, señor.

Aquella noche, Baldizere soñó que los demonios salían de los canales para levantar las calles de la ciudad, en busca de mensajes secretos. Él intentaba arrebatárselos, pero las criaturas los empapaban nada más tocarlos y los sobres de papel se deshacían en pedazos. «Ya no puedes hacer nada», le decía con tristeza Fiordelise, colgada del brazo de un Biasio Bonbiolo borracho. «Lo perdido no se recupera jamás».

Lo despertó Jacomina al abrir las cortinas. Había dejado una bandeja sobre el escritorio, con varios platos de comida y fruta, una jarra de zumo, un vaso de vino caliente y un pedazo de papel roñoso sobre un platito de porcelana ribeteado de oro. Baldizere se incorporó y dejó que ella acomodase las almohadas a su espalda antes de acercar

la bandeja.

—¿Quiere el señor que vuelva en media hora?

Él puso mal gesto e hizo un mohín para que se fuera. Era evidente que tendría que regresar, al menos para llevarse los platos sucios y hacer la cama, y a Baldizere le disgustaba que le pidiesen indicaciones innecesarias.

—¿Te necesito aquí *ahora*? No, ¿verdad? Vete. Te daré el sueldo después.

Jacomina se marchó. Baldizere se obligó a reprimir la curiosidad, intentando convencerse a sí mismo de estar por encima de ella, pero solo le sirvió para tomar el vaso demasiado pronto y quemarse los labios al intentar beber. Enfadado, renunció al vino, peló una mandarina y se metió la mitad en la boca de golpe antes de desdoblar el papel. Era el mismo que él había enviado, y en el dorso, con caligrafía de imperial, estaba escrito:

«Yo sí tengo amigos en los que confío. ¿Cuándo y dónde tendrá lugar el baile?».

Baldizere se llevó el vaso a los labios, pensativo, se quemó por segunda vez y derramó el vino sobre la bandeja. Daba igual. No tenía paciencia para almorzar. Se puso en pie, abandonando el resto de la mandarina, y paseó junto a los ventanales que daban al Gran Canal, con el mensaje en la mano.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Baldizere no se dio la vuelta al hablar.

—Jacomina. Quiero que vayas a Rialto.

Ella dudó un momento.

—La compra se hizo esta mañana, señor.

—No vas a comprar nada. Vas a quedarte en el puente, fingiendo visitar los puestos. Discretamente. Y vas a estar atenta por si ves a un hombre o a una mujer de cabello largo y rojo.

—Sí, señor.

—Te llevas contigo a dos criados más, dos que no vayan a irle con el cuento a mi madre. Que uno de los gondoleros os acerque al puente y espere en el embarcadero más cercano. Al primer pelirrojo que veas, mandas a uno de los criados en góndola a buscarme. Tú y el otro seguís a vuestra presa. Si se mueve deprisa, os vais con ellos y, cuando se queden quietos en algún sitio, te quedas vigilándoles y envías al

segundo criado a Rialto para que me lleve hasta ti.

—¿Y si se siguen moviendo, señor?

—No les pierdas la pista. Después, me contarás dónde han estado y, si es posible, dónde se alojan.

—Muy bien, señor. —Jacomina hizo una pequeña pausa dubitativa —. Me esperan en la cocina.

—¿A mí qué me cuentas? Pásate y di que tienes algo más importante que hacer.

Jacomina se retiró. Baldizere llamó con la campanilla a su ayudante de cámara, un hombre mayor, menudo y meticuloso, que solo hablaba en caso de estricta necesidad. Se dejó maquillar, peinar y vestir con algunas de las ropas nuevas que le había enviado el sastre días atrás. No utilizaría peluca, aunque sí máscara; una *bauta* negra y dorada por estrenar, con la que con suerte no lo reconocería la mayor parte de la gente.

—Tomaré una copa de vino en mi estudio —afirmó en voz alta, antes de abandonar la habitación.

Aunque su madre era la gobernadora de Marzenego, hacía varios años que muchas de las tareas administrativas y de gestión recaían sobre Baldizere. El señor Abacqua apoyaba a su esposa en su trabajo como consejera, cuando lo necesitaba, y se encargaba de regentar las propiedades de la familia, entre ellas, el suministro de agua potable a la Serena desde la isla de Santa Eulalia. Fiordelise llevaba un tiempo ayudándolo algún día, tendría que encargarse de tareas similares, ya fuese en Marzenego o en otro distrito.

Baldizere tardó más de lo normal en terminar unas tareas que solían resultarle sencillas, porque no podía dejar de pensar en la inminente boda. Aunque en el Palacio Abacqua apenas se hablaba de ello, las comidas y cenas en familia se habían vuelto tensas y silenciosas. Fiordelise pasaba fuera de casa cuantas más horas mejor, refugiándose en el teatro, en la Biblioteca de Marzenego o en el Palacio Sartori, sin querer siquiera hablar con su hermano. Baldizere había abordado por separado a sus padres, pero Bartolomio asumía el gesto grave de quien carga con responsabilidades desagradables y se negaba a contradecir a su esposa, y Moderata crispaba el rostro, amenazando con perder la paciencia si su hijo obstaculizaba sus planes.

La única solución era la rebelión, grande y abierta, irrefutable e imbatible. Y para prender la primera llama del incendio, Baldizere necesitaba promesas sólidas con las que tentar a Marga Sartori y a Zorzi Vianello. Sin aliados no podía cambiar las condiciones del juego.

Solo había una forma de que los señores Abacqua cancelasen el compromiso de Fiordelise: despojar de todo poder e influencia a la familia Bonbiolo.

Y había que hacerlo cuanto antes, pero Baldizere no sabía cómo.

Con aquellos pensamientos en la cabeza no era capaz de concentrarse en las cuentas. Luchó contra ellas hasta bien entrada la tarde. La luz del sol se atenuó hasta desaparecer, las lámparas tras las ventanas al otro lado del canal decoraron el agua con sus reflejos. Un criado silencioso encendió una en el estudio, sin que Baldizere se diese cuenta.

No alzó la mirada hasta que una voz aguda lo llamó por su nombre. Una criada muy joven, casi una niña, lo miraba desde el umbral de la puerta.

—Señor Abacqua, me envía Jacomina.

Él no la dejó continuar. No necesitaba explicaciones.

—Vamos. —Un tintineo de la campanilla convocó al ayudante de cámara—. Voy a salir y tengo mucha prisa.

Solo unos minutos después, Baldizere Abacqua estaba enfundado en un manto grueso, tenía los guantes puestos y viajaba a bordo de una de las góndolas de su familia hacia Rialto, con la criada al lado.

La vista del Gran Canal por la noche, con la silueta del puente en el horizonte, tenuemente iluminada, era impresionante. Baldizere se permitió contemplarla pese a la anticipación que se le acumulaba en el pecho. Sentía que no había en la Serena nadie más que dos personas, que la gente en la ribera y los muelles no eran reales, que los vendedores sobre el puente no eran sino sombras, que los demonios, por una vez, se habían retirado a las profundidades de la laguna, y él, Baldizere Abacqua, había acaparado todas las respiraciones y todos los latidos; e iba rumbo al encuentro con la única otra alma viva de la ciudad.

Yo también puedo encontrarte a ti si me lo propongo.

Saltó al muelle en cuanto la góndola estuvo lo bastante cerca. No esperó a que la muchacha desembarcase.

—¿Dónde está?

Ella, que había guiado al gondolero hasta la orilla correcta, señaló en dirección al puente.

—Cuando me fui, Jacomina estaba en la escalera, señor.

Baldizere no corría si podía evitarlo; ni siquiera de niño le había gustado. Echó a andar deprisa, con pasos largos, hacia el puente. Se temía que el escurridizo Ventura hubiese dado esquinazo a Jacomina y, a primera vista, no vio ni a la criada ni al pelirrojo. Entonces descubrió a otra de las criadas de los Abacqua, que miraba a un lado y a otro con desánimo, como si, al no encontrar al hijo de los señores, no estuviese segura de si debía esperarlo o regresar al palacio.

—¿Dónde? —preguntó Baldizere, sin aliento, acercándose a ella.

El alivio en la expresión de la criada fue evidente. El encargo que le habían hecho era tan extraño que le aterraba la idea de no haberlo entendido exactamente y meterse en un lío como consecuencia. Quería darlo por terminado cuanto antes.

—En la plaza frente a la Galería, señor.

Baldizere regresó a la góndola.

—A la Galería. Deprisa —ordenó.

Tardaron en llegar un momento que a él le pareció un siglo. Recorrió las dos calles que separaban el canal de la plaza, convencido de que era demasiado tarde. Había olvidado respirar, pero lo recordó sin pensarlo al ver a Jacomina en una esquina.

Ella no necesitó preguntas.

—Al otro lado de la plaza, en ese banco.

Baldizere siguió la mirada de la criada con la suya. La plaza era de un tamaño mediano y estaba dominada por el edificio de la Galería, la escalera que conducía a la gran puerta principal y las columnas que la adornaban. En un banco de piedra blanca, pegado a la fachada del edificio enfrente, dos mujeres contemplaban el ir y venir de quienes atravesaban la plaza. Eran una anciana que se cubría la cabeza con un pañuelo y una joven morena, probablemente su hija o nieta, que la acompañaba.

—Esa muchacha no es pelirroja. —El tono de Baldizere era suave y peligroso como el gorgoteo del agua entre las paredes de la prisión en los sótanos del Palacio Ducal.

—La anciana sí —aseguró Jacomina, sin dejarse asustar—. En

Rialto el viento le levantó el pañuelo.

Aunque Baldizere no las tenía todas consigo, había visto a Ventura cambiar de aspecto las suficientes veces como para albergar algo de duda. Quizá fuese él.

—Gracias. Ve a Rialto por si alguien se ha quedado esperando y luego volved todos a casa.

Jacomina asintió, contrariada porque había pasado todo el día en pie, en la calle, y le dolían las piernas. Él no volvió a mirarla. Avanzó con paso seguro hasta las dos mujeres, que no reaccionaron cuando él se sentó a su lado en el banco. No lo habían reconocido o no querían demostrarlo.

Tal vez ninguna de ellas fuese Ventura. Aun así, Baldizere habló con aplomo:

—No sabía que te interesase la pintura.

La anciana sonrió.

—Soy una persona curiosa.

—Y sin embargo te quedas fuera de la Galería. Sabes que las obras de arte están dentro, ¿verdad?

La joven morena soltó un bufido. Baldizere la examinó con algo más de atención y reconoció, pese al gesto apocado que disfrazaba sus rasgos, a la hermana de Ventura.

—Señorita Pelegrina —saludó, con un movimiento casi imperceptible de la cabeza—. Si desean entrar, sería un placer invitarlas.

Los mellizos se miraron. Pelegrina asintió.

—Permíteme —ofreció Baldizere, con un leve matiz de burla en el tono. Sostuvo el brazo de Ventura para ayudarlo a levantarse. A él, por ser un magnífico intérprete o estar verdaderamente nervioso, le temblaban las manos.

Cruzaron la plaza caminando despacio, sin prisa, adaptándose al fingido paso lento de Ventura. Baldizere se imaginó, por un instante, acompañando de aquel modo a su madre en un futuro. Sabía que no iba a suceder. Los médicos aseguraban que la enfermedad se llevaría a Moderata antes que la vejez.

Un portero les sostuvo la puerta abierta.

—Señor Abacqua —saludó.

No hizo amago de cobrarles entrada por visitar la Galería, ni a

Baldizere ni a sus invitadas.

—¿Se encuentra el señor Zio en su despacho? —preguntó él.

—No, señor. No hay nadie. Estábamos a punto de cerrar.

—Muy bien —aceptó Baldizere, indiferente a la sombra de duda que había en la voz del portero. No iba a pedir permiso para pasear por la Galería a deshora; prefería hacerlo sin preguntar y dar las gracias después—. Una oportunidad perfecta para disfrutar de la colección en soledad. Necesitaremos que nos enciendan las lámparas.

El recibidor de la Galería era una sala alargada, cuyo suelo anaranjado de piedra era atravesado de lado a lado por dos franjas de lajas relucientes, azul oscuro, que recordaban a las profundidades marinas. Las paredes, decoradas con frescos, preparaban al visitante para lo que iba a contemplar. Al fondo, dos grandes ventanales flanqueaban la puerta que conducía al atrio, amplio e impresionante. Baldizere y los mellizos se detuvieron entre las gigantescas columnas de mármol para contemplar la gran escultura que dominaba el patio. Era única en la Serena, porque la Iglesia Olvidada, respaldada por la duquesa Elisabetta Vianello, había prohibido las representaciones de los demonios. La entonces directora Friuli se había negado a destruir la estatua del patio de la Galería; algunos decían que por ser demasiado grande; otros, que porque los mismísimos demonios habían montado guardia ante la casa de los Friuli a modo de amenaza; otros, que la estatua era obra del propio Vivian Zio, que entonces había sido un joven aprendiz, y que salvarla había sido una muestra de la predilección que la directora había sentido por él.

A excepción de aquella figura de proporciones mastodónticas, toda ella esculpida en piedra negra, los demonios no aparecían en el arte sereno, como si solo fuesen alucinaciones que gobernasen la ciudad durante los carnavales. En la época de Elisabetta Vianello, la muerte negra había atormentado la ciudad, y ella, que aún era recordada como la Duquesa de la Peste, aparecía en el bajorrelieve que adornaba una de las paredes del atrio. Su mano derecha servía de apoyo respetuoso a la Virgen Santísima, Santa María de la Salud, representando el compromiso de la duquesa Vianello con la Iglesia Olvidada y el combate contra la enfermedad; por la izquierda, le daba asimismo la mano un oscuro médico de la peste con la cara cubierta por la máscara.

Cada una de las paredes del atrio estaba dedicada a un dirigente de la Serena. Después de la Duquesa de la Peste venía su predecesor, Carlo Sartori, el Duque del Hambre: tras el trato con los demonios, la importación de agua y alimentos se había visto interrumpida, y él había tenido que enfrentarse a la reorganización de los recursos de la ciudad. Después, otro bajorrelieve mostraba a Andriana Abacqua, la Duquesa del Pacto, que había sellado las fronteras de la Serena.

—Hijo —llamó Ventura con voz temblorosa de anciana, haciendo sonreír a Baldizere—, léeme eso, hazme el favor, que mis ojos… mis ojos ya no distinguen…

—Abuela —cortó Pelegrina—, no seas majadera, si tú no sabes leer.

—Con más razón, que me diga él qué pone.

Baldizere sabía de memoria la inscripción sobre la cabeza de la Duquesa del Pacto, porque eran las primeras palabras de la letanía que todos los años se repetía durante la ceremonia en la que la Serena se casaba simbólicamente con el mar, en honor al pacto con los demonios.

—«*Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique dominii*» —recitó—. «Nos casamos contigo, oh mar, como signo de verdadero y eterno poder» —tradujo como pudo. Tras una pausa, añadió—: «Y así las aguas y la Serena compartirán por siempre un mismo destino».

—El pacto —murmuró Ventura— siempre me ha parecido fascinante.

Pelegrina se tensó, como un pájaro atrapado que ve una ventana abierta.

—Fue entonces cuando los tesoros de las seis familias gobernantes adquirieron propiedades mágicas, ¿no es eso?

Los tres continuaron su camino hacia las salas de exposición, con los zapatos resonando sobre las losas de mármol policromado. Los dibujos geométricos del suelo eran tan hermosos que pisarlos parecía un insulto. Baldizere, con un súbito arrebato de afecto, se dio cuenta de que Ventura procuraba evitarlos, dando pasos a veces más cortos, a veces más largos, pisando en los márgenes de piedra más clara.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Baldizere.

Pelegrina encogió el hombro izquierdo.

—Eso cuenta la leyenda. Lo sabe toda la ciudad. ¿Es verdad o no?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿No posee tu familia uno de esos tesoros?

A Baldizere se le tensaron los hombros involuntariamente. Los dos mellizos se dieron cuenta.

—Es solo una réplica.

—Ah. Claro. —Ventura, consciente de que las preguntas de su hermana estaban alarmando a su interlocutor, reculó—: Los rumores son así, tienen una gran parte de fantasía.

El personal de la Galería había llegado antes que ellos, y la gran lámpara que colgaba de las vigas de madera oscura estaba encendida. Iluminaba las columnas, los ventanales a través de los cuales se veía el canal oscuro de la parte trasera de la Galería, los cuadros colgados en las paredes. Ninguno de los tres visitantes se detuvo a mirarlos.

—Según la leyenda —Baldizere pronunció las palabras despacio, dándole peso a cada una de ellas—, ¿cuáles son las propiedades «mágicas» de los tesoros?

—Bueno —responde Pelegrina, adelantándose a Ventura—, la leyenda en realidad cuenta la historia de los Scarpa y los Corso, la destrucción de las dos familias. Al parecer, ninguna de ellas estaba a favor del cierre de fronteras de la Serena, y las otras cuatro las presionaron para aceptar el pacto. Posteriormente, ambas intentaron cruzar la barrera de las marismas, a escondidas; la ciudad sufrió las represalias de los demonios, que interpretaron que se había roto el pacto. Los tesoros aparecen en la historia, pero sobre todo se habla de los que se perdieron… Uno estaba relacionado con la navegación y otro con la fuerza militar, las dos cosas a las que la Serena renunció al dejar que los demonios sellasen las fronteras.

—No hay que tomarlo al pie de la letra —sugirió Ventura—. Es una especie de símbolo.

—O no, o tal vez sea real —insistió Pelegrina.

—Dicen que los tesoros nunca han tenido propiedades extraordinarias —meditó Baldizere en voz alta—, que se trata solo de un cuento. ¿Navegación y fuerza militar, entonces? ¿Y cuáles eran las propiedades del resto de los tesoros?

—¿No lo sabes? —replicó Pelegrina.

—¿Lo sabes tú?

—Sé algunas cosas. La Llave Piromagnética sirve para abrir puertas

cerradas, la Máscara de Obsidiana dice la leyenda que te permite respirar bajo el agua. De la corona deberías saber tú más que yo, dado que perteneció a tu familia. Me imagino que os quedasteis con los tesoros de los Scarpa y los Corso, del mismo modo que os repartisteis su territorio.

—Qué tontería. Sus tesoros desaparecieron con ellos. —Incluso Baldizere fue consciente de la duda que había expresado sin querer.

Pelegrina sonrió con suficiencia. Se había detenido delante de un gran retrato de los cabezas de familia más importantes de la Serena hacía siglos. Seis personas: la duquesa Abacqua, la del Pacto, una Vianello, un Sartori, un Bonbiolo y dos rostros que a Baldizere no le resultaban familiares: una mujer con el rostro lleno de pecas y un joven lánguido de cabello muy oscuro. Corso y Scarpa.

—Eso es muy ingenuo. Esas dos familias no se desvanecieron sin más. Fueron asesinadas.

—No me digas. ¿Por quién?

—¿No es evidente?

—Pelegrina —advirtió Ventura. El tono descarado de su hermana lo inquietaba—. Baldizere —añadió, con voz más suave—, fuisteis vosotros. Las cuatro familias gobernantes.

—Según la leyenda, será —apostilló Baldizere, desconfiado—. Hay quien dice que lograron cruzar la frontera; otros, que cayeron en desgracia y se extinguieron por falta de enlaces matrimoniales…

—No. Lo que he dicho es verdad. Lo sabe todo el mundo —contestó Pelegrina—. Las dos familias que se opusieron al pacto con los demonios fueron asesinadas. Intentaron marcharse, los demonios cargaron contra la Serena y las otras cuatro familias nobles consideraron que las disidentes eran un peligro para todos, así que las mataron a sangre fría. También a los niños. Puedes comprobarlo: si hubiesen muerto de forma natural, estarían todos sus integrantes enterrados en el cementerio. No encontrarás sus tumbas.

Baldizere se detuvo en el sitio. No dio un paso más. No sabía qué hacer con esta información.

—¿Qué pasó con ellos?

—Los sacaron a la laguna y los ahogaron. Los mató el agua o los demonios, no sé. Sus nombres están grabados en el suelo de piedra de los muelles, al norte, donde antes acababa el distrito de Marzenego y

comenzaba el de Luprio. Ahora, por supuesto, todo es Marzenego. —Pelegrina esbozó una sonrisa cruel—. Todo de su familia, señor Abacqua.

Baldizere echó a andar de nuevo, poniéndose a la altura de Pelegrina, caminando junto a ella. Ventura los seguía, despacio, pero sin el andar frágil de anciana.

—Cuéntame todo lo que sepas.

—¿Ahora soy una cuentacuentos? —exclamó Pelegrina—. Estás muy equivocado, Baldizere Abacqua. Mi hermano y yo no trabajamos para ti. Si quieres información, tendrás que darnos algo a cambio.

—¿Qué quieres?

—Quiero ver la réplica del tesoro de tu familia, la corona que tenéis en el Palacio Abacqua.

—¿Por qué?

—Puro interés personal —mintió Pelegrina, mientras atravesaba de extremo a extremo la Galería de la Serena, sin detenerse a apreciar ninguna de las obras.

—¿Has estado alguna vez en los calabozos del Palacio Ducal? —preguntó Baldizere—. Están en los sótanos, por debajo del nivel del agua. Dicen que algunos de ellos quedan totalmente sumergidos cuando sube la marea. Al cabo de unas horas, bajan los guardias y sacan los cadáveres hinchados.

Pelegrina se volvió hacia él, con furia acumulada en los ojos y los puños apretados. No le gustaban las amenazas, directas o veladas. Si Baldizere quería hacerle daño, que lo intentase, en ese mismo momento, sin intermediarios.

—Pelegrina. —Ventura se interpuso entre ellos—. ¿Por qué no vas a ver qué hay en el otro pasillo?

—Porque no me da la gana.

Ventura se agarró al brazo de Baldizere, con cautela, como si temiese ser rechazado. Baldizere le colocó una mano sobre la manga del vestido, presionó un poco con los dedos. El contacto no lo tranquilizaba, pero sí había desviado su atención. Todas sus terminaciones nerviosas se concentraban en los puntos en los que su cuerpo y el de Ventura estaban en contacto pese a la barrera de la ropa.

Con pasos pausados, entraron en la logia del primer piso, una

estancia exterior sostenida por bellos arcos conopiales coronados por ornamentos en relieve. Por los rosetones que había sobre ellos se colaba la luz de los edificios al otro lado del canal. Ventura se acercó al pasamanos de piedra y se apoyó en él, junto a Baldizere, codo contra codo, brazo contra brazo.

—La corona era el tesoro de los Abacqua —empezó a explicar, con voz tranquila y cálida—. La leyenda se refiere a ella como Corona de Sal. Era blanca y sobria. No sabemos cuál era su poder, no se especifica en la historia, al menos en la versión que conocemos nosotros.

Pelegrina se apoyó en la pared, a varios pasos de distancia de ellos. Escuchaba la conversación, atenta, con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—También yo lo desconozco —dijo Baldizere.

—El tesoro de los Corso, el Manto de Espuma, es aún más misterioso. Permitía a quien lo llevase ver y ser visto entre las aguas.

—¿En una bruma espesa? —imaginó Baldizere—. ¿A través de una tormenta?

—Tal vez. El tesoro de los Scarpa era la Espada de Cristal. Dicen que su poder era el de liberar las fuerzas de la Serena, que protegerían la ciudad si fuera necesario.

—¿Cuáles son las fuerzas de la ciudad?

—Si no lo sabes tú, señor gobernador… —espetó Pelegrina.

Ventura le lanzó una mirada preocupada, pero no se apartó de Baldizere.

—La razón por la que los Scarpa estaban enfrentados al resto de familias, y también el motivo por el que se opusieron al pacto, fue que eran contrabandistas. Ninguna otra familia de la Serena navegaba tanto y tan lejos como ellos, ninguna tenía tantos lazos en Tierrafirme. Tal vez el único motivo por el que podían robar de esta forma a la ciudad era que tenían poder sobre sus defensas, y eran capaces tanto de activarlas como de anularlas.

—¿Y los Corso? ¿Por qué se opusieron ellos al pacto?

—Dicen que por un problema amoroso. —Ventura se encogió de hombros—. Es una larga historia, no sé cuánto es verdad. —Sonrió, mirando al agua, y habló tan bajo que ni siquiera Pelegrina pudo oírlo, y Baldizere, que estaba a su lado, tuvo que inclinarse hacia él—.

Entonces, ¿has cambiado de opinión en cuanto a relacionarte conmigo?

Baldizere sonrió también, con culpa, como si creyese que era su deber contener el gesto pero no fuese capaz.

—Puesto que parece que no hay forma de librarme de vosotros… —rezongó—. Aunque vamos a tener que ser más transparentes. Me divierten los disfraces, pero las mentiras no tanto.

—Lo sé. Lo tengo en cuenta.

—No voy a enseñaros la corona. No es mía ni sé dónde la tiene guardada mi madre.

—Mi hermana se llevará una decepción, pero lo superará.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

Ventura dudó. Miró a Pelegrina un momento, cohibido. Ella suspiró ruidosamente; después, como si le hiciera un favor, abandonó la logia. Al fin y al cabo, en la Galería desierta, muy bajo tendrían que hablar para que ella no se enterase. Sus pasos se perdieron por el pasillo.

El silencio de Ventura desvelaba la dificultad para expresar con palabras lo que sus ojos y el rubor en sus mejillas decían con claridad. Baldizere rio por lo bajo para ahogar un brote de timidez impropia en él.

—Dímelo —murmuró, a medias juguetón, a medias anhelante—. Dime por qué me has estado persiguiendo durante semanas…

—¿Persiguiendo? —Ventura se encogió de hombros—. Eres tú el que dice que me ve por todas partes. Quizá estés obsesionado conmigo.

Baldizere volvió a reír, esta vez en voz alta. Se había girado hacia Ventura, alargó las manos para tomar las suyas.

—Puede ser.

Ventura no esperaba que le diese la razón. Se quedó sin aire en los pulmones unos segundos.

—Entonces —susurró—, ¿ese baile que teníamos pendiente…?

Baldizere lanzó una mirada a la logia. Estaba vacía y la oscuridad le otorgaba una falsa sensación de privacidad, pero la penumbra y el frío la hacían incómoda. El aire que se colaba desde el canal era gélido.

Además, no podía dejar de pensar que Pelegrina estaba dentro,

espiándolos.

—Será mejor que lo dejemos para otra ocasión, para no hacer esperar a tu hermana.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana, cuando suene la *nona*, en el Puente del Diablo.

—¿Es una indirecta?

Las manos de Ventura continuaban entre las de Baldizere. Casi con timidez, su pulgar se movió sobre la piel de la muñeca del aristócrata. Una caricia leve, que podía tomarse por un accidente pese a ser el más deliberado de los gestos.

—Aún no tengo claro si entre nosotros dos el diablo eres tú o soy yo —bromeó Baldizere.

—Tal vez pasado mañana lo aclaremos.

El retumbar de unos pasos los hizo apartarse el uno del otro. Pelegrina volvió a asomarse a la logia.

—Creo que los de la puerta van a llamar al director de la Galería —avisó—, supongo que quieren la autorización para dejarnos encerrados aquí dentro e irse a sus casas.

Baldizere chasqueó la lengua, disgustado. Acababa de darse cuenta de que tendría que dar una explicación a sus padres si llegaba al Palacio Abacqua en mitad de la cena. Intentó recordar si aquel día tenía algún compromiso con las hermanas Sartori, pero no lo logró.

—Vámonos. —Miró a Ventura una vez más. Los ojos grises parecían más oscuros que nunca en la penumbra, nubes cargadas de lluvia y electricidad. Una sonrisa se escondía en la comisura de sus labios.

Bajaron las escaleras juntos. Baldizere entregó unas monedas al personal de la Galería, que los miraba con ojos como platos. No fue hasta llegar al otro lado de la plaza que él y los mellizos, casi a la vez, se dieron cuenta de que Ventura había salido caminando erguido y con paso ágil. El talento que contenía la exposición había hecho rejuvenecer cincuenta años a una abuela.

Fue Pelegrina la primera en echarse a reír, incontenible, y sus carcajadas contagiaron a los dos jóvenes. Eran distintos como una góndola de los botes de los pescadores, pero el asombro en los ojos de los porteros, que súbitamente cobraba sentido, los unió en una risa larga, desatada, que los dejó sin respiración.

—Marchaos —indicó Baldizere en cuanto pudo volver a hablar—. Marchaos antes de que vengan a pediros explicaciones.

—Buenas noches, señor Abacqua. —Pelegrina imitó una reverencia florida.

—Hasta pronto. —La voz de Ventura era como un eco rebelde de la de su hermana.

Se desvanecieron entre las callejuelas como dos fantasmas.

Baldizere regresó al embarcadero del puente, donde no le costó encontrar una góndola que lo llevase al Palacio Abacqua por una lira. Ya en la embarcación, surcando las aguas negras como el cielo nocturno, le asaltó el recuerdo de Ventura, vestido como una anciana y caminando como un muchacho, y volvió a reírse, solo, ante la silenciosa perplejidad del gondolero.

17

El tritón y los demonios

La única interacción entre demonios y humanos que recogían los libros era el pacto que había sellado las fronteras de la Serena, y ni siquiera sobre este había información detallada. Incapaz de encontrar la verdad entre el lenguaje poético, Mirlo cerró un tomo grueso y polvoriento. Las páginas quebradizas se hundieron bajo las tapas. El propio volumen parecía aliviado, como si las pesquisas del imperial lo agotasen.

Mirlo se apoyó en la muleta para ponerse en pie. Era pronto todavía, pero estaba solo en la biblioteca. La mesa de Fiordelise Abacqua estaba desierta. Sin prisa, con el golpeteo del bastón acompañando sus pasos, abandonó el edificio.

—Buenas tardes. —El guardia de la entrada no respondió.

La noche temprana de invierno había oscurecido el cielo prematuramente. El lado opuesto del Gran Canal era indistinguible entre la bruma densa, por lo que los marinos que habían amarrado pronto sus barcos de transporte de mercancías habían encendido faroles que sirviesen de guía a los que aún navegaban entre la Serena y sus islas. Al pasar frente a ellos, Mirlo aceleró el paso, con los hombros encogidos y la cabeza gacha.

La punta de la muleta, atrapada en una grieta entre dos bloques de piedra del suelo, lo hizo trastabillar. Al perder el equilibrio, Mirlo apoyó su peso sobre el trozo de madera, que se quebró con un chasquido ahogado por la humedad. El imperial hizo una mueca de dolor al mantenerse de pie sin ayuda. Uno de los marinos se levantó,

pero se detuvo al ver que Mirlo, involuntariamente, contraía la espalda para protegerse de un golpe.

—¡Eh! —llamó, utilizando la exclamación con la que se gritaban unos a otros desde los barcos—. ¿Está bien? —Mirlo se incorporó con lentitud precavida. El marino volvió a sentarse—. Trabaja para los Abacqua, ¿no?

Hizo con la mano un gesto hacia su barco, amarrado en el primero de la hilera de postes que emergían del agua. Tenía el tritón dibujado en el casco.

—Sí. —Mirlo, a punto de continuar su camino pese al dolor, cambió de idea y se acercó cojeando al embarcadero.

—Lo veo pasar todas las mañanas —dijo el marino.

Los demás, tres siluetas oscuras, a contraluz del farol, escuchaban con curiosidad.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Mirlo.

El otro se apartó, haciéndole un hueco en el murete. Mirlo se acomodó a su lado, sin soltar la muleta rota.

—Me llamo Andrea —se presentó.

—Mirlo —respondió él.

—Girolamo —dijo una de las siluetas.

—Lazaro.

—Martin.

Mirlo asintió en su dirección. No les veía las caras, al día siguiente sería incapaz de reconocer a ninguno. El agua chocaba suavemente contra la madera del embarcadero, sin que se intuyese ninguna criatura acechando debajo. El canal y la laguna eran un enigma envuelto en niebla. Un chapoteo que atrajo la atención de los marinos, pero el bote de remos continuó hacia Rialto, sin detenerse.

—¿Están esperando a alguien?

—Uno de nuestros compañeros siempre se retrasa —gruñó Girolamo—. En cuanto hay un poco de bruma, pierde el norte.

—Va a necesitar ayuda para descargar, así que aquí estamos —resumió Andrea—. Llegará pronto, salvo que haya acabado en la laguna. Entonces le ayudarán a descargar los demonios.

Sin darse cuenta, Mirlo había estado balanceando la muleta con las manos. El palo terminó de romperse; un trozo de madera astillada cayó al suelo. El imperial la miró. No hizo ademán de recogerlo.

—¿Ha pasado eso alguna vez?

El marino rio.

—Es una forma de hablar. Los demonios suelen dejarnos en paz si nos mantenemos fuera del agua. —Lanzó una mirada a sus compañeros—. Muchachos, si creéis que podéis arreglároslas sin mí, a lo mejor puedo acercar a este hombre a su casa.

Mirlo lo miró con una sorpresa que enseguida se tornó en desconfianza. Le daba miedo subir a un bote con aquel desconocido porque era un peligro en potencia aunque hasta aquel momento se hubiese mostrado asombrosamente amable.

—No es necesario —mintió. Prefería la tortura que supondría cada paso hasta llegar a casa a la vulnerabilidad de encontrarse como imperial en manos de un sereno.

—Señor —el tono del marino se volvió cortés—, es usted un protegido de los Abacqua. Estoy seguro de que ellos agradecerían que lo asistiese en esta situación.

Esperaba obtener una recompensa por aquello. Mirlo recibió aquella certeza con alegría. Si el tal Andrea tenía un interés en ayudarlo, podía confiar en él. La bondad hacia un imperial era inconcebible; la codicia, en cambio, una explicación aceptable y una garantía de que aquel hombre no tenía la motivación oculta de hacerle daño.

—Muy bien —aceptó—. Gracias, Andrea.

Amarrado junto a su gran embarcación, el marino tenía un bote pequeño que desató con rapidez. Sus compañeros, conscientes de que la generosidad de los Abacqua no se extendería a todos, no se movieron. Andrea le ofreció el brazo a Mirlo para ayudarlo a subir al bote.

—Quédese sentado —indicó—. Yo puedo remar de pie, como un gondolero —bromeó—. No soy tan distinguido, pero haré lo que pueda.

Se internaron en la niebla, dejando atrás las voces de los marinos que se despedían hasta el día siguiente, el paseo y los edificios. A su alrededor solo había una nube gris, bajo el casco del bote, una vastedad negra e insondable.

Mirlo dejó que la bruma le llenase la mente, apartó de ella los libros, los demonios, el pacto, hasta que una frase destacó entre el

agua y las sombras.

—¿Suelen?

—¿Perdone? —preguntó el marino.

—¿Los demonios suelen dejaros en paz u os dejan en paz *siempre* que estáis fuera del agua?

El hombre calló un momento, desconcertado por el interés del imperial.

—Bueno —respondió finalmente—, no es habitual que aparezcan, y cuando lo hacen normalmente nos ignoran. Nosotros a ellos también, como si tuviésemos un pacto entre nosotros, ¿entiende?

—Sí —Mirlo estaba inmóvil como un gato que ha detectado el movimiento de su presa—, pero ¿hay ocasiones en las que *no* os ignoren?

—Claro. —El marino no era consciente de que lo que contaba era extraordinario para la mayor parte de ciudadanos de la Serena—. ¿Sabe cómo durante los carnavales, cuando los demonios salen del agua, pasan a nuestro lado como si fuésemos invisibles? Pues a los que pasan más tiempo en el agua, a los marinos que somos realmente criaturas de la laguna, ¿sabe?, a esos no nos ignoran. Quiero decir, sí, en las fiestas sí, ahí no hacen caso a nadie. Pero en las barcas, en la laguna, cuando llevamos muchas horas ahí, el día entero, y estamos calados por el viento y la piel nos sabe a sal, entonces hay demonios que vienen y nos miran, y algunas veces hasta diría que están intentando hablar con nosotros, que les intrigamos. Pero ya le digo —concluyó, sin vislumbrar, en la oscuridad, el entusiasmo mal escondido que rebosaban los ojos de Mirlo—, esto no pasa muchas veces, y tampoco es un problema para nosotros.

Remó con delicadeza, virando para entrar en uno de los canales pequeños. Los remos se mantuvieron sobre el agua, sin tocarla, mientras el bote se deslizaba bajo el primer puente. El calado de la embarcación le permitía transitar los canales menos profundos, pero el marino no estaba del todo acostumbrado a ellos y extremaba la precaución.

—Aquí es —indicó Mirlo—. No hay un embarcadero más cercano.

Andrea acercó el bote al punto de la ribera en el que el muro bajo que separaba la acera del canal desaparecía para dar paso a los escalones mohosos que se hundían en el agua. Agarró a Mirlo del

brazo, con firmeza, para sostenerlo mientras desembarcaba.

—¿Podrá llegar bien?

—Me las arreglaré. Gracias.

La vivienda que había alquilado con su madre cuando esta aún vivía, y que había pasado a pagar Baldizere Abacqua, se encontraba en uno de los edificios pobres que hacían corro, como un grupo de niños amontonado junto a la lumbre, en torno a un patio con un aljibe comunitario. Tenía dos habitaciones minúsculas; una que hacía las veces de dormitorio, con un colchón de paja en el suelo, y otra que era sala de estar y cocina, con el hogar y una única silla. Mirlo cojeó hasta la puerta, abrió con dificultad y se derrumbó sobre el asiento.

Había pasado casi un año desde la rotura, pero cuando apoyaba el pie seguía sintiendo que el hueso iba a quebrarse en mil astillas.

Apretó los dientes. En las casas vecinas se oía el runrún de las conversaciones familiares. La gente había regresado del trabajo, se preparaba para cenar y acostarse. No había nadie en la calle.

Mirlo no podía pensar en dormir, solo en los demonios, en el agua, en los marinos, en la sal. En sí mismo tumbado en aquella barca, en el demonio que se le había acercado. En el otro, el que intentó ahogarlo en el canal. En el agua oscura y el frío.

En la esquina de la habitación había un cubo vacío. Mirlo lo miró fijamente. Aunque la idea que había conquistado su mente era una imprudencia, se sabía incapaz de esperar.

Utilizando el respaldo de la silla como muleta, se acercó al hogar y encendió el fuego. Después, agarró el cubo y, con él en una mano y la silla en la otra, trastabilló hasta el patio. Dejó la puerta de la vivienda abierta. Poco a poco, paso a paso, llegó al embarcadero. Se dejó caer de rodillas al suelo, estirándose para no apoyarse en los escalones resbaladizos. El cubo se hundió mansamente en el agua. Mirlo tiró de él, con gran esfuerzo, para izarlo de nuevo hasta la acera. Después se puso en pie con un gesto de dolor. El regreso a casa fue lento y penoso con el pesado cubo de agua como lastre, pero Mirlo consiguió volver a la cocina. Cerró la puerta.

Se sentó en la silla, con el cubo en el suelo frente a él. Se desnudó poco a poco, primero los zapatos, después el resto de la ropa. La lumbre no había caldeado la habitación; el frío le erizó la piel. Con movimientos lentos, deliberados, empezó a verterse agua salada sobre

la piel. Las manos, los brazos, los pies, las piernas. La cara, el cabello. Las gotas se le escurrieron por el cuello. Le temblaba todo el cuerpo.

Mojarse el torso fue lo más difícil. Cuando el agua helada le recorrió el pecho y el vientre, contuvo un gemido de incomodidad. Por fin, estuvo completamente empapado, se incorporó y tiró de la silla para acercarla al fuego. El calor le devolvió la vida.

Esperó hasta estar completamente seco. Después, alzó una mano y se tocó la piel con la lengua. Sabía a sal.

Volvió a vestirse. La habitación estaba caliente y él había recuperado el color: salir de nuevo a la calle supuso un desafío, pero su fuerza de voluntad era inquebrantable. Apoyándose en la silla, poco a poco, llegó hasta un callejón cercano, apartado, que terminaba en una puerta de agua. A aquella hora no pasaban botes por un canal tan estrecho. Nadie lo molestaría.

Mirlo se sentó en la silla, mirando al canal.

Lo acunaban el rumor rítmico del ir y venir del agua chocando contra la piedra y el silbido del viento. Pasaron los minutos sin que sucediese nada. Mirlo era consciente de su propia respiración, del frío del aire, de la oscuridad, las sombras.

Los ojos verde pálido, casi blancos, de una criatura que se asomaba desde el canal, con las manos de largos dedos quebradizos aferradas al borde.

—Hola —susurró Mirlo—. Me ves, ¿verdad? —Se dio cuenta, al decirlo, que ese no era el verbo correcto, y se corrigió—: Me *reconoces*.

El demonio no podía pisar la tierra todavía. Se aupó sobre el borde, sin sacar del agua sus largas piernas. Era humanoide, aunque nadie lo habría confundido jamás con una persona. Tenía la piel de color verde oscuro y largos cabellos negros, lisos, que le llegaban por debajo de la cintura y se hundían en el agua como una maraña de algas. Su rostro ovalado, con labios pequeños y nariz respingona, estaba dominado por dos enormes ojos sin pupilas que resplandecían en la oscuridad.

Mirlo se deslizó de la silla al suelo. Colocó las manos en la piedra, se impulsó hacia delante. La criatura se escondió tras el borde, bajando de golpe, asustada, pero al cabo de unos segundos volvió a emerger.

Curiosidad. Sus ojos se clavaron en los de Mirlo.

—Hola —repitió él en voz baja.

El demonio, reprimiendo un ademán de esconderse, se mantuvo donde estaba. Mirlo adelantó una mano, invitándole a tocarlo. La criatura sospesó la oferta largamente. Después, tentativamente, alargó los dedos. Tanteó la piedra a unos palmos de Mirlo, luego retiró la mano dejando una huella húmeda tras de sí. El hombre giró la mano, dejando la palma hacia arriba. El demonio, mirándolo atentamente, se atrevió una vez más a estirar los dedos. Rozó con ellos la piel del humano.

Se alejó de nuevo. Lo miró. Mirlo sonrió, sin saber si la criatura entendería el gesto.

—¿Qué es? —preguntó, para sí mismo—. ¿Es el olor al canal? ¿Es la sal? —El demonio torció la cabeza, interrogante; tanto, que su rostro quedó primero en ángulo recto y después casi del revés, grotescamente, de un modo imposible para una persona—. No entiendes ni una palabra, ¿verdad? ¿Cómo se comunicaron los gobernantes con vosotros para hacer el pacto? —El demonio, aburrido, se soltó del borde de piedra y se sumergió en el agua. Mirlo se inclinó hacia él, desolado—. ¡No! ¡No te vayas!

Una mano larga rompió la barrera de la superficie y lo salpicó. Mirlo se incorporó con una exclamación.

Desde el agua, dos ojos luminiscentes lo observaban. Se habían estrechado hasta formar dos rendijas.

Intrigado, Mirlo volvió a asomarse. En cuanto estuvo a tiro, el demonio sacó la cabeza y, con las mejillas bien hinchadas y buena puntería, lanzó un chorro de agua contra la frente del hombre.

Él, sorprendido y resoplando, con las gotas resbalándole por el cabello y sobre los ojos, se retiró precipitadamente. La criatura emergió y se apoyó con las manos en el borde, para mirarlo. Su rostro, aunque demoníaco, expresaba una emoción intensa.

Regocijo, pensó Mirlo.

Y las palabras salieron de sus labios casi sin pensarlas:

—¿Eres un niño?

El ser mostró dos filas de colmillos afilados, blancos y llenos de manchas verdosas, y emitió un grito estridente. Mirlo se encogió, interpretándolo como una amenaza, antes de darse cuenta de que no era más que una risa; juguetona, aterradora e inofensiva. El demonio

se reía del humano mojado y asustado, reía, reía y aun cuando se sumergió de nuevo y se perdió en las profundidades, tal vez en busca de sus pares para contarles la trastada, se siguió oyendo el eco de su risa.

La góndola fue a buscarlo por la tarde, a la puerta de la biblioteca. Mirlo reconoció el blasón de los Abacqua.

—El señor solicita su presencia en palacio —informó la gondolera.

Navegaron por el Gran Canal, con la impresionante vista de la isla de San Jorge a babor, los Jardines Reales a estribor y después la Serena a ambas bandas, el distrito de Scopulo a un lado y San Teodoro al otro, la Punta del Mar y la larga sucesión de palacios y puestos, los paseos moteados por la luz de los faroles, los grandes arcos, las espléndidas jambas de portones y ventanas, el grueso revestimiento de piedra de las fachadas, las quimeras petrificadas y las innumerables embarcaciones que surcaban las aguas. Cuando la bruma lo dejaba ver, el azul gobernaba la Serena en el cielo y en las profundidades del canal. Mirlo disfrutó de cada segundo de la travesía, encontrando placer en el ligero sufrimiento de no saber a dónde mirar, porque donde fuese que fijara la vista, obviaba un centenar de detalles de belleza exquisita. La Serena, con sus secretos y sus claroscuros, se exhibía ante él, seductora y cómplice. La ciudad que se alzaba sobre el agua, antigua y sabia; desconocedora de la superfluidad de encandilar a quien ya está enamorado.

La góndola giró para entrar, mediante un canal menor, al muelle privado de los Abacqua. Mirlo se puso en pie, apoyado en el palo que había encontrado en uno de los jardines y que estaba utilizando como bastón, y desembarcó sin ayuda. La góndola quedó atrás, meciéndose suavemente junto a los escalones cubiertos de algas.

—El señor lo espera en la entreplanta.

Mirlo siguió al criado que le había abierto la puerta, alegrándose de no tener que trepar la gran escalera que llevaba al primer piso ni atravesar a los dos fantasmas que observaban el muelle desde el primer escalón. Baldizere Abacqua lo esperaba en un despacho amplio, de grandes ventanales que daban al canal. Los muebles eran

antiguos y caros, bellamente tallados; sobre la mesa estaba dibujado el emblema de la familia. Aquel despacho no correspondía a un joven señor, sino a la gobernadora de Marzenego. Mirlo supuso que pertenecía a la señora Abacqua, que se debía haber retirado temprano, tal vez debido a la enfermedad que, según se rumoreaba en las calles, la debilitaba día tras día.

—Buenas tardes, señor Abacqua. —Hizo la reverencia profunda de los imperiales.

—Mirlo Yavuz. —Baldizere parecía cansado—. Háblame de tus avances en el estudio… de cómo el lenguaje de los imperiales… en fin. El estudio que te encargué. —Lanzó una mirada seria al criado—. Cierra la puerta y que nadie nos interrumpa.

—¿Querrán beber algo los señores? —preguntó el hombre, con retintín. No le hacía gracia recibir a un imperial.

—No. No quiero que se abra esa puerta hasta que hayamos terminado. Márchate. —Y en cuanto el criado obedeció, Baldizere se volvió hacia Mirlo—. Siéntate.

Él cojeó hasta una de las butacas que había frente al gran escritorio de madera y tomó asiento.

—He vuelto a establecer contacto con ellos —compartió—. Creo que les resultamos, si no invisibles, sí irrelevantes… porque no hay suficiente sal en nuestra piel. —Mirlo, consciente de que Baldizere fruncía el ceño con escepticismo, se encogió de hombros—. El caso es que he conseguido remediar esto. Ahora me ven, cuando quiero que me vean. Y parece que los humanos les interesamos. Creo que hay predisposición por su parte para comunicarse con nosotros, lo cual facilitará las cosas.

—¿Te han dicho algo?

—Aún no —admitió él—, o no lo he entendido.

—Bueno. Necesitamos saber si las fronteras pueden abrirse y qué haría falta para que lo hicieran. Necesito esta información cuanto antes. —Baldizere reflexionó un momento—. ¿Conoces la leyenda de los tesoros de las familias gobernantes?

Mirlo parpadeó, desconcertado.

—Sí, la he oído. No soy un experto ni sé hasta qué punto es real.

—El tesoro de mi familia es la Corona de Sal. Puede que tenga que ver con lo que me estás contando. ¿Crees que los demonios pueden

quererla como pago si les pedimos que abran las fronteras?

Mirlo se rozó los labios con el dedo índice, pensativo. Baldizere lo miraba, expectante, con una determinación fiera en los ojos que él comprendía y compartía, aunque en él fuese menos visible. Durante un instante, lo embargó el asombro. A los dos los impulsaban vientos muy distintos, pero por algún motivo, al menos temporalmente, compartían un único rumbo.

—Tal vez —respondió—, aunque me parece más probable que, si está relacionada, tenga más que ver con el supuesto poder sobrenatural del tesoro. Tal vez la corona mantenga a su portador a salvo de los demonios, de modo que pueda interactuar con ellos de forma segura. Quizá, incluso, confiera una autoridad sobre ellos: al fin y al cabo, es una corona…

Baldizere se puso en marcha, paseando con grandes zancadas por el despacho, como si la energía que recorría su cuerpo hiciera dolorosa la inmovilidad.

—He intentado hacerme con la réplica, pero no hay forma de que mi madre me confíe su paradero. No quiere ni mencionarla. —Se detuvo frente a los ventanales, con la mirada perdida en el canal y la silueta recortándose contra las luces de los palacios de la orilla opuesta—. El tesoro de los Corso era el Manto de Espuma. —Caminó deprisa hasta el escritorio para consultar sus notas, tomadas apresuradamente en una cuartilla—. «El Manto de Espuma permitía a quien lo llevase ver y ser visto entre las aguas», eso me han dicho. Puede que fuese el manto el que hiciera que tuvieras sal en la piel, o lo que sea que has dicho. Y la corona, entonces, tiene que ver con la autoridad.

—Son hipótesis —acotó Mirlo—. No lo sabemos.

—Si los Abacqua nos quedamos con el distrito de los Corso, quizá también tuviésemos su tesoro. Puede que estén escondidos juntos, en algún sitio, y que la clave para encontrarlos se encuentre en la réplica. Tiene que haber algo valioso en ella; si no, no se explica que el director de la Galería se resistiera a entregárnosla, ni que mi madre la guarde como un dragón.

—No lo sabemos. —Mirlo era consciente de que su respuesta frustraba a Baldizere. Ante su mirada molesta, él se encogió de hombros—. Podría ser.

—Vivian Zio me dijo que los poderes de los tesoros estaban relacionados con estos conceptos: «Fuerza, habla, vida, libertad». En ese sentido, el manto sería «habla». Y si la corona confiriese autoridad, sería «fuerza», pero… si fuese «libertad»… —Baldizere hizo una pausa. Estaba pensando en voz alta—. Si fuese así, tal vez la corona sirva para abrir las fronteras. Para ordenar a los demonios que las abran.

Mirlo sacudió la cabeza.

—No según la leyenda —indicó—. En ella, lo que cierra las fronteras es la Llave Piromagnética. Supongo que también será el tesoro que las abre.

Baldizere tomó nota.

—La llave es el tesoro de los Vianello. Si hiciera falta, si los demonios la requiriesen, puedo conseguir la réplica…

—No estoy seguro de que la solución resida en los tesoros —advirtió Mirlo, precavido—. Puede que la leyenda no sea más que una leyenda. De momento, si le parece bien, intentaré hablar con los demonios y averiguar todo lo posible sobre ellos y las fronteras.

Baldizere asintió. Solemnemente, rodeó la mesa y colocó una mano sobre el hombro de Mirlo. Él se puso en pie. Su rostro se contrajo en una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Baldizere—. ¿Te has hecho daño al levantarte?

—Mi cojera, señor —contestó Mirlo. No le gustaba hablar de ella, como si a fuerza de no mencionarla, disipase la debilidad.

Baldizere bajó la mirada, fijándose en el palo medio podrido en el que se apoyaba el imperial.

—¿Qué es eso?

—Un reemplazo. Mi muleta se rompió ayer.

—Es repugnante.

Antes de que Mirlo pudiese impedirlo, el noble le arrebató el palo, lo partió en dos sobre su rodilla y, tras abrir la ventana, lo lanzó al agua. A Mirlo se le escapó una exclamación. Clavó los ojos en Baldizere, odiándolo en silencio, pero este, inmune a los juicios ajenos, paseó por la habitación hasta la puerta y rebuscó en el paragüero hasta hallar un bastón fino y elegante, de color negro, con un puño alargado de metal en forma de tritón.

Se lo tendió a Mirlo.

—Si vas a pasearte por ahí con el blasón de mi familia, debes guardar cierta decencia.

El imperial aceptó forzosamente el regalo; no podía irse sin él. El bastón era cómodo y estable, mucho más que el palo, mucho más que la muleta.

—Gracias, señor Abacqua.

—De nada. Vete ahora. Te mandaré a buscar dentro de unos días; si tienes algo que contarme antes, ven a buscarme aquí. El asunto que tenemos entre manos es de enorme interés para mí.

—Sí, señor.

Mirlo abandonó el despacho, dejando a Baldizere Abacqua sumido en sus pensamientos. No quedaba ningún gondolero en el muelle para llevarlo a casa, así que atravesó el patio y salió a la calle. Con el nuevo bastón, cruzar Marzenego a pie era una hazaña posible de realizar.

Aún había gente en las calles, aunque hubiese oscurecido. A poca distancia del Palacio Abacqua, un chiquillo imperial, con cabello enmarañado parecido al de Mirlo, se cruzó en su camino y le hizo tropezar. El bastón, firmemente encajado entre dos adoquines, impidió que cayese al suelo.

El niño dio un paso atrás, asustado, e hizo una inclinación profunda, la más humilde de todas, la de un imperial ante un noble de la Serena.

—Lo siento muchísimo, señor, mis disculpas.

La sorpresa paralizó a Mirlo. Quiso acercarse al niño, tocar sus hombros flacos y pedirle que se irguiese, que él no necesitaba reverencias, que era igual que él, pero no tuvo tiempo. El crío, tal vez temiendo un castigo, echó a correr y dobló la esquina para salir de su vista.

De camino a casa, Mirlo se fijó en todos los imperiales que cerraban comercios que pertenecían a otros, endulzaban velas de barcos ajenos y daban las buenas noches a los patrones a la puerta de los aserraderos, con la esperanza de caerles en gracia y conservar el trabajo toda la vida. El tacto del metal de la empuñadura, cálido por la cercanía de su mano, transmitía seguridad; el canal, frío y voluble, había engullido los pedazos de madera del palo que Baldizere había partido en dos.

18

El Puente del Diablo

-Lo que no entiendo —dijo Pelegrina, con gesto de incredulidad— es por qué un tipo de la familia más desconfiada de la Serena, que te ha dicho veinte veces que no quiere ser amigo tuyo y que se ponía tieso como un palo cada vez que le preguntaba por la Corona de Sal… ¿por qué sigue queriendo *verte*? ¿Qué es lo que quiere de ti?

Ventura no contestó. Sonrió para sí, recordando que también Baldizere había hecho esa pregunta, y que él había callado, porque la respuesta era a la vez evidente y el mayor de los secretos. Y sonreía, todavía sonreía de camino al Puente del Diablo, porque la posibilidad de que esa respuesta fuese la misma para él y para Baldizere ardía como una hoguera cálida en su pecho.

Que ninguno de los dos tenía un motivo lógico para acercarse el uno al otro y sin embargo no dejaban de intentarlo.

—¿Lo has enamorado o solo está desesperado por desahogarse, como el verriondo desaforado que es? —preguntó Pelegrina, atenta al efecto que sus palabras tenían en su hermano—. Sea como sea, nos viene de fábula que esté comiendo de tu mano. Sácale la información que necesitamos; nos hacemos con la corona y hasta la vista, se acabaron los Abacqua para nosotros.

—Sí —respondió Ventura, distante.

A Pelegrina no le gustó nada su tono. Hizo una mueca.

—Tú a lo tuyo. Ese raspamonedas sabe dónde está el tesoro, diga lo que diga, eso está más que claro. Estoy segura de que miente más que habla.

Le había dado un abrazo al despedirse, más largo de lo que era habitual en ella, y le había hecho una caricia en el cuello, tras la oreja. Mientras esperaba a Baldizere, tiritando como un pájaro que se sacude el frío de las plumas antes del primer vuelo de la primavera, Ventura deseaba olvidarse de su hermana, de sus palabras y del roce de sus dedos. Tenía muchas dudas respecto a lo que pasaría esa noche y una sola certeza: él no estaba ahí pensando en un robo.

El Puente del Diablo comunicaba dos riberas anchas, con fachadas multicolores a los lados, algunas amarillas, otras blancas, otras coral. El puente en sí era de ladrillo mohoso, con pilares de piedra oscura, y los edificios del fondo, al final del canal, decoraban con un haz de luz el agua verdosa que corría por debajo. Ventura subió con agilidad los escalones anchos de piedra gris ribeteada en blanco, y se acomodó en la mitad del puente, apoyándose en la barandilla de metal negro.

—Señor. —Una máscara blanca, sin adornos, se inclinó ante él desde uno de los escalones inferiores, casi a pie de calle.

Aunque fuese cubierto por una espesa capa negra, Ventura lo reconoció sin dificultad. Sonrió bajo su propia máscara.

—Buenas noches —respondió, con igual cortesía.

Se le formaba un lío en el interior al ver a Baldizere, como si sus órganos internos se cambiasen de lugar y se enredasen irremediablemente. Le faltaba el aire. No tenía sentido, pero el desbarajuste interno, aunque doloroso, le resultaba también agradable, y lo hubiese disfrutado de no ser porque venía acompañado de un torrente de preguntas: ¿habría debido comparecer vestido de mujer? ¿Sería entonces capaz de agarrarse del brazo del otro o le habría fallado el valor? ¿Le había temblado la voz al saludar? ¿Se habría dado cuenta Baldizere? ¿Qué personaje era el más adecuado para impresionarlo; debía parecer seguro de sí mismo, indiferente, arrogante, pícaro, sincero? ¿Se sentía Baldizere atraído por él o quizá era aquella cita una última oportunidad, una evaluación?

—Demos un paseo —propuso Baldizere.

Su voz tranquila deshizo uno de los nudos que apresaban los pulmones de Ventura. Él volvió a respirar.

—¿Tienes algún destino en mente?

Caminaron uno junto al otro por la ribera, dejando el puente atrás. *Quizá*, pensó Ventura, *ninguno de los dos sea el diablo hoy*.

—El Jardín.

Ventura nunca había entrado en él, aunque estuviera abierto al público. Cruzó los arcos floridos junto a Baldizere, con los pasos adecuados a los suyos, uno al lado del otro. La conversación fluía con naturalidad entre ellos, como si hubiesen avanzado a la par desde siempre, ignorando las anteriores ocasiones en las que habían coincidido, a cuál más extravagante, y fuesen tan solo un par de amigos nuevos en el tiempo pero antiguos en el alma, como los que a veces se encuentran en la vida.

El Jardín tenía una ancha franja de tierra al otro lado del río Batario. Los árboles impedían la vista de la Basílica, pero se podían distinguir el alto *campanile* y el convento de San Zaccaria. Una larga pérgola recorría el Jardín y cargaba con los nudosos troncos de una parra que en verano la cubría de hojas verdes. Al fondo se encontraba un gran invernadero; al otro lado, un pabellón privado y los huertos del convento, flanqueados por árboles sin hojas. Aquí y allí, sin embargo, había puntos de color en los que fijar la vista: las diminutas flores gris brillante del invierno tardío, los botones de plata; las descaradas de pétalos anaranjados que brotaban con el bora, la flor de viento; las bolitas rojo brillante y el verde oscuro del acebo.

—Me gusta estar aquí contigo —dijo Ventura, sin pensarlo. Se sorprendió a sí mismo, y también Baldizere le lanzó una mirada asombrada. Ventura tragó saliva—. Lo siento, esto ha sido un poco súbito —empezó a decir.

—No —interrumpió Baldizere—. Yo también me alegro. Es agradable, incluso aunque sea de noche.

—Mejor de noche —añadió Ventura—, así no hay más gente.

Recorrieron el jardín bajo la pérgola. Baldizere le ofreció el brazo con discreción. Ventura lo aceptó. Las sombras los protegían de miradas indiscretas, el frío los rodeaba para que sintieran con más intensidad incluso el calor del contacto del otro. Ventura deseaba meter los brazos bajo la capa de Baldizere, pero aunque él estuviera tan cerca, aquello se le antojaba físicamente imposible.

Se detuvieron antes de llegar al final, sin hablarlo, sin saber por qué. El rumor del agua por el canal era fuerte, pero no tanto como las respiraciones de ambos. Ventura se giró para colocarse frente a Baldizere; un corazón, el de uno de los dos o tal vez ambos, marcaba

el ritmo de aquel instante. Y la capa del otro se abrió, quizá por casualidad o por un movimiento invitador de este, y Ventura reunió el coraje suficiente para aferrarse a ella con una mano, con delicadeza, como quien sujeta un pedacito de papel al acercarlo a la llama de una vela. Con la otra, despacio, le quitó la máscara a Baldizere, sin despegar la mirada de él, atento a cualquier signo de molestia o incomodidad, y encontró los ojos dorados clavados en los suyos, los labios entreabiertos y una pregunta en las pupilas.

¿Quieres?, quería saber. *¿Estoy interpretando bien estas señales?*

¿Cómo iba a saberlo Ventura? Los dos estaban intentando comunicarse a través de un idioma que ninguno manejaba con soltura.

Entonces, Baldizere alzó la mirada, para clavarla en algún lugar lejano, por encima del hombro de Ventura. Con un gesto rápido, movido por una esperanza vana, se volvió a poner la máscara.

—Vaya —musitó—. No hay hora intempestiva de la noche que me libre de encontrarme con alguien.

Ventura se apartó de él para mirar a una joven que se acercaba a ellos. Llevaba un vestido largo y un delicado abrigo blanco y negro, el largo cabello claro, probablemente decolorado, recogido en un elegante moño, y su rostro desvelaba claramente su apellido.

—Qué mala elección de máscara —juzgó, risueña, aún a unos pasos de ellos—. Sosa como no hay otra, Zere. ¿Estás de incógnito?

—Está claro que no para ti. —Baldizere se descubrió la cara.

—Te reconocería en cualquier parte —se vanaglorió ella—; y si no quieres que lo haga, cómprate otra capa. Buenas noches —se dirigió a Ventura.

—Mi hermana —presentó Baldizere a regañadientes—, Fiordelise Abacqua. Él es un amigo. Ventura…

—De Bastian —completó él, con la fluidez que le otorgaba la costumbre de mentir—. Ventura de Bastian.

—Un placer, señor de Bastian.

—El placer es mío, señorita Abacqua.

—Muy bien. —Baldizere chasqueó la lengua, porque la cercanía, su cualidad de hermano mayor y la ausencia de testigos le permitían ser maleducado con su hermana—. Todos estamos muy contentos de que os hayáis conocido. Adiós, Fiordelise.

Ella sonrió de oreja a oreja, con la maldad más encantadora que

Ventura había presenciado nunca.

—He estado en casa de Marte y se me ha hecho tardísimo. Estaba volviendo a casa para convencer a nuestra madre de que deje de trabajar y se tome un vaso de vino caliente conmigo.

—Mamá ya no tiene fuerzas para trabajar hasta tarde —corrigió Baldizere, incómodo—. Los médicos han dicho…

—Sí, sí, *los médicos han dicho, los médicos han dicho* —repitió Fiordelise—, pero lo hace cuando tú no estás. ¿Sabes qué? Podríais acompañarme, en lugar de estar aquí, muriéndoos de frío.

—Estamos estupendamente.

—Zere, ¡tu amigo está temblando! —Fiordelise desvió la sonrisa hacia Ventura—. Por favor, perdone a mi hermano, a veces puede ser un poco desconsiderado.

Ventura no supo qué responder. Lanzó una mirada de socorro a Baldizere, que se rindió con un suspiro.

—Está bien.

Fiordelise se colgó de su brazo, ocupando el puesto que había pertenecido a Ventura, de camino al embarcadero.

—Si tan solo fueses un poco más amable con tu hermana pequeña —susurró—, te dejaría en paz.

—Creerás que no sé por qué nos estás llevando a casa —gruñó Baldizere—. Eres una cotilla.

—¿Es noble? —susurró Fiordelise.

Baldizere se encogió de hombros. De Bastian era un apellido lo suficientemente común en distritos grandes como Olivolo como para que pudiera pertenecer a alguna familia en la periferia de la aristocracia. Prefería no dar detalles. Lo que su madre no supiera, no le dolería.

—Tú no digas nada. De los dos eres quien más se junta con todo tipo de gente.

Fiordelise sacudió la cabeza.

—Más me gustaría. Las actrices del teatro no quieren saber nada de mí. —Se volvió hacia Ventura, alzando la voz—. Mi hermano no deja de tomarme el pelo por mi afición a las artes escénicas. ¿Le gusta a usted el teatro, señor de Bastian?

—Mucho —respondió Ventura.

Baldizere lo miró con curiosidad. Él, imperturbable, mencionó

algunos detalles de una obra que se había estrenado algunas semanas atrás en el Teatro Fénix. Fiordelise, encantada, se enzarzó en una larga conversación con él durante todo el trayecto en góndola hasta el Palacio Abacqua. Al desembarcar, ella dejó atrás a su hermano, decantándose por el brazo del invitado y arrastrándolo hacia uno de los salones de visitas del primer piso.

—Zere, ve tú a buscar a mamá.

Los fantasmas se apartaron para dejar pasar a Fiordelise, pero siguieron a Baldizere hasta el despacho de la señora Abacqua. La habitación estaba repleta de ellos; figuras casi invisibles que emitían un suave resplandor blanquecino y leían por encima del hombro de Moderata. Ella, encorvada sobre el escritorio, estaba tan pálida que parecía un espectro más. Tenía la mano izquierda cerrada sobre un pañuelo manchado de sangre.

—No deberías estar trabajando a estas horas —dijo Baldizere. Su madre dio un respingo. Él se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. Ha sido Fiordelise. Me ha dicho que vienes a hacer horas de más en cuanto me doy la vuelta.

Moderata se puso en pie. Sus movimientos eran lentos, tenía los músculos entumecidos.

—Pamplinas. No tengo por qué esconderme para —tosió una sola vez en el pañuelo— hacer mi trabajo. Pero tienes razón en que se me ha hecho tarde. —Lo miró solo un momento y frunció el ceño—. ¿Por qué vas vestido así? No te habría reconocido por la calle. —Alargó una mano para alcanzar su bastón y le tendió la otra a su hijo—. Ayúdame, ¿quieres? Me he quedado helada.

Él la sostuvo. Enroscó los dedos sobre el antebrazo delgado de ella.

—Vamos a beber algo. Fiordelise está arriba con un conocido mío.

—¿Un conocido? —El tono de Moderata era tirante como una driza al izar las velas—. ¿Quién?

—Un tal de Bastian, de Olivolo. Me lo presentó Zorzi y lo he traído porque, al parecer, le entusiasma el teatro.

—Muy bien. Tu hermana estará encantada.

Los fantasmas los siguieron hasta el salón principal y se quedaron respetuosamente en él, bajo la gran lámpara, en lugar de acompañarlos al interior de la salita en la que se habían acomodado Fiordelise y Ventura. Este saltó como un resorte en cuanto se abrió la

puerta.

—Señora Abacqua —saludó, con una inclinación cortés—. Es un placer conocerla. Mi nombre es Ventura de Bastian.

—El placer es mío —respondió ella—. Los amigos del señor Vianello son bienvenidos aquí.

—Muchas gracias.

Baldizere ayudó a su madre a sentarse cerca de la chimenea encendida. La discreta puerta del servicio, en uno de los laterales de la habitación, se abrió para dejar paso a una criada con la bandeja del vino. Sirvió la bebida humeante, hizo una reverencia y se marchó.

El interés con el que Ventura admiraba el palacio era tan genuino que, de no saber que su invitado había ejercido de camarero en aquel mismo lugar, Baldizere hubiese creído que aquella era la primera vez que este lo pisaba.

—Qué curioso —comentó Ventura—. Hay pasillos y escaleras en las paredes. —Apenas había pronunciado esas palabras, calló y apretó fuerte los labios, recriminándose a sí mismo el haber soltado un comentario tan imprudente. Si a ningún aristócrata le hubieran llamado la atención aquellos pasadizos, señalarlos lo delataría como plebeyo.

Baldizere contuvo una sonrisa, divertido por el apuro de Ventura. La expresividad que tanto le ayudaba a fingir ser quien no era, a veces jugaba en su contra.

Por suerte, ni Fiordelise ni la señora Abacqua se inmutaron.

—Sí —respondió Fiordelise alegremente—. Este palacio es muy antiguo, ha pertenecido a mi familia desde hace siglos. Está lleno de secretos ocultos.

—Ha pertenecido a la familia desde que se construyó —concretó la señora Abacqua. Se calentaba las manos con el vaso de vino, abstraída. El crepitar de las llamas capturaba su atención, el cansancio le pesaba en los párpados.

—¿Secretos ocultos? —preguntó Ventura con voz calmada.

—Sí, pasillos, habitaciones, incluso cajones y armarios. Los paneles de las paredes ocultan tesoros.

Los ojos de Fiordelise brillaban. Siempre le habían emocionado los misterios y las historias. Baldizere, incapaz de encontrar el romanticismo a un cajón camuflado en el alféizar de una ventana o

una puerta tras una estantería, renunció a participar en la conversación para, en cambio, dedicar toda su atención a examinar a Ventura. Él, en cambio, parecía encantado de hablar con la joven Abacqua.

—Eso parece útil. Aunque si en mi casa hubiese algo así, me resultaría imposible recordar dónde están los escondites. Mis tesoros quedarían ahí, esperando a que alguno de mis descendientes los encontrase dentro de muchos años.

Fiordelise rio.

—¿Dónde vive usted?

—En el noreste —respondió él, con vaguedad—, a un buen trecho de aquí. ¿Conocéis todos los escondites, o de cuando en cuando encontráis alguno nuevo por sorpresa?

—Los conocemos casi todos. Admito que de pequeña los buscaba tras los paneles de las paredes; mis padres tuvieron que prohibirme entrar en el gabinete del último piso, porque dejaba las marcas de mis golpes…

—Hija —intervino Moderata Abacqua, despejándose de pronto—. No acapares la conversación. Señor de Bastian, creo que conozco a su padre, ¿puede ser el dueño de una pequeña isla al este de Santa Eulalia?

—En efecto —respondió Ventura con una sonrisa.

Calló un instante, sin saber qué más añadir. Baldizere esperó unos segundos, con algo de maldad, porque le intrigaba por dónde saldría Ventura para mantener el papel sin que se descubrieran sus mentiras. Estaba a punto de abrir la boca para cambiar de tema cuando uno de los criados llamó a la puerta.

—Señora Abacqua, ha llegado un paquete del señor Bonbiolo para la señorita.

El rostro de Fiordelise se oscureció. Moderata suspiró.

—El regalo del prometido de mi hija —explicó—. ¿Es muy grande?

—No, señora.

—Tráelo entonces. Veamos qué es.

—Se ha tomado su tiempo —observó Baldizere con frialdad—. Habiéndoselo pensado tanto, imagino que se tratará de algo extraordinario.

Su madre le lanzó una mirada de advertencia. Nadie habló hasta

que el criado regresó con un paquete pequeño, envuelto en una sobria tela blanca, y se lo entregó a Fiordelise.

—Ábrelo —indicó Moderata.

Ella lo hizo, apretando los labios. Se trataba de un cinturón muy ornamentado, cuya gruesa hebilla mostraba la imagen de una mujer sosteniendo un clavel. La prenda era un símbolo de la fertilidad; el grabado, del compromiso. Fiordelise le dio la vuelta para no verlo, pero al hacerlo descubrió una inscripción en el reverso: «En la virtud reside la belleza de la mujer».

La joven ahogó un gemido.

—Fiordelise —la regañó su madre, con severidad—. Si no eres capaz de comportarte delante de nuestro invitado, será mejor que te retires.

Para irritación de Moderata, Fiordelise se tomó la advertencia como una invitación y, tras una rápida inclinación de la cabeza en dirección a Ventura, abandonó la estancia. Su madre musitó una disculpa que sonó vacía. Ni siquiera ella, en el fondo, parecía reprobar los sentimientos de Fiordelise; era evidente en el gesto dolorido con el que, poniéndose en pie, recogió el cinturón desmadejado sobre la mesa y lo enrolló sin mirarlo. Tras ella, las llamas ardían furiosamente en la chimenea, como tentándola a lanzar el regalo al hogar y hacerlo arder.

Durante un rato interminable, ninguno de los presentes supo qué decir, de modo que permanecieron en silencio mientras el vapor dejaba poco a poco de salir de los vasos.

La excusa de acompañar a su invitado hasta el embarcadero en el que lo esperaba una góndola imaginaria solo duró hasta que perdieron de vista el Palacio Abacqua. Amparado en la oscuridad, Baldizere tomó del brazo a Ventura y lo arrastró por la madeja de callejuelas enredadas de Marzenego.

—Gracias por la invitación —bromeó él—. He pasado un rato muy agradable…

—¿Ah, sí? —Baldizere no podía aguantarse más. Empujó a Ventura contra una de las paredes de piedra desconchada de un callejón sin

salida—. Yo tenía una idea muy distinta de lo que haríamos hoy.

Ventura se dejó hacer, sonriente. Tenía los labios entreabiertos y respiraba agitadamente, entre el ahogo y la risa.

—¿No me diga, señor Abacqua? ¿Tenía usted planes?

Baldizere apoyó los brazos en la pared, uno a cada lado de la cabeza de Ventura. El otro apretó los labios en una sonrisa.

—Los sigo teniendo.

Ventura levantó la barbilla. Una de sus manos se aventuró a apoyarse en el pecho de Baldizere y trepó por la capa negra hasta el hombro, la nuca.

—Adelante, entonces. No seré yo quien los arruine.

Fue él quien se puso de puntillas para besar a Baldizere. Este se permitió unos segundos de sorpresa, de gozo, antes de corresponder. Ventura tensó los dedos con los que le sujetaba la nuca mientras los brazos de Baldizere lo envolvían. Estaban agarrados como una enredadera frondosa a un árbol.

—Señor —jadeó Baldizere cuando sus labios se separaron lo justo para hablar—, ¿cómo se atreve? Soy un hombre comprometido.

Ventura se rio con la nariz aplastada contra la mejilla de Baldizere.

—No pasa nada, es solo un beso —respondió—. Dos, en cambio, sería un problema.

—Qué tragedia. —Baldizere volvió a acariciar los labios de Ventura con los suyos, hasta que no fueron dos, sino tres, cuatro, cinco, cientos de besos encadenados.

Trastabillando, avanzaron hacia el final del callejón, que se abría en un pequeño patio. En el centro había una estatua de piedra encapuchada. La Muerte. Su presencia lúgubre no logró atemorizarlos; se acomodaron contra el pedestal y dejaron que sus manos se colasen entre las ropas del otro, Ventura sentado a horcajadas sobre Baldizere, este atrapando entre los dedos el largo cabello pelirrojo, deshaciendo el recogido, liberándolos.

La luna pasó sobre ellos y se ocultó tras las nubes. El aire se volvió húmedo, la bruma se hizo con el patio y las calles. Ventura y Baldizere se apretaron el uno contra el otro, creando un refugio cálido entre la niebla.

Ventura recostó la cabeza en su hombro. Su respiración hacía que toda la piel del cuello de Baldizere se erizase.

—Me llamo Malatesta, no de Bastian —murmuró Ventura. Tenía los ojos cerrados y la piel del rostro muy caliente. Baldizere lo estrechó con un poco más de fuerza—. Es verdad que tengo mil caras, pero quiero que sepas cuál es la verdadera. Ventura Malatesta. Vivo en la calle desde siempre, sobreviviendo como puedo, sobre todo gracias a mi hermana. Ella encontró un hogar en un edificio abandonado de Scopulo, lleno de fantasmas, o eso dicen, y en él hemos estado escondidos, es horrible pero es nuestra casa. Sé que sabes de lo que hablo porque también la tuya la habitan espíritus. Son lugares de muertos, no de vivos, y sin embargo ahí estamos.

—Los fantasmas desaparecen cada día —susurró Baldizere—, y nosotros nos hacemos más fuertes. El presente siempre es más poderoso que el pasado.

Ventura le besó el cuello. Él se estremeció.

—¿Qué más quieres saber de mí?

—¿Estás ganándote mi confianza, Ventura Malatesta?

—Estoy regalándote la mía.

Baldizere respiró hondo.

Pensó, por un momento, que haría cualquier cosa por el hombre que tenía entre los brazos y al que apenas conocía.

—Entonces quiero saber qué es lo que más deseas —musitó—. Y yo haré cuanto esté en mi mano por asegurar que suceda.

Ventura lo pensó.

—Quiero ser dueño de mi propia vida —decidió—, y no creo que tú puedas concedérmelo.

—¿No lo eres?

—No. ¿Sabes la cantidad de locuras que he tenido que hacer solo por tener algo que comer? Nadie quiere darnos trabajo porque sale más barato emplear a un imperial, porque a ellos no hay que pagarles, porque aceptarán cualquier condición y saben más que mi hermana y que yo, que no hacemos cuentas y leemos con dificultad. He tenido que arrastrarme por un túnel de contrabandistas, he robado, estoy seguro de que si la Guardia nos atrapase no volveríamos a ver la luz. Todos los días tengo miedo. Odio vivir así, odio no saber si sobreviviremos al siguiente invierno, y si me disfrazo es porque jugar a ser otra persona durante un rato me salva de aceptar que mi vida es la que es…

Las palabras escapaban de la boca de Ventura como el agua tras abrir una presa. Baldizere lo acunó, casi sin darse cuenta. Se separó de él para acariciarle la cara y besarle los labios no con pasión, sino con ternura.

—Ahora te veo como eres —susurró—, y vales más que cualquier disfraz.

Ventura se pasó un puño cerrado por los ojos, arrastrando la humedad que se había acumulado en ellos, como si la bruma hubiese almacenado algo de su agua bajo sus pestañas.

—Lo siento. No sé por qué te he dicho todo esto.

—No. Gracias por decírmelo. —Baldizere sonrió cuando Ventura apoyó la frente en la suya—. Después de haberte repetido cien veces que no quería ser tu amigo, supongo que tendré que retirarlo…

Eso hizo reír a Ventura.

—En realidad, entiendo muy bien esa reticencia —admitió—. Yo no he tenido amigos nunca. Ni amigos ni amantes ni nada. Siempre hemos sido Pelegrina y yo, nadie más. Después de que nos abandonase nuestro padre, no hemos dejado entrar a nadie. Así que te entiendo.

—Gracias por dejarme entrar a mí.

—Gracias por aceptar la invitación.

Volvieron a besarse, con más tranquilidad, más profundamente, atando lazos más estrechos entre ellos. Temblaban de frío, con la nube metida en la ropa, pero los besos y las caricias los retuvieron en el callejón. Ninguno de los dos quería irse.

—Volvamos al palacio —susurró Baldizere.

—No puedo entrar contigo como si nada. Eres un hombre comprometido, ¿recuerdas? Tú quieres meterme en un lío…

Baldizere, borracho de sueño y besos, no quería aceptar una negativa.

—Nadie tiene por qué verte. ¿No estabas hablando antes con mi hermana de pasadizos secretos? Hay uno que comunica los tres pisos… llega desde el jardín hasta la pequeña biblioteca que compartimos mi hermana y yo. Se puede pasar de esta a mi cuarto sin cruzar el distribuidor. Vamos al palacio, dame unos minutos para entrar y sube después por el pasadizo.

—Baldizere, no puedo hacer eso.

—Sal por la primera puerta, la de la biblioteca, y no te oirá nadie

más que yo. Te estaré esperando.

—¿Y si me equivoco y aparezco en el dormitorio de tus padres?

—Si subieras un piso de más, saldrías por el gabinete de mi madre, no el dormitorio. Aunque no va a pasar.

Ventura inclinó la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello y la piel sensible detrás de la oreja, y Baldizere lo besó hasta borrar la pequeña marca plateada, como un beso de luna, que la adornaba.

—No, no va a pasar porque no voy a colarme en el palacio. —Ventura se puso en pie. Baldizere se quejó, pero él no le hizo caso—. Tengo que ser sensato por los dos. Vámonos a dormir, cada uno a su casa fantasmal, y volvamos a vernos en otra ocasión, en la que lo hayamos pensado bien.

Rezongando, Baldizere aceptó la mano que le tendía y se levantó.

—Espero que valores el enorme esfuerzo de contención que estoy haciendo al permitir que me lleves la contraria —suspiró.

Ventura se agarró de su brazo. Le puso una mano en la mejilla y acarició sus labios con el pulgar. Baldizere volvió a atraerlo hacia sí por última vez. Cuando se separaron, el frío parecía más intenso; y aun así Baldizere regresó al palacio con ligereza, no se enfadó al encontrar la chimenea de su dormitorio apagada y permaneció aún largo rato levantado ante la ventana, con la mirada perdida en las aguas oscuras del canal, en lugar de refugiarse entre las mantas.

19

La entrada en el tejado

La puerta de la biblioteca compartida de los hermanos Abacqua sobresaltó a Fiordelise al abrirse de golpe. Baldizere se apoyó en el marco, como solía hacer, y aunque a un observador casual le habría parecido que su media sonrisa calculada era la habitual, su hermana percibió inmediatamente su buen humor, que contrastaba con el ánimo de ella, apesadumbrado y desapacible como el aire cargado que precede a la lluvia intensa.

—¿Qué quieres? —preguntó Fiordelise con desgana.

—Resolver un asesinato —respondió él en tono relajado.

Fiordelise se irguió en la silla.

—No sé qué has almorzado hoy, Zere, pero…

Él soltó una única carcajada cordial, apreciando la broma, pero sin querer contestar.

—He oído por ahí que los Corso y los Scarpa no huyeron de la Serena.

—Lógicamente. ¿Por qué iban a dejarlos salir los demonios? Eso de que se fueron y se llevaron sus tesoros es una forma metafórica de decir que acabaron en el fondo del mar. Y sus cuerpos fueron devueltos a la Serena como advertencia. Así fue como descubrimos que el bloqueo de las fronteras no solo mantenía a los ejércitos enemigos fuera, sino a nosotros dentro. —Fiordelise hablaba pasando las hojas del libro que tenía delante, no del todo interesada ni en la lectura ni en la conversación.

—Falso también. Escucha, si hubiesen naufragado o si los hubiesen

matado los demonios, habrían sido enterrados en la Isla de los Muertos y sus nombres aparecerían grabados en las paredes de los panteones familiares, los últimos de las listas, tras sus ancestros, todos con la misma fecha de muerte, la del año del pacto. Lo he comprobado, no están.

—No me he fijado. —Ella volvió a mirarlo, pensativa—. Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—Dicen que fueron los gobernantes quienes acabaron con ellos.

—¿Con las familias enteras? ¿Por qué harían eso?

—No lo sé. ¿Por miedo a que, si intentaban cruzar la frontera, los demonios tomasen represalias contra la ciudad entera? Puede que los pescaran precisamente en el momento de la huida.

—¿Y cómo sabían que se querían ir?

Baldizere se rio.

—La Serena tiene mil ojos, querida.

Con un suspiro, Fiordelise cerró el libro. Se reclinó hacia atrás en la silla y miró a su hermano largamente.

—Está bien —admitió—. Me has intrigado. ¿Cómo vamos a resolver el misterio?

—Dicen que los ahogaron a todos, y que sus nombres están grabados en el suelo de piedra de los muelles, en el antiguo límite entre Marzenego y Luprio.

No hizo falta decir más. Fiordelise se puso en pie y desapareció en dirección a su vestidor. Baldizere, satisfecho, se hizo con un par de máscaras y bajó al muelle, a pedir una góndola que los acercase al norte.

El trayecto fue corto y silencioso. Solo al desembarcar los hermanos se pusieron las máscaras y, antes de hablar, esperaron a alejarse lo suficiente para que el gondolero no pudiera oírlos.

—Zere —llamó Fiordelise—, ¿por qué estamos haciendo esto? Además de un sincero interés por sucesos del pasado.

Él le agarró el brazo.

—Estoy harto de tanto secreto —respondió—. Lo que sea que los consejeros y la duquesa guardan con tanto afán, quiero saberlo también. Lo que sea que tienen, quiero que lo tengamos nosotros.

Fiordelise asintió. Sabía que Baldizere no solo hablaba de secretos.

—Algunas verdades están a la vista —señaló.

A sus pies, perfectamente visibles, había unas inscripciones grabadas en la piedra blanca del suelo. El paso de los años las habían desgastado, pero aún podían leerse sin dificultad. Los hermanos Abacqua atisbaron por las ranuras de sus máscaras y leyeron la retahíla de nombres: dos familias completas.

—Mira —llamó Fiordelise—. Esta no es ni Corso ni Scarpa. «Isabetta Strazzaruola».

Su hermano se encogió de hombros y siguió andando, con la vista fija en el suelo.

—«*Cum fugiebant, serenissimam mortem invenerunt. Auctoritatis iussu aeterno sub undis dormiunt*» —leyó Baldizere—. «Al huir encontraron la muerte más serena. Por orden de la autoridad duermen eternamente bajo las aguas». ¿Es esto auténtico?

—Parece que sí. Y debió haberlo hecho gente cercana a ellos —indicó Fiordelise—. Mira. Este sello es el emblema de los Corso. Y ese entiendo que es el de los Scarpa.

—No los había visto nunca. —Baldizere frunció el ceño—. ¿Estás segura?

—Sí. Yo los he visto en algunos documentos que guarda la señora Zambeloto en el teatro. Tiene una sala cerrada con obras y manuscritos. —Fiordelise bajó la voz—: Estoy convencida de que algunos están prohibidos.

Su hermano la miró con gravedad. Ella apretó los labios.

Por supuesto que Baldizere iba a querer ver esos documentos. Lo tenía que haber pensado antes de mencionarlos, pero Fiordelise no se ponía límites cuando hablaba con él.

—¿Nos dejará acceder a ellos?

—No. Y hoy está cerrado el teatro. —Fiordelise tomó aire y lo contuvo solo unos segundos—. Pero yo sé cómo podemos entrar.

A bordo de la góndola de los Abacqua, las máscaras eran inútiles, de modo que echaron a andar hacia el Teatro Fénix y aguardaron junto a la fachada trasera hasta que no hubo nadie en la calle.

—No hay forma discreta de trepar a un tejado —comentó Baldizere—, así que habrá que hacerlo y si nos ve alguien ya pensaremos en alguna explicación.

Fiordelise se agarró con habilidad al relieve de la pared y logró encaramarse primero al alféizar de una de las ventanas y después al

marco superior de esta. El amor de los habitantes de la Serena por la privacidad jugaba en su favor: las contraventanas de todas las habitaciones del primer piso estaban cerradas. Baldizere, con algo de torpeza, siguió a su hermana hasta arriba.

—Empuja la ventana —ordenó Fiordelise—. Es esa pequeña de ahí.

Baldizere la abrió sin dificultad. Ofreció las manos a su hermana para que esta se apoyara en ellas y la impulsó hacia arriba. Fiordelise se coló por el hueco. La sala estaba vacía. No había nadie en el interior del teatro.

Se asomó para ayudar a Baldizere a subir.

—Bien —susurró él; y su voz rebotó en las paredes y el suelo de mármol como el viento bajo los puentes—, ¿dónde están esos documentos?

—La señora Zambeloto guarda la llave en la taquilla.

Bajaron las escaleras principales. El teatro, con las cortinas corridas, estaba en penumbra, pero Fiordelise habría sido capaz de recorrerlo con los ojos cerrados. Baldizere siguió a su hermana hasta la planta baja. En el cuartito repleto de carteles de obras pasadas, rollos de entradas y pilas de programas había también un armarito dentro del cual, cada una en su respectivo gancho, se guardaban todas las llaves del teatro. Ninguna de ellas tenía marcas distintivas claras. A Fiordelise no le hacían falta. Había visto mil veces a la señora Zambeloto tomar la del cuarto de los libretos.

—Ven.

En el primer piso, además del pasillo curvo que rodeaba la sala, con la hilera de puertas idénticas de los palcos, había una escalerilla secundaria, tapada con una cortina, que llevaba a la oficina de la directora y comunicaba asimismo, a través de un corredor largo y oscuro, sin ventanas, a los almacenes y a la parte trasera del escenario. Fiordelise se detuvo ante una de las puertas cercanas al despacho.

—No veo nada. —Rozó la cerradura con los dedos hasta atinar a meter la llave—. Espérame aquí.

Subió rápidamente a las salas apolíneas, donde sabía que encontraría lámparas y, junto al hornillo, yesca, eslabón y pedernal. Bajó con la luz encendida. Baldizere, agazapado en la sala de los libretos, se llevó un dedo a los labios.

—Creo que he oído a alguien abajo —musitó.

Fiordelise frunció el ceño. Negó con la cabeza. Estaba segura de que el teatro estaba vacío, pero toda precaución era poca. En silencio, le tendió la lámpara a Baldizere, para que la sostuviese mientras ella revisaba las estanterías llenas de carpetas y fajos de papel, que ocupaban la salita de techo a suelo, formando estrechos pasillos. Un laberinto de papel viejo, oloroso y crepitante, en el que Fiordelise pocas veces había tenido oportunidad de perderse sin supervisión.

Ahogó una exclamación satisfecha al encontrar las obras que buscaba. Baldizere se adelantó hacia ella y extendió los brazos para que Fiordelise le pasase los documentos.

Las tripas del teatro eran estrechas y agobiantes. Sin necesidad de hablarlo, los hermanos salieron de nuevo a la zona abierta al público. Por costumbre, se dirigieron al palco de su familia, dejaron la lámpara en una de las mesitas auxiliares y se sentaron uno junto al otro, dejando las máscaras a un lado.

—Esto no son más que obras de teatro —susurró Baldizere, ojeando los manuscritos—. E información relativa a ellas.

—Sí, pero no es ficción —aseguró Fiordelise—. ¿Ves este sello? —Todas las obras tenían el símbolo del sol en la portada—. Se utiliza cuando se trata de hechos históricos. Tres estrellas significan que la historia es pura fantasía; una luna, que lo que narra es imaginario pero está anclado en la realidad; y el sol marca aquello que se ha reflejado la realidad tal y como es… o como fue.

Era una forma de escapar de la censura; incluso las historias que el gobierno de la Serena quisiera ahogar sobrevivían disfrazadas de cuento y leyenda. Solo quienes trabajaban en íntimo contacto con aquellos textos conocían los códigos que diferenciaban la verdad de la mentira.

Baldizere volvió a sumergirse en la lectura. Fiordelise tomó otra obra e hizo lo propio. Ambos leyeron en silencio hasta que ella levantó el dedo índice de la mano izquierda, atrayendo la atención de su hermano.

—Los tesoros de los Corso y los Scarpa, aquí salen. —Y leyó deprisa, pasando el dedo por la línea—. La Espada de Cristal, con el poder de gobernar las fuerzas durmientes de la Serena, siempre y cuando el cetro las haya despertado. ¿Te suena esto?

—La espada es el tesoro de los Scarpa —asintió Baldizere—. Del

cetro no sé nada.

—El Cetro de Aguamarina —leyó Fiordelise, antes de levantar la mirada hacia él—. Es el tesoro de los Bonbiolo.

—Sí. —Baldizere se pasó la mano por la cara con nerviosismo, tocándose las mejillas, los labios—. Entonces el Cetro de Aguamarina despierta a los guardianes y la Espada de Cristal los gobierna. ¿Qué más dice?

Fiordelise le chistó para que la dejase leer en paz. Baldizere le empujó la cabeza para poder acercarse también, ella le sopló en el ojo.

—No seas chiquilla —protestó él.

—No seas pesado. —Fiordelise había aprendido a no sentir compasión por su hermano mayor cuando él intentaba mangonearla —. Mira, aquí menciona el tesoro de los Corso. El Manto de Espuma, que permite que los demonios te vean como uno de ellos. ¿Esto lo sabías?

Baldizere se apartó.

—Sabía que era un manto, pero no cuál era su poder. Pensé que la comunicación con los demonios era cosa del tesoro de nuestra familia.

La mirada de Fiordelise navegaba a toda vela por la página.

—La Corona de Sal. «Será quien la porta monarca sobre los espíritus del agua, y como tal obtendrá su respeto y obediencia ciega a cualquier orden».

Las palabras de Fiordelise se perdieron en la inmensidad del teatro. Baldizere no era capaz de hablar ni de respirar. Fiordelise tragó saliva y pasó algunas páginas, recorriendo el texto en diagonal, buscando más referencias bajo la trémula luz de la lámpara.

—Zere —musitó Fiordelise—. Me parece entender que, según esta obra, cuando desaparecieron los Corso y los Scarpa no solo nos quedamos con sus distritos, sino también con los poderes de sus tesoros. Es decir, que los objetos en sí se perdieron, pero…

Los pulmones de Baldizere volvieron a funcionar. Él respiró hondo, como si hubiese permanecido largo rato sumergido.

—¿Los objetos se perdieron pero la magia no? —La esperanza le martilleaba como un tambor en el pecho—. ¿Eso dice ahí?

—Creo que sí. «El Cetro de Aguamarina, convertido en arma blanca, despierta y maneja a su antojo a los guardianes».

—Entonces, ¿la Corona de Sal hizo lo mismo? ¿Sirve para

comunicarse con los demonios *y gobernarlos*?

—No lo dice. Entiendo que sí.

Un cuchicheo inesperado los petrificó a los dos. Fiordelise miró a su hermano, horrorizada, sin atreverse a hacer el menor movimiento. Los dos callaron unos segundos, atentos, hasta que volvieron a oír una voz: alguien se reía en el escenario.

Haciendo gala de reflejos rápidos y certeros, Fiordelise apagó la luz. Por su parte, Baldizere, con ademanes lentos de pantera acechante, se asomó por encima de la barandilla del palco. Su hermana lo imitó.

En el escenario ardía un candelabro con tres velas. Una figura, sentada en el proscenio con las piernas colgando sobre el foso, tonteaba con otra que, recostada en su regazo, le rodeaba el cuello con los brazos.

Los sonidos eran inconfundibles. Risas ahogadas. Palabras susurradas al oído. Besos.

Fiordelise reconoció una de las voces, y al instante estuvo segura de que su hermano también la había identificado, pues no era otra que la de su prometida, Marte Sartori. Y la acompañaba otra muchacha. A ella tardó más en reconocerla: la había visto solo en contadas ocasiones.

Tocó el brazo de su hermano con los dedos. En la oscuridad no podía verle la cara, pero él debió comprender su mensaje silencioso, porque se retiró de la barandilla y empezó a recoger los papeles. Fiordelise lo ayudó. Aunque se le encogía el pecho al pensar en robar documentos del teatro, sabía que no tenían otra opción. Conocía lo suficiente a Baldizere como para saber que no regresaría al Palacio Abacqua sin las respuestas que había ido a buscar.

Caminaron con pasos silenciosos hasta las salas apolíneas. Baldizere salió primero por el ventanuco, para que Fiordelise le pasase los documentos y bajara a su vez con las manos libres. Descender del tejado sin que se les cayesen los documentos al suelo húmedo por la bruma requirió toda su concentración, hasta el punto que ni uno ni otra fueron conscientes de la presencia del hombre que se había detenido al otro lado de la calle y los observaba con una sonrisa cruel, saboreando un pequeño momento de victoria.

—Ya me figuraba que eras una pequeña salvaje. —Al oír la voz,

Baldizere se colocó instintivamente delante de su hermana pequeña, pero no pudo evitar que Biasio Bonbiolo aprovechase la ventaja de la sorpresa para arrebatarle el fajo de documentos—. ¿Sabe esto la directora del teatro?

—Señor —el tono de Baldizere era un puñal de hielo—, haga el favor de devolverme eso inmediatamente.

—No —replicó el señor Bonbiolo, sin titubear—. Y no vuelvas a atreverte a darme una orden. ¿No sabes quién soy yo? —Arrastraba las vocales, esforzándose en hablar con claridad pese a su evidente estado de embriaguez—. Qué vergüenza para tu madre, para la Serena entera, que el futuro consejero de la duquesa no sea más que un ladronzuelo insolente.

—Me va usted a hablar a mí de avergonzar a la Serena —gruñó Baldizere.

—Devuélvanos las obras, señor Bonbiolo, por favor —intervino Fiordelise, en su mejor papel de estudiante modosita—. Por supuesto que tengo el permiso de mi maestra, la señora Zambeloto: lo único que me faltaba era la llave, y ella no se encontraba hoy en el teatro. Sepa disculpar mi fervor por continuar leyendo. El teatro me apasiona.

Bonbiolo, con una carcajada estruendosa, se acercó a Fiordelise. Ella, creyendo que iba a entregarle los manuscritos, sorteó a su hermano para acercarse a él, pero el hombre alargó la mano que tenía libre y le pellizcó groseramente la mejilla.

—Por el afecto que te profeso, no se lo diré a tus padres —concedió con la complicidad paternal de quien excusa la travesura de un niño—. Se nota que has tenido un hermano mayor y ninguna hermana. ¡Andar saltando por los tejados! —Dominado por una súbita simpatía, sonrió a Baldizere—. ¡Cómo son algunas jovencitas! Completamente salvajes.

—Señor —en los labios de Baldizere, la palabra pareció un insulto —, no me haga perder la paciencia.

—Mejor así —continuó él, sin escuchar—. Ya me encargaré yo de domarla. Y usted tome nota, señor Abacqua, porque he oído que la suya tampoco tiene nada de mansa.

Fiordelise, con los labios apretados de rabia, tiró del brazo de su hermano.

—No merece la pena hablar con él. Dejémoslo —arrastró a

Baldizere hacia uno de los callejones, alejándolo de Biasio Bonbiolo, que continuaba hablándoles cada vez más alto, dado que la falta de equilibro le impedía seguir su paso— o tirémoslo al canal, una de dos, pero no soporto seguir escuchándolo.

—El canal —rezongó Baldizere— es lo mejor. No habría un alma en la ciudad que no nos lo agradeciese.

Ninguno de los dos encontró palabras para expresar la angustia que sentían ni el consuelo que habrían deseado ofrecer. En el primer embarcadero que encontraron, pagaron una góndola que los llevase a casa y, sentados uno junto al otro en el sillón negro, mientras surcaban el agua, se abrazaron en silencio y dejaron que el viento secase las lágrimas de los ojos de ambos.

El patriarca frunció el ceño y la luz de la lumbre acentuó las sombras de su gesto. Había recibido con sorpresa a Biasio Bonbiolo en sus dependencias privadas, sin esperar que aquel hombre, por desagradable que fuese, lo ofendiese tan pronto.

—No —respondió con sequedad—. No tengo la menor relación con la señora Zambeloto, puesto que no tiene costumbre de acudir al templo.

La sola pregunta daba a entender que para el señor Bonbiolo lo que hacían la directora del teatro y el patriarca eran fundamentalmente lo mismo. Bertucci temblaba de indignación.

—Bueno. —El señor Bonbiolo se encogió de hombros. No parecía percibir el rechazo del otro. Estaba sumergido en un sopor eterno—. De todos modos, será mejor que eche un vistazo a esto. No sé que hacer con ello y, aunque se lo digo sin tener mucha idea, no me parece a mí que algo así deba circular por ahí.

El patriarca tomó con desgana el fajo de papeles que le tendía el otro. Le bastó un vistazo para darse cuenta de que le interesaban.

—Sí —despidió al hermano de la duquesa con un gesto de la mano que enfureció a Bonbiolo, pero estaba demasiado absorto en la lectura para darse cuenta—, gracias, señor Bonbiolo. No se preocupe, yo me ocuparé de esto.

Ultrajado, el señor Bonbiolo abandonó la habitación. Lo único que

calmó su resentimiento fue poder decirle esa misma tarde al joven Baldizere Abacqua, cuando se presentó en el Palacio Bonbiolo a exigir que le fuesen devueltos los documentos, que estos habían sido destruidos. Era lo que imaginaba que había hecho con ellos el patriarca, aunque se equivocaba. Bertucci pasó largas horas inmerso en ellos, descubriendo información que desconocía sobre los tesoros, los demonios y la relación entre ellos. Y cuanto más aprendía, con más claridad adivinaba los planes de la duquesa, que ella solo le había dejado entrever, y más temblaba de espanto.

El callejón salía de un patio tranquilo, estrecho, que compartían pocos vecinos; no se veía a primera vista, porque lo ocultaba un aljibe pequeño rodeado de macetas con plantas sin hojas y una regadera vieja de cerámica. Hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de aquel patio, no había huellas en la ligera capa de barro que se acumula frente a las puertas. El callejón, que salía de una esquina, resultaba fácil de olvidar. Era en realidad un túnel chato, de techo abovedado de ladrillo, que desembocaba en uno de los ríos que transcurrían por detrás de las casas y por los que solo navegaban a primera y última hora los botes que recogían la basura. Los habitantes de aquellas casas humildes, en su mayoría, no tenían su propio barco.

Mirlo estaba sentado en el suelo, cerca de los escalones que conducían al agua. La ropa, estropeada por la sal seca, era áspera contra su piel irritada, pero a él no le importaba. El inmenso demonio que se alzaba desde el canal acaparaba toda su atención.

Era una criatura que parecía hecha completamente de agua. Cuando se había presentado ante Mirlo, este había pensado que el río se desbordaba; la gran masa de líquido, sin ojos ni boca visibles, había subido hasta alcanzar más altura que la del hombre. Llevaba un rato con él. Mirlo hablaba, la criatura respondía moviéndose, fluctuando. Se entendían. Él decía su nombre, ella lo rodeaba sin tocarlo, formando una burbuja de aire en torno a él; Mirlo intentaba encontrar un significado en las formas que adoptaba ella.

Les interesaban los mismos conceptos. El agua, la laguna, el canal, la ciudad, las personas, los demonios, el carnaval. La criatura colocaba

un brazo de agua translúcido frente a los ojos de Mirlo. Una máscara.

—¿Las fiestas? ¿Tenéis ganas? —Aunque suponía que el demonio no entendía todas sus palabras, no se atrevió a contarle que ese año no habría celebraciones populares.

La criatura insistió: la máscara, rodear a Mirlo, desplazarse hacia el canal. Máscara, Mirlo, agua.

—¿Vosotros saliendo del canal? ¿Yo entrando en él… en carnaval? No creo. —Ladeó la cabeza. Se preguntó si Baldizere lo invitaría a la fiesta que sin duda darían los Abacqua—. Tendrás que hacerme la máscara tú, porque yo no poseo ninguna.

El demonio volvió a rodearlo antes de retirarse con brusquedad, como si hubiese tomado una decisión repentina. Muy despacio, con cautela, rozó la arena del suelo del callejón. Los demonios no tenían permitido hacerlo fuera de los diez días de carnaval, pero Mirlo supuso que tocar la tierra no era lo mismo que pisarla. Le dejó hacer, atento, con el vello de los brazos y la nuca erizado por la cercanía de la criatura.

Tardó en darse cuenta de que estaba moldeando la arena húmeda. Montoncitos de barro, surcos, torres.

—La Serena —murmuró Mirlo.

Alargó la mano, pidiendo permiso, y el demonio se apartó para dejarle sitio. En silencio, los dos construyeron el mapa de la ciudad, los edificios, los canales, las plazas. Iglesias, palacios, el *campanile* y la Basílica.

La criatura fluyó por los surcos, llenándolos de agua. Mirlo sonrió.

—Falta la laguna.

Con ambas manos, abrió un agujero un poco más profundo que rodeaba la ciudad. El demonio lo inundó también.

Los dos contemplaron su obra unos instantes. Mirlo levantó los ojos hacia el demonio, fascinado por la idea de haber colaborado con aquel ser para recrear la ciudad. No sabía si aquello era un juego o una obra de arte. Entonces, como si quisiera dar respuesta a su pregunta, la criatura se colocó alrededor de la miniatura, como había hecho con Mirlo: una alta pared vertical de agua rodeaba la maqueta.

—¿Las fronteras? —interpretó Mirlo—. ¿Qué simboliza el agua? —meditó en voz alta—. ¿El poder de los demonios? —No estaba seguro. La Serena que habían construido estaba completamente hundida en un

tubo líquido.

Mirlo se incorporó, quedando arrodillado. Miró al demonio con fijeza un instante. Con un gesto deliberadamente lento para no asustarlo, tocó su cuerpo líquido. La criatura no se apartó. Mirlo sumergió la mano, atravesó la barrera de agua y plantó un dedo en la ciudad de arena. Navegó con él por el canal, simulando ser un barco. Lentamente, lo llevó hasta la barrera líquida.

—¿Puedo salir? ¿Puedo cruzar las fronteras?

En cuanto el dedo de Mirlo tocó la pared de agua, la criatura se deshizo súbitamente sobre la miniatura de la ciudad, inundándola por completo. El agua rebasó los canales, las grandes olas derribaron los edificios. El *campanile* colapsó, la Serena quedó rápidamente convertida en un mejunje de arena y agua.

Mirlo ahogó un gemido.

—¿Por qué?

El demonio se recompuso. Volvió a acercarse a él. Una máscara. El canal.

Aquello no era un juego ni una simple toma de contacto. Era un mensaje.

Un aviso.

—¿Una inundación? ¿Un maremoto? —Mirlo frunció el ceño—. ¿Estáis intentando proteger la ciudad, avisarnos de un peligro?

El demonio formó la máscara frente a sus ojos una vez más. Rodeó a Mirlo. La máscara. El canal.

Mirlo. La máscara. El agua.

Una y otra vez.

Mirlo. La máscara. El agua.

Mirlo.

20

El pasadizo escondido

Salvador Bertucci temblaba de horror. La duquesa lo miraba con severidad, dejando claro solo con su postura que nada que él dijese la haría retroceder.

—Te he dado lo que querías, viejo loco —declaró sin apasionamiento, haciendo rebotar su bastón en el suelo de la Basílica —. Prohibir las fiestas, obligar a los demonios a mostrarse como son, precipitarnos al desastre para detener por fin esta locura. La devoción a los demonios. Los homenajes. Todo eso se acabará por fin, ¿no es lo que querías?

—Su Alteza Serena —al patriarca de la Iglesia Olvidada le temblaba la voz—, si hubiese compartido conmigo sus planes… Si hubiese sabido que…

—¿Crees que te tengo que pedir permiso? —le increpó ella—. No seas ridículo.

Bertucci no era un hombre valiente ni resolutivo. Aquel cambio en la situación lo desorientaba y, aunque sabía que era su deber impedir una monstruosidad como la que proponía la duquesa, se sentía impotente ante ella. La sensación le resultaba desagradable, porque le recordaba los años que había pasado a la fuerza en la isla para lunáticos, San Servolo; el recuerdo lo atormentaba y avergonzaba a partes iguales. Era consciente de que todos los habitantes de la Serena lo sabían, y que lo llamaban loco a sus espaldas, que contaban historias sobre él, que comentaban que en su juventud el fanatismo lo había llevado a la automutilación, que no estaba en sus cabales.

Nadie se lo decía nunca a la cara. Llamaban a su puerta, lo insultaban desde detrás de las máscaras, pero no lo llamaban loco como lo había hecho la duquesa. Salvador Bertucci la miraba, paralizado por el espanto, y volvía a estar mentalmente recluido en San Servolo, sometido a todo tipo de suplicios, sin poder escapar, mientras ella le daba la espalda, y abandonaba la Basílica sin mirar atrás.

Bertucci, tembloroso y pálido, paseó arriba y abajo por la nave y los pasillos. Era incapaz de permanecer quieto, del mismo modo que no había podido contenerse y había pedido explicaciones a la duquesa tan pronto como había descifrado sus planes. Era su deber, su deber sagrado, mantener la ciudad a salvo de los demonios.

Toda la Serena sabía que él había estado interno en San Servolo, pero pocos conocían el modo en el que había salido de aquel infierno.

Bertucci había utilizado aquella habilidad secreta más de una vez en su vida. No le gustaba. Solo echaba mano de ella cuando no le quedaba más remedio: obtener el nombre que portaba, cuando por nacimiento había sido un don nadie; huir de San Servolo; conseguir su puesto y mantenerlo; conservar al menos algunas propiedades y un puñado de fieles. Cada ocasión en la que la usaba, perdía un trozo de su alma, pero hacía tiempo que había aceptado que era un peón al servicio de una causa mayor, más importante, ¿y qué mayor honor que despiezar poco a poco su espíritu con tal de triunfar?

Los gobernantes de la Serena no eran los únicos capaces de hacer pactos con entes sobrenaturales.

Bertucci la llamó una vez más y la sombra respondió, solícita. Sus garras largas e intangibles le rozaron las sienes y los párpados cerrados, arrancando de su boca una petición.

El patriarca quedó atrás, sin fuerzas, arrodillado en el suelo de la Basílica, mientras la sombra atravesaba paredes y muros, ventanas y puertas, y se colaba en el Palacio Abacqua, extraía la Corona de Sal del compartimento secreto en la pared del gabinete del segundo piso y la sustituía por una copia de piedra blanca, pesada y burda.

Cuando Salvador Bertucci abrió los ojos, la Corona de Sal estaba en sus manos. Un objeto del demonio, engañoso en su blancura brillante. Lo sostuvo con temor mientras miraba a su alrededor, buscando un lugar seguro en el que esconderlo, en el que estuviera

neutralizado. La duquesa se daría cuenta, por supuesto, pero con suerte sería demasiado tarde. Salvador Bertucci rezó por morir antes de que ella lo alcanzase, y por cumplir con su misión en la Tierra antes de que su alma y su cordura desapareciesen del todo.

Las cartas con la invitación que enfurecería a la duquesa salieron todas a la vez, en una procesión de botes mensajeros que se dispersaron por la telaraña de canales de la Serena. La que correspondía a los Abacqua, sellada con el emblema de la Galería, apareció por la mañana en la mesa del almuerzo, con el resto de la correspondencia.

Fue Fiordelise quien la abrió.

—¡Por fin! La primera fiesta de este año —exclamó.

Moderata Abacqua levantó la cabeza. Junto a ella, su marido dejó lentamente la copa de vino sobre el plato.

—Este año no hay fiestas públicas, ¿verdad? —comentó Baldizere —. ¿Quién organiza esta?

—Vivian Zio —respondió Fiordelise, examinando la invitación—. Imagino que la pagará de su bolsillo, pero va a celebrarse en la Galería. E invita a todos los habitantes de la Serena.

—¿Cómo va a hacer eso? —preguntó Moderata en voz baja—. La duquesa ha dispuesto claramente que solo se darán fiestas privadas, con un número de invitados reducido.

—Pues Vivian Zio no se ha enterado. Déjame leer. —Baldizere alargó la mano, pero Fiordelise se apartó para que no pudiera quitarle la carta.

—Aquí dice que invita a todo el mundo. Dice que dará una fiesta el jueves de carnaval. Y que esta misma mañana hará una recepción a modo de ensayo, a la que también puede ir quien quiera.

Baldizere sonrió. Aunque sospechaba que no le caía en gracia a Vivian Zio y, como consecuencia, tampoco a él le agradaba el director de la Galería, sabía admirar el desacato temerario.

—Habrá que pensar qué nos vamos a poner —comentó—. Nos ha avisado con poca antelación, pero todavía estamos a tiempo de llegar.

—No vamos a acudir —declaró Bartolomio Abacqua, tras cruzar

una mirada rápida con su esposa—. El señor Zio está tentando a la suerte.

Fiordelise se cruzó de brazos. Antes de que pudiese replicar, su madre añadió:

—La duquesa no va a permitir que esto suceda. La desobediencia no puede tolerarse, y en la Serena solo hace falta una fiesta para que una costumbre eche raíces.

Se puso en pie, sin ganas de discutir con su hija, y se llevó la copa aún medio llena hasta la puerta.

—Baldizere, por favor, ¿me acompañarías al gabinete?

Él intentó de nuevo quitarle la invitación a su hermana al pasar tras ella. Fiordelise fue más rápida y le dio un golpe seco en la muñeca con los dedos. Baldizere hizo una mueca, conteniendo la risa. Después, subió detrás de su madre hasta el piso superior.

Ella tomó asiento enseguida. Cada vez aguantaba menos rato de pie, y Baldizere pudo observar que le temblaba la mano con la que sostenía la copa.

—¿Hace cuánto tiempo que no ves a Marte Sartori?

Baldizere suspiró.

—He estado ocupado.

—Sí, no me cabe duda. Con un repentino interés por la lingüística y las leyendas. —Moderata arqueó las cejas ante el silencio atónito de su hijo—. ¿Qué estás haciendo Baldizere?

—No es como si dedicase al ocio todo mi tiempo. También he estado días enteros en tu despacho, haciendo cuentas, revisando documentos, dando autorizaciones, respondiendo a tus cartas…

—Eso no me preocupa. Es tu deber y lo que te toca hacer, porque algún día me sucederás. Más pronto de lo que nos conviene, seguramente. —La señora Abacqua golpeó el suelo con el bastón, impaciente—. Escúchame bien, porque no te lo voy a decir más veces. Deja las leyendas para los libros y el pasado en el pasado. Hay secretos que deben morir.

Baldizere, que había paseado hasta las ventanas y dejado perder la mirada en las aguas, se giró hacia ella.

—¿Tú sabes lo que pasó? ¿Sabes que dos familias enteras fueron masacradas?

—Sé más de lo que me gustaría. Historias que nunca debieron

haberse escrito, culpas heredadas con las que he cargado toda la vida. Por favor, hijo mío, confía en tu madre y deja de hurgar en los recuerdos más dolorosos de la ciudad.

Antes de que Baldizere pudiera responder, un tañido furioso invadió el canal, colándose por la ventana del palacio. Era la *trottera* del *campanile*, que llamaba a los consejeros de la Serena para que acudiesen de inmediato al Palacio Ducal.

Moderata Abacqua se puso en pie, apoyada en su bastón.

—No será por la fiesta de Vivian Zio —aventuró Baldizere, con un deje de duda en la voz.

Ella no respondió.

—Baja y pide que preparen una góndola.

Baldizere bajó la escalera, dio el aviso y, después, pasó directamente al dormitorio de Fiordelise, que leía tumbada en el sofá.

—¿Has oído la campana? Han convocado a los consejeros. Si empiezan la reunión a esta hora, quién sabe cuándo volverán.

Ella sonrió.

—Padre ha salido para pasar el día en Santa Eulalia. —Se estiró sobre el sofá y bajó los pies descalzos al suelo, buscando las zapatillas —. ¿Quieres dar un paseo?

Él se encogió de hombros, como si le diera igual, y asintió. No estaba seguro de qué pensar de lo que le había dicho su madre. Sabía reconocer la seriedad en su tono, pero no lograba entender qué era lo que le daba tanto miedo: los tesoros se le antojaban poderosas herramientas desaprovechadas, olvidadas en algún escondite secreto, aguardando a que alguien como él se atreviese a utilizarlas. Decidió que, si alguien conocía y podía revelarle cuál era el verdadero peligro, era Vivian Zio.

Por suerte, precisamente esa mañana sabía dónde encontrarlo.

Minutos después de que la familia Abacqua abandonase el palacio, una criada subió al distribuidor del segundo piso, tal y como le había ordenado la señora. Se sentó junto a la chimenea, en una de las incómodas sillas con tapicería aterciopelada que tan bonitas quedaban junto a la pared, y dejó que sus pensamientos vagasen, disfrutando del

instante de descanso.

No sabía que en el interior del gabinete, al otro lado de la puerta cerrada, acababa de abrirse una entrada secreta disimulada tras el gran cuadro de la Duquesa del Pacto. Pelegrina Malatesta asomó la cabeza, se cercioró de que la habitación estaba vacía y salió de la pared.

El lunar espía que había colocado tras la oreja de su hermano funcionaba a la perfección. La única dificultad había sido ocultar su propio enfado cuando Ventura regresó de su encuentro con Baldizere y no le contó que la hija pequeña de los Abacqua no había dejado de hablar sobre el escondite que sus padres no querían que encontrase en el gabinete de su madre; y que el propio Baldizere le había explicado cómo colarse en el palacio y salir directamente en aquella habitación esquivando toda mirada vigilante.

Ventura la había traicionado, había decidido proteger al niño rico al que no le faltaba de nada, privándose a sí mismo y a su hermana del dinero que necesitaban para comer. Pelegrina se había tragado el enfado y se había consolado pensando que había hecho bien al desconfiar de él.

«Quiero ser dueño de mi propia vida», le había confesado a Baldizere. Pelegrina apretó los puños en el gabinete de la señora Abacqua al recordarlo. Pues muy bien, que fuese dueño de su vida, y Pelegrina lo sería de la suya. Quizá Ventura no se diera cuenta, pero el robo de la Corona de Sal no solo les llenaría los bolsillos, sino que quizá animase a su misterioso cliente a hacerles nuevos encargos. Esa era la forma de hacerse dueños de su libertad: tener tanto dinero como para vivir despreocupados. Y si Ventura quería renunciar a ella, que hiciese lo que quisiera; pero su hermana no contaba con ricos benefactores enamorados de ella, así que tendría que arreglárselas por su cuenta.

Robaría la corona y no se le volvería a ver el pelo. Ella no necesitaba a Ventura para nada.

Ya me echarás de menos cuando se aburra de ti, pensó Pelegrina, enfadada, mientras presionaba lo más silenciosamente que podía las paredes del gabinete. *¿Crees que será él quien esté a tu lado cuando lo necesites? Como te descuides, como sigas así, no habrá nadie, ni él ni yo, nadie… Cuando me busques, será demasiado tarde, estaré tan ancha*

viviendo por mi cuenta…

Y como si le respondiese, resonaba en su memoria el recuerdo de la voz de Ventura, en aquella conversación que el lunar plateado le había permitido espiar: «Odio vivir así, odio no saber si sobreviviremos el siguiente invierno».

Pelegrina empujaba la pared con furia.

¿Te crees que yo no lo odio? ¿Te crees que no me habría encantado decir que sí y que me solucionasen la vida?

Con un crujido, uno de los paneles de madera se le hundió bajo el puño. Pelegrina reprimió una exclamación. El muro se retiró con un mecanismo giratorio para revelar un cajón escondido. Sobre un cojín suave de color azul reposaba la corona blanca.

En ese preciso instante se abrió la puerta del gabinete. El chasquido del escondite había alertado a la criada, que lanzó un grito al ver a Pelegrina. Esta, rápidamente, dio dos pasos hacia la mujer y la derribó de un puñetazo. La criada cayó al suelo en el distribuidor. Pelegrina cerró la puerta de un portazo, tomó la corona y huyó por la salida secreta tras el cuadro. Solo se detuvo para ponerlo de nuevo en su lugar, con la esperanza de que la criada no lo hubiese visto y desconociera su existencia.

Bajó corriendo las escaleras. Podía sentir la alarma recorriendo el Palacio Abacqua como si el edificio tuviera un corazón que, acelerado, bombease sangre más deprisa de lo normal.

Llegó al nivel del suelo, salió al jardín y lo recorrió en pocas zancadas. Saltó con agilidad el muro. En menos de un abrir y cerrar de ojos, las callejuelas de la Serena la ampararon. Nadie la encontraría.

La plaza de la Galería estaba ocupada por una multitud de curiosos. El propio Vivian Zio había dado la bienvenida a todos quienes habían querido entrar y en dos ocasiones mandó camareros con bandejas a las escaleras, a repartir bebida entre aquellos que no cabían en el interior del edificio. Su poder de convocatoria, como anfitrión de la única fiesta en la que el pueblo podría honrar a los demonios y protegerse de su ira, era enorme.

Baldizere y Fiordelise no habían conseguido entrar. Estaban en la

plaza cuando llegó la Guardia, abriéndose paso a golpes, y asaltó la entrada principal de la Galería. La multitud se movió entre gritos. Indiferente a ellos, la capitana de la Guardia, Angela Tirabosco, siguió a los suyos hasta el recibidor y observó cómo agarraban por el brazo a los que lo ocupaban y los lanzaban al exterior, rodando escaleras abajo. Algunos intentaron huir, otros hacerles frente. Los guardias repartieron palos sin pudor.

La duquesa y sus consejeros estaban reunidos en el Palacio Ducal, lejos de la violencia, como si no tuvieran nada que ver con ella. La muchedumbre abucheaba e insultaba a la capitana Tirabosco, que permaneció impasible junto a la puerta hasta que dos de sus hombres sacaron a rastras, de la forma más indigna, a Vivian Zio. El director de la Galería iba vestido de gala, pero su ropa estaba rasgada y manchada de sangre. Tenía la nariz desviada y los ojos hinchados.

Más tarde, Fiordelise se enteraría de que la señora Zambeloto asumiría la dirección de la Galería además de la del Teatro, y que en un comunicado extraoficial había afirmado que ella misma se aseguraría de que la fiesta que Vivian Zio había planificado para el jueves de carnaval tuviese lugar pese a todo; se rumorearía que la mayor parte de la gente estaba decidida a asistir, porque temía más a los demonios que a la Guardia; y voces quedas desafiarían a los mil ojos de la Serena reuniéndose en la plaza de la Galería y en el Jardín frente al Palacio Ducal en una protesta silenciosa.

Todo eso sucedería y los ecos de la rebeldía resonarían en su alma, pero en aquel momento Fiordelise Abacqua no pudo evitar encogerse de espanto al ver a Vivian Zio, magullado y sangrante, mientras lo arrastraban por el suelo de piedra, sin que nadie supiera si lo volverían a ver.

21

La Corona de Sal

El Palacio Abacqua pasó la noche en vela. Mientras su marido avisaba en persona de lo sucedido al resto de las familias gobernantes, Moderata, acompañada por sus hijos, entrevistó a todos los que habían estado presentes durante el robo de la corona. Baldizere había estado callado, en un rincón del despacho de su madre, observando cómo Fiordelise se quedaba dormida en una de las butacas. Tenía los ojos hundidos, como si la culpa tirase de ellos hacia dentro desde su cabeza. Solo habló cuando su madre, tras despachar al último criado, dijo en voz alta:

—Esta niña insensata habló del escondite en el gabinete delante de tu amigo, ¿cómo se llamaba? ¿De Bastian?

—No ha sido culpa suya —intervino Baldizere.

—Hijo —la voz de la señora Abacqua temblaba de rabia—, no saques a relucir ahora lealtades absurdas hacia tus conocidos o los de Zorzi. Lo sabes bien: cualquiera fuera de nuestro círculo vendería su alma con tal de ganar en riqueza, reconocimiento, poder, quién sabe. Está claro que ese tal de Bastian…

—No lo estoy defendiendo a él —musitó Baldizere—. Estoy diciendo que no fue culpa de Fiordelise. Yo hablé con él de los escondites, más adelante, cuando lo acompañé a la calle. Le hablé del palacio y de sus secretos. La culpa no es de Fiordelise, sino mía.

Moderata Abacqua hundió el rostro entre las manos y respiró hondo. El amor por su hijo era lo único que le impedía proferir palabras que más adelante sabía que hubiese lamentado.

—Dime todo lo que sepas de ese hombre.

Era poco: que vivía con su hermana, seguramente la ladrona, en un edificio abandonado y lleno de fantasmas en el distrito de Scopulo. Su verdadero apellido no era de Bastian. Baldizere no recordaba nada más.

Se le quebró la voz al decir:

—Lo siento. —Y significaba que lo sentía de verdad; que sentía defraudarla, que sentía haber metido a su familia en problemas, aunque aún no entendiera bien qué sucedía; que sentía haber transgredido la norma que los Abacqua grababan a fuego en sus mentes, la advertencia respecto a confiar en aquellos ajenos a la familia; que sentía haberse dejado traicionar, haberse colocado a los pies de Ventura y haberle permitido la entrada a su casa, a su familia, a su vida.

Moderata redactó una nota con la descripción de los ladrones y la Guardia, alertada por Bartolomio, empezó a peinar la ciudad. Sin embargo, la Serena además de mil ojos tenía un millar de recovecos, y cuando despuntó el alba y llegó el mensaje de la duquesa, que requería su presencia, aún no habían encontrado la corona.

Toda la familia Abacqua debía acudir, por lo que despertaron a Fiordelise y navegaron los cuatro en la misma góndola hasta el embarcadero del Palacio Ducal. Dos guardias los escoltaron hasta una de las salas más recogidas, en la que la duquesa celebraba las reuniones con sus consejeros y nadie más. Ella estaba sentada en el lugar de honor, presidiendo la habitación, y ni siquiera invitó a sentarse a la señora Abacqua.

—Su Alteza Serena —saludó ella, aparentemente insensible al desplante.

Los cuatro se inclinaron ante la duquesa.

—No tengo nada que decir que no sepas. —La duquesa, en tono frío, se dirigía solo a Moderata—. Lo único que quiero es expresar mi deseo de que la Corona de Sal reaparezca cuanto antes. Cuando lo haga, quiero que se me entregue a mí para su custodia. Vosotros os habéis demostrado indignos para esta responsabilidad.

—Sí, Su Alteza Serena —respondió Moderata.

—Con la edad se me han quitado las ganas de ser compasiva con los que me dificultan la vida por su ineptitud —dijo la duquesa.

A un gesto suyo, los guardias abrieron la puerta e hicieron pasar a un hombre que no se podía mantener en pie. Cayó al suelo como una marioneta sin hilos, un amasijo de carne y piel reventada. A Baldizere se le revolvió el estómago al mirarlo y clavó los ojos en la duquesa, negándose a contemplar el despojo que antaño había sido el director de la Galería. Fiordelise, a su lado, no apartó la vista de él. Tenía los labios apretados y el rostro lívido, los puños cerrados contra el pecho.

Uno de los guardias empujó a Vivian Zio con el pie, obligándolo a darse la vuelta y quedar retorcido en el suelo, con la cara hacia el techo. Los ojos vidriosos, como de pescado destripado, eran los de alguien que había dejado de confiar en salir vivo.

—No os convirtáis en un estorbo como este —aconsejó la duquesa.

Moderata Abacqua clavó los ojos en el cetro que sostenían las manos de la gobernante de la Serena y sin cambiar la expresión, negándose a mostrar sus emociones, se inclinó una vez más, profundamente. Tras despedirse de la duquesa, salió a la galería como si aquella hubiese sido una reunión corriente, seguida por su familia. No habló hasta que estuvo de nuevo a bordo de la góndola, surcando el Gran Canal.

—Hay que encontrarla.

Solo tres palabras. Bartolomio asintió en silencio.

—¿Era el tesoro auténtico? ¿La Corona de Sal? —Baldizere estaba tieso como un muñeco de madera.

—Sí —respondió escuetamente Moderata.

—¿Por qué…? ¿Por qué nos dijisteis…?

La voz de su madre fue cortante, endurecida por el miedo.

—Solo un estúpido va gritando a los cuatro vientos que posee algo muy valioso.

El sol brillaba con fuerza sobre la bruma, resaltando los dibujos que esta formaba sobre el agua, e incluso el mínimo ápice de belleza resultaba discordante en una mañana en la que todo lo bueno del mundo parecía haberse acabado.

La siguiente vez que Mirlo Yavuz vio a Baldizere Abacqua, descubrió en él, tras las facciones demacradas, el cansancio acumulado y la

culpa, una llama más viva que nunca, una determinación en su mirada que se había vuelto feroz. Mirlo distinguió qué era lo que la alimentaba, porque lo había conocido en otras personas y en sí mismo: el dolor y el empuje de una fiera acorralada. La conciencia de que la herida recibida era mortal y que la que se estaba luchando podía ser la última batalla.

—Era la Corona de Sal —comprendió.

Nadie armaba tanto revuelo por una réplica, por valiosa que fuese.

—Sí. La Corona de Sal, que permite comunicarse con los demonios. Y que confiere a quien la lleva autoridad sobre ellos.

Mirlo respiró profundamente. Baldizere asintió. No les hacía falta decirlo en voz alta.

En lugar de lamentarse, Mirlo prefería hacer preguntas.

—¿Por qué está tan desesperada la duquesa? —Baldizere asintió de nuevo, pensativo. No añadió nada—. O bien quería usarla ella, o bien necesita tenerla controlada para evitar que la usen otros.

—Nosotros. —Baldizere no tenía buena cara. Se derrumbó sobre una de las butacas del despacho—. ¿Has podido hablar con ellos?

—No es sencillo. —Mirlo ladeó la cabeza. La corona hubiese facilitado las cosas, pero no quería hurgar en la herida—. Intentan advertirnos de algo, una posible catástrofe natural. Una inundación… un maremoto. Tal vez sea algo que se desate si intentamos cruzar las fronteras, una amenaza, o un desastre que se avecina en cualquier caso. Todavía no lo sé.

—Esto no me sirve de nada.

—Estoy en ello. —Mirlo dudó un segundo—. Señor Abacqua, avisar de una tragedia a tiempo para evitarla sería algo que la Serena le agradecería para siempre.

Baldizere consideró sus palabras un momento. Cuando lo miró, la llama ardía con más fuerza que nunca.

—Si consigues contarme qué es lo que nos están diciendo exactamente y averiguar cómo podemos hacer para que nos abran las fronteras, te recompensaré con creces. No tendrás que preocuparte por nada hasta que te mueras viejo y feliz.

Mirlo tragó saliva. *Lo único que deseo es salir de la Serena, llegar a Tierrafirme y empezar una nueva vida en un lugar en el que no sea más que un hombre, ni imperial ni sereno*, pensó, pero no logró abrir la boca

para decirlo. Podía imaginarse, en un ejercicio de fantasía, viejo y feliz frente a un ventanal que diera al canal; pero nunca había visto Tierrafirme y no se visualizaba en ella ni viejo ni joven ni feliz.

—Gracias, señor Abacqua.

Baldizere le hizo un gesto con la mano para que se marchase.

—No me las des. Aún tenemos trabajo que hacer.

La Corona de Sal no era suficiente y Salvador Bertucci lo sabía. La clave de las maquinaciones de la duquesa, lo que desbarataría del todo sus planes, era el cetro.

Al patriarca le costaba levantar los brazos con normalidad, los notaba exhaustos, como si su cuerpo cargase con parte del agotamiento de su espíritu. Aborrecía la idea de volver a convocar la sombra, y no se veía capaz de enviarla en su lugar para hacerse con el cetro. Si intentaba robarlo, tendría que hacerlo con sus propias manos.

De madrugada, tendido en su estrecho catre, encontraba mil razones para no intentarlo. Trataba de convencerse de que bastaba con mantener la corona oculta. Podía destruirla incluso. Lanzarla a la laguna y que nadie la volviese a encontrar; aunque en el fondo albergase la sospecha que de un modo u otro un objeto demoníaco como aquel se las arreglaría para acabar en manos de un inocente al que pervertir.

Con la mañana llegaba la convicción de que todo aquello era inútil. La Corona de Sal sería la única esperanza de la Serena si la duquesa seguía adelante con su plan, le gustase o no al patriarca. No debía destruirla, no al menos hasta arrebatarle el cetro a su dueña.

Bertucci era un hombre razonable y, muy a su pesar, no tardó en admitir ante sí mismo que lo haría. Solo necesitaba el tiempo suficiente para reunir algo de fuerza.

Conseguiría el cetro aunque le costase el alma.

22

La campana de la muerte

La mujer en la Isla de los Huesos había sido clara en sus instrucciones, pero Pelegrina estaba decidida a huir con el dinero y dejar a su hermano atrás, por lo que no podía esperar hasta la noche anterior a la primera fiesta de carnaval. Si iba a dar el paso, tenía que hacerlo antes de que la alcanzasen las dudas y la compasión.

Se plantó en la taquilla del Teatro Fénix y respondió al disgusto en los ojos de la mujer a cargo de la taquilla con un desprecio de igual calibre.

—Entrada a nombre de Malatesta —reclamó.

—No hay ninguna.

—Ya lo sé. Me dijeron que la pidiera y que usted tomaría un mensaje. Dadas las circunstancias, esta es la mejor forma para comunicarnos.

Pelegrina no tenía ni idea de quiénes eran el hombre y la mujer enmascarados que les habían hecho el encargo ni cuáles podían ser sus circunstancias, pero la clave era hablar con la suficiente vaguedad para que el contexto lo pusiese la otra persona.

La mujer frunció el ceño.

—No me ha dicho nada. —No estaba segura de qué hacer, pero tampoco se le había ocurrido que Pelegrina pudiese estar marcándose un farol—. ¿Te dijo ella que dejases recado aquí?

—Sí. —Pelegrina le sostuvo la mirada sin parpadear. *Ella*. La mujer tomó una pluma y la miró, con una mezcla perfecta entre disposición atenta y hastío—. A medianoche en el Casino de las Damas, dentro de

tres días. Iré vestida de reina.

—¿Ese es el mensaje? —La mujer chasqueó la lengua. Apartó la pluma—. ¿Necesitas algo más?

Pelegrina había retrocedido un paso. Negó con la cabeza y echó a andar hacia Scopulo. Había pasado las últimas noches en una vivienda abandonada en Olivolo, al otro lado del Gran Canal, y estaba decidida a vivir en ella hasta descubrir si su misteriosa cliente le haría algún encargo más después del robo de la Corona de Sal. Si era así y su relación le aseguraba un flujo regular de dinero, Pelegrina buscaría un hogar más digno.

De momento, para seguir tirando, necesitaba el resto de los quince ducados que les habían dado por la llave. El enfado con Ventura aún era lo bastante fiero como para que Pelegrina se escondiese en uno de los patios cercanos al Hospital de los Incurables y, desde el parapeto del muro, vigilase las entradas y salidas de su hermano, esperando el momento en el que se alejase lo suficiente.

Se regocijó con crueldad al verlo preocupado. Ventura, como un perrito perdido, se resistía a alejarse del Hospital, seguramente con la esperanza de que Pelegrina regresase. Tenía el rostro contraído por la preocupación.

¿Te ha contado ya tu enamorado que le he birlado el tesoro?

Pelegrina no se movió del muro y Ventura solo salió del edificio para pasear por el jardín y volver a meterse corriendo, espantado, asaltado por miedos infundados. Pelegrina resopló al verlo escapar una y otra vez. Ella no había oído nada, la calle estaba tranquila. De pronto, se tensó como un gato sobre la pared.

Por primera vez en todo el día, Ventura se había escondido con razón. Cuatro hombres embozados en capas negras se encontraban en la puerta principal del Hospital de los Incurables, mientras otros dos vigilaban la callejuela que daba al jardín. Pelegrina se acurrucó contra la fachada vecina. Si no se movía, si no perdía el equilibro, no la verían.

Los desconocidos no llamaron. Sabían que nadie les iba a abrir. Dos de ellos, coordinados como marineros al remar, embistieron una de las grandes ventanas. El marco se quebró contra sus hombros con un crujido y un estallido de cristales rotos. Los asaltantes se sacudieron la lluvia de esquirlas que había caído sobre ellos y

entraron en el edificio.

Pelegrina se había convertido en estatua, como una quimera de piedra sobre el muro. Sentía que el corazón quería escapársele del cuerpo. Ventura estaba dentro del hospital, todas las salidas estaban vigiladas y su única opción era esconderse. Pelegrina repasó mentalmente los rincones de su refugio, preguntándose por cuál se decantaría su hermano. Tal vez hubiese uno con el que los atacantes no contasen, tal vez Ventura lograse pasar tan desapercibido como lo estaba haciendo ella.

No fue así. Al cabo de un rato, Pelegrina vio cómo su mellizo era empujado hasta la calle, con una bolsa de tela sobre la cabeza. Se lo llevaron maniatado y lo subieron a un bote que los esperaba en el ancho canal.

Pelegrina no se movió del sitio. No gritó para alertar a los vecinos. No salió en auxilio de su hermano.

No serviría para nada, se repetía a sí misma. *No puedo con ellos*.

Aun así, cuando bajó del muro, no sentía miedo sino náuseas, y la culpa pesaba tanto que le costó trepar la tapia hasta el jardín y colarse en el Hospital de los Incurables. Le dolía el pecho con cada paso en dirección al cuarto en el que se habían escondido su hermano y ella durante tanto tiempo, y se le saltaron las lágrimas al oír un ruido y sentir un absurdo ramalazo de esperanza antes de ver a Clotilda.

Tomó el dinero, que los desconocidos no habían encontrado, y se lo guardó en el bolsillo. Atrapó a la gallina, la metió en un saco y volvió a salir al jardín. Cuando saltó a la calle tuvo la premonición de que era la última vez que lo hacía, la última vez que salía del que había considerado un hogar.

Recorrió el camino hacia su nueva casa en Olivolo, con Clotilda debatiéndose y cacareando. Sin mirarlas, se despidió de las callejuelas estrechas de Scopulo, de edificios tan cerca unos de otros que el cielo era solo una estrecha línea sobre su cabeza, de giros bruscos, de grandes plazas inesperadas. No volvería a ser igual nunca, porque Pelegrina estaba sola, y aunque lo había deseado con rabia durante los últimos días, en aquel momento era definitivo y tenía un sabor que no había imaginado.

Odio vivir así. Las palabras de Ventura resonaban en su cabeza.

Habría querido poder utilizar el lunar para espiar lo que hacía

ahora y a dónde se lo llevaban, pero había dejado de funcionar antes de que Ventura regresase al hospital aquella noche en la que Baldizere Abacqua y él habían compartido besos y secretos. Pelegrina estaba completamente aislada de él; se había convertido en estatua mientras unos matones se lo llevaban y su corazón aún estaba convertido en piedra, pesado y rígido, tirándole del pecho hacia abajo.

Soltó a Clotilda en su nuevo escondite y se sentó en la ventana, con las piernas colgando hacia afuera, con el canal bajo los pies y los tejados de las casas ante los ojos. Desde allí podía ver el *campanile*. No supo cuánto tiempo permaneció quieta, debatiéndose entre el terror y la insistente idea de entregarse a la Guardia, porque aquel último robo había sido cosa suya.

Esperaba un sonido devastador que confirmase su mayor miedo: el escalofriante *maléfico* del *campanile*, la campana que anunciaba las penas de muerte; hasta que le asaltó la idea de que a un don nadie como su hermano lo matarían con discreción, sin juicio ni campanadas, y Pelegrina cayó hacia atrás, dando con la espalda en el suelo y quedando así, tumbada boca arriba en una habitación vacía y polvorienta, mirando el techo y sintiendo que le faltaba la respiración, que la vida se le escapaba por los ojos y la boca abierta, como un pescado sobre el hielo del puesto, helado, paralizado, muerto.

23

La casa de la bruja

El escándalo del robo de la réplica del tesoro de los Abacqua era de lo único que se hablaba en la Serena; los rumores recorrían las calles como bancos de peces y los consejeros, a excepción de la propia familia en desgracia, pasaban las horas en el Palacio Ducal, en reunión privada con la duquesa, del Senado o incluso del Gran Consejo al completo. Se hablaba de irresponsabilidad por parte de los Abacqua, que habían fallado a la ciudad como custodios de un tesoro que, al fin y al cabo, nunca había dejado de pertenecer a la Serena; se valoraba qué castigos sufrirían si en el plazo que había previsto la duquesa, que estaba a punto de expirar, no lograban recuperar la estatuilla. Los más alarmistas, casi siempre aquellos que habían visto la ira desquiciada en los ojos de la duquesa, hablaban de pena de muerte; otros, de cárcel; otros, de una amonestación, de vergüenza para la familia o, incluso, de la retirada del permiso para celebrar fiestas en honor a los demonios. El carnaval estaba cerca y la inquietud de la gente era palpable.

Para Marte, aquello significaba que Fiordelise Abacqua se hallaba recluida en el palacio de su familia y, a su vez, Marga apenas salía del Palacio Ducal. Volvía a casa agotada, sin ganas de compartir con su hermana sus preocupaciones, sin adelantarle qué sería de los Abacqua, sin contarle si su enlace con Baldizere continuaba en pie. Por su parte, Marte, que hacía años que evitaba a toda costa quedarse a solas con Vittorio, el marido de su hermana, aprovechó para pasar fuera todo el tiempo posible.

Y como Marga no estaba presente para supervisar sus actividades, nada le impedía pasar los días en la calle junto a Gianeta. Con la excusa de hacer algún recado, la cocinera y la joven aristócrata paseaban por las riberas de los canales, se detenían en los puentes para contemplar los barcos, apoyadas codo con codo en las barandillas, y encontraban rincones en los que acurrucarse sin ser vistas.

Una tarde, la luz del sol al ponerse las encontró en Scopulo, de camino a la casa de la abuela de Gianeta, que esta aseguraba que era una bruja. Al entrar en el callejón, tomó de la mano a Marte, confiada. Sabía que no había secretos para Cassandra Bargamasca y, por otro lado, que su abuela no tendría nada contra lo que sentía por la hermana de su señora.

Marte, en cambio, se detuvo ante la fachada amarilla de la que colgaba el reloj de cobre. Las agujas marcaban las doce, aunque aún no habían dado las seis. No señalaba la hora, sino el momento propicio para la magia.

—¿Estás segura? —preguntó, con el ceño fruncido.

Gianeta se giró hacia ella, se puso de puntillas y le dio un beso fugaz en los labios. Marte enrojeció ante aquel atrevimiento. Miró alrededor. No había nadie en el patio.

—Segurísima.

La puerta de la casa se abrió sola antes de que llamasen.

Entraron, con los dedos de Gianeta firmemente cerrados sobre la muñeca de Marte. La anciana bruja estaba sentada a un lado en la sala de estar, cerca de la chimenea. Tenía el cabello blanco, sin rastro del brillo castaño del de su nieta, pero en sus rasgos se veía el parentesco: ambas compartían las mejillas regordetas y nariz respingona que Marte adoraba.

—Niña —dijo Cassandra Bargamasca—, por fin, mucho has tardado en presentármela. Nunca te acuerdas de visitar a tu pobre abuela. Iré a buscarte el día menos pensado, convertida en gaviota, y te daré un buen susto.

Gianeta rio.

—¡Cómo eres, abuela! ¡Si estuve aquí hace dos días! Marte, ella es Cassandra, mi abuela. Abuela…

—Sí, sí. Marte Sartori. Claro que la conozco. Mucho enfado, eso

está bien, marca de la casa. Aunque la hermana lo tiene más controlado y lo convierte en una herramienta, al final es la misma cosa. A veces hace falta enfadarse en esta vida. No me parece mal. Mucho amor, también, el tipo fiero, el mejor de todos. Niña, ve a poner una tetera —ordenó, sin hacer una sola pausa entre frases—. Marte Sartori, acerca una silla y siéntate.

Las dos jóvenes obedecieron. Marte se esforzó en representar el papel que Marga había pasado años enseñándole: se sentó con la espalda recta, colocó las manos en el regazo y rebuscó en su mente temas de conversación cortés, pese a que lo único en lo que podía pensar era en que, por lo que había dicho, aquella anciana sabía el tipo de vínculo que la unía a Gianeta. Seguramente fuese de verdad una bruja.

—Bueno, ya está bien —interrumpió la propia Cassandra Bargamasca después de un buen rato de charla sobre cocina, el invierno y la afición de Marte por el teatro—. Chiquilla, relájate un poco, que no has venido aquí a pasar una prueba. Si tienes alguna pregunta, hazla. ¿Qué es lo que te preocupa tanto? ¿Es por la magia, es eso? Incomoda mucho a la mayor parte de la gente.

Marte la miró, boquiabierta. Tardó un segundo en responder, como acto reflejo, sin pensar en sus palabras:

—¿No le molesta…?

No fue capaz de terminar la pregunta. No hizo falta.

Cassandra Bargamasca lanzó una carcajada.

—Te creerás que sois las primeras en enamoraros de otra mujer. No, ni me molesta ni me sorprende. ¡Quién no se quedaría prendada de mi nieta! ¿No te parece?

Aquello arrancó una risa tímida de Marte, sobre todo porque Gianeta hizo un mohín y lanzó un gemido de vergüenza.

—¡Abuela!

—Yo no conozco a ninguna otra —replicó Marte, con serenidad.

—Pues las hay, las hubo y las habrá. Debe ser que no conoces a muchas personas tú.

—La verdad es que no.

Su honestidad sencilla se ganó un asentimiento comprensivo de la anciana.

—Hacéis bien en ser cautelosas, por otro lado. Es cierto que la

situación es complicada, porque tú eres quien eres, querida, y tu apellido tiene un peso. —Cassandra Bargamasca meditó un momento —. Es el mismo que hundió, al fin y al cabo, a Helena y a Isabetta. Y la Serena lleva siglos anclada en la historia.

Marte y Gianeta cruzaron una mirada. Fue esta la que se inclinó hacia delante, hacia su abuela, con la nariz retorcida por la intriga.

—¿Quiénes son ellas, abuela? ¿Amigas tuyas?

Cassandra rio.

—Amigas mías, sí, en otra vida lo habrían sido. Ahora no son más que luces en la noche. Vivieron hace muchos años, querida mía, en los tiempos del pacto con los demonios, antes de la peste y del hambre, cuando mi abuela tenía tu edad.

Al otro lado de las ventanas había oscurecido del todo. Iluminada solo por la chimenea, la sala de estar se había convertido en un lugar perfecto para contar historias.

—¿Qué les pasó?

—En aquel momento gobernaba la duquesa Andriana Abacqua, que más tarde sería conocida como la Duquesa del Pacto. Tenía seis consejeros, uno por cada una de las familias gobernantes de los distritos: su propia hermana Paola, Felicita Vianello, Bernardo Bonbiolo, Lazaro Sartori, Gasparo Scarpa y Helena Corso. Esta última era la única que no estaba casada…

—Porque estaba enamorada de Isabetta —vaticinó Gianeta.

—Eso es. Isabetta Strazzaruola era modista y vendedora de prendas de segunda mano. Ella y Helena se adoraban, y ambas eran amigas de Andriana Abacqua…

—¿Una Abacqua? —interrumpió Marte, sin poderse contener—. ¿Amiga de una modista? ¿*Amiga*?

—Sí —confirmó la anciana—; aunque comprendo tu asombro, porque fue precisamente esta amistad la que lo cambió todo. Como seguramente sabréis, los Scarpa y los Corso se opusieron en un primer momento al pacto con los demonios, aunque por razones muy distintas. Los Scarpa tenían un negocio que dependía de la entrada y salida de barcos para saquear la Serena y vender las obras de arte más valiosas de la ciudad en Tierrafirme. Helena Corso, por otro lado, había aceptado que el abismo que separa la nobleza del pueblo es infranqueable en la Serena, y se había decidido a abandonar la ciudad

para siempre con Isabetta, dejando al mando de su distrito a su hermana pequeña. Esto, lógicamente, fue imposible cuando los demonios sellaron las fronteras…

—Pero ¿por qué acabaron aceptando el pacto? ¿Por qué no se fueron antes? —preguntó Marte.

—Seguro que lo intentaron —supuso Gianeta.

—Tenéis que entender que en ese momento nadie sabía muy bien lo que pasaría —explicó la bruja—. Los demonios iban a bloquear el acceso a la Serena, pero nadie entendía bien cómo. Se confiaba en que nos protegiesen de los invasores, no esperaban que nos aislasen para siempre. La presión del resto de las familias obligó a los Scarpa y a los Corso a aceptar el pacto, aunque aún albergasen la esperanza de poder salir de la Serena. De hecho, la noche antes de que comenzase el carnaval, los Scarpa fletaron un barco cargado de contrabando: los demonios, enfadados, no solo lo hundieron, sino que cargaron contra todas las embarcaciones que encontraron en la laguna. Gracias a los Scarpa, esas fiestas arrancaron con incredulidad, dolor y muerte.

Gianeta tragó saliva, intentando ponerse en el lugar de todas esas personas.

—Aun así, hicieron las fiestas —se admiró.

—¿Cómo iban a negarse a cumplir con el pacto? Celebraron las fiestas y contemplaron cómo los demonios salían del agua para acudir a ellas. La población serena, ricos y pobres, agasajaron a los invitados lo mejor que pudieron. Y en los palacios, entre baile y baile, se hablaba de qué había que hacer con los culpables de la masacre: los Scarpa. Se valoraban castigos, amenazas y penas, del mismo modo que todo el mundo comenta ahora cómo se va a penalizar a Moderata Abacqua y a su familia.

—No es lo mismo —protestó Marte—. A la señora Abacqua le han robado una triste estatuilla, nada más. Y no es como si la hubiese perdido *queriendo*, no es como si le hubiese pedido al ladrón que entrase en su casa. Los Scarpa de la historia sí que decidieron montarse en un barco e intentar cruzar la frontera…

—Calla —chistó Gianeta—. Deja que siga contando.

La anciana, que había emitido un gruñido de desacuerdo al oír las palabras «triste estatuilla», se plegó a los deseos de su nieta.

—Durante una fiesta que precisamente se celebraba en el Palacio

Abacqua, un pisotón desafortunado por parte de uno de los invitados provocó que se descosiese el bajo del vestido de Helena Corso, por lo que ella y la duquesa Andriana se retiraron al gabinete para que la modista, Isabetta, reparase los daños. Fue en la intimidad, por lo tanto, donde tuvo lugar la discusión entre ellas. No se sabe con seguridad, pero el tema podría haber sido el castigo a los Scarpa. Algunas voces radicales, entre las cuales se encontraba la de Andriana, proponían erradicar por completo la familia y repartirse sus posesiones y territorio. A Helena le escandalizaba la idea; comprensible, no solo por humanidad, sino porque ella misma acariciaba la idea de huir con su amante. Al enterarse de esto en medio de la acalorada discusión, Andriana Abacqua se enfureció. Ante su agresividad, Isabetta salió en defensa de Helena, lo cual no hizo más que avivar la pelea. Los gritos, que resonaron en todo el palacio, interrumpieron la fiesta. Los demonios, encolerizados al considerar que los anfitriones habían quebrantado el pacto, inundaron el salón de baile. El agua levantó muebles y los lanzó con violencia contra las paredes, puertas y ventanas. El palacio sufrió mucho. Cientos de personas murieron aquella noche.

Sobrecogida y sin darse cuenta, Marte había alargado la mano para tomar la de Gianeta. Las dos estaban calladas, los ojos muy abiertos y los labios apretados.

—Las marcas de la destrucción siguen siendo visibles en el Palacio Abacqua, si os fijáis. La familia lo restauró, pero dejó voluntariamente algunas de estas señales, para no olvidar nunca lo sucedido.

—¿Qué hicieron ellas? —preguntó Gianeta—. ¿Helena, Isabetta y Andriana?

—Helena e Isabetta abandonaron el palacio con la intención de huir. Andriana Abacqua, cuando tras el desastre se le preguntó qué había pasado, contó su versión de la historia: la modista, seguramente a sueldo de los Scarpa, la había atacado con un puñal para acabar con una de las personas más influyentes que reclamaba el castigo más severo; y la señora Corso, que como todos sabían estaba en contra del pacto, no solo no la había defendido, sino que le había intentado sujetar los brazos para ayudar a Isabetta.

—No puede ser que le creyesen —protestó Marte—. No tiene sentido.

—Los ánimos estaban muy crispados por el miedo. El pacto era algo nuevo, y antes de hacerlo los ataques de los demonios eran frecuentes y monstruosos. La posibilidad de que la relación con ellos siguiese siendo hostil, pero sin poder abandonar la Serena y con los demonios saliendo del agua una vez al año era aterradora. Toda la ciudad deseaba que el pacto funcionase y trajese la paz. Las familias gobernantes, decididas a defenderlo a toda costa, condenaron a muerte a los Scarpa y a los Corso; estos últimos tal vez hubiesen podido salvarse de no ser porque a Helena Scarpa se la encontró preparando una desesperada huida de la Serena.

—¿E Isabetta?

—Isabetta no concebía la vida sin Helena. Decidió acompañarla y ambas acabaron en la laguna. Los Strazzaruola grabaron sus nombres en el suelo de Luprio. —Cassandra Bargamasca se giró hacia la chimenea. No había abierto los ojos desde que las muchachas habían entrado en su casa, pero aparentemente no le hacía falta para saber que las llamas comenzaban a apagarse—. Gianeta, echa un par de leños al fuego y avívalo, ¿quieres? El vino se ha quedado frío. Marte, puesto que eres prácticamente de la familia, ve a la cocina y caliéntalo, que el día no está para tomarlo templado. No dejemos que las historias antiguas nos pongan tristes.

Una hora más tarde, la anciana bruja había logrado animarlas con trucos de magia e historias divertidas sobre personas que conocían y otras a las que no. Marte y Gianeta salieron de la casa amarilla agarradas del brazo, borrachas de la felicidad que les suponía poder presentarse ante terceros como la pareja que eran.

—Le podíamos haber pedido a tu abuela una pócima para convertir a Vittorio en un gusano —comentó Marte, en un arrebato de sinceridad.

—¿No lo es ya? —Gianeta se tapó la boca, pero el brillo risueño en sus ojos delataba que no se arrepentía lo más mínimo de insultar a su señor.

Marte no se rio.

—Uno de verdad, para poder aplastarlo con el pie —especificó—. Ojalá poder volver a casa sin encontrármelo nunca más.

—Ojalá no volver a casa. —Gianeta apretó con las manos el brazo de Marte, deseando retener aquel instante, como si el cariño pudiera

ser un dique para el tiempo.

—Sé un sitio al que podemos ir —dijo Marte—, salvo que estés cansada.

—Mañana tengo que madrugar —suspiró Gianeta—, pero no quiero que se acabe esta noche.

—Perfecto, porque el lugar al que me refiero es uno en el que el tiempo se para —la tentó Marte—. ¿Has estado alguna vez en el Casino de las Damas?

Las velas chisporroteaban en uno de los salones pequeños del casino, y su luz hacía bailar sobre la pared las sombras de los ramos que adornaban las mesas bajas. Una o dos invitadas charlaban en una esquina, pero se pusieron obedientemente en pie y salieron cuando entró en la habitación la mujer del vestido rojo y la máscara siniestra de médico de la peste. Al otro lado del cuarto, Pelegrina Malatesta se puso en pie.

—Descarada —juzgó la recién llegada.

Pelegrina forzó una sonrisa que ya no le salía genuina. Se quitó la corona blanca que llevaba puesta.

—No podía entrar aquí con un bulto bajo el brazo sin despertar suspicacia —respondió—. La quiere, ¿no?

—Sabías dónde entregarla. Hacerme venir aquí ha sido una imprudencia. —La mujer alargó la mano.

Pelegrina le entregó el tesoro. No desconfiaba de la señora del vestido; incluso si quisiera huir con la corona sin darle el dinero, ella podría alcanzarla con facilidad. Dejó que examinase el botín mientras ella se servía un vaso de agua de la jarra de plata que la dueña del casino había dejado sobre la mesa.

La mujer posó la corona junto al vaso.

—El dinero —exigió Pelegrina—. Para mí también es peligroso pasearme por la Serena como si nada. Vamos a darnos prisa.

—No es auténtica.

—¿Qué?

—Esta no es la Corona de Sal.

—Pues claro que no. Es la réplica que tenían los Abacqua. La que

me dijisteis que robase, entré en el puñetero palacio y la tomé yo misma. ¿Estás de broma? —Pelegrina estaba perdiendo los nervios deprisa—. Dame los quince ducados.

—No. —La mujer levantó la jarra y, sin miramientos, la volcó sobre la corona. Pelegrina la miró, poco impresionada. La estatuilla estaba mojada, pero por lo demás seguía igual que antes—. La corona que tenían los Abacqua estaba hecha de sal. Esta es una imitación, y además muy burda, mucho más que la que te entregamos a ti. Que, por cierto, no dejaste en su lugar.

—No —bufó Pelegrina—. Casi me atrapan, ¿sabes?

—Ese no es mi problema. Yo pensaba que eras más habilidosa —su tono de reproche era corrosivo—, igual que creía que me habrías traído lo que te había pedido. Me has hecho venir hasta aquí para nada, chiquilla.

—Oye —ladró Pelegrina—, he hecho lo que me has pedido. Esta es la corona que tenían los Abacqua, si no era la que tú esperabas, eso es cosa de los Abacqua, no mía.

—Calla —ordenó la mujer.

Pelegrina estuvo a punto de replicar, pero en ese momento también ella lo oyó: voces airadas en el vestíbulo del casino; la dueña, Chiara, insistiendo en que solo estaba permitida la entrada a mujeres; un vozarrón masculino imponiéndose por encima:

—Hemos seguido hasta aquí a la señora Zambeloto y tenemos órdenes de registrar todo lo que haga y a toda persona con la que hable…

La mujer, con un movimiento rápido y firme, agarró la corona, abrió la ventana y la lanzó al canal. Fuese auténtica o falsa, no quería que nadie la relacionase con el robo a los Abacqua. Después, sin despedirse de Pelegrina, se dio la vuelta y salió corriendo escaleras abajo. El hombre de la puerta, al verla, apartó de un empujón a Chiara y se abalanzó tras ella.

Pelegrina aprovechó la confusión para huir por la puerta principal, con tan mala suerte que cayó en los brazos de los otros dos guardias uniformados que esperaban en el umbral.

—¿Y tú a dónde vas?

—No la sueltes —dijo el segundo—. Mírale el nacimiento del pelo. Pelirroja y escurridiza. Creo que yendo a la caza de cangrejos hemos

atrapado un pececillo.

—Nos la llevamos —informó el primero a Chiara.

Esta intentaba apaciguar a las invitadas que se asomaban desde el salón, asegurándoles que no sucedía nada grave. El guardia que retenía a Pelegrina, insensible a sus forcejeos, la mantuvo inmóvil hasta que el que había entrado en el casino salió, un buen rato después, con las manos vacías. La directora Zambeloto se les había escapado.

—Ya nos vamos —declaró, con una mirada de disculpa hacia Chiara.

Ella cerró de un portazo tan pronto como él abandonó el casino. Los guardias llevaron a Pelegrina hasta su bote. Pronto estuvieron navegando canal abajo, dejando atrás las ventanas iluminadas, la música, las charlas y las risas, que no se habían detenido ni parecían ir a hacerlo jamás.

24

El veneno del ave inmortal

La tercera noche desde el robo de la Corona de Sal, con el tesoro aún desaparecido, la duquesa ordenó el arresto del señor Abacqua y anunció que su muerte sería el pago de la familia por haber fallado a la Serena. El resto del Consejo alabó su generosidad y compasión, porque había evitado condenar a la señora Abacqua que, como todo el mundo sabía, estaba débil y enferma.

Moderata, con su hijo mayor al lado, dedicó todos sus esfuerzos a sacar a Bartolomio de la prisión, pidiendo favores, ofreciendo dinero, agradecimiento y promesas, hablando uno a uno con el resto de los consejeros. No consiguió nada. Las horas pasaban y Fiordelise, olvidada e incapaz de soportar el ambiente opresivo del palacio, la mirada silenciosa de los fantasmas y la ausencia de su padre, viajó en góndola hasta el único lugar en la ciudad en el que siempre se sabía bienvenida y resguardada.

El Teatro Fénix abrió sus puertas para ella. Fiordelise recorrió el foyer a oscuras, acarició la barandilla de mármol al subir las escaleras. No había más visitantes y el vigilante no se movía de la entrada, por lo que podía oírse el latido sordo de los espacios escénicos vacíos, el corazón que no deja de latir aunque el público falte. Fiordelise se permitió respirar al mismo ritmo que el teatro.

Encontró a la directora en su despacho, con una luz encendida y la mirada clavada en la pared, sin ver, naufragada en sus pensamientos.

—Buenas tardes, señora Zambeloto.

Ella la miró con una pena honda en los ojos.

—Mi niña, quién tuviera tu presencia de espíritu, de ser capaz de desear las buenas tardes en estos tiempos terribles. —Se puso en pie y abrió los brazos. La directora siempre había sido un faro para Fiordelise: dispuesta a guiar y moldear, apoyar y valorar, pero nunca afectuosa ni cercana. Una luz en la lejanía. Sin embargo, en aquel momento, le resultó fácil acercarse a ella y aceptar el abrazo—. Permíteme, querida.

Para sorpresa de Fiordelise, la señora Zambeloto le examinó el cuello, los ojos, las orejas e incluso, apartando sin miramientos el vestido, los brazos y los hombros.

—Estás bien —declaró, satisfecha, antes de volver a acomodarse en su butaca—. Siéntate, Fiordelise. —Suspiró—. Llevo varios días con la Guardia a los talones constantemente, y no puedo hablar con nadie sin comprobar primero que no han intentado colocarle uno de esos hechizos.

—¿La Guardia? —Fiordelise abrió mucho los ojos—. ¿Es por la fiesta en la Galería, directora? —La señora Zambeloto hizo un gesto impaciente con la mano para señalar que aquello era una obviedad—. Quizá no sea sensato hacerla —sugirió Fiordelise.

Recibió una carcajada seca como respuesta.

—No se trata de hacer lo sensato, sino lo correcto —corrigió la señora Zambeloto—. Niña, para cumplir con nuestra parte del pacto, tenemos que organizar fiestas, asistir a ellas y homenajear a los demonios. Las restricciones de la duquesa impiden que el pueblo lo haga, y esto nos pone en peligro a todos. No sabemos cómo reaccionarán los demonios.

—Al parecer, la duquesa está segura de que no existe tal peligro. No me cabe en la cabeza que ella tomase esta decisión sobre las fiestas si hubiese la mínima posibilidad de que esto enfureciese a los demonios. —Fiordelise no tenía ninguna prueba de decir lo cierto, solo un intenso deseo de no tener que añadir una preocupación más a su colección.

—Eso es precisamente lo que quiere la duquesa —replicó la directora—. Romper el pacto. Abrir las fronteras.

A Fiordelise le habría gustado sorprenderse, pero recibió la confidencia como la confirmación de una sospecha que, aunque no se había detenido a examinar antes, siempre había guardado en el fondo

de su mente.

Lo aceptó con resignación.

—¿Sabía que las réplicas de los tesoros no son tales? —preguntó—. La Corona de Sal era la auténtica. Y las leyendas dicen…

La directora Zambeloto asintió.

—Por supuesto que lo sabía. Se ha intentado ahogar el pasado y hay quien recuerda ese momento en el que la Serena estuvo abierta al mundo con nostalgia, otros con miedo. Los ejércitos invasores, el enclave comercial… todo son solo palabras para nosotros, que no lo hemos vivido. Pero te diré una cosa: hay miles de historias para quien quiera escucharlas, y las historias no mienten al oyente perspicaz.

Fiordelise se inclinó sobre el escritorio atestado de papeles. Tragó saliva, pensando en los documentos que ella y su hermano habían sacado del teatro, sin saber qué habría hecho con ellos Biasio Bonbiolo.

—¿Qué cuentan esas historias?

—Entre otras cosas, que en tiempos pasados, antes del pacto, el arte no era más que una mercancía. Regularmente nos arrebataban las obras más valiosas para venderlas en Tierrafirme; el mundo entero, insaciable, estaba dispuesto a despedazar el alma de la ciudad para repartirse los trocitos. Solo la fiera negativa de la Serena a dejar de ser la Serena logró preservarla, y si me preguntas a mí el cierre de las fronteras no ha sido más que una última estrategia para conseguirlo. Los demonios del agua no son enemigos de nuestra ciudad, niña, son sus aliados y su espíritu. Diga lo que diga la duquesa.

La voz de la directora se extinguió como la llama de una vela y un silencio oscuro llenó el despacho. Fiordelise dejó que las palabras la calasen poco a poco, que encajasen unas con otras hasta tener sentido.

—Todo depende de los tesoros —concluyó.

La señora Zambeloto la contempló como si la viese por primera vez. Entonces, con el gesto brusco de seguir un impulso recién surgido, abrió uno de los cajones del escritorio y extrajo una botellita de cristal del tamaño de su dedo meñique.

—Yo no volveré a ver a Vivian Zio —declaró, con la congoja que albergaba en el pecho tiñendo de sombras su voz—, pero quizá tú sí. —La directora se reclinó hacia atrás en su butaca. Las ojeras se hicieron evidentes, así como las arrugas de su rostro, la desesperación,

la impotencia—. Si llega el caso en el que la muerte sea preferible, dáselo y recuérdale que somos «una nada que vive en un instante». Sabrá que vas de mi parte.

El tacto del cristal era más frío de lo que Fiordelise había esperado. Se metió la botella en el doblez del cinturón y se aferró a ella por encima de la tela, rodeándola con los dedos.

—«Una nada que vive en un instante».

—Sí. No sé cuánto tardarán en capturarme a mí. Si lo consiguen y necesitaras algo, ya fuese de este teatro, de la Galería o de cualquier persona que me pueda ser leal, utiliza esas mismas palabras.

Fiordelise apretó los labios. No creía que ninguno de los amigos de la señora Zambeloto pudiera ayudarla con lo que verdaderamente necesitaba: asegurar que su familia fuese a estar a salvo y que la duquesa cancelase su boda con Biasio Bonbiolo. Fiordelise estaba convencida de que ni siquiera la desgracia que había caído sobre los Abacqua sería suficiente para anular aquel enlace. Ambas callaron, porque habían oído los pasos que se acercaban por el pasillo como una premonición. No se movieron del sitio hasta que Marte Sartori y no un guardia de la duquesa se plantó en el quicio de la puerta.

—Fiordelise —saludó, con sorpresa—, ¡por fin has venido! Buenas tardes, directora.

—Tenéis mucho de qué hablar, imagino —dijo la señora Zambeloto con un tono más suave del que la caracterizaba—. Id a las salas apolíneas para no molestarme. Y, Fiordelise —añadió, cuando esta ya se había levantado—, gracias.

—A usted.

Marte se colgó del brazo de Fiordelise. Estaba abrumada, porque le resultaba imposible encontrar las palabras adecuadas para expresar lo mucho que sentía la sentencia del señor Abacqua. Fiordelise le agarró el brazo con las dos manos, apreciando la intención de su amiga. No necesitaba que le dijese nada.

—Marte —murmuró con comprensión y agradecimiento—, podemos hablar de otra cosa.

Ella asintió. Solo tardó unos instantes en encontrar un tema que las apartase de las malas noticias que pendían sobre sus cabezas.

—Tengo una historia que contarte, si quieres —ofreció—. Es sobre los Corso, tu familia y los demonios.

Fiordelise arqueó las cejas.

—Me interesa.

Habían llegado a la primera de las salas apolíneas, y Marte cerró la puerta antes de empezar a narrar.

La Guardia no llevó a Pelegrina a las temibles prisiones en los sótanos del Palacio Ducal, sino a una celda sin ventanas en un edificio a las afueras de la Serena y, posteriormente, siguiendo órdenes de arriba, la sacaron a la calle maniatada y con los ojos vendados, la subieron a otro bote y navegaron un buen rato, hasta que perdió la cuenta de la dirección y las veces en las que habían virado. La hicieron desembarcar a empujones. Pudo oír cómo abrían cerraduras y cerrojos, caminó por un pasillo largo y oscuro que olía a humedad y, finalmente, trastabilló al entrar en un calabozo. El guardia cerró la reja a su espalda.

—¡Quítame al menos la venda, malquisto! —gritó Pelegrina—. La madre que te parió.

Dio un respingo al notar en las sienes el roce de un par de manos que obedecían su petición. No estaba sola.

En cuanto pudo ver, dio un paso atrás, dispuesta a atestar un cabezazo a quien se le había acercado en silencio y atrevido a tocarla. Le daba igual que fuese para ayudarla o no. En aquel momento, Pelegrina era como un gato herido, y mordería a cualquiera que se atreviese a atosigarla.

Excepto a una persona.

—Joder —dijo Pelegrina.

Querría haber dicho: «Creía que estabas muerto» o, tal vez, simplemente su nombre. No pudo. Lo único que escapó de sus labios fue una palabrota, y entonces Ventura se deshizo en lágrimas, y Pelegrina, antes de entender siquiera lo que pasaba, rompió a llorar también.

—Pensé que te habían matado —sollozó Ventura, abrazándola y estrechándola fuerte.

—Cállate —gruñó Pelegrina, entre hipidos—. Deja de robarme las frases.

Él se rio, de alivio más que diversión, y ella sorbió por la nariz y se debatió, molesta por las ataduras que le impedían devolverle el abrazo a su hermano. Ventura se restregó los ojos antes de girarse para desatarle las manos.

—Como no venías… te estuve esperando, y tú…

—Vi que se te llevaban, me escondí… no sabía qué hacer…

—Pelegrina —Ventura la tomó por los hombros para mirarla a los ojos—, ¿qué has hecho? ¿Has robado —bajó la voz— la corona de los Abacqua?

Pelegrina se detuvo un segundo. Sintió que la rabia bullía en su interior, amenazando con una erupción que pasaría por encima de la pena, la culpa y el amor. Era una ira alimentada por la vergüenza y la necesidad de defenderse a sí misma, de justificar haberle fallado a su hermano, haberlo puesto en peligro, haber decidido abandonarlo.

No habló. Calló unos segundos. Se tragó todo aquello que no quería que saliese a la luz, no, porque había otras cosas mucho más importantes que decir.

—Sí. La robé.

Ventura asintió, aceptándolo. No preguntó cómo. Daba igual. Lo hecho no tenía vuelta atrás, tanto por parte de Pelegrina como por la suya. Se deshizo de la cuerda que ataba a su hermana y la tomó de la muñeca, con cariño, para tirar de ella hacia el fondo del calabozo. Una tabla de madera hacía las veces de asiento y de lecho. Se sentaron juntos en ella.

—Necesito decirte algo. —Ventura miró a Pelegrina con asombro, porque ella, con esas palabras, había vuelto a empezar a llorar. No dejó que los sollozos interrumpiesen lo que decía: solo que algunas lágrimas le llenasen los ojos y recorriesen el rostro lleno de churretones—. Siempre te he echado en cara ser un blando, un cobarde…

—Un bobalicón —aportó Ventura, con una media sonrisa.

—Cállate y escucha. Bueno, sí, un bobalicón también. Demasiado bueno en un mundo que… está lleno de sombras y de bordes afilados y de gente que quiere aplastarte. Siempre te he reprochado ser así, porque yo tenía que ser dura y mala por los dos. Pero —respiró hondo, tragándose las lágrimas— lo que quería decirte es que me he dado cuenta de que lo prefiero así. Si el mundo está lleno de sombras,

lo que importa es quiénes somos en la oscuridad. Y si para sobrevivir tengo que ser tan dura que te fallo a ti, entonces no me merece la pena.

Él sostuvo la cara de Pelegrina entre las manos, como si fuese un pollito, y le acarició las mejillas con los pulgares. Sonreía.

—Pelegrina, yo he tenido el lujo de ser un bobalicón porque tú luchabas por los dos. Siempre te lo he agradecido y he hecho todo lo que he podido para estar a la altura. No sabes lo que siento no haberlo conseguido.

A ella le habría gustado decirle más cosas, entre ellas, que era un majadero y que se callase, pero en lugar de eso le dio un abrazo largo, profundo, y escuchó su respiración.

El tiempo se detuvo hasta que la puerta de la celda se abrió con un chasquido.

—Andando —ladró una guardia con expresión de haber dormido demasiado poco en los últimos días.

Los volvieron a maniatar, juntos, las muñecas de Pelegrina pegadas a las de Ventura.

—¿Al Palacio Ducal? —preguntó el hombre que sostenía los remos del bote.

—No. A la Biblioteca de Marzenego. —El otro frunció el ceño, así que la guardia añadió—: Nos ha pedido el favor el señor Abacqua.

Y Baldizere Abacqua debía tener fama de pagar bien cuando estaba complacido, porque el otro guardia no protestó.

La noche había caído cuando Pelegrina y Ventura Malatesta entraron en la Biblioteca de Marzenego, escoltados por los dos guardias, y subieron las fastuosas escaleras hacia el primer piso. Con las estanterías a su espalda, Baldizere Abacqua esperaba en el descansillo, recto, tenso. Tenía los labios apretados. No miró a los mellizos:

—Muchas gracias. Podéis marcharos. —Su mano repartió ducados con pericia discreta.

Después, se dio la vuelta y se internó entre los pasillos de libros. Los mellizos se miraron.

—Vamos —musitó Pelegrina.

Caminaron a la vez, aparatosamente, porque seguían maniatados. Baldizere se detuvo, elegante, frente a la única mesa iluminada. A su lado estaba su hermana, Fiordelise Abacqua, y al otro un hombre flaco y ojeroso al que ninguno de los Malatesta conocía.

—La Corona de Sal —exigió Baldizere.

Pelegrina rechinó los dientes.

—Yo sé dónde está. ¿Qué me das a cambio?

—Pelegrina —se lamentó Ventura—. Escucha, Baldizere…

Él no quería prestarle atención. No despegó la vista de Pelegrina.

—¿Manteneros fuera de la cárcel te parece poco, raspamonedas? Dime dónde está la corona o esta noche dormiréis en los pozos del Palacio Ducal.

—Muy bien. Está en el fondo del canal, bajo el Puente de Barattieri.

El hombre desconocido ahogó una exclamación desolada.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —Su acento era el de una persona multilingüe: la marca inequívoca de un imperial. No esperó a oír la respuesta y se volvió hacia Baldizere—. Señor, ¿está su góndola abajo?

Baldizere alzó una mano para detenerlo y que no saliese inmediatamente rumbo al Puente de Barattieri.

—Espera, Mirlo.

—No hay tiempo. Tal vez la corona no se haya deshecho del todo.

—No se ha deshecho en absoluto, porque no es la auténtica —bufó Pelegrina—. Sois una panda de majaderos. Todo este trajín por una réplica.

—Sí era la auténtica —afirmó Baldizere.

—No lo era. Ve a verlo, sigue ahí, bajo el puente. No se ha deshecho porque no es de sal. Te lo estoy diciendo yo. La robé para alguien que sabía diferenciar un tesoro de una baratija, a diferencia de vosotros, y me dijo que era más falsa que un caballo de madera.

Fiordelise sacudió la cabeza.

—Baldizere, puede que Vivian Zio no nos diese la auténtica en primer lugar. Da lo mismo. Si era genuina, lo más probable es que a estas alturas no quede mucho de ella, y si no lo era, no nos sirve de nada. —Se mordió el labio, mirando a Pelegrina, antes de añadir—. ¿Quién era vuestro cliente?

—A ti te lo voy a decir.

Fiordelise entornó los ojos.

—¿Fue Pulisena Zambeloto, la directora del Teatro Fénix? —Estaba siguiendo una corazonada, pero durante una mínima fracción de segundo los ojos de Pelegrina se agrandaron, y Fiordelise supo que había acertado.

Mirlo se dejó caer en una silla. Fue entonces cuando Pelegrina se fijó en que había estado apoyándose en un bastón con el tritón de los Abacqua en la empuñadura. Era un imperial al servicio de una de las familias gobernadoras.

—Baldizere —llamó Ventura, con un hilo de voz—. Escucha, por favor…

—No. —El tono de Baldizere fue tan brusco que sobresaltó a Fiordelise y a Mirlo por igual. Ventura se encogió—. No quiero escucharte más.

Contra todo su instinto, Ventura se recompuso y levantó la voz:

—Sabemos dónde está la Llave Piromagnética.

Baldizere entornó los ojos, desconfiado.

—Vosotros y yo y toda la Serena. Está en el Palacio Vianello.

—Es una réplica. Nosotros mismos dimos el cambiazo, también por encargo. Pero podemos decirte dónde está la verdadera.

Mirlo alzó el rostro para mirar a Baldizere.

—No sé si podremos utilizar la llave sin la corona —dijo, con una voz de serenidad y contención en guerra con la euforia que sentía en aquel momento, al descubrir que no todo estaba perdido—, pero podemos intentarlo.

—Hablad —ordenó Baldizere.

—A cambio de la llave —respondió Pelegrina, rápidamente— nos dejarás en libertad y no habrá represalias contra nosotros. No se nos perseguirá.

—Así será, al menos hasta donde alcance mi influencia —aseguró Baldizere—, no puedo responder por la duquesa.

—Soltadnos las manos.

Baldizere se cruzó de brazos, pero su hermana dio unos pasos hacia delante y deshizo los nudos que apresaban las muñecas de los mellizos. Pelegrina se las frotó con un suspiro.

—La llave está en la Isla de los Muertos —reveló—. Ahora, la inmunidad que nos has prometido la quiero por escrito. Y nada de

trampas.

Baldizere esbozó una sonrisa de medio lado.

—Por supuesto, lo tendréis por escrito. En cuanto la llave esté en mis manos. —Hizo un gesto a su hermana—. Necesitamos un bote, baja a pedir que nos lo traigan desde el palacio.

Ella asintió y trotó escaleras abajo. Pelegrina tomó asiento, sin perder de vista a Baldizere, que empezó a pasear arriba y abajo frente a los ventanales de la biblioteca.

—Por favor —pidió Ventura—, ¿podríamos hablar un momento? —Bajó la voz—. Yo no robé la corona. No sabía que Pelegrina iba a hacerlo. No le dije cómo entrar.

Baldizere no respondió. Como si no lo hubiese oído, permaneció de pie con la silueta recortada contra la negrura del exterior. A lo lejos, entre la bruma de la laguna, podía adivinarse el contorno de la Isla de los Muertos.

25

Viaje a la Isla de los Muertos

El agua de la laguna zarandeaba el bote entre la niebla. Mirlo, sentado a estribor y con las manos aferrando la borda, miraba la isla que se intuía tras la cortina de bruma como si pudiera sentir la presencia de la Llave Piromagnética. El viento helado del norte le azotaba el rostro y empujaba la embarcación hacia la Serena en una advertencia que ellos estaban dispuestos a desoír. Su rugido impedía toda conversación.

No se veía nada bajo el agua ni tampoco sobre ella. La bruma tapaba las estrellas, por lo que la única iluminación la proveía el farol rojo que Baldizere había encendido en la proa del bote, y gracias a este pudieron distinguir, tras una travesía interminable, los escalones de piedra del embarcadero de la Isla de los Muertos.

Ventura soltó los remos. Tenía las manos agarrotadas. Agradeció que Pelegrina, que había saltado con agilidad del bote, lo ayudase a salir sin resbalar en el escalón cubierto de algas. Se frotó los dedos, preocupado, mientras Mirlo apoyaba el bastón en la piedra y salía del bote despacio, pero decidido. Frente a ellos, las grandes murallas que rodeaban la Isla de los Muertos, intimidantes, eran un último intento de disuadirlos.

La puerta de reja de hierro, sin embargo, estaba entornada. Chirrió cuando ellos se acercaron, sacudida por el viento. Baldizere dio un paso al frente y colocó la mano sobre el metal gélido para empujarlo. La puerta se abrió sin resistencia.

Los cipreses espectrales envueltos en niebla, que aguardaban al

otro lado, contemplaron en un silencio atento la llegada de los cinco jóvenes. Fiordelise alzó la mirada hacia ellos e hizo una pequeña inclinación inconsciente. Vigilantes de la necrópolis que cuidaban las tumbas, los jardines y las estatuas de piedra blanca o bronce que dormían o lloraban. A un lado estaba el antiguo monasterio de San Cristoforo, con su pequeño *cortile* y su pozo; al otro, caminos ajardinados que llevaban a los sepulcros hasta el muro cubierto de jazmines y madreselvas. Entre las tumbas crecían parterres de rosas de mayo, damascenas y narcisos blancos y dorados. En el suelo, una alfombra suave de lirios silvestres y anémonas invitaba a tumbarse en ella y, tal vez, a no levantarse más.

Fiordelise apartó la vista de las flores, sobrecogida. Se acercó a su hermano, casi sin darse cuenta, con el presentimiento de estar rodeados de enemigos.

—¿Dónde está? —exigió saber Baldizere.

Los mellizos compartieron una mirada dubitativa.

—Sabemos que está en la isla —aseguró Pelegrina—, no podemos decirte exactamente dónde.

—*Creemos* que está en la isla —corrigió Ventura.

Baldizere resopló.

—No tengo ningún problema en volver a entregaros a la Guardia.

—Señor Abacqua —llamó Mirlo con su voz queda. Señaló a un lado con la mano que apoyaba en el bastón.

Fiordelise contuvo un grito. Una figura blanca, fantasmagórica, ocupaba el centro del camino, a la altura de los grandes mausoleos de mármol de la aristocracia serena. Era una mujer, de piel blanca como luz de luna, pequeña y flaca, hecha del mismo material que la bruma.

—Es ella. —Ventura miró a su hermana y asintió.

—¿Quién? —Baldizere se había tensado, como un gato enfadado, inquieto por no entender lo que estaba pasando.

—La Guardesa del Cementerio —musitó Fiordelise—. Acompaña a los muertos en el tránsito de un mundo al otro, coloca flores en las tumbas de aquellos a quienes su familia no viene a ver, espanta a los pájaros de la isla. Dicen que puede devolver la vida a quienes la han perdido injustamente o acabar con solo un roce de sus dedos con los que considere demasiado longevos. Es vieja, vieja, existe desde antes de que la Isla de los Muertos fuese lo que es hoy, cuando aún la

dividía en dos un río, y por no contrariarla es que todos, incluso los imperiales, son enterrados aquí.

—No aquí —corrigió Mirlo a media voz.

—No —asintió ella—. Al otro lado del muro.

—Se está acercando y maldita la gracia que me hace —interrumpió Baldizere, hablando entre dientes.

La Guardesa del Cementerio se deslizó hasta ellos, sin tocar apenas el suelo con las pesadas botas. Parecía que se le fuesen a desprender del cuerpo en cualquier momento, sus piernas delgadas no podían soportar tanto peso. Sus ojos pequeños y negros se clavaron en los intrusos.

—Abacqua —dijo—, no sois bienvenidos aquí.

Fiordelise dio un paso atrás, consciente de pronto de haber cometido una infracción imperdonable, aunque aún no sabía cuál. Baldizere, en cambio, insensible a las fuerzas invisibles que operaban en aquel lugar, levantó la barbilla.

—Me vas a perdonar, pero cientos de muertos demuestran lo contrario. El mausoleo de mi familia lleva en esta isla desde siempre, y durante generaciones los Abacqua hemos sido enterrados aquí.

—Los cuerpos, sí —respondió la mujer, sin dejarse amilanar—; las almas regresan siempre al Palacio Abacqua, porque saben que en la Isla de los Muertos no son bienvenidas. De todos modos, los demonios convirtieron aquel lugar en una tumba, los muertos están cómodos en él. Vosotros dos os habéis criado entre fantasmas.

—Lo siento, señora —dijo Fiordelise, colocando la mano sobre la muñeca de su hermano para que no dijese nada más—. Solo conocemos las normas de la vida, no las de la muerte. No queríamos molestar a nadie.

La Guardesa, aplacada, se volvió hacia los Malatesta.

—Os dije que no trajeseis la corona. Teníais que esperarme…

—Frente al Casino de los Espíritus, en la Sacca della Misericordia —recitó Pelegrina—. Sí, sí. Hubo un cambio de planes, ¿sabes? De todos modos, no hemos venido a traerte la corona.

La Guardesa se volvió hacia las profundidades del cementerio, atendiendo a una llamada que solo ella oía. A lo lejos, desde la Serena, se oyó el tañer de una campana.

—¿A qué habéis venido entonces?

Los mellizos miraron a Baldizere. Aquella no era su lucha, no la iban a luchar.

Él dio un paso al frente, para disgusto de la Guardesa del Cementerio.

—Por favor —empezó Baldizere, que sabía suplicar cuando era necesario—, hemos venido en busca de la Llave Piromagnética, que sabemos que se encuentra aquí. La duquesa de la Serena, furiosa por el robo de la Corona de Sal, se lo está haciendo pagar a mi padre, que nada tiene que ver con ello. Lo ha detenido y condenado a muerte, ha hecho sonar el *maléfico* por él. Mi padre es un buen hombre que nunca se ha interesado por el poder ni por los tesoros o leyendas; ha cumplido con sus responsabilidades, lo mejor que ha podido, tanto en la familia como en la gestión de sus recursos. Gracias a él han bebido los cultivos y nunca le ha faltado agua a la ciudad cuando los aljibes estuvieron vacíos. Mi hermana y yo queremos salvarlo, y para ello necesitamos la Llave Piromagnética.

La mujer sostuvo su mirada con aquellos ojos pequeños y penetrantes, que no parecían conocer la compasión.

—Baldizere Abacqua —respondió—. Veo las vidas humanas de principio a fin y sé qué tinieblas aguardan en tu futuro. Algunas cosas las conseguirás, otras no. Pero no seré yo quien te dé la Llave Piromagnética, eso también está escrito.

—Te lo suplico —insistió Baldizere—, es por nuestro padre, pero también por el resto de la Serena. La duquesa está fuera de sí, y los demás gobernadores no le harán frente salvo que tengamos la llave.

—La Llave Piromagnética no me pertenece a mí. La custodio, pero no me pertenece.

—Guardesa del Cementerio —intervino Fiordelise con su voz suave y luminosa, tenue como el brillo de las estrellas—, soy una de las protegidas de la directora Zambeloto. Ella me dijo que sus aliados serían también los míos; al fin y al cabo, no somos más que «una nada que vive en un instante».

La mujer se dio la vuelta y se alejó. La bruma volvió a rodearla como un halo, acompañándola hasta el interior del monasterio. Cuando se perdió de vista, Baldizere se giró hacia su hermana.

—¿Qué le has dicho?

—No sé. —Fiordelise se encogió de hombros—. Tenía que

intentarlo.

—¿Decían algo las leyendas sobre algún sitio en el que la Guardesa pueda haber escondido el tesoro? —meditó Mirlo en voz baja.

—No recuerdo ninguno.

—Tampoco yo —admitió él.

Pelegrina pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Oye, nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato —empezó a decir, pero recibió un codazo de su hermano.

En ese momento, la luna se abrió paso entre la niebla y sus rayos alcanzaron el suelo, flanqueados por las volutas de agua que dibujaban espirales en el aire. Una fuerza que no era la del viento movió las hojas de los arbustos.

La Guardesa del Cementerio había vuelto, con una bolsa de tela que le entregó a Mirlo. Él estuvo a punto de soltar el bastón y caer al suelo por el súbito peso; con dificultad, se apoyó el envoltorio en el pecho y lo apartó para descubrir la Llave Piromagnética. Se le escapó una exclamación admirada.

—Gracias. —Baldizere se inclinó.

La Guardesa del Cementerio lo observó sin inmutarse.

—La llave no es mía. No ha sido mía en ningún momento —respondió con tono desapasionado—. Ahora, marchaos de aquí. No sois bienvenidos.

No tuvo que repetírselo. Pelegrina Malatesta se estaba poniendo en marcha ya, y fue la primera en llegar al bote. Para cuando Mirlo, el más lento, entregó la bolsa a Baldizere para subir, ella había desamarrado el cabo que los ataba al embarcadero.

—Maldita isla —musitaba Pelegrina para sí—. Maldito el momento en el que se nos ocurrió venir en mitad de la noche. Y maldita la guardesa esa, más rara que hecha por encargo, con sus tonterías de carcunda, zurumbática… así se pudra entre los muertos, nosotros nos vamos…

Ventura fue a tomar de nuevo los remos, pero su melliza le hizo un ademán para que se apartase. Decidida, los empuñó ella misma y empezó a remar con brío hacia la Serena.

La niebla se había retirado hasta las marismas. Una noche extraña, despejada y llena de luz, con el cielo cuajado de estrellas, les regaló un regreso rápido y sin sobresaltos, aunque inquietante: la bruma les

había otorgado una sensación de seguridad, mientras que la luz los mantenía al descubierto.

—¿Palacio Abacqua? —preguntó Pelegrina.

—No. —Baldizere le dio la dirección de Mirlo.

Cuando llegaron al embarcadero más cercano, desembarcó con él. Tras un último instante de duda, le entregó la bolsa.

—Mi familia está bajo el escrutinio de la duquesa —musitó—. Y en ti confío más que en la mayoría de las personas. —Mirlo lo miró, con sorpresa y curiosidad, y Baldizere añadió—: Sé que queremos lo mismo. Pasado mañana habrá una reunión del Gran Consejo. Marga Sartori y Zorzi Vianello estarán presentes y tal vez logre hablar con ellos. Necesito que estés también allí, por si requiriesen ver la llave; llévala oculta y espera en algún rincón del Palacio Ducal. No te pondrán problemas al entrar si muestras el tritón.

Mirlo asintió, despacio, pensativo. Baldizere quería maquinar el complot en el propio Palacio Ducal, ante los ojos de la duquesa. A Mirlo le parecía osado, pero al mismo tiempo veía el sentido de la maniobra. Nadie buscaría la Llave Piromagnética en manos de un imperial en el mismísimo Palacio Ducal; no cuando todos creían que seguía a salvo en el Palacio Vianello.

—Allí estaré.

El bote continuó su camino hasta el Palacio Abacqua. Ventura remó el último tramo, con Fiordelise sentada a estribor y Baldizere en la proa, perdido en sus pensamientos. Pelegrina avanzó hasta colocarse frente a él, sus rodillas pegadas a las de Baldizere, mostrando una familiaridad que no tenían. El aristócrata frunció el ceño; ella habló antes de que él pudiera pedirle que se marchase.

—Te voy a hacer un regalo que no me has pedido, señor Baldizere Abacqua —expuso con naturalidad—; no sé por qué estás haciendo todo esto, si por lograr poder para ti, o para ayudar a tu hermana…

—¿Qué sabes tú de mi hermana?

—Lo que toda la Serena: que está prometida con una sabandija.

—Sí, pero no es asunto tuyo.

—Es verdad. Lo dicho, no sé por qué quieres los tesoros. Pero más vale que hayas pensado bien lo que vas a hacer, porque son magia antigua y poderosa, y las consecuencias de tus acciones nos afectarán a muchos…

Baldizere ahogó una carcajada.

—¿Perdón? ¿Qué es esto? ¿Una advertencia? ¿Una lección?

—Sí, una lección, una que he aprendido yo hace poco. Que no merece la pena poner en peligro aquello que amamos, ni un poco, ni siquiera aunque el riesgo parezca mínimo.

—Gracias —respondió Baldizere, sarcástico—. Espero que disculpes que tome con precaución las lecciones de una ladrona.

—Sí, claro. Tómalas como te parezca. —Pelegrina se encogió de hombros—. Y una cosa. Mi hermano y tú…

—No tienes que preocuparte por eso —cortó Baldizere—. Tu hermano y yo, nada. Fue una treta para robar la Corona de Sal. Muy bien. Lo lograsteis. Falsa o no, que os la llevarais ha hundido en la desgracia a mi familia.

Pelegrina volvió a encogerse de hombros. No tenía ganas de discutir con Baldizere.

—Está bien, señor Abacqua. Ya veo que lo sabes todo.

Se giró para mirar el agua y que Baldizere no le viese la cara. En el fondo, se alegraba de que él pensase que cualquier cosa que Ventura hubiese podido sentir por él formaba parte de un engaño. Le parecía bien que estuviera dolido. Traicionado. Que no quisiera volver a acercarse a Ventura nunca más.

Pelegrina sonrió a la oscuridad.

26

Los salones del palacio

Al día siguiente, en el comedor del Palacio Abacqua solo esperaba a Baldizere una tarjeta de papel grueso, rugoso, con una flor malva dibujada a un lado y una abeja al otro.

—¿Dónde está todo el mundo?

—La señora no ha querido almorzar hoy, señor —respondió Pietro —. La señorita ha vuelto de la biblioteca y se está refrescando.

—Muy bien, pues puedes ir sirviéndome a mí, porque no es cuestión de que quede todo frío. ¿Esto ha llegado esta mañana?

—Sí, señor.

Baldizere la abrió. Era una nota de Marga Sartori, que tenía previsto ir a cenar con su marido y su hermana al Palacio Abacqua aquella noche. Pensativo, Baldizere dejó la tarjeta en la mesa en el mismo momento en el que Fiordelise entraba y se sentaba al otro lado.

—¿Dónde está mamá?

—En su cuarto. ¿Estaba Mirlo en la biblioteca?

—Hoy no. —Fiordelise examinó la tarjeta mientras esperaba a que le sirvieran la comida—. Después del robo de la Corona de Sal, me extraña que no hayan cancelado el enlace —comentó con franqueza—. Si te soy sincera, tenía algo de esperanza de que… —calló, porque aunque los criados fuesen silenciosos, estaban presentes.

—Por suerte —dijo Baldizere, rígido, correcto, falso—, mi boda sigue en pie. Pietro —llamó—, por favor, ocúpate de que todo esté en orden para la cena.

Él mismo, en cuanto terminó de almorzar, subió las escaleras al

segundo piso y se asomó al dormitorio de sus padres. Era una habitación pequeña, coqueta, con una tela estampada en verde claro que cubría las paredes y maderas blancas. La cama, un mueble pesado que dominaba la estancia, estaba deshecha. La señora Abacqua reposaba en ella, con un libro abierto sobre las mantas y la mirada perdida en algún punto al otro lado de las ventanas.

—¿Cómo te encuentras?

Ella contestó con otra pregunta:

—¿Hay noticias de tu padre?

Baldizere tuvo que arrancarse la respuesta, llena de espinas, del corazón.

—No. —Calló un segundo. Su madre no se movió ni lo miró; era una mujer poderosa, inflexible, que había sido postrada por la enfermedad en el momento en el que la duquesa le había arrebatado un apoyo que nunca había previsto echar de menos. Baldizere sintió el intenso deseo de consolarla, pero ninguna palabra era suficiente y ellos no tenían costumbre de abrazarse. No sabía cómo hacerlo—. Estoy seguro de que pronto sabremos algo. Estoy haciendo todo lo que puedo.

Una prueba del estado de decaimiento de Moderata fue que no preguntó por sus planes. Asintió, sin darle importancia.

—Voy a intentar descansar un poco más, hijo. He pasado una noche horrible.

—Hoy viene a cenar Marga Sartori con su familia.

La señora Abacqua lo miró, con una chispa de interés en los ojos.

—¿El compromiso sigue adelante?

—Sí. Esto no es tan grave como pensamos, estoy seguro. La duquesa solo está poniéndonos a prueba. —Baldizere logró sonar convincente.

—No voy a poder acompañaros en la cena. Hazlo lo mejor que puedas; si Marte y tu tenéis un hijo, el futuro de esta familia estará asegurado.

Él frunció el ceño.

—Madre, te estás adelantando demasiado a los acontecimientos. Antes que el futuro viene el presente, y ese somos padre, tú, Fiordelise y yo.

Ella no respondió. Tras unos segundos en un silencio que no sabía

cómo romper, Baldizere se despidió y cerró la puerta.

Pasó un día largo y sombrío en el despacho de la entreplanta, intentando abarcar tanto el trabajo de su madre como gobernadora como el de su padre en Santa Eulalia. Por la tarde, cuando a él le bailaban los números ante los ojos, Fiordelise se sentó al otro lado del escritorio y tomó el relevo con las cuentas. Baldizere se lo agradeció en silencio.

Cuando oscureció, Fiordelise cerró los libros.

—Tiene que prepararse para la cena, señor Abacqua.

Baldizere le ofreció el brazo y subieron juntos a su distribuidor. Fiordelise se retiró a su habitación mientras él tomaba un baño y se vestía de forma más apropiada. Más tarde, en el salón, cuando Pietro anunció la llegada de los Sartori, Fiordelise le dio un beso en la mejilla.

—Vamos a salir de esta, Zere —aseguró en un susurro—. Superemos esta cena y nos podremos centrar en lo importante.

Baldizere sonrió y conservó la sonrisa para saludar a Marga Sartori cuando cruzó la puerta. La acompañaba su marido, Vittorio, un hombre alto y moreno, de rasgos agradables y voz profunda; aunque las malas lenguas juraban que era egoísta, posesivo y mujeriego, a primera vista Baldizere podía entender por qué Marga, pese a ser juiciosa e inteligente, se había enamorado de él. Marte Sartori quedaba en segundo plano, como siempre, en presencia de su hermana. Los hermanos Abacqua la saludaron por último, y Baldizere se esforzó en mantener con ella una breve conversación cortés. Marte participó lacónica, visiblemente incómoda, pero él persistió:

—Entre los muchos detalles encantadores en los que no puedo evitar pensar, querida Marte, está tu habilidad para mantener amistades íntimas y duraderas con otras mujeres de tu edad —dijo, en tono natural—, siempre me ha parecido que el vínculo que os une a mi hermana y a ti es digno de admiración.

—Es importante rodearse de buenos amigos —sonrió Marga—. Eso lo sabemos bien nosotros.

—Mucho —asintió Baldizere—. Yo he tenido mucha suerte y me

alegro de que Marte también.

—No tanta —replicó Marte—. Fiordelise es mi única amiga.

—Estoy seguro de que *no* —contestó él, sonriente—. Habrá otras, quizá *distintas*, pero relaciones profundas e importantes al fin y al cabo. Cada persona es un mundo.

Marte se encogió de hombros. Tenía las mejillas sonrosadas.

—Supongo que tienes razón.

—Es algo que me agrada *mucho* de ti, y quiero que sepas que cuando nos casemos haré todo lo posible por asegurar que en nuestra nueva vida haya espacio para continuar cultivando estos vínculos.

—No será tan fácil —musitó Marte—, aunque te agradezco la intención. Cuando viva contigo, cambiarán muchas cosas. Echaré mucho de menos vivir con mi hermana.

Marga sacudió la cabeza y alzó la copa que un solícito camarero les había traído.

—Por la amistad.

Pasaron al comedor, donde la mesa estaba puesta y la luz de las velas se reflejaba en el cristal inmaculado de las copas.

—Mi madre, lamentándolo mucho, no podrá acompañarnos esta noche —se disculpó Fiordelise.

—Espero que la señora Abacqua se encuentre mejor pronto —deseó Marga—. En estos casos, lo mejor es que descanse todo lo posible.

—Zere. —Fiordelise se llevó la mano a la boca. Marga rio, comprensiva. Exceptuando a Vittorio, Fiordelise había conocido a todos los presentes desde niños, y la forma familiar de referirse a su hermano se le había escapado—. Perdón, Baldizere, ¿estabas antes diciendo que los detalles de Marte que te cautivan son dos?

Él sonrió a su hermana.

—Sí, es cierto. El segundo es su pasión por el teatro. Los dos sabemos que pasa largos ratos en él, incluso en ocasiones a *deshora*. —Marte dio un respingo, sin añadir nada—. Creo que es maravilloso que pasiones como esta enriquezcan la vida.

—Eres muy amable —respondió Marga.

—Solo quiero que Marte sepa —Baldizere la miró directamente— que conozco y valoro estas cosas.

—Gracias. —Marte había fruncido el ceño, no del todo segura de

haber interpretado bien sus palabras.

Pietro se había ocupado de que la cena fuese magnífica, porque en un momento en el que el prestigio de la familia Abacqua pendía de un hilo, había que aprovechar aquella oportunidad. Los primeros platos, un suculento *risotto,* pato salvaje, bacalao *mantecato* y pasta *bigoli* con salsa de anchoas, dieron paso a los segundos y terceros. Sepias en su tinta, anguila cocida en hojas de laurel, cangrejos y, finalmente, buñuelos de flor de saúco de postre.

Al terminar, Fiordelise se ofreció a enseñar a Marte unas telas que usarían en uno de sus siguientes proyectos. Marga, Vittorio y Baldizere pasaron a una de las salitas apartadas para beber licor al calor de la chimenea.

—La cena estaba exquisita —alabó Marga—. El pato es mi debilidad.

—Lo sé —sonrió Baldizere—. Si te digo la verdad, nunca he probado una sepia mejor que la de tu casa. De hecho, tenía un favor que pedirte, un capricho…

—¿Qué necesitas?

—Robarte a una de tus cocineras. ¿Cómo se llama?

—¿Dianora? Su sepia es espectacular.

—Es verdad, pero no me refería a ella. Una muchacha joven, de la edad de mi hermana.

Marga entornó los ojos.

—Gianeta.

—Eso es. Creo que si trabajase aquí, podría darle su toque a algunos platos y hacer que Marte se sintiera un poco más a gusto. Más como en casa. —Baldizere no parpadeó. Se había dado cuenta de que Marga, igual que él, sabía bien la relación que había entre Gianeta y Marte. Daba igual. Aquello no cambiaba sus planes—. ¿Me permitirías arrebatártela?

Ninguno de los dos esperaba la intervención de Vittorio.

—No te conviene. —Calló un instante, buscando argumentos, pero no se le ocurrió ninguno—. No te conviene nada. Puedo recomendarte otras personas mucho más capaces, si necesitas refuerzo en la cocina.

—No —contestó Baldizere con gravedad—, solo me interesa ella.

—Podemos arreglarlo —dijo Marga educadamente—, no será un problema en absoluto, querido amigo.

Él asintió, complacido. Aquel arreglo haría su matrimonio mucho más llevadero para todos los implicados.

Al otro lado del salón, Vittorio lo miraba sin disimular el desagrado.

27

Entre las fauces de las quimeras

Amaneció con el cielo cubierto de nubes grises. Mirlo llegó al Palacio Ducal a media mañana, como le había indicado Baldizere, y mostró a los guardias de la puerta el blasón de los Abacqua.

—Traigo un mensaje para mi señor.

—Están reunidos ahora mismo. Espera en el patio.

Desde la Puerta del Trigo, la entrada desde el muelle, la vista del patio del Palacio Ducal era impresionante; los inmensos pozos ornamentados de bronce oscuro con escalones blancos, el suelo de grandes losas rectas y la cúpula de la Basílica al fondo obligaron a Mirlo a detenerse y contemplarlos para recuperar la respiración. Le temblaba la mano sobre el bastón. Su Serena era la de los canales, los recovecos, los puentes y las ventanas iluminadas vistas desde el exterior, la de las pequeñas olas que chocaban contra los muros de ladrillo, la de las exclamaciones de los gondoleros, la de los puestos de vino en las plazas. Aquella era otra: la Serena de los gobernantes, recta y espléndida. La Serena del *campanile* y el reloj astrológico. El espíritu de Mirlo vibraba ante el contraste entre ambas, las dos caras de su ciudad.

Dio unos pasos por el patio, admirando las fachadas severas de las dos alas más antiguas, y la decoración intrincada de las otras. Al fondo podía distinguir la Escalinata de los Gigantes, vigilada por las dos colosales estatuas que simbolizaban la tierra y el agua, las dos fuerzas de la Serena; y la tercera, una quimera de piedra, con zarpas anchas y fauces entreabiertas.

Mirlo miró a un lado y a otro. Nadie lo observaba. Cojeando, apoyado en su bastón, avanzó hasta la escalera. No había testigos que pudieran impedírselo, de modo que subió hasta la logia. Paseó por ella, admirando los arcos y el patio desde arriba, hasta detenerse frente a dos puertas azules, bellamente adornadas con un mecanismo dorado que mostraba imágenes de seres mitológicos e incluía una palanca móvil.

Una inscripción sobre ella llamó la atención de Mirlo. Contenía las instrucciones para accionar el mecanismo que abría las puertas, de otro modo completamente cerradas. «Aquí reside el alma de la Serena. Solo duques o consejeros podrán visitarla», rezaba el mensaje, escrito en una mezcla de lenguas de la antigua Constantinopla, la Reina de las Ciudades, a quien incluso la Serena había obedecido diez siglos antes del bloqueo. Eran los tiempos del primero de los duques, Paoluccio Anafesto, que debía haber ordenado que se crease aquella habitación de los secretos.

Mirlo sonrió. En aquella época, probablemente el propio alfabeto era una barrera inabarcable para el grueso de la población; el duque podía estar tranquilo, porque solo él y sus consejeros, probablemente, sabrían descifrar las instrucciones. Siglos después, estas seguían siendo una mescolanza de idiomas seguramente incomprensible para la mayor parte o la totalidad de la población serena.

Aunque no para un imperial.

Volvió a mirar a un lado y a otro. Nadie a la vista.

Con la mano izquierda firmemente anclada en el bastón, alargó la derecha y movió la palanca según las instrucciones. El mecanismo dio un chasquido que resonó en la logia. Mirlo empujó las puertas y entró, dejándolas abiertas para que entrase la luz en la habitación sin ventanas.

El suelo era de losas, sencillo, y las paredes estaban cubiertas bien de estanterías con libros, rollos e incluso tablillas, o de cuadros y mapas. Información estratégica en otras épocas, tal vez, en las que la Serena era un enclave importante y objeto del deseo de numerosos imperios.

Mirlo se detuvo a examinar con avidez las costas de Tierrafirme, asombrado al ver que estaban mucho más cerca de lo que él había imaginado. Aquello, una vez se desbloqueasen las fronteras, le sería

útil. No se atrevió a descolgar ninguno de los mapas exhibidos en las paredes, pero sí abrió algunos de los que estaban guardados en los estantes y los plegó lo suficiente como para metérselos dentro de la camisa.

El crimen lo empapó como si se hubiese metido hasta las rodillas un charco. Daba igual si lograba robar aquellos documentos o si lo atrapaban con ellos en la puerta, iba a pagar el atrevimiento con su vida. Sabiendo esto, lo mismo le daba mojarse de la cabeza a los pies. Examinó el resto de las estanterías y seleccionó cuidadosamente cuadernos, cartas y memorias que guardasen relación con el pacto con los demonios.

Al levantar la vista, uno de los cuadros cerca de las puertas le llamó la atención. Mostraba a dos personas, una mujer armada con una espada y un hombre con un cetro, que luchaban contra una bandada de quimeras de afilados colmillos. Mirlo quería salir de aquella habitación, porque su propio acto de haber robado documentos de la duquesa lo había espantado, y estaba convencido de que en cualquier momento los guardias subirían a ver qué hacía; aun así, no pudo resistir la tentación de examinar la imagen. Era la primera vez que veía quimeras retratadas como enemigas en vez de como protectoras.

La postura de las dos personas era ambivalente. Podían estar peleando o, tal vez, dirigiéndolas. *El cetro*, pensó Mirlo, *despertando las fuerzas de la Serena*. Un símbolo, tal vez, dado que las quimeras eran tan antiguas como la ciudad.

Cerró las puertas con un golpe firme y contempló, interesado, cómo el mecanismo regresaba a su posición original. Después, caminó a lo largo de la logia hasta el ala que daba al agua. Un ventanal grande, decorado con un mosaico de círculos de vidrio de colores que teñían el suelo con la luz que los atravesaba, ofrecía una vista panorámica del Gran Canal y la Isla de San Jorge. Barcos y góndolas surcaban la llanura azul.

El crujido de los mapas contra su pecho era un recordatorio de la cercanía de Tierrafirme, de la relativa facilidad con la que podría llegar hasta ella. Hacía que Mirlo percibiera aquella posibilidad como un futuro alcanzable, probable incluso, el único para él, quizá.

En el exterior, comenzó a lloviznar sobre el canal, como si la

Serena reaccionase mientras él se hacía a la idea de abandonarla para siempre.

La reunión del Gran Consejo fue interminable, como de costumbre. Baldizere intentó prestar atención, pero con la Llave Piromagnética en su poder sentía que cualquier decisión que tomase la duquesa era irrelevante, porque pronto perdería toda su autoridad. Daba lo mismo que condenase a muerte al señor Abacqua; daba lo mismo que pospusiese la ejecución o no. Bartolomio no iba a morir. Baldizere estaba preparado para la siguiente fase de su plan.

Al terminar la reunión, se separó del grupo con Marga Sartori y Zorzi Vianello.

—Me pedisteis que volviese a hablar con vosotros cuando tuviese una buena baza —susurró.

Mirlo esperaba en la logia con la bolsa. Baldizere la tomó, solo para permitir que los otros dos aristócratas, sorprendidos y disgustados por la presencia de un imperial, echasen un vistazo a su contenido. Después, se la devolvió a Mirlo.

—Llévatela contigo.

Hizo una seña para que Marga y Zorzi lo siguiesen. El resto de los nobles estaba bajando las escaleras y a nadie le había llamado la atención que ellos tres se quedasen hablando. Por suerte, Baldizere conocía bien todos los rincones del Palacio Ducal: subió las escaleras hasta un rellano en el que las molduras de la pared ocultaban una puerta pequeña, de servicio, que los llevó a un pasadizo estrecho y torcido. A través de este llegaron a los almacenes, en una entreplanta. Baldizere tomó una lámpara de encima de la mesa, la encendió y se metió con ella en un cuartito pequeño. Una despensa.

—Qué elegante lugar de reunión —comentó Zorzi.

—Qué discreto lugar de reunión —corrigió Baldizere—. Eso que habéis visto es la Llave Piromagnética, la verdadera, no una réplica.

—Tonterías. La Llave Piromagnética está en el Palacio Vianello —dijo Marga.

—No. Es una réplica.

—Eso es lo que dijeron a todos —suspiró ella—, por precaución.

Los consejeros sabemos que se trata de los tesoros reales.

Baldizere soltó una carcajada.

—Sí, sí. Los que nos entregó Vivian Zio *eran* los tesoros reales. La Llave Piromagnética fue extraída del Palacio Vianello y sustituida por una réplica. Y ahora yo tengo la verdadera.

—¿Perdón? —Zorzi hizo ademán de dar un paso al frente, indignado, pero la despensa era demasiado pequeña.

Baldizere le puso una mano en el hombro.

—Yo la recuperé. Ahora está en mi poder.

—Entrégamela —exigió él, lívido—. Pertenece a mi familia.

Marga Sartori sacudió la cabeza.

—Ya no. Los tesoros no te los pueden traer, Zorzi, debes siempre ir a buscarlos tú. Es así como funciona. Baldizere no te lo puede dar; a lo sumo, puede decirte dónde está y dejar que lo tomes.

—Entonces, que me diga…

—Escuchadme los dos —interrumpió Baldizere—. Este es el asunto. Con la Llave Piromagnética puedo abrir las fronteras.

—Necesitas la Corona de Sal para eso —señaló Marga—. Y probablemente también la Máscara de Obsidiana.

—Si ya lo sabías todo, ¿por qué no me lo dijiste? —bufó Baldizere —. Me habrías ahorrado tiempo y la situación no sería tan complicada.

Ella sacudió la cabeza.

—Quería saber qué plan tenías tú. Querido, si hubiese querido implicarme personalmente en el uso de los tesoros para abrir las fronteras, lo habría hecho yo misma. Ya que te ofrecías, quería saber de qué eras capaz.

—Muy bien. Pues no, no me hace falta la corona. Por suerte, tengo otros medios para comunicarme con los demonios. —Era un farol, pero lo suficientemente basado en la realidad para resultar creíble—. Lo que necesito es saber si puedo contar con vuestro apoyo o no.

Zorzi Vianello se había cruzado de brazos. Su silencio era más que expresivo.

Marga, en cambio, parecía estar meditándolo.

—Baldizere, comprende mi punto de vista. Tienes un tesoro que, a mi entender, también teníamos antes. Esto que me cuentas de los ladrones… no sé qué decirte. —Hizo una pausa para ordenar sus

pensamientos—. Entiendo que tienes un plan ambicioso y querría apoyarte, pero la duquesa también tiene planes, y parecen sostenerse sobre sus piernas. No estoy muy segura de que tú puedas, realmente, abrir las fronteras, ¿y qué pasará entonces? ¿Cómo nos protegerás de los ejércitos invasores que antaño amenazaron la Serena?

—Marga —dijo Zorzi—. No merece la pena. Baldizere, si me disculpas…

Intentó salir de la despensa, pero Marga se lo impidió con un movimiento del brazo.

—Zorzi, querido. Pase lo que pase, debe reinar la concordia entre nosotros. Somos el futuro de la ciudad.

La realidad de sus palabras golpeó a Baldizere como un puñetazo en el estómago. Su madre estaba muy enferma y pronto él sería consejero de la duquesa y gobernador de Marzenego. En algo más de tiempo, si su marido y la duquesa morían antes que ella, que era lo más probable, Fiordelise sería consejera y gobernadora hasta que sus hijos fuesen lo bastante mayores.

La decisión de Marga de tener buena relación con los Abacqua era tanto sentimental como estratégica.

—Sí —rezongó Zorzi—. Es cierto. Discúlpame, Baldizere, pero creo que…

—Ya hemos dicho todo lo que había que decir —cortó él—. Os lo agradezco a los dos.

Los tres salieron de la despensa con aire grave, y recorrieron de vuelta el camino hasta la logia sin hablarse. En el embarcadero los esperaban las góndolas de sus familias.

Baldizere vio alejarse a los dos jóvenes junto a los que se había criado. Ninguno de los dos se dio la vuelta para mirarlo.

Todo el mundo sabía que la Serena tenía mil ojos, pero no tantos eran conscientes de que también contaba con mil oídos. En aquel momento, Baldizere Abacqua no sabía que a la duquesa no le pasaba por alto ni una sola palabra pronunciada en voz alta dentro del palacio. Horas después, en las mazmorras, el señor Abacqua sería interrogado al respecto; y el hombre, más protector de la vida de sus hijos que de la suya propia, confesó ser el artífice de aquel intento de usurpación del poder, haber obligado a su hijo a creer que debía continuar con lo empezado por su padre para salvarlo, haber

conspirado en contra de la duquesa y de la Serena entera.

Y solo cuando obtuvo todas las confesiones quedó satisfecha la duquesa.

Jacomina llamó a la puerta del despacho de la señora Abacqua, en el que desde hacía unos días solo trabajaba Baldizere. Él levantó la cabeza, agotado y molesto.

—¿Qué pasa?

—Señor, encontré una carta bajo el adoquín.

Él, sinceramente asombrado, aceptó la misiva y le dio a cambio la recompensa habitual. La abrió en cuanto ella abandonó la habitación. Conocía la letra.

Leyó primero en diagonal, después otra vez con más atención.

No quiero salir a hablar contigo, Ventura.

Lanzó la carta a la chimenea encendida.

Después, se acercó a la ventana para echar un vistazo a la calle. Ventura esperaba al otro lado, inmóvil, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo. El frío pintaba de blanco el vaho de su respiración.

Baldizere sintió el súbito deseo de bajar las escaleras. Le asustó la magnitud del anhelo: habría preferido que le durase más el enfado. Por culpa de aquel hombre su padre estaba en prisión y su madre postrada en la cama. Quería odiarlo, y por eso se prohibió a sí mismo bajar a la calle, aunque no pudo evitar levantarse de la silla cada cierto tiempo para ver si seguía ahí, ni emocionarse al comprobar que así era. Ventura lo esperó durante horas, hasta bien entrada la noche.

Quiero que creas que no iré, que no te voy a perdonar jamás. Quiero que sufras, porque has hecho sufrir a mi familia, a mí.

Aunque él le hubiese dicho, mientras Baldizere fingía ignorarlo, que aquello había sido cosa de su hermana. Deseaba creerlo. Lo creía. No lo creía.

Ventura parecía sincero, pero eso siempre había sido así. Tal vez fuese todo mentira.

Te creo, pero aun así te hago responsable.

El ambiente en la Serena era tenso. Baldizere tenía que lidiar con

la creciente inquietud del pueblo de Marzenego: nadie había conseguido invitaciones para las fiestas de los nobles, que en principio tenían permiso para dar, pero que aún no habían anunciado. Querían saber si en el Palacio Abacqua se celebraría una y, de ser así, si podrían asistir. Querían saber si los demonios tomarían represalias contra aquellos que no los honrasen con festejos. Querían saber si podían colgar decoración en las fachadas de sus casas, aun sin celebrar nada, como muestra de respeto; o quizá eso pudiera ser recibido como una ofensa. Baldizere no lo sabía. No sabía nada. No conocía los planes de la duquesa ni el motivo por el cual había prohibido las fiestas.

Solo sabía que fuera del palacio, durante los siguientes días y las siguientes noches, llovía y llovía, y cada tarde, sin falta, Ventura esperaba y esperaba.

Baile De Máscaras

28

La lluvia interminable

El jueves de la semana de carnaval, la duquesa ordenó que la ejecución de Bartolomio Abacqua tuviese lugar frente al muelle principal de San Teodoro, con el Palacio Ducal, el *campanile* y todos los ciudadanos de la Serena como testigos. La familia Abacqua fue colocada en primera línea; Moderata de pie, temblando sobre su bastón, con su hija a un lado y su hijo al otro, los tres igualmente sombríos, tres pares de ojos vidriosos.

Dos miembros de la Guardia sacaron a rastras a Bartolomio de la prisión y lo hicieron arrodillar ante la multitud. Lo obligaron a gritar, ante toda la Serena, lo que había hecho: la conspiración, el robo de la Corona de Sal, la traición a la ciudad entera. Después los guardias procedieron, por orden de la duquesa, a someterlo a mil tormentos. La muerte no era un castigo suficiente para sus crímenes.

Sus gritos lograron acallar el repiqueteo constante de la lluvia sobre la piedra; y aunque su público estaba empapado, nadie se atrevió a marcharse o siquiera apartar la mirada.

Baldizere oyó a su padre admitir que eran suyos todos los planes que él mismo había tramado; lo oyó apropiarse de sus ambiciones, que de pronto parecían infantiles y fantasiosas; lo oyó asumir la culpa por él, y se le congeló el alma antes de resquebrajarse y partirse en pedazos, porque sabía que el que debía estar arrodillado ante la muerte era él.

Él, que había soñado con el poder, que se había creído capaz de arrebatarle el mando a la duquesa, de liberar la ciudad, de gobernar la

Serena, solo había sido un niño jugando a ser rey. Había fallado a su familia de la peor forma posible, persiguiendo un espejismo.

Finalmente, cuando Bartolomio estuvo demasiado roto para hablar, la capitana de la Guardia, Angela Tirabosco, ordenó que se detuvieran las torturas y acabasen con su vida. Se le ayudó a subir a la tarima de madera mojada, se le colocó una soga al cuello y, cuando la duquesa dio la señal con el cetro, se lo ejecutó ante los mil ojos de la Serena.

Tocaron las campanas para indicar que todo había terminado, el triunfo de la justicia sobre el mal. La multitud empezó a dispersarse. La duquesa pasó ante los Abacqua, que se inclinaron ante ella, y les sonrió antes de retirarse al interior del Palacio Ducal sin dirigirles la palabra.

—Vámonos a casa, madre.

Fiordelise tomó del brazo a Moderata, que tenía expresión ausente, como si no hubiese nada vivo tras sus ojos, y la guio hacia el muelle. Baldizere las siguió sin dejar de mirar a su hermana; entre la tristeza entumecedora que lo adormecía, impidiéndole sentir nada más, vio en ella por primera vez a una mujer, grave y mayor, en lugar de a una muchacha.

Salvador Bertucci sabía que su propio espíritu estaba hecho jirones, pero lo prefería al alma entera y despiadada que había podido entrever en la duquesa. Temblaba cuando, ayudado por la sombra larga que le costaba cada vez más separar de sí mismo, entró en el Palacio Ducal sin que los guardias supieran detenerlo, cuando la tarde había caído y la oscuridad reinaba en los pasillos vacíos.

Aunque el ala en el que se alojaba la duquesa estaba constantemente vigilada, el patriarca era imparable. La sombra lo guio hasta la sala de armas rituales, joyas vestidas de muerte, en el centro de la cual, en un cofre de metal precioso con tapa de vidrio transparente, entre cojines de terciopelo rojo, reposaba el Cetro de Aguamarina.

La duquesa estaba dormida. El silencio era absoluto.

Bertucci levantó la tapa del cofre y la hizo a un lado. Introdujo la

mano derecha temblorosa para cerrar los dedos alrededor del cetro, pero tan pronto como su piel rozó la piedra, un olor desagradable llenó el aire de la sala. El patriarca retiró la mano, horrorizado. El mal estaba hecho: la podredumbre conquistaba su piel y su carne, que cambiaba de color a ojos vistas.

Una magia antigua protegía aquel tesoro. La duquesa era una mujer precavida.

—Sácame de aquí —gimió Salvador Bertucci.

Su sombra, solícita, obedeció. Lo llevaría de vuelta a casa, aunque no podría ni sanarlo ni enmascarar el estado de su mano; y aunque Salvador Bertucci cubriera su piel con guantes blancos, no sería capaz de ocultar el olor.

Aquella noche, Baldizere Abacqua miró por la ventana y, sin pensarlo, se calzó las botas, se puso el abrigo sobre la ropa y bajó la escalera hasta la calle, bajo la lluvia que no parecía ir a cesar nunca, para enfrentarse a Ventura Malatesta.

—Dices que no fuiste tú, sino tu hermana —le dijo—, pero ¿cómo voy a creerme que no le dijiste dónde estaba la corona? ¿Por qué se lo habrías ocultado?

Ventura también había presenciado la ejecución. No esperaba aquella pregunta esa noche.

—Porque me importas —respondió con sencillez.

Baldizere se quedó callado, frente a él, con los labios y los puños apretados. No fue capaz de responder a eso.

—No sabes cuánto lo siento —añadió Ventura—, sé que no sirve de nada, pero ni Pelegrina ni yo sabíamos que podía pasar algo así. Lo siento muchísimo, Baldizere. Lo entiendo si no nos lo perdonas nunca.

Durante unos segundos, pareció que Baldizere iba a gritarle. Después, avanzó un paso y Ventura se preparó para recibir el golpe. Un paso más, y Baldizere se derrumbó ante él, como un montón de nieve cuando las ramas del árbol no pueden con su peso.

Y Ventura abrió los brazos, lo recogió y lo sostuvo, durante el tiempo que hizo falta, la cara de Baldizere contra su hombro, la mano de Ventura entre los rizos aplastados por el agua del otro; la calle, a su

alrededor, brillante de lluvia, una orquesta de gotas que caían sobre la ribera y el canal.

29

La boda más triste

El viernes a primera hora, la duquesa declaró que el mismo sábado por la mañana, el día en el que usualmente se darían las primeras fiestas de carnaval, tendría lugar la boda doble que uniría a las familias Bonbiolo y Sartori con los Abacqua. Marga Sartori lo confirmó, dando igual que hubiese habido un acuerdo previo o no; de ninguna forma contradeciría públicamente a la duquesa.

Por el mismo motivo, Baldizere y Fiordelise levantaron a su madre de la cama. Moderata Abacqua, como una planta a la que un riego excesivo le hace perder las hojas, había languidecido tras las largas horas contemplando la interminable ejecución de su marido. Asintió cuando le comunicaron que se casaban los dos, dejó que la vistieran, sin entender del todo lo que sucedía o, tal vez, sin que le importase.

El vestido de Fiordelise llegó a primera hora. Se lo pusieron y la peinaron sin que ella abriese la boca, ni siquiera para llorar. Baldizere la vio partir, a bordo de una góndola, vestida de novia y con el cabello suelto, de camino al Palacio Sartori, en el que se reuniría con Marte.

La ceremonia tuvo lugar en la Basílica. Estaba repleta de personas que habían acudido a presenciar los enlaces; por el morbo de ver a la bella Fiordelise casándose con un monstruo, por el romanticismo de la unión entre el joven héroe trágico en el que se había convertido Baldizere y la hermana de una figura tan querida como Margherite Sartori. Los novios pronunciaron sus votos aprendidos de memoria. El ambiente, pese al público expectante, era de infortunio.

Los Bonbiolo se habían encargado de la celebración. El banquete se

ofreció en el Jardín, junto al río, en el que se había colocado un ejército de mesas con manteles bordados. Constó de cincuenta y seis platos, especialidades serenas magníficamente cocinadas y presentadas, para comer y contemplar. Lo animaron espectáculos de danza y acrobacias, y el postre llegó acompañado de impresionantes esculturas de azúcar para decorar las mesas: castillos, barcos, personas y animales.

Fiordelise, sentada entre su hermano y su marido, no comió nada. Bebió una copa tras otra, hasta marearse, y nadie se atrevió a decirle que se detuviese.

Fue una comida extensa y silenciosa en la mesa de los novios, en la que solo Biasio Bonbiolo, ajeno al ánimo de los demás, se regodeaba sosteniendo la conversación en solitario. Del resto no hubiese sido fácil adivinar si se trataba de una boda o un funeral. Las horas pasaron despacio, incrédulas, durante la más triste de las celebraciones.

Tras el banquete, entrada la tarde, dio comienzo la procesión nupcial, para que la ciudad entera pudiera participar en la celebración y ratificar los matrimonios. En dos góndolas gemelas, primero la de Biasio Bonbiolo y Fiordelise, por estatus del novio, único hermano de la duquesa, y después la de Baldizere y Marte, recorrieron los canales hasta terminar donde habían empezado, en el Gran Canal. Les aguardaba allí un desfile de barcos que, aprovechando que la lluvia les había dado un descanso durante aquel día, decoraron el cielo encapotado con fuegos artificiales.

La costumbre era que el padre entregase a la novia. Ante la ausencia de ambos, Margherite Sartori acompañó a su hermana pequeña y unió su mano con la de Baldizere. Moderata Abacqua dio un paso al frente para hacer lo propio con su hija, pero las rodillas de fallaron y cayó aparatosamente al suelo. La falda se le manchó de sangre. Para enfado de Biasio Bonbiolo, que aguardaba impaciente, Fiordelise se agachó para ayudar a incorporarse a su madre. Varias manos amables acudieron en su socorro e instaron a la joven a que se apartase; Baldizere fue quien, luego de abandonar a su novia, tomó las manos de su hermana y se la entregó a Bonbiolo.

—Gracias, hijo —sonrió él, con familiaridad—. A partir de aquí ya sé yo qué hacer con ella.

Fiordelise puso una mano sobre el pecho de su hermano,

consciente de que estaba a punto de perder los estribos.

—Lleva a mamá a casa.

La luz del balcón de la duquesa, en la fachada del Palacio Ducal, se encendió llamando la atención de todos los presentes. Veneranda Bonbiolo se presentó ante su pueblo desde lo alto.

—Gracias por celebrar con nosotros estas dos uniones tan importantes para la Serena y su futuro —pronunció, con el cetro en una mano y el bastón en la otra—. Esta será la última fiesta que se celebre hasta pasados los carnavales. En solidaridad con el resto de los ciudadanos de la Serena, ninguna de las familias nobles organizará eventos en los palacios. La ciudad descansará este año hasta que la primavera llame a nuestra puerta.

La duquesa se retiró, desoyendo el clamor de indignación que despertaron sus palabras. Baldizere se giró hacia Marga Sartori, que se despedía de su hermana, sin sorprenderse por la declaración de la duquesa, y comprendió que en ningún momento había tenido la intención de dar una fiesta.

Todavía quedaba por cumplir la última parte de la ceremonia, y Baldizere era dolorsamente conciente de que no podía evitar que Biasio se llevase a su hermana al Palacio Bonbiolo. La miró durante un instante, suficiente para intercambiar un gesto de despedida silencioso, y después le dio la espalda, le ofreció el brazo a Marte y subió con ella a la góndola en la que ya estaba instalada su madre. Se marcharon a casa y Fiordelise, seria y pálida, quedó atrás.

Marte nunca había estado antes en el dormitorio de Baldizere Abacqua. Se sentó en el sillón, con las rodillas juntas y las manos en el regazo, el mejor modelo de señorita que su hermana hubiese podido soñar. Baldizere se quedó de pie, junto a la ventana, mirando a algo o alguien en el exterior, o tal vez perdido en sus pensamientos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Marte.

—Esperar a que se despeje el distribuidor. Después, irás a dormir al dormitorio de mi hermana. Creo que estarás más cómoda.

Ella se relajó visiblemente. Estuvo a punto de llorar de puro alivio, pero apretó los dientes y se tragó las lágrimas.

—Fiordelise estará bien, ¿verdad? Le he dicho que venga de visita mañana. Que venga todos los días…

—Es su casa. —Para Baldizere, nunca dejaría de serlo. Esperaba que su hermana no tuviera dudas al respecto.

Marte asintió. Él se sentó junto a ella por fin. No tenían nada que decirse, los dos sabían a grandes rasgos lo que pensaba el otro. Por primera vez en su vida, se entendían.

El crepitar de la chimenea acunó a Marte, que empezaba a quedarse dormida cuando Baldizere le tocó el hombro.

—No hay nadie fuera.

—Buenas noches.

Había sido la primera vez que entraba en el dormitorio de Baldizere, pero el de su hermana lo conocía bien. Se desnudó sola, dejando el vestido descuidadamente en el suelo, y se metió entre las sábanas frías. Pese a estar recién lavadas, olían a su amiga, a toda una vida juntas. Marte, lejos de casa, estaba en el segundo lugar más parecido.

En la habitación contigua, Baldizere se había tendido en la cama y miraba el techo, pensando en su padre, en su madre y, sobre todo, en su hermana. Les había fallado a los tres. Era un fracaso de hermano mayor y de heredero. Dormía separado a su esposa, incapaz de hacerse a la idea de que, aunque quisiera protegerla como no había podido hacerlo con Fiordelise, antes o después tendrían que plantearse tener hijos, pese a que ninguno de los dos lo desease.

El único consuelo que le quedaba era que la conversación tendría lugar en privado, sin que nadie más se enterase de lo singular de su matrimonio. Esa idea duró poco. Unas horas después de medianoche, un criado llamaba a su puerta y la abría, sin esperar respuesta, descubriendo que dormía solo.

—¿Alguien te ha dado permiso para entrar? —rugió Baldizere.

—Señor —la gravedad de la situación mantenía a aquel hombre imperturbable ante el enfado del señor—, debe subir al piso de arriba. Hemos mandado a llamar a un médico.

Baldizere saltó de la cama. Corrió junto a su madre, que respiraba débilmente y no respondía a sus llamadas.

Moderata Abacqua murió antes del amanecer. El doctor llegó a tiempo para certificarlo.

—Señor —preguntó Pietro, respetuosamente—, ¿desea que traslademos sus cosas y las de la señora al dormitorio principal?

—No —respondió él, abrumado—. No. Déjenlo todo como está.

Sin embargo, decidida a contrariar su deseo desesperado de que todo permaneciera estable durante el tiempo necesario para respirar hondo, el deseo de tener una última oportunidad de recuperar el control, la Serena estaba cambiando, y cambiando deprisa; esa misma noche, en la que debían haber comenzado las fiestas en honor a los demonios, empezó a subir la marea.

30

Martes de carnaval

El domingo amaneció intranquilo. Los demonios no habían abandonado los canales aquella noche, como de costumbre; la Serena no se había iluminado con farolillos ni guirnaldas; las calles habían permanecido silenciosas por primera vez en siglos.

La gente salió de sus casas con miedo. Se esforzaron en continuar sus vidas, como si la situación fuera normal, y poco a poco, a medida que pasaban las horas sin que sucediera el desastre, el día empezó a parecer uno más. El sol trazó su arco en el cielo sin que sucediese nada extraordinario.

Al atardecer, regresó el temor. Nadie salió de su casa aquella noche.

Tampoco los demonios pisaron las calles.

Los ciudadanos de la Serena comprendieron que, si no había fiestas, ellos no vendrían. Y así, los demonios aguardaban a que se les homenajease como de costumbre, y los habitantes de la ciudad aguardaban a que los diez días pasasen lo más rápido posible: una vez llegase el miércoles de ceniza, todo habría acabado, al menos hasta el año siguiente.

En aquella tensión transcurrió el carnaval, hasta el noveno de sus diez días.

Mirlo Yavuz subió las escaleras con una mano en el bastón y otra en la

barandilla, un escalón cada vez. Los gondoleros y el servicio de los Abacqua se habían acostumbrado a su presencia y no les llamaba la atención que cruzase el muelle. No lo saludaban, no le impedían el paso. Nadie se ofrecía a acompañarlo al despacho. No hacía falta. Mirlo se las apañaba bien solo.

Llamó a la puerta antes de abrirla, sin entrar hasta ser invitado.

—No —dijo Baldizere, sin levantar la cabeza— y dejad de interrumpirme.

—¿Señor Abacqua?

El rostro de Baldizere se había endurecido. Tenía los ojos hundidos, encendidos con una fuerza fría, indolente. Mirlo supo reconocer en él a una persona que lo había perdido todo, porque él también lo había sido.

Se puso en pie al verlo.

—Mirlo —saludó—. Pasa.

Él obedeció, cerrando la puerta a su espalda, y caminó sobre la hermosa alfombra que había colocado en el suelo la señora Abacqua años atrás.

—Vengo a preguntar por el destino de mi investigación —declaró, con voz suave, sin emociones—. Imagino que ya no le será de ninguna utilidad. Espero su orden para interrumpirla.

Baldizere lo miró sin parpadear unos instantes.

—Siéntate —indicó, y esperó a que él lo hiciese antes de preguntar —. ¿Tú quieres continuarla?

La pregunta tomó desprevenido a Mirlo. No imaginaba que eso pudiera ser relevante para la persona que financiaba su estudio. Tardó en responder unos segundos más de lo necesario.

—Sí.

—Entonces, no vamos a interrumpirla. Sobre todo ahora que hemos perdido la Corona de Sal, no me vendrá mal.

—Muy bien. —Aunque Mirlo no sabía cómo expresar su agradecimiento, su tono de voz lo hizo por él.

Baldizere se reclinó en su silla.

—Mira, Mirlo, no te voy a dejar en la calle por las buenas. —Él asintió, con el ceño fruncido, sin entender. Baldizere respiró hondo—. No disfruto nada estando equivocado, pero al menos me permite aprender de mis errores. Tú me acompañaste a la Isla de los Muertos

en mitad de la noche para encontrar la llave, algo que la gente a la que yo consideraba amiga nunca habría hecho.

—Sabe que tengo un interés personal en esto —recordó Mirlo.

—Sí. Todos los tenemos. Aun así, unos se mojan y otros se quedan al margen, esperando a ver qué pasa. —Baldizere se encogió de hombros—. De modo que no, la investigación continúa. Y, Mirlo, cuando termines con esta, estoy seguro de que encontraremos otra.

Mirlo asintió. Los dos se sostuvieron la mirada, en silencio, sin la necesidad de añadir nada más durante un rato.

—Siento todo lo que ha pasado —dijo Mirlo, finalmente—. Mis padres murieron hace tiempo. ¿Cómo está?

Baldizere suspiró. Con el aire, algo de su porte abandonó su cuerpo; el resto de fingida entereza que le quedaba. No se movió de sitio, pero cambió ante los ojos de Mirlo.

—No sé por dónde empezar —admitió—. Haría cualquier cosa por no volver a estar así nunca más.

—¿Así?

Desolado, pensó Baldizere. *Perdido. Impotente*.

—Sin ser capaz de ver la salida —dijo.

Mirlo lo meditó un momento. Después, se puso en pie, apoyado en el bastón.

—Sigue donde ha estado siempre —reflexionó en voz alta—. En las fronteras de la Serena. En los tesoros. En el Palacio Ducal.

Baldizere esbozó una sonrisa, tenue, pero auténtica.

—Eres mi última esperanza, entonces.

—Y si no es esa salida, como ha dicho antes usted mismo… estoy seguro de que encontraremos otra.

Mirlo abandonó el despacho dejando a Baldizere otra vez solo, con la sensación de haber dado un pequeño paso en la dirección correcta.

En la noche del martes de carnaval, los demonios comprendieron que la Serena no tenía la menor intención de celebrar las fiestas en su honor. Apenas había caído la oscuridad cuando las aguas, que llevaban más de una semana subiendo imperceptiblemente, ascendieron hasta inundar los muelles, el Jardín y las calles de la

ciudad. Los canales más pequeños desbordaron, acompañando a los demonios que salían a la tierra para reclamar lo que era suyo.

Monstruos inmensos, con zarpas, aletas, colas y escamas, irrumpieron en plazas y callejones, haciendo saltar los ladrillos a su paso, derribando muros y destruyendo arcos de piedra. Criaturas diminutas se colaron en pozos y aljibes, encolerizando las aguas, instándolas a salir de los túneles que las contenían. Faroles y hogueras se apagaron por el aire cargado de humedad, la densa nube que se colaba por ventanas y chimeneas. Y entonces, finalmente, llegaron las grandes olas, que chocaban contra las fachadas exteriores de los palacios e inundaban las viviendas, la lluvia torrencial, que convirtió las calles en ríos tumultuosos, los truenos y los rayos.

Pronto se descubrió que nadie estaba a salvo. El agua se tragó los pocos barcos que navegaban los canales, los demonios ahogaron a los guardias ante las puertas, los pescadores que desarmaban sus puestos en el mercado y los niños que dormían en los pisos inferiores de los edificios. Algunas personas trataron de huir, alejándose de las riberas, y también ellas fueron atrapadas, aplastadas o lanzadas al agua. El estruendo de la tormenta se tragó sus gritos.

La duquesa, Veneranda Bonbiolo, salió al balcón del Palacio Ducal con el Cetro de Aguamarina en la mano. Apoyada en la barandilla, contempló la destrucción que se cernía sobre su ciudad, la muerte y el horror del agua asesina. Su rostro permaneció impasible, con una decisión cultivada durante mucho tiempo. Había esperado aquel momento.

Alzó el cetro sobre la riada que invadía el Jardín, contra la lluvia, hacia el cielo partido en dos por ráfagas de luz, y convocó a los Guardianes de la Serena.

La quimera sobre la Puerta de los Escribanos fue la primera en despertar. Movió sus zarpas de piedra, agitó las alas y lanzó un rugido al cielo. Todos los músculos de su cuerpo volvieron a la vida cuando levantó el vuelo. La duquesa la contempló trazar una espiral hacia arriba, hasta alcanzar el pico del *campanile*, y hacer sonar la más pequeña de las campanas, la *caivo*. Su tañido despertó al resto de las quimeras de la ciudad: cientos de estatuas de leones alados, recostadas sobre los arcos de las puertas, en las fachadas de las casas, guardando escalinatas y acechando en los tejados; los mil ojos de la Serena

abiertos, sus fauces y zarpas preparadas para defender la ciudad.

Los demonios convocaron la tempestad.

La Serena respondió con la guerra.

31

La tempestad

Toda la población de la ciudad estaba en pie, a oscuras y aterrorizada por una marea que lo golpeaba todo, espoleada por rachas de viento huracanado. Las noticias volaban, gritadas de ventana a ventana: se decía que un embarcadero se había desmoronado, que los cristales de los invernaderos del Jardín estaban hechos añicos, los cuadros de la Galería flotaban en el Gran Canal, con los lujosos marcos dorados convertidos en astillas. Había botes y góndolas destruidos por toda la ciudad, sus trozos irreconocibles sobre los puentes que aún quedaban en pie y las riberas, incrustados en ventanas y puertas de los edificios, los árboles eran arrancados de cuajo y navegaban con las raíces a la intemperie, un torbellino parecía haber pasado por Santa Elena. Las islas de la laguna se habían hundido y estaban completamente bajo el agua. Un intento de expedición de rescate para evacuarlas había naufragado, todos los salvadores dormirían para siempre en el fondo de la laguna.

El número de muertos no dejaba de crecer, ahogados, enterrados bajo los escombros, abrasados por los rayos.

Era peligroso caminar por la calle, porque el agua estaba tan alta que arrastraba a cualquiera desde la acera hacia el canal y los demonios rondaban puentes y riberas. Por eso Gianeta, cuando el señor la sacó por la puerta trasera y la envió a casa, no se atrevió a alejarse del Palacio Sartori. Volvió a subir los escalones, angustiada. El agua le llegaba por encima de la cintura, la falda empapada tiraba de ella hacia las profundidades.

—¡Por favor! —gritó, aporreando la puerta—. ¡Por favor, señor, déjeme entrar, tenga piedad! ¡Por favor! ¡Por favor!

Había visto la locura en los ojos de Vittorio y no tenía esperanza de despertar su compasión, pero sí confiaba en que le abriese la puerta alguno del resto de los miembros del servicio, si es que quedaba alguien que no hubiese salido huyendo a su casa en el momento en el que empezó la inundación.

Una voz desesperada la obligó a darse la vuelta. En la ribera al otro lado del canal, un hombre corría hacia ella, creyendo que había encontrado un lugar donde resguardarse. Resbaló y debió herirse la pierna, porque cayó a un lado. Gianeta gimió al verlo sumergido en el agua. Se llevó las manos al pecho, incapaz de encontrar el valor o la insensatez necesaria para intentar socorrerlo.

El hombre emergió, agarrado a un portón que flotaba canal abajo. Pidió ayuda a gritos hasta que su voz se perdió en la lejanía.

Gianeta se aferró al llamador de la puerta. Ya no hacía pie.

—¡Por favor! ¡Por favor!

Una ventana de la primera planta se abrió sobre su cabeza.

—Márchate —ordenó; su tono seco contrastaba con su voz desaforada—, ya no trabajas aquí. ¿No querías irte? Ve al Palacio Abacqua, con tus nuevos señores. Aquí no se te ha perdido nada.

—¡Gianeta! —La voz de Marte, que se asomaba por otra de las ventanas, llenó de fe a Gianeta—. ¡No te sueltes!

Vittorio cerró la contraventana con fuerza. Al cabo de unos segundos, alguien tiró de Marte hacia el interior del edificio.

—Niña estúpida —ladró Vittorio—. Mucho he tardado en darme cuenta de cuál era tu tara.

—Abre la puerta. —Marte se enfrentó a él con los ojos llenos de relámpagos—. Ábrela y nos iremos las dos al Palacio Abacqua, donde debemos estar. Nos vamos nadando si hace falta. Tú no mandas sobre mí ya, Vittorio, ni sobre ella tampoco.

Marga entró en la sala como una ráfaga de viento y granizo que rompe en pedazos el cristal de un ventanal.

—Estáis aquí —jadeó—. Todo está protegido en el piso superior, hemos llevado comida de sobra para varios días. He acomodado allí a lo que queda del servicio. —Se detuvo al ver sus caras, sus poses de fieras a punto de enzarzarse en una pelea—. ¿Qué sucede?

Un grito en el exterior hizo que Marte, en lugar de responder, corriera de vuelta a la ventana. Gianeta, incapaz de soportar por más tiempo el tirón del agua, se había soltado y acabado en los soportales del edificio de enfrente. Cuando la marea subió por encima, ella quedó irremediablemente hundida, bajo el agua, para no volver a emerger más.

Marte gritó y gritó, sin pronunciar ninguna palabra, solo un sonido desgarrador de animal herido. Marga se acercó, le colocó una mano en el hombro. Su hermana se separó de ella como si el contacto quemase.

—Todo esto es culpa tuya —siseó—. ¡El peor demonio de esta ciudad es este con el que te casaste!

—¡Marte!

—Déjala —intervino Vittorio—. Está fuera de sí.

Antes de que su hermana respondiese, Marte se hizo paso entre los dos con un empujón y salió de la habitación. Sin atender a sus llamadas, recorrió el distribuidor, con la mano en el pecho, a la altura a la que llevaba prendido el broche de su madre, por dentro del vestido, para que su hermana no se lo quitase.

Marga bajó la escalera tras ella.

—¿A dónde te crees que vas? ¿No ves que a la calle no se puede salir?

—Me da igual.

—¡Marte Sartori! ¡Te prohíbo que des un solo paso más!

Ella se volvió para mirar a Marga por última vez.

—*Me da igual.*

—¡Marte! ¿Te has vuelto loca?

Corrió, le atrapó el brazo, forcejearon. Marga era más fuerte, pero Marte estaba más furiosa. Se deshizo de su hermana con violencia.

—Tú ya no tienes nada que ver conmigo.

Abrió la puerta de la calle y salió directamente al agua. Marga lanzó un chillido. Dio la vuelta y subió la escalera a toda velocidad, hasta aquella sala a la que nadie en todo el palacio tenía acceso salvo ella.

Vittorio se cruzó con ella en el descansillo.

—Marga, sube al piso de arriba. Tenemos que ponernos a salvo ahora.

Ella lo ignoró. Abrió el arcón en el que guardaba la máscara negra

que le había entregado, semanas atrás, Vivian Zio. Se la puso.

—¿A dónde vas? —Él le sujetó el brazo. Ella, súbitamente incómoda por la violencia de su agarre, se deshizo de él con un movimiento firme.

—Al Palacio Ducal. Hay que poner fin a esto.

Con una confianza inexplicable para quien desconociese las propiedades extraordinarias de los tesoros, Margherite Sartori salió del palacio sin miedo a la inundación. Tal era su determinación que tardó en darse cuenta de que la máscara no funcionaba; tiraba de ella hacia el fondo, era un trozo de piedra nada más. Una réplica. Una máscara falsa.

Soltó una maldición y desanudó los lazos. La máscara de piedra se hundió en el agua.

Marga estaba a medio camino del Palacio Ducal y no estaba en su naturaleza dar marcha atrás.

32

Palacios en ruinas

El vigilante había huido en cuanto llegó la niebla, y la Biblioteca de Marzenego quedó con la puerta abierta de par en par y desierta a excepción del imperial que se había atrincherado en el piso superior, lejos de las ventanas, entre pilas de libros.

Mirlo había logrado mantener encendida una lámpara y leía con furia. No levantó la vista hasta que la puerta de la sala en la que se encontraba se abrió con gran estruendo, la hoja rebotando contra la pared y regresando hasta la mano de Baldizere, que la había empujado con demasiado ímpetu.

—¿Qué haces aquí, trapisondista? ¿No has visto la que está cayendo ahí fuera? ¿Has perdido la cabeza?

—No hay forma de huir de ellos —respondió Mirlo, con serenidad —. Esta es la ciudad del agua y estamos a su merced.

—¿Así que has decidido morir estudiando?

Mirlo esbozó una media sonrisa.

—He decidido que, si tengo una mínima posibilidad de hacerme entender cuando me encuentren, la aprovecharé.

Baldizere cruzó a zancadas la sala.

—Está visto que hay que protegerte de ti mismo. Haz el favor de venir conmigo al palacio.

—Será mejor que se quede usted aquí, pero en silencio, porque de otro modo me es imposible concentrarme.

—Mirlo. Quizá la respuesta no esté en el catálogo de la biblioteca.

—No, no estaba. Estaba detrás de las puertas azules en el Palacio

Ducal. El catálogo de la biblioteca es útil, eso sí, para descifrar lo que quieren decir estos documentos.

—¿Has entrado en la Sala de los Secretos del Palacio Ducal? —En el rostro de Baldizere una admiración profunda sustituyó momentáneamente al miedo y la impaciencia.

—He encontrado una especie de glosario. —A Mirlo le temblaban las manos de emoción al mostrarlo—. Creo que los demonios tienen un código no verbal que en algún momento conocimos, si no del todo, sí lo bastante como para *formular* el pacto en un primer momento. O eso, o entre ellos y nosotros llegamos a una forma de comunicación a caballo entre la suya, que debe ser mucho más compleja, y la nuestra, una suerte de lenguaje simplificado…

—¿Puedes hablar con ellos? ¿Puedes decirles que *paren*? —preguntó Baldizere—. Porque, si no, lo mejor es que te dejes de libros y te pongas a salvo.

Mirlo sacudió la cabeza.

—No lo entiende. Lo tengo *casi*. Estoy a las puertas de comprender lo que dicen. No puedo parar ahora.

Baldizere bufó.

—Muy bien. He venido a buscarte, pero estás loco y te quieres quedar aquí. No voy a morir ahogado por empeñarme en hacerte entrar en razón. Será mejor que me vaya y no te distraiga más.

El imperial, con una pluma en la mano, escribía notas en un trozo de papel a la vez que pasaba las páginas de uno de los libros.

—Tenga cuidado, señor Abacqua.

Baldizere abandonó la Biblioteca de Marzenego. En la calle, el agua le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas, aún podía caminar a duras penas por la ribera. Pensó, horrorizado, que otros distritos de menor altura sobre el nivel del mar, como Olivolo, estarían completamente inundados. Probablemente el Palacio Bonbiolo, al noroeste de San Teodoro, seguiría siendo un sitio seguro; eso lo tranquilizaba, porque significaba que al menos Fiordelise estaba resguardada.

Le preocupaba el destino de Ventura, a quien suponía desprovisto de refugio. Por ese motivo, Baldizere Abacqua recorrió las calles contramarea, llamando a gritos que no eran escuchados ni respondidos, hasta que el riesgo fue tan grande y el agua tan

imposible de vadear, que regresó al Palacio Abacqua solo y con el corazón en un puño.

Para sorpresa de los Malatesta, la gallina Clotilda escapó aleteando por la ventana mucho antes de que el agua empezase a entrar en la vivienda que Pelegrina había ocupado en Olivolo. Estaba a tan baja altura que el agua enseguida había llegado hasta la mitad de la pared, y a los mellizos les había parecido que, pese a que la Guardia podía estar buscándolos, la opción más segura era regresar al Hospital de los Incurables y refugiarse en sus pisos más altos.

Al otro lado del Gran Canal.

Salieron de Olivolo antes de que el agua subiese por encima de sus cabezas. En Marzenego la situación era mejor, aunque muchos de los puentes que cruzaban los canales pequeños habían saltado por los aires por la presión de la corriente o habían sido engullidos por el canal, lo cual les obligó a dar un larguísimo rodeo para llegar a Rialto, la única forma de cruzar a pie el Gran Canal y llegar al distrito de Scopulo.

—Pelegrina —llamó Ventura en voz baja.

Por uno de los callejones a su izquierda avanzaba un demonio, tan alto que llegaba al segundo piso de los edificios, cubierto de escamas viscosas, del color del fango del fondo de la laguna. Sus brazos eran largos y colgaban como péndulos, derribando macetas, columnas y estatuas.

Pelegrina tomó la muñeca de su hermano y tiró de ella para alejarse. El agua ganaba altura a ojos vistas.

—Vamos a caminar sobre el murete —propuso ella.

Corriendo por encima del quitamiedos chato y ancho que separaba la ribera del canal, avanzaban más deprisa siempre y cuando no perdieran el equilibrio.

El Palacio Abacqua estaba completamente vacío. Sin la presencia de la nueva señora, que había pasado la tarde y la noche en casa de su hermana, y después de que el señor saltase de la cama con los

primeros truenos y saliera sin dar explicaciones, los criados habían abandonado el lugar para reunirse con sus familias.

Baldizere subió a la entreplanta, la habitación en la que había pasado más horas en los últimos días, y generó una falsa sensación de seguridad a partir de lo cotidiano. Aunque nunca había imaginado que pasaría el fin del mundo anotando gastos e ingresos derivados de la gestión del agua de Santa Eulalia en un libro de cuentas, la actividad le resultó extrañamente reconfortante.

Lo arrancó de su concentración un crujido escalofriante. La casa entera se quejaba. Baldizere permaneció inmóvil un segundo, escuchando. Luego, dominado por un instinto que desconocía poseer, se puso en pie, soltó la pluma y salió del despacho sin detenerse siquiera a recoger el abrigo. Salió de la casa por la puerta de la cocina, que daba a la calle y no al agua, justo a tiempo para ver el Palacio Abacqua doblarse sobre sí mismo bajo la embestida continuada de las enormes olas del Gran Canal. Baldizere huyó de ellas, corriendo hacia la plaza, luchando contra la resistencia del agua, dando brazadas para ayudarse. Perdió uno de los zapatos y dio un traspié, tragó agua salada, creyó que se ahogaba. Se dio la vuelta, sin poder apartar los ojos, ni siquiera para salvar su vida, del hogar en el que había nacido y crecido, que se derrumbaba y era devorado por la inmensidad líquida.

Sin pensar, porque su mente había quedado atrapada en la imagen del colapso del Palacio Abacqua, Baldizere corrió, nadó, buceó, esquivó escombros, góndolas hechas trizas y a los demonios, durante más de una hora.

Vio su ciudad en ruinas, inundada, y supo que si el agua en algún momento se retiraba, dejaría a su paso un paisaje distinto.

En el Jardín descubrió que el *campanile* seguía en pie: la campana *caivo* no dejaba de sonar y varias quimeras sobrevolaban el lugar protegiendo el área de las criaturas. El Palacio Ducal y la Basílica continuaban intactos.

Baldizere entró, descalzo y empapado, por la Puerta de los Escribanos.

33

La salida secreta bajo el puente

El Palacio Bonbolio, situado en el punto más alto del distrito de San Teodoro, se había convertido en un bastión contra los demonios. Una quimera, posada en la logia, se lamía las zarpas de piedra y montaba guardia desde hacía horas. Biasio Bonbiolo la contemplaba desde su sillón. Estaba completamente hundido en él, con las rodillas huesudas dobladas en un ángulo hacia arriba, las piernas demasiado largas para un asiento tan bajo. El cabello le caía en greñas hasta los hombros; su aversión al agua era aún mayor esa noche en la que la laguna conquistaba la ciudad. Él se sentía a salvo, pese a todo, al calor de una chimenea que ardía vivamente. Sonreía, sumergido en el sopor que había adoptado como hogar permanente hacía muchos años, mostrando los dientes grandes y amarillentos.

—Estamos bien —se jactó, como si la construcción del palacio hubiese sido cosa suya.

—Deberías reunirte con la duquesa y los consejeros —sugirió Fiordelise, con la angustia escapándosele por los ojos.

—Estamos bien —repitió él—. Estamos a salvo. Fuera, que llueva. Nosotros estamos bien. —Y para certificarlo, hizo un gesto autoritario con la mano—. Dos copas para celebrarlo.

Su criado dio un paso al frente, pero Biasio sacudió la cabeza.

—¡No, hombre, no! Deja que lo haga mi mujer.

Fiordelise caminó lentamente hasta el aparador que, a un lado del salón, guardaba copas y botellas. Sirvió dos, con cuidado, sin prisa. De espaldas a su marido, deshizo el doblez del cinturón bordado de su

vestido para extraer la botellita de cristal.

—¿Cómo puedes tardar tanto? —se lamentó Biasio—. No es tan difícil abrir una botella. Tantos años esperando para casarme y me tocó la mujer más lenta de la Serena.

Fiordelise desenroscó el tapón, con parsimonia. No le tembló el pulso al vaciar el contenido, hasta la última gota, en una de las copas. Después, escondió la botellita en un rincón del aparador y se volvió hacia su marido.

—Lo siento.

—Mi querida esposa —carraspeó él, con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi querida esposa. La primera vez que te pido que me sirvas algo y lo haces de espaldas a mí.

Ella le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Lo siento —repitió—. Nunca servía nada en mi casa. No sé cómo se hace.

Hizo una pequeña inclinación, con tan mala fortuna que su brazo chocó con el del criado. Una de las copas se le resbaló de la mano y el vino se vertió en el suelo. Flordelise lo contempló, paralizada, como si se tratase de una mala premonición en un sueño.

—¡Manos de trapo! —exclamó Biasio, riendo. Fue una carcajada húmeda, de alimaña vieja y taimada—. No pasa nada, querida. Compartiremos la otra copa. —Hizo un gesto para invitarla a sentarse de nuevo. Ella obedeció con movimientos lentos, cautelosos—. Pruébala, querida.

Fiordelise apretó los labios.

—Qué tontería —forzó una sonrisa y le puso la copa en las manos a su marido—, ya me servirán a mi otra. —Hizo un gesto al criado, que no se movió del sitio—. ¿Tanto he tardado en servirlas que ya no tienes sed? No me hagas el feo, Biasio, por favor.

—El feo —repitió él. Con un ademán rápido, le tendió la copa al criado—. Pruébala tú, Eugenio, hazme el favor. Me parece que no está a mi gusto.

El criado tomó la copa, extrañado, pero sin entender el tenso silencio de Fiordelise. No llegó a llevársela a los labios.

—No —dijo ella—. Tienes razón. Este vino no está bueno. Lo he arruinado, no sé cómo. Será mejor que lo tiremos.

—Nada de eso. —Biasio continuaba sonriendo—. Te voy a quitar

yo a ti las ganas de hacer el tonto con el vino. —Y sin mirar al criado, añadió—: Bebe.

El hombre había pasado la vida sirviendo a los Bonbiolo y no imaginaba que aquello pudiese ser otra cosa que inofensivo. Tomó un sorbo.

—Señor, yo encuentro el vino bien —opinó con amabilidad.

Biasio Bonbiolo miró a su esposa con curiosidad y se reclinó contra el respaldo de su asiento. Había relajado los hombros, se mesaba la barba pensativo, desenredando sospechas infundadas, deshaciéndose de ellas. Le enterneció que Fiordelise, consciente de la tensión que acababa de resolverse, ocultase el rostro entre las manos y se echase a llorar.

—Ea, ea —dijo él, magnánimo—, no es nada. No volverás a servir el vino; ni sabes ni tenemos la necesidad de que lo hagas, por suerte. Nada de disgustos por semejante tontería.

Cuando Fiordelise levantó la mirada, estaba más bella que nunca, con las lágrimas recorriéndole delicadamente las mejillas.

—Gracias —gimoteó—. Me da mucha vergüenza que se haga evidente lo mucho que tengo por aprender. Haré lo mejor que pueda para ser una buena esposa.

Biasio asintió, como si llevase toda una vida preparándose para oír aquella disculpa, obtener aquella entrega.

—Muy bien.

—¡Empezaré ahora mismo! —Fiordelise se puso en pie. La desesperación había desenterrado un recuerdo en su memoria, un recuerdo que nada tenía que ver con su matrimonio ni los Bonbiolo, aparentemente inconexo, que había encajado como la pieza de un rompecabezas—. Deja que te prepare un baño, como sé que mi madre hacía con mi padre.

Biasio Bonbiolo no era conocido por ser un entusiasta de los baños, pero le complacía la idea de la joven y hermosa Fiordelise Abacqua preparándole el agua.

—Date prisa —indicó.

—Toda la que pueda. —No tocó la copa de vino que le había servido el criado. Sabía que Biasio no podría contenerse y, al menos mientras le durase la bebida, estaría entretenido.

Entró en el vestidor deprisa. Sacó el barómetro de Torricelli del

bolsillo del abrigo y, con él, entró en el baño. El caldero de agua estaba lleno, solo tuvo que encender el fuego para empezar a calentarlo. Mientras las llamas lamían el metal, desarmó la caja del barómetro y partió en dos, con un golpe firme, el tubo. Las gotas de mercurio, como bolitas de plata líquida, se derramaron sobre el suelo junto a la bañera.

Fiordelise aguardó en la puerta a que el agua estuviese caliente; después, entró en la habitación caldeada conteniendo la respiración y volcó el caldero en la bañera. Dejó a mano una pastilla de jabón y escondió las toallas en el dormitorio, bajo la cama.

—Ya está todo listo.

Biasio se puso en pie con un suspiro.

—Ayúdame a desvestirme.

Fiordelise esbozó una sonrisa tímida. Entre sus pestañas todavía húmedas, sus ojos parecían inocentes.

—No, no. Aprovecharé el rato para arreglarme yo… No te des mucha prisa. Las mujeres necesitamos tiempo.

Esperó en el dormitorio, sentada en la cama, mientras él se metía en la bañera. Dejó pasar varios minutos y, cuando él le preguntó si estaba lista, le pidió algunos más. Hizo esperar a Biasio hasta que este reclamó las toallas, y entonces aún lo dejó encerrado un rato, fingiendo que las había mandado a buscar.

—Qué diablos… —oyó mascullar a su marido—. Estoy helado… esta agua está muy caliente… No me encuentro bien.

Al otro lado de la puerta, a Biasio le temblaba todo el cuerpo. Empezó a sentir calambres en las manos, los pies, la boca. Le picaban los ojos. Le costaba respirar. Poco a poco, su discurso se volvió inconexo, al mismo tiempo que el corazón se le aceleraba. Se puso en pie, con gran dificultad, la coordinación le falló al intentar salir del baño y cayó al suelo.

Fiordelise, con la nariz tapada, abrió un poco la puerta para mirar. No supo si habían sido los vapores del mercurio lo que lo habían matado o el golpe contra el borde de la bañera, pero Biasio Bonbiolo estaba tendido boca abajo y no respiraba.

Ella abrió las ventanas y cerró la puerta sin hacer ruido. Parpadeó mirándose al espejo, y volvió a sacar el pañuelo para retirar el maquillaje que las lágrimas falsas habían corrido. Sonrió. Cualquiera

sabía que un llanto verdadero no hacía hermoso a nadie. Las lágrimas embellecedoras eran cosa del teatro.

Se sentó junto a la ventana del dormitorio. Aunque llovía furiosamente, el agua seguía dentro del canal, al menos hasta donde alcanzaba a ver. Se sentía extrañamente en soledad. En el Palacio Bonbiolo no había fantasmas, ni siquiera el del joven príncipe acompañaba su silencio, y las estancias se llenaban de sombras sin el leve resplandor de los espíritus. Cuando juzgó que el vestidor estaría ya ventilado, entró, cerró las ventanas y avivó el fuego en la chimenea. Usó las toallas que Biasio no había llegado a utilizar para secar el suelo que la lluvia había mojado y las arrojó sobre aquel cuerpo que no parecía ser ni haber sido nunca humano. Luego, se puso el abrigo marrón y bajó la escalera.

—Mi esposo yace en el baño —informó al servicio—. Ha resbalado y me temo que es demasiado tarde para llamar a un médico. Estoy desolada, debo ver a mi hermano. Necesitaré una góndola. Ocupaos de arreglar el estropicio de arriba mientras estoy fuera.

Algunas criadas intercambiaron miradas. Imaginaban lo que había hecho, pero lo disimularon a la perfección.

—Sí, señora.

La gondolera prendió el farol en la proa de la embarcación y, con gran habilidad, maniobró por la corriente desbocada del canal. Fiordelise, pese a los vaivenes de las olas, viajaba de pie, con la mirada fija al frente, atenta. Si se cruzaban con un demonio, debían avistarlo a tiempo para cambiar de rumbo. No era momento para sentarse.

—Un segundo —Al pasar por uno de los canales en dirección a Marzenego, había reconocido una silueta familiar sobre el Puente de Barattieri—. ¿Es esa Marte? —Se dirigió a la gondolera—. ¡Métete bajo el puente! Hay una entrada secreta.

La puerta era pequeña y oscura, redondeada, lo bastante disimulada para no distinguirse desde fuera y ser fácil de encontrar cuando se buscaba expresamente. Fiordelise la empujó: estaba abierta.

—¿La espero aquí, señora?

—Deja la góndola y espera dentro. La marea está subiendo. —Fiordelise no quería imaginar cómo estaría en otros puntos de la ciudad.

La puerta daba a una pequeña sala con sillones, de la cual salía una escalera hacia arriba. Fiordelise subió pisando solo un escalón de cada dos, agarrada a la barandilla para no tropezar con la falda. En la planta baja, la dueña del casino, Chiara, ayudaba a Marte a ponerse un vestido largo, de fiesta, de un intenso color carmín, para sustituir la ropa empapada que había dejado en el suelo.

—¿Has venido nadando? —preguntó Fiordelise.

Marte lanzó un grito al verla y se lanzó a sus brazos. Chiara dio un paso atrás.

—No sé de dónde sales, pero te la voy a dejar a ti —le dijo a Fiordelise—. Como ves, tengo mucho de qué ocuparme ahora mismo.

En el salón cuyas ventanas daban al canal, otras dos mujeres se esforzaban por contener el agua que entraba por ellas, encharcando alfombras y cortinas.

—Olivolo… inundado —sollozó Marte—. Gianeta…

—¿Qué? —Fiordelise tiró de ella hasta una de las salas contiguas y la hizo sentar en un sofá, a su lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué tienes?

Escuchó horrorizada el relato de su amiga; la crueldad de Vittorio, la impasibilidad de Marga, su sufrimiento, la muerte de Gianeta. La búsqueda infructuosa de su cuerpo, que se había llevado el agua. El dolor al hablar de Marga; Marga, que había intentado protegerla sin atender a lo que necesitaba, cuya fortaleza le permitía amar y gobernar a un hombre como Vittorio sin que él lograse hacerla suya, pero también le impedía admitir que no era capaz de evitar que él conquistara todo lo demás, envolviéndolo en sus redes, envenenándolo.

—Yo sé que Marga me quiere —lloró Marte—, y que no se da cuenta de que no puede querernos a los dos a la vez.

Y después habló de Gianeta, del amor que había perdido, de la vida que el egoísmo y el odio de Vittorio habían extinguido.

—No he podido hacer nada —repetía Marte—, no he podido hacer nada.

Fiordelise escuchó, la acarició y la estrechó entre los brazos, como si de ese modo pudiese contener su pena.

—Ella está ahora en manos de los espíritus —declaró—. Debe estar en estos momentos en el embarcadero de los fantasmas. Tal vez aún la encuentres allí. Debes darte prisa.

—No llegaré a tiempo. —Marte la contempló con ojos grandes y desesperanzados—. Las calles están inundadas.

—Llegarás si te llevas mi góndola —aseguró Fiordelise—. Espera abajo, en la salida bajo el puente. Dile que vas de mi parte. Yo puedo seguir mi camino andando.

Marte le sujetó las manos y se las llevó al pecho.

—Fiordelise, ven conmigo. No puedes quedarte en la Serena.

Ella sonrió.

—Al contrario. Nada me gustaría más que acompañarte, pero el señor Bonbiolo ha muerto, y eso me convierte en consejera y gobernadora de San Teodoro. Voy a reclamar lo que me corresponde por derecho.

34

La Basílica

Mirlo memorizó las conclusiones a las que había llegado apenas unos instantes antes de que se consumiese el cabo de la última vela. A oscuras, bajó los escalones de la biblioteca. No tenía sentido quedarse agazapado en ella, no mientras todavía pudiese llegar al Palacio Ducal; probablemente el punto más seguro de toda la Serena desde que había sonado la *caivo*.

Se llevó la mano al pecho para asegurarse de que el broche con el tritón seguía prendido de su camisa y, a su vez, la bolsa que contenía la Llave Piromagnética continuaba debajo, colgada de su cuello. Apretó los dedos sobre el puño del bastón, a punto de resbalar sobre los escalones mojados.

La planta baja estaba inundada, solo quedaban unos palmos entre la superficie y el techo. Mirlo lanzó una exclamación afligida al pensar en los miles de libros convertidos en pasta de papel, pero no se detuvo. Se enfundó el bastón en la pernera del pantalón, empujado hasta hacer un agujero por la rodilla, para sacarlo por ahí sin que le obligase a mantener la pierna rígida. El puño se le clavaba en el vientre. Agradeció la molestia: le daba la tranquilidad de saber que no lo había perdido, que seguía ahí.

Se deshizo de los zapatos y nadó como pudo hasta donde adivinaba que se encontraba la puerta, pese al lastre que suponía la ropa mojada, y buceó para pasar la cabeza bajo el marco y salir a la superficie en el exterior. La calle entera era un río. El caudal llegaba hasta el segundo piso de los edificios y el agua bajaba con gran

velocidad, hostigada por el viento y la corriente. Mirlo luchó por mantener la cabeza fuera y se dejó arrastrar.

Recorrió varias manzanas hacia el suroeste, hacia Olivolo, antes de chocar contra un puente semisumergido. El golpe lo dejó sin respiración. Aplastado contra el obstáculo de ladrillo, tardó unos segundos en reaccionar; se agarró a la barandilla de metal con fuerza y tiró, moviendo las manos, poco a poco, sin soltar una hasta haber asegurado la otra, arrastrándose por el agua hacia el canal transversal. El último tramo, sin barandilla porque esta volvía a descender siguiendo el arco del puente, tuvo que soltarse y dejarse llevar. Chocó contra la esquina de la calle, se aferró a ella y, por fin, escapó del río.

El pequeño canal en el que se encontraba era más calmado. Mirlo nadó, sintiendo que el cansancio comenzaba a hacerle mella en los brazos, hasta que sintió el suelo bajo los pies. Caminó sin bastón. No se atrevía a sacarlo por miedo a perderlo, de modo que cojeaba con el agua hasta el ombligo, chocando con la madera, dolorido y torcido hacia su pierna buena. No dejó que aquello lo desanimara. Estaba avanzando hacia el Palacio Ducal y eso era lo único importante.

Al doblar una esquina, encontró un demonio que trepaba por la fachada de un palacete y arrancaba a puñados los ladrillos y las columnas. Mirlo contuvo la respiración.

Ahora no, ahora no.

La criatura no reparó en él.

En el distrito de San Teodoro el nivel del agua bajaba. Mirlo sacó el bastón con un gemido de alivio. Anduvo más desenvuelto, pero no a mucha velocidad, con el agua por encima de las rodillas, el suelo resbaladizo y la lluvia y la niebla cegadoras.

El Jardín se había transformado en un cenagal. Ante él, el Palacio Ducal y la Basílica se alzaban como si no pertenecieran a aquel mundo, rodeados de agua pero sin que los demonios pudieran alcanzar sus paredes. Mirlo trotó hacia ellos, con los dientes apretados, soportando el dolor agudo en cada paso. Una quimera, algo más alta que él, de colmillos de piedra mohosa, se interpuso en su camino.

No tenía permitida la entrada al palacio, con blasón de los Abacqua o sin él.

Mirlo contempló al monstruo de piedra, fascinado. De ningún

modo iba a enfrentarse a él. Retrocedió, mirando a un lado y a otro. No podía regresar sobre sus pasos: la tormenta arreciaba y las olas, altas como los palacios, arrasaban el muelle desde el Gran Canal. No se veía la otra orilla, ni siquiera el campanario de San Jorge.

Tras un instante de duda, cojeó hasta las pesadas puertas dobles de la Basílica. Se apoyó en ellas para abrirlas.

Sus pasos resonaron en el atrio, un sonido húmedo sobre el mosaico. Mirlo cojeó hasta la nave principal, parpadeando para acostumbrar las pupilas a la penumbra.

Había velas encendidas cuyas llamas, diminutas en el inmenso y sobrecogedor espacio, bailaban reflejadas en las columnas de mármol.

—No pude hacer nada.

La voz, como un lamento grave y doloroso, retumbó bajo la cúpula. Mirlo respiró un segundo antes de echar a andar siguiendo el sonido.

—¿Hola?

Subió los escalones para encontrarlo al fondo, entre el altar de granito y el iconostasio, iluminado por las llamas. A primera vista, Mirlo pensó que se hallaba tendido sobre una capa de seda granate; después se dio cuenta, con un escalofrío imperceptible, de que era un charco de sangre. El hombre tenía un tajo profundo en el costado. Una mancha brillante destacaba en sus ropajes claros.

—Un imperial —jadeó—, los demonios toman la Serena y un imperial es el único que acude a ver morir al patriarca.

Mirlo lo contempló desde arriba. Inexpresivo. El desprecio en la voz del hombre moribundo le era indiferente.

—Hay que tapar esa herida —aventuró, sin moverse del sitio—. Se va a desangrar.

Lanzó una ojeada en dirección a la puerta; no había forma de traer un médico, no con el temporal gobernando las calles. El patriarca adivinó sus pensamientos.

—Necio —suspiró—. ¿No te das cuenta de que me he hecho esto yo mismo?

El olor a putrefacción que inundaba el ambiente era insoportable. Mirlo clavó la mirada en las ropas del hombre, en sus manos enguantadas, preguntándose qué horrores ocultarían.

—Eso da igual. Una herida es una herida.

—Estoy dando la bienvenida a la muerte. —La voz del hombre era un murmullo lejano—. Es un acto aborrecible, pero no dejaré que los demonios me lleven consigo. Espero que se me perdone. Esta es la única opción que me queda. Así que no se te ocurra tocarme, imperial; esta sangre debe manar.

Mirlo asintió. Con un quejido de dolor, se sentó en el suelo, con el bastón entre las rodillas, y vio cómo se escapaba poco a poco la vida del cuerpo del patriarca.

—Lo he intentado —repetía él, febril, y Mirlo se preguntó si había estado hablando para sí desde mucho antes de que él llegase—. He intentado devolver este lugar a lo que fue, animar a la gente a reunirse como antaño. He movido todos los hilos que pude con la duquesa. Pensé que estaba de mi parte… que compartía mi… —No terminó la frase.

—Lo consiguió —intervino Mirlo, alentador—. Prohibió las fiestas.

Aquello devolvió fuerzas al patriarca.

—Esos demonios malignos y sus adoradores. Hay que pararles los pies. Sí, Veneranda las prohibió, pero esa mujer trabaja para el mal… esa mujer no quiere deshacerse de los demonios… tenía que haberlo sabido. Tenía que haberlo adivinado.

—¿El qué?

—¡Zoquete! ¿No lo ves? Es evidente si lo piensas. Eliminar las fiestas no… No lo hizo para apoyarme a mí o a la Iglesia Olvidada… Lo hizo para romper el pacto, para provocar a los demonios, para que atacasen. No había otro modo de despertar a las quimeras. —El patriarca calló unos segundos. Mirlo pensó que aquellas habían sido sus últimas palabras. Un rato después, el hombre continuó, en un tono de voz más bajo—. Si los demonios cumplen el pacto, no podremos hacer nada contra ellos, pero si lo incumplen… si luchando contra las quimeras están fuera del agua cuando hayan pasado los diez días en los que lo tienen permitido… Entonces la duquesa podrá apresarlos, retenerlos…

—¿Retener a los demonios?

—El Arsenal… —Cada palabra costaba, cada palabra era un tesoro —. La Serena nunca tuvo ejército. Por eso tuvimos que cerrar las fronteras. Si la duquesa las abre… si las abre… necesitará… un ejército.

—Un ejército de demonios. —Cuando Mirlo pronunció aquellas palabras, el patriarca lanzó un gemido de horror. A ambos les asqueaba la idea por igual, aunque sus motivos eran muy distintos.

—Los tesoros…

—Los tesoros permiten gobernar a los demonios —completó Mirlo — solo si se ha roto el pacto. Si los demonios no vuelven al agua antes de mañana…

El patriarca lo miró fijamente. Durante unos segundos pareció que iba a decir algo más, pero la voz se le murió entre los labios. Sus ojos quedaron abiertos, clavados en Mirlo primero y en la bóveda de la Basílica después, cuando el imperial se inclinó para tomarle el pulso.

Seguía vivo, aunque el corazón le latía débilmente.

—La Corona de Sal —musitó, aprovechando que el imperial estaba más cerca.

—La que tenían los Abacqua era falsa —dijo Mirlo—. ¿Tiene la duquesa la verdadera?

—No. —El patriarca emitió un ruido extraño, un chasquido parecido al de la madera al quemarse. Mirlo tardó en darse cuenta de que se estaba riendo—. Se la robé yo. A los Abacqua. La duquesa no podrá aplacar a los demonios; así se la lleven y su alma jamás encuentre descanso en las profundidades de la laguna.

El patriarca se quedó inmóvil. Por segunda vez, Mirlo se inclinó sobre él y le tomó el pulso. La sangre le manchó el pantalón, agua roja mezclada con la del canal.

Lentamente, el imperial se incorporó sobre su bastón. En el inmenso espacio del interior de la Basílica, el repiqueteo de la lluvia parecía remoto. Los ladrillos recubiertos de mármol oriental enmudecían la tormenta; las esculturas, bronces, mosaicos y columnas permanecían impasibles ante el peor temporal que había sufrido la Serena.

Mirlo alzó la lámpara que ardía en el suelo cerca del patriarca y cojeó con ella en la mano hasta la sacristía. La urgencia era aplacada por la sensación de estar congelado en el tiempo. Con diligencia, empezó a abrir armarios y cajones, a revisar estantes, a sacar telas, copas, libros. Estaba cansado y aterido, pero la Corona de Sal estaba escondida en alguna parte y él no iba a detenerse hasta encontrarla.

Tardó varias horas en darse por vencido. En la sacristía no había

ninguna corona.

Regresó a la nave principal de la Basílica. Caminó hasta la entrada principal, acompañado por el golpeteo del bastón contra el hermoso suelo. La luz de la lámpara hacía relucir el oro de los mosaicos.

Examinó cada rincón, cada pared, cada retablo; el baptisterio, el presbiterio, el bello trabajo de orfebrería detrás del altar mayor, las monturas de oro, plata y piedras preciosas, sin detenerse a apreciar su suntuosidad.

Si la Corona de Sal está aquí, a la vista, debe ser en algún sitio donde no llame la atención.

Se detuvo en una de las naves laterales, mirando hacia arriba.

Estatuas. Había estatuas blancas sobre las columnas: los apóstoles, la Virgen con el niño en brazos. Y a sus pies, la Corona de Sal, el tesoro de los demonios, que permitía comunicarse con ellos y gobernarlos.

Los demonios rendidos ante la Virgen, a casi tres pasos de altura.

Mirlo se acercó a las fastuosas barandillas que recorrían una escalera junto a la pared. Subió los primeros escalones antes de dejar el bastón a un lado para apoyarse en el pasamanos. Dudó un instante. Respiró hondo.

Se impulsó hacia arriba con la pierna buena. Le temblaron un poco los brazos, pero pudo flexionarlos e izarse hasta apoyar ambos pies en la barandilla. Se levantó despacio, manteniendo el equilibrio, para apoyar la mano en la pared. Se deslizó sobre el pasamanos, sin levantar del todo las suelas, arrastrándolas. No sabía cómo sería el camino de vuelta: dejaba a su paso un rastro de humedad que hacía resbaladizo el mármol.

Llegó hasta el final de la barandilla. El relieve de la pared le permitió seguir trepando por ella, colgándose de las manos, buscando apoyo con los pies, intentando no dejar caer el peso en la pierna que le dolía. Los músculos tiraban tanto que creía que iban a desgarrarse, pero no se soltó, no bajó, no se dejó caer. Desde arriba, la estatua de la Virgen lo miraba con benevolencia.

El último paso era un salto de fe. Mirlo se impulsó hacia la viga ancha que servía de soporte a las estatuas, las manos en el aire un momento, sin más apoyo que el de las piernas, que lo impulsaron hacia arriba. Una exclamación de dolor, la pierna mala no aguantaba

aquello. La sensación insoportable de caída libre. Y entonces, las manos rozaron el mármol, el relieve de la viga, la esquina, y Mirlo se aupó, el pecho contra la piedra; pataleó en el aire, logró izarse.

Sentado, sin querer mirar hacia abajo, jadeante, alargó las manos y cerró los dedos en torno a la Corona de Sal, rugosa y frágil, humilde, grandiosa.

Solo quedaba bajar hasta el suelo, pero no podía hacerlo con el tesoro en la mano. No lo pensó dos veces. Con un movimiento lento, deliberado, se puso la Corona de Sal en la cabeza. El tamaño era perfecto para él, como si siglos atrás, un miembro de la nobleza serena hubiese decidido hacer un ornamento para conceder autoridad a un imperial.

35

La Máscara de Obsidiana

Los guardias del Palacio Ducal permanecían en la entrada, sin despegar los ojos de las quimeras de piedra que volaban frente a la fachada. Las formidables criaturas permitieron el paso a Fiordelise Abacqua y ellos la saludaron con asombro.

—¿Cómo ha conseguido llegar, señora? ¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo?

—Estoy bien, gracias. ¿Está mi hermano aquí?

—Sí, señora, están todos en la Cámara del Consejo, porque allí no llega el agua. —Y ante la mirada inquisitiva de Fiordelise, el guardia añadió—: Los sótanos se inundan por momentos.

—Dadme una lámpara encendida.

—La acompañaré a la Cámara —se ofreció él.

—No es necesario. Sé a dónde voy.

Sus pasos apresurados resonaron, pese al estruendo de la lluvia, bajo los arcos de piedra. Bajó las escaleras deprisa, dejando atrás el patio para adentrarse en el subterráneo del palacio. Tuvo que agarrarse a la barandilla para no resbalar. La falda no tardó en sumergirse en el agua que le llegaba casi hasta la cintura, aunque Fiordelise apenas se dio cuenta: el trayecto hasta el Palacio Ducal le había empapado el vestido, el abrigo y el cabello.

Era la primera vez que entraba sola en los Pozos, las antiguas prisiones acuosas e infectas, a las que se llegaba bajando una escalera interminable. En lo más alto, los calabozos bajo el techo del palacio, reducidos a un almacén; a los pies, en los sótanos, la fosa en el que

tantos criminales habían pasado sus últimos días. Hacía décadas, desde que la Guardia tenía sus propias instalaciones, que no era habitual encerrar a ciudadanos serenos en ella, pero Fiordelise sabía que esa noche no estaba vacía.

El pasillo era estrecho y de techo bajo. La piedra de las paredes, tosca y suave, tenía los bordes redondeados por el agua que, cada vez que subía y bajaba la marea, conquistaba aquel lugar. En aquel momento, estaba tan lleno que Fiordelise no tocaba el suelo con los pies. Nadó con la cabeza pegada al techo, mirando hacia arriba para mantener la boca y la nariz en el aire. A su derecha, al otro lado del muro sin ventanas, se encontraban las profundidades del canal; a su izquierda, los dieciocho calabozos en los que no entraba la luz del sol.

Fiordelise gritó. No fue una palabra, sino un chillido de angustia: el agua estaba subiendo, ella estaba completamente vestida y lo único que la salvaba de ahogarse era una delgada rendija de aire entre la superficie y el techo. El miedo a que la marea terminase de inundar el pasillo le encogía el corazón.

Un grito en respuesta, también ahogado, también desesperado.

Ella nadó hacia él. Una celda, otra, otra, otra, hasta encontrar la puerta cerrada tras la que estaba encerrado Vivian Zio. Fiordelise tomó aire y buceó hasta dar con el grueso cerrojo de metal. Abrió, entró en el calabozo, y halló al director de la Galería maniatado, luchando por mantenerse a flote solo con las piernas.

Lo arrastró hasta el pasillo, hasta las escaleras, tiró de él, lo sacó al aire, lo sentó en los escalones húmedos.

—Gracias —Vivian Zio lloraba, con el cabello húmedo pegado a ambos lados de la cara, la nariz chorreando, los ojos enrojecidos por la sal—, gracias, gracias.

Fiordelise intentó desanudar sus ataduras, pero la cuerda estaba mojada y sus dedos agarrotados no respondían.

—Lo ayudaré a subir.

Treparon penosamente, a oscuras, porque la lámpara se había apagado en el escalón en el que la había dejado Fiordelise. Ella agarró con fuerza la soga, decidida a no dejarlo caer aunque le doliesen los dedos y le temblasen las rodillas. Un escalón cada vez, subieron la escalera infinita y dejaron que el agua hiciera suyos los cimientos del edificio.

La luz de los relámpagos sobre la laguna entraban por los ventanales de la Cámara del Gran Consejo como ráfagas de viento, sacudiendo a los presentes. Eran menos de los habituales, porque aunque los nobles habían buscado refugio en el Palacio Ducal, no todos habían conseguido llegar, y entre las familias de los gobernadores había algunas ausencias que ocupaban un espacio inmenso: Marte Sartori, Fiordelise Abacqua y su marido, y el señor Vianello.

Este último había quedado a las puertas del palacio, porque un demonio había hecho naufragar la góndola que lo transportaba al partirla en dos con sus enormes fauces de cocodrilo. Su hijo había sido testigo de la tragedia que lo había convertido, de golpe, en gobernador del distrito de Scopulo y consejero de la duquesa; se enfrentaba a ella en aquel momento, con la mirada enturbiada, los puños apretados, la piel tensa, hundida. Zorzi Vianello había perdido su perenne compostura y la había sustituido por una rabia que no conocía templanza ni prudencia.

—Deténgalo —exigió, con un dedo índice tembloroso apuntando a la duquesa—. Deténgalo ahora mismo.

—Irreverente. —Veneranda Bonbiolo chasqueó la lengua como ante un niño descarado—. Puedo disculpar el miedo e incluso la desconfianza, pero la falta de respeto no. Eso sí que no.

—Su Alteza Serena —intervino Marga Sartori, siempre firme, siempre sosegada—, con toda consideración hacia usted, hay que admitir que esto no corresponde a su plan.

—¿Y qué sabrá usted de mis planes, señora Sartori? —La duquesa apretó los dedos alrededor del puño del bastón hasta que los nudillos empalidecieron.

—Lo que usted ha tenido a bien compartir conmigo y el resto de los consejeros —contestó Marga, sin amilanarse—. Estuvimos de acuerdo con lo que nos explicó y nos comprometimos a apoyarla, como es nuestro deber, pero ya a estas alturas se han requerido muchos más sacrificios de los previstos.

—Edificios destrozados, valiosos objetos y obras de arte perdidas, vidas humanas irreemplazables… —A Zorzi se le quebró la voz de pura indignación—. ¿Y usted nos dice que hay que seguir adelante?

¿Que mi padre consintió todo esto?

La duquesa frunció el ceño.

—Su padre, señor Vianello, era un hombre inteligente que sabía los peligros a los que nos exponíamos. Quizá debería usted reflexionar un poco más antes de sugerir abortar un plan en el que él mismo accedió a participar, y no insultar de este modo su memoria.

—No —replicó Zorzi—. No tiene derecho a hablar así de él. A manipularme con su recuerdo. A poner palabras en su boca e ideas en su mente, cuando él no puede rebatirlas.

Marga le puso una mano en el hombro.

—Esto acaba aquí —informó, muy tranquila—. Su Alteza Serena, por favor, mantengámonos unidos. Hay que detener esta barbarie ahora mismo.

Un rayo cayó sobre el mar y habitó durante unos segundos los iris de la duquesa.

—Hay una forma, una sola, de estar unidos —declaró ella. Levantó el cetro, y a su gesto una quimera bloqueó el ventanal, agitando con fuerza las alas de piedra. La multitud, con un coro de exclamaciones de alarma, retrocedió; la criatura aprovechó el espacio para entrar en la Cámara y aterrizar entre la duquesa y sus consejeros—. Si decidís poneros en mi contra, tendré que tomar medidas.

Al otro lado de la Cámara, junto a la puerta, Baldizere Abacqua observaba la situación en silencio. A la duquesa no le había pasado desapercibida su presencia: tenerlo ahí, callado y sumiso, era para ella la prueba de que le había dado el trato correcto hasta entonces. Y si había podido ajustarle las riendas a Baldizere, también doblegaría a Margherite Sartori y a Zorzi Vianello.

—No —repitió Zorzi.

—Debe reconsiderar su posición, Alteza —insistió Marga.

La duquesa sacudió la cabeza, como si lamentase tener que recurrir a soluciones drásticas. Movió el cetro con parsimonia y la quimera abrió las fauces.

Bastaría con matar a uno para dar al otro una lección de obediencia.

El ancho embarcadero de Rialto estaba desbordado. A primera vista, a los mellizos les pareció que alguien había levado el puente; al acercarse un poco más, distinguieron las astillas. Los dos se detuvieron, amparándose en la boca de un pasadizo, para guarecerse de una de las olas que golpeaban las fachadas de los edificios que daban al Gran Canal.

—Volvemos —gritó Pelegrina, por encima del rugido del agua.

Era la única opción. Recularon por las escaleras que llevaban a la plaza de San Bartolomio, desolada sin los puestecillos de venta ambulante que solían acampar en ella.

—Escaleras —jadeó Ventura— en la calle del Lovo.

Siguieron de frente hasta ellas. Subir los escalones los alejó del agua que les llegaba al pecho; un respiro, un estremecimiento por el aire frío contra la ropa y la piel mojadas. No dejaron de correr.

Un demonio los obligó a desviarse hacia la izquierda para alejarse del Gran Canal, después torcieron a la derecha, esquivando un carro de madera, inmenso, que la corriente arrastraba calle abajo, llevándose por delante todo aquello con lo que se cruzase.

—Tenemos que entrar en algún sitio —gritó Pelegrina, pero no sabía dónde meterse y todas las ventanas y puertas, salvo aquellas rotas e inundadas, estaban cerradas.

Recorrieron lo más deprisa que pudieron la calle estrecha que los llevaba al distrito de San Teodoro, al amparo de los altos edificios que detenían el viento y parte de la lluvia. Cambiaban de dirección cada vez que se cruzaban con un obstáculo, un peligro o un demonio; en muchas ocasiones, lo que les aguardaba tras la esquina eran las tres cosas a la vez. Así bajaron por callejuelas pequeñas, resguardadas y oscuras, con una mano en cada pared para no tropezar, hasta que salieron a la plaza de San Fantin.

—El Teatro Fénix —dijo Pelegrina.

Estaban muy cerca.

Cruzaron la plaza, pero al otro lado, justo ante la puerta a la calle del teatro, un demonio cubierto de escamas chapoteaba en el suelo, aburrido o cansado; los mellizos no querían averiguarlo.

Sin decir palabra, Ventura señaló hacia arriba. Pelegrina alzó la vista. Sobre el tejado del teatro, a una distancia fácil de alcanzar, estaban las ventanas a la sala de baile. Una de ellas parecía abierta.

Estaban acostumbrados a trepar, por lo que no les costó subir por la pared hasta las tejas húmedas. Con cuidado de no resbalar ni hacer ruido, para no provocar al demonio, se deslizaron sobre el tejado hasta la ventana.

Pelegrina entró primero. Sus pasos resonaron en el suelo de la sala, amplia y vacía. Agarró el brazo a su hermano en cuanto lo sintió a su lado, y tiró de él hacia la puerta al fondo de la sala. La intuición le decía que debía alejarse del demonio, que fuese lo que fuese, lo que estaba haciendo ahí fuera no podía ser nada bueno.

Acertó.

En la calle, el agua se filtraba entre las baldosas del suelo, invocada por la criatura que retozaba sobre ella, salpicando en todas direcciones. El caudal creció hasta convertirse en una fuente, una columna de agua que salía con más rapidez de la que las calles eran capaces de soportar. Trepó por los edificios, rompió ventanas e invadió el interior de las casas y del teatro.

Los mellizos corrieron hacia el interior y cerraron la puerta de la sala de baile. Se apoyaron contra ella para que el empuje del agua no pudiera tumbarla.

—¡Aguanta! —Pelegrina se separó de su hermano para arrastrar hasta él la vitrina de madera y cristal que había en un rincón.

Entre los dos, la colocaron frente a la puerta.

—No resistirá mucho —advirtió Ventura.

Se apartaron de ella. Con un crujido desagradable, la puerta cedió a la presión del agua, precipitando la vitrina sobre ellos. Ventura tiró de su hermana, apartándola, y ambos se refugiaron tras la barra de cafetería que había a un lado. Los objetos que había contenido la vitrina se desparramaron por el suelo de la habitación y fueron casi inmediatamente bañados por el agua que fluía por el hueco de la puerta.

Pelegrina saltó hacia la salida, pero la única que comunicaba con el resto del teatro estaba cerrada con llave. Se dio la vuelta, entendiendo, en un instante de desgarradora claridad, que se habían metido en una ratonera.

Entonces vio la máscara.

Una *bauta* negra, de piedra, medio hundida en el agua.

La levantó con reverencia. El torrente le envolvió las piernas, pero

Pelegrina no se dio cuenta. Lentamente, se colocó la máscara, se arrodilló en el suelo y, para sorpresa de su hermano, metió la cabeza bajo el agua.

—¿Qué haces?

El peso de la piedra era incómodo, pero la máscara se ajustaba a sus rasgos a la perfección.

Pelegrina se la quitó.

El tiempo se detuvo un momento, mientras ella era transportada unos días atrás, cuando estaba agazapada sobre el muro cerca del Hospital de los Incurables y veía cómo se llevaban a su hermano, convencida de que lo matarían. Después, en un abrir y cerrar de ojos, revivió todas las ocasiones en las que se había visto tentada por la posibilidad de dejarlo atrás, de abandonarlo para sobrevivir, de arreglárselas por su cuenta, porque ella era más lista, más hábil, más dura.

Si el mundo está lleno de sombras, lo que importa es quiénes somos en la oscuridad.

—Ventura —llamó, con voz ronca—. Es la Máscara de Obsidiana.

Su hermano se había subido a la barra. Ella se encaramó a su lado, aunque el agua seguía subiendo y no pasaría mucho tiempo antes de se fuese a estar igual de mojado arriba que abajo.

—¿Qué hace aquí? —Pelegrina podía adivinar los ojos de Ventura en la oscuridad.

—Da lo mismo —cortó ella—. Funciona.

Para uno de ellos.

Le tendió la máscara. Ventura no la tomó.

—Para uno de nosotros —murmuró, haciendo eco de los pensamientos de ella—. ¿Y el otro, qué?

La Máscara de Obsidiana permitía respirar bajo el agua al que la tuviera puesta.

Si para sobrevivir tengo que ser tan dura que te fallo a ti, entonces no merece la pena.

Pelegrina había mentido a su hermano en muchas ocasiones, pero aquella vez había dicho la verdad.

—Nos la turnamos —propuso—. Aguantamos lo que podamos sin ella y nos la vamos pasando.

Ventura asintió.

—Tú primero.

El torrente de agua abrió huecos en la fina pared que separaba las salas apolíneas de la de baile, hasta romperla por completo, y una riada invadió la habitación. El aire aprovechó la forma de huir y ser reemplazado por el agua.

Sentados uno frente al otro con las piernas cruzadas sobre la barra, los mellizos se agarraron las manos. Pelegrina inclinó el torso hacia delante, apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y dejó que él hiciera lo mismo en el suyo.

El agua subió hasta cubrirles las rodillas, la cintura, el pecho, el cuello.

—Perdóname por abandonarte —susurró Pelegrina.

—Está olvidado ya —respondió Ventura.

Ella se apartó de él para ponerse la máscara. Nadaron hasta que el agua llegó al techo; entonces, Pelegrina sostuvo la cara de Ventura entre las manos mientras él aguantaba el aire. Sus cuerpos se hundieron lentamente. Ella aguantó hasta que su hermano empezó a gesticular, pidiendo la máscara, y le sujetó las muñecas para impedir que se la quitase. Lo contuvo mientras se debatía, sintiendo que se le rompía el corazón cuando Ventura entendió que lo había engañado.

Pelegrina atrajo a su hermano hacia sí cuando perdió el conocimiento y su cuerpo quedó blando y suave en el agua, como un bebé antes de nacer, cómodo, calmado. Solo entonces se quitó la Máscara de Obsidiana y se la puso.

No permitirá que te mueras.

Conteniendo la respiración, intentó remolcarlo a través de la puerta hacia el exterior, pero el agua continuaba entrando, dispuesta a derribar las paredes del teatro, y Pelegrina no era capaz de nadar a contracorriente. Soltó a Ventura. El peso de la máscara lo condujo al suelo, de cara, donde se quedó flotando boca abajo.

Perdóname por abandonarte.

También ella se desmayó poco después, con los pulmones llenos de agua, sin un tesoro legendario que la salvase. No despertaría más, aunque su hermano sí. Ventura se marcharía con la Máscara de Obsidiana en la mano, mucho tiempo después de que ella hubiese partido a donde él no podía seguirla, cuando el agua se hubiese retirado, y deambularía por las calles con medio corazón en el pecho,

y dejaría caer la máscara al cruzar algún puente que quedase en pie, y no sería capaz de recordar nunca el rumbo que siguió durante esas horas oscuras.

Aunque eso no sucedería hasta la madrugada, y en el instante en el que Pelegrina dejó de respirar aún no había llegado la medianoche.

36

Baile de fantasmas

La gondolera llevó a Marte Sartori hasta la Sacca della Misericordia, pero se negó a acercarse al Casino de los Espíritus, el edificio cuadrado, de paredes rojizas y gran jardín recogido entre muros. Todos los ciudadanos de la Serena sabían que aquel era el punto de encuentro de los espíritus inquietos y vagabundos; barqueros y pescadores se negaban a navegar cerca una vez se ponía el sol, espantados por los ruidos, silbidos y truenos que se escuchaban en aquel lugar incluso en las tardes más despejadas.

Aquella noche la tormenta se oía en toda la ciudad, pero el agua no había invadido el Casino de los Espíritus, porque los demonios no perseguían a los muertos. Marte, empapada y con el corazón en un puño, hizo el último trecho del camino a pie. Las copas de los árboles, que la miraban asomando por encima de los muros de ladrillo, y las estatuas blancas que los adornaban, fueron testigos de su sorpresa al encontrar la puerta abierta. Aquel palacio, abandonado por la familia Contarini siglos atrás, estaba deshabitado desde entonces, y hasta entonces, Marte siempre había visto el jardín cerrado.

Nunca se había acercado más que de día.

Cruzó las puertas, que daban paso a un amplio vergel bien cuidado, con hierba recortada, parterres de flores de invierno y árboles hábilmente podados. La entrada al casino estaba abierta también, y se veía luz en su interior. A Marte le pareció oír, entre la lluvia y los truenos, una suave música. El lugar parecía acogedor e invitaba a pasar, pero Marte no se atrevió a acercarse. Conocía las

historias del Casino de los Espíritus, sabía los nombres de los fantasmas de personas famosas, artistas y escritores, que según las leyendas frecuentaban aquel sitio. Aunque la tentación fuese grande, no dio un solo paso en dirección a aquella reunión a la que no había sido invitada.

Caminó pegada a la fachada hacia la parte trasera, que daba a la laguna, en la que se encontraba según los rumores el embarcadero de los espíritus, al que habían ido los fantasmas de los miles de muertos por la peste del Hospital de la Misericordia para ser transportados al cementerio en la Isla de los Muertos.

Marte se detuvo en la esquina para mirar al otro lado, sin atreverse a doblarla. El embarcadero era antiguo, de madera mohosa y podrida, pero amarrado a uno de los pilotes había una magnífica góndola fúnebre, de casco negro como una despedida silenciosa, iluminada por velas y antorchas que la lluvia no podía apagar. Su arco estaba decorado con una quimera de oro, el símbolo de la Serena, y en la popa se sentaban dos ángeles de hierro con las alas abiertas. Un cortejo de fantasmas, translúcidos y levemente luminosos, esperaba de pie alrededor del féretro, que ocupaba el centro de la góndola, resguardado de la lluvia por una cubierta con pesadas cortinas color granate. Dos de los fantasmas, con dulzura, cubrieron con la tapa del ataúd al cadáver, elegantemente vestido y cubierto de flores, antes de desamarrar la góndola.

Durante unos segundos, Marte se dejó conmover por el cuidado con el que los espectros recibían a los recién muertos. Aquella noche tendrían mucho trabajo, botando una góndola fúnebre por cada uno de los cientos de ahogados, y ella sintió un ramalazo de agradecimiento porque se le permitiese presenciar aquel acto, mientras el resto permanecía invisible a sus ojos.

Era su única oportunidad de seguir a Gianeta en aquel viaje sin retorno. Marte echó a correr, atravesando a los espíritus, sin estremecerse siquiera al darse cuenta de que cuatro de ellos, los que despedían la embarcación, no tenían cabeza ni mano derecha. Ninguno de ellos se inmutó ni trató de impedir que la muchacha embarcase.

Cinco fantasmas continuaban sobre la góndola; cuatro de ellos empuñaban los remos y el quinto, con traje y sombrero con pluma,

oteaba el horizonte. Marte se agachó junto al ataúd, pegando la piel húmeda de su rostro a la madera fría, mientras la embarcación surcaba las aguas de la laguna, despacio, con parsimonia, con un sosiego arrullado por el choque rítmico de los remos en el agua e indiferente al escándalo de la tormenta sobre ella.

A su espalda quedaron las luces en las ventanas del Casino de los Espíritus, tal vez las únicas que la tempestad y los demonios no lograrían apagar, y ante ellos, en aguas más tranquilas, la Isla de los Muertos, que reinaba imperturbable en la laguna nocturna, y sobre la cual no había una sola nube.

Las estrellas iluminaron a los fantasmas cuando la góndola chocó contra el embarcadero y estos desembarcaron para amarrarla y, con inmenso respeto, levantaron el ataúd sobre sus hombros. Lo bajaron a tierra. Marte, temblorosa, saltó tras ellos y los siguió a través de las grandes puertas del cementerio.

Una figura esperaba, de pie, frente al antiguo monasterio de San Cristoforo, tan pálida e inmóvil como una de las estatuas.

—La están esperando —saludó a los fantasmas. Ellos, siguiendo su indicación, desfilaron con el ataúd hacia la parte posterior del cementerio.

Marte no se atrevió a adentrarse más. El aire se había vuelto frío e inhóspito; una advertencia de que no era bienvenida en aquel lugar. Al ver alejarse el féretro que transportaba a la persona a la que más había querido, la fuerza la abandonó; cayó de rodillas al suelo y se encorvó, con la cara oculta tras las manos y los sollozos sacudiéndole los hombros. Sentía que había traído, encerrada en el pecho, la tempestad que había dejado atrás en la Serena.

Una mano huesuda se posó en su hombro.

—Niña, ¿tú cómo has llegado hasta aquí? —Y cuando Marte alzó la mirada hacia la Guardesa del Cementerio, incapaz de responder entre hipidos, ella señaló con un gesto de la cabeza la dirección en la que se había marchado el cortejo fúnebre—. ¿Era amiga tuya?

Marte apretó los dientes y endureció la mirada.

—No.

La Guardesa asintió, comprensiva.

—Estará bien —aseguró—. Todos lo están. —Tras una pequeña pausa, en la que fue evidente que Marte ni pensaba regresar a la

Serena ni tenía cómo hacerlo, añadió—: ¿Quieres verlo?

—¿Puedo?

—Sí, si yo te acompaño; pero más vale que no interrumpas. Están recibiéndola ahora mismo.

Marte se incorporó, con el vestido empapado y manchado de barro, la cara llena de churretones y temblando. Pensó, por un instante, en la mirada reprobadora de su hermana: nunca había estado menos cerca de su ideal de señorita. En la Isla de los Muertos, aquello daba lo mismo: la Guardesa echó a andar sin esperarla y Marte, recogiéndose la falda, tuvo que correr para alcanzarla.

Cruzaron la necrópolis con sus estatuas y jardines, hasta llegar al muro que la separaba del cementerio asilvestrado donde se enterraba a los imperiales y a aquellos sin dinero para asegurar una plaza privilegiada. Aquel lugar era amplio, aunque a primera vista pareciese atestado de árboles y maleza, como un bosque salvaje. A los pies de los troncos, como setas en un claro, había lápidas torcidas, rotas y resquebrajadas, tumbas sobre las que había crecido la hierba, e incluso alguna estatua desmembrada.

El bosque de los muertos habría resultado un lugar tenebroso de no ser por la suave luz azul que emitían cientos de fantasmas, iluminándolo como estrellas en el cielo despejado. Marte había visto, con frecuencia, los espíritus que habitaban el Palacio Abacqua, pero aquella multitud le pareció apabullante. No se veía el final del cementerio, completamente repleto de espectros vestidos de gala, con grandes vestidos de distintas épocas, trajes, joyas, lazos y plumas.

Sus conversaciones se vieron interrumpidas con la llegada del ataúd, que fue depositado en el suelo. Los fantasmas, con ceremonia, apartaron la tapa.

Marte dio un paso al frente, pero la Guardesa del Cementerio colocó el brazo ante ella para detenerla. Estaban de pie junto al muro, y ninguno de los espíritus se había percatado de su presencia.

Dos espectros se adelantaron, destacando entre la multitud. Eran una dama alta, con cabello largo y recogido en un peinado elegante, y una mujer de ojos chispeantes y labios finos contraídos en una sonrisa divertida. Iban agarradas del brazo, con una intimidad que Marte supo reconocer, y llevaban vestidos de fiesta desmedidos y fastuosos; un capricho después de la muerte que nadie podía negarles.

—Esta es protegida nuestra —declaró la primera mujer, con una sonrisa en la que la altivez se mezclaba con el orgullo.

En aquel momento, Gianeta se incorporó dentro del ataúd y miró alrededor, desorientada. Rodeada de miradas alentadoras y sonrisas del resto de los fantasmas, se levantó y pisó con cautela la tierra. También ella había perdido la corporeidad y emitía un extraño resplandor.

La dama más alta dio un paso hacia ella, ofreciéndole las manos.

—La Rosa de la Serena —saludó con calidez—, y bien ganado que tienes el sobrenombre. No te preocupes. Estás precisamente en el lugar correcto y te estábamos esperando.

—Querida —agregó la otra—, has sido excepcionalmente valiente. Estamos muy orgullosas de ti.

—No he hecho nada —respondió Gianeta. Al oír su voz, Marte tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no lanzarse hacia ella—. Me echó el señor a la calle…

—Y tendrá que responder por eso cuando llegue el momento. Has sido valiente porque has vivido como tenías que vivir.

Gianeta tomó aire, sin saber qué decir. Miró a ambas mujeres y al resto de los fantasmas que la contemplaban como si la conociesen, cohibida.

—¿Quiénes son ustedes?

—Helena —se presentó la dama alta—. Y ella es Isabetta.

Los espectros que observaban se adelantaron para decir sus nombres, sostener la mano de Gianeta y regalarle palabras de aliento. Una música de orquesta parecía surgir de algunas tumbas. Allá a donde Gianeta miraba, solo veía sonrisas, personas que hablaban, bailaban y se besaban, y de todos los rincones del cementerio parecían llegar cada vez más y más espectros. Helena tomó una de sus manos e Isabetta la otra.

Nunca se había sentido más ni mejor acompañada.

—¿Celebráis el carnaval? —preguntó.

Un hombre de rasgos rectos, cuidadosamente afeitado, hizo girar a su pareja de baile. Se rio en voz alta.

—Todo lo contrario. Los muertos no llevan máscaras.

—O exactamente eso —contradijo Isabetta—. Como en el carnaval, aquí no existen distinciones.

—En cualquier caso, tenemos que vestirte acorde a la ocasión —señaló Helena, divertida—. Si no tienes ideas, Isabetta puede ofrecerte su consejo y experiencia.

El vestido de Gianeta, lleno de flores, ganó vuelo y se convirtió en una cascada de olas, un mar brillante de color plata. Ella lanzó una exclamación. Entonces, tres ancianas espectrales llamaron su atención.

—Son familia —murmuró la Guardesa del Cementerio, sobresaltando a Marte—. Tres de miles, seguramente.

Helena e Isabetta soltaron las manos de Gianeta, que se dejó arrastrar por las ancianas. Aunque Marte se puso de puntillas, si se mezclaba con el resto de los fantasmas no podría seguirla con la mirada, y tuvo el presentimiento de que aquella sería la última vez que la vería. Feliz, radiante, rodeada de espíritus que la querían; pero cada vez más lejos de Marte, sin una despedida y con la promesa cruel de que sus labios no volverían a encontrarse.

Marte no pudo soportar aquella certeza.

Sin dar tiempo a que la Guardesa reaccionase, echó a correr hacia delante y cayó de rodillas ante las dos mujeres de vestidos elegantes y actitud altiva de la eternidad.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Por favor, aceptadme entre vosotros también a mí!

Helena Corso hacía muchos años que no atendía peticiones de mortales; ni siquiera oyó su súplica desesperada. Tenía los ojos clavados en la fiesta que había conquistado, como todas las noches, cementerios y palacios, lugares abandonados y espacios vacíos que erizaban el vello de los vivos, porque eran capaces de percibir que aquel no era su sitio todavía.

Marte dejó escapar un gemido largo, desgarrado. Había perdido a Gianeta por segunda vez, no era capaz de distinguirla en la neblina luminosa de los fantasmas. La Guardesa avanzó hacia ella, dispuesta a levantarla por los hombros y sacarla de allí antes de que despertase la furia de los muertos.

Sin embargo, había alguien que había escuchado su ruego y se había sentido conmovida por él, porque ese mismo deseo había crecido en su interior y dejado una cicatriz. Isabetta Strazzaruola contempló a Marte con ternura y, con un movimiento discreto, tiró de la manga de Helena.

—Mi amor —llamó con voz queda.

No solo ellas se fijaron en Marte; también el resto de los espectros que la rodeaban, y de pronto la joven se vio examinada por un corro de ojos inquisitivos.

Uno de los espíritus se separó del grupo para arrodillarse frente a ella. Marte dejó que las lágrimas le rodasen por las mejillas cuando Gianeta alzó las manos y fue incapaz de rozar las suyas.

—Marte, has venido —dijo ella, con ternura—, has venido, pero no puede ser a acompañarme, sino solo a despedirte, porque yo quiero que tú vivas.

—Yo solo quiero estar contigo —insistió Marte—, no importa dónde mientras sea para siempre.

—Eres terca como una mula. —Gianeta se reía y lloraba a la vez, si es que los fantasmas podían llorar—. Tienes que irte.

—¿Cómo? —A Marte se le contagió la risa; Gianeta lloraba de emoción y ella reía de pena—. ¿Nadando?

Entonces sucedió lo extraordinario, y tal vez porque el llanto y la risa se encuentran en algún punto intermedio entre la felicidad y la tragedia, ellas se hallaron en la frontera entre dos mundos y pudieron entrelazar los dedos.

—Lo siento —dijo la Guardesa del Cementerio, con los labios apretados y aire huraño—. No debí traerla.

Helena Corso la miró, pensativa. No respondió. Fue Isabetta la que, con voz de seda, interrumpió el silencio:

—Hace mucho tiempo que insistí en seguir a mi enamorada a la muerte —recordó—. Juntas o nada, ¿no es eso? —Sonrió fugazmente a Helena—. Pudimos irnos para siempre, pero nos quedamos aquí, e igual que fue señora del Palacio Corso, es ahora señora de la Isla de los Muertos, dado que todos los demás somos lo bastante amables como para consentírselo.

Se oyeron algunas risas quedas entre los fantasmas.

—E igual que tú eras señora de mi corazón entonces, así lo eres ahora —completó Helena—. Y sé lo que me vas a pedir.

—Amor mío —Isabetta ladeó la cabeza y ninguna criatura, viva o muerta, habría podido negarle nada—, nos quedamos aquí para asegurarnos de que las que vinieran después de nosotras pudiesen tener todo lo que nos arrebataron. —Helena Corso asintió, sin añadir

nada, e Isabetta se volvió hacia Marte y Gianeta—. Queridas, si deseáis asistir a la fiesta eterna, siempre tendréis un sitio entre nosotros; pero sois jóvenes y se me ocurre que podéis tener otras cosas que hacer. Siempre habrá tiempo para acudir en el futuro.

Casi sin darse cuenta, Marte se llevó las manos, con las de Gianeta entre ellas, al pecho.

—En la Serena no podremos… Mientras yo sea Marte Sartori…

—Afortunadamente, eso es una minucia —respondió Helena Corso, y había algo de afecto en su tono arrogante—. La Rosa de la Serena necesitará un cuerpo nuevo, al fin y al cabo. No seréis Marte ni Gianeta —advirtió—, pero estaréis juntas. O bien seguiréis siendo vosotras, aquí, para siempre.

Gianeta miró a Marte a los ojos. No necesitaron hablar. Las dos leyeron con facilidad la decisión en los iris de la otra. Se pusieron en pie y Gianeta regresó junto a sus tres antepasadas para despedirse.

La música tomó fuerza. Marte, mareada, se dio cuenta de que, aunque seguía erguida, había caído de rodillas y después de bruces al suelo. Su cuerpo estaba tendido en la tierra del cementerio, con el cabello revuelto y el vestido embarrado, y ella había quedado por encima, desvinculada de él, huérfana del mundo tangible.

—Mi vida.

La reconoció por el retrato del salón: el cabello ondulado, como el de su hermana, los ojos almendrados, la mirada amable, mucho más que la de ninguna de sus hijas. Tras ella estaba su marido, alto, recto, con mejillas redondas y pelo encrespado que Marte había heredado.

Aunque Marte había imaginado mil conversaciones con sus padres, nunca había imaginado que les preguntaría:

—¿Estoy muerta?

—Estás en una encrucijada, a punto de cambiar de rumbo —respondió su madre.

El peso creció en el pecho de Marte. Tenía muchas dudas y la sensación de que pronto perdería la oportunidad de hacerlas.

—¿He elegido bien? —Tenía la lengua seca, pegada al paladar—. Creo que no he hecho todo lo que vosotros hubierais querido —confesó.

Su madre alargó la mano para apoyarla en su mejilla.

—Marte, hija mía: nunca hemos deseado que escojas otra cosa que

la vida, el amor y tu felicidad. Lo estás haciendo muy bien. —La señora Sartori sonrió con una emoción que ninguno de los artistas que la había retratado había sido capaz de captar—. Tu hermana lo ha hecho también lo mejor que ha podido. Y aunque muchas de sus decisiones han sido acertadas, hay otras que le pesarán. Si vuelves a la Serena…

—Sí —prometió Marte—. Sí, mamá. No te preocupes.

Ella la estrechó entre los brazos, y el señor Sartori las rodeó a ambas con los suyos.

—Gracias, hija —murmuró.

—Es muy importante que no se quede sola —añadió su madre—. Eres toda la familia que le queda.

Marte se retorció las manos. La emoción la volvía torpe.

—Es mucha responsabilidad —balbuceó—. Hasta ahora lo único que ha dependido de mí ha sido irrelevante. Marga dice que siempre estoy perdiendo el tiempo en el teatro. —La idea de que sus padres no la conocían se le hizo insoportable—. Pero sé dibujar bastante bien —compartió, apresuradamente— y he actuado en algunas obras. No soy muy buena —convencida de que estaba hablando sin sentido y, a la vez, no siendo capaz de encontrar las palabras que habría querido decir, empezó a llorar de nuevo—, pero ojalá hubierais podido verme.

—Mi niña —su madre se separó para acariciarle el rostro, secando sus lágrimas—, te hemos visto todas las veces.

—Marte Sartori —la llamó la voz de Helena Corso, que instaba a ser obedecida—, ven a recibir una nueva vida.

Con una última mirada a sus padres, que se abrazaron al separarse de ella, Marte se acercó a donde la esperaban Gianeta y el resto de los fantasmas. Se detuvo frente a su enamorada, que le tendió las manos. Ella las aceptó. El aire estaba cargado de energía, la luz de los fantasmas rivalizaba con la de los astros celestes.

El mundo empezó a girar en torno a ellas hasta volverse borroso; una neblina resplandeciente las rodeó. Marte no veía nada ni a nadie salvo a Gianeta, y lo único seguro era el contacto de sus manos. Entonces estas cambiaron, y ante sus propios ojos, los rasgos que tan bien conocía se convirtieron en otros, y el espíritu de la muchacha que fue habitó un cuerpo nuevo, nacido del puro deseo de vivir, y aunque Marte no podía verse, supo que lo mismo le estaba pasando a ella. El

contacto de su piel con la de Gianeta se volvió cálido, concreto, real.

Cuando notó de nuevo el suelo bajo sus pies, la música había desaparecido y no había una fiesta a su alrededor. Un viento frío le puso la piel de gallina. Estaba desnuda, igual que la joven que había frente a ella, que era Gianeta aunque no fuese ella.

La Guardesa del Cementero suspiró, mirando el cuerpo que había en el suelo, junto al ataúd. El cadáver de Marte Sartori.

—Las enterraré juntas —comentó, lacónica—. Aunque primero voy a daros algo de ropa, o vuestras nuevas vidas serán más breves de lo esperado.

Gianeta se llevó la mano a la boca, conteniendo una carcajada. Marte sonrió. Estaba exultante, llena de energía. No había escogido un camino en la encrucijada: se había salido del que le habían marcado toda su vida, y descubierto que nada le impedía explorar campo a través, tomando la dirección que le apeteciese en cualquier momento.

Tomadas del brazo, sin querer soltarse nunca, siguieron a la Guardesa hasta el antiguo monasterio. Se vistieron sin mirar las prendas que les fueron entregadas: no podían despegar la vista la una de la otra, bebiendo de las nuevas facciones, los nuevos colores, los nuevos gestos. Eran irreconocibles y, al mismo tiempo, las de siempre, y ambas amaban esas caras desconocidas que veían por primera vez.

Volvieron a la Serena en una barca desvencijada que pertenecía a la Guardesa del Cementerio, cada una con un remo. Ellas no lo veían, pero las rodeaba un aura protectora y luminosa, blanca y azul, que ni las olas ni la tempestad ni los demonios se atrevían a romper.

37

El Cetro de Aguamarina

La sacudida hizo temblar el mismísimo Palacio Ducal, estremeciendo a los presentes. Incluso la quimera permaneció inmóvil, a la escucha. La duquesa respiró hondo, como quien se pliega a lo inevitable. Había llegado el momento.

—No hay marcha atrás —pronunció en voz alta, más para sí misma que para los demás—. Los demonios han llegado al Jardín y nos están rodeando. Solo nos queda aguardar a que las quimeras hagan su trabajo.

—Su Alteza Serena —llamó Baldizere Abacqua. Todas las miradas se volvieron hacia él—, ¿qué sucederá si las quimeras no pueden con ellos?

Ella lo miró con expresión grave.

—Si el poder del Cetro de Aguamarina no es suficiente, estaremos a merced de los demonios; y no habrá más que agradecer a tu familia por ello, porque nos habéis despojado de la Corona de Sal, que era una pieza fundamental del plan —respondió con amargura—. Así que por vuestro bien y por el de todos, esperemos que las quimeras sean nuestra salvación; que conduzcan a los demonios al Arsenal, que los conviertan en el ejército que proteja nuestra ciudad de todos aquellos que quieren reclamarla como propia.

—Las quimeras son la fuerza de la Serena —dijo Baldizere, en tono de humilde admiración—. Fueron creadas para esto y llevan siglos preparándose. No nos decepcionarán.

La duquesa asintió aprobadora en su dirección. En el centro de la

Cámara, la quimera de piedra continuaba de pie y vigilando a Zorzi Vianello y a Marga Sartori, aguardando una seña con el cetro para atacar.

—Son la fuerza de la Serena —repitió la duquesa— y como tal, castigarán a todo aquel que se oponga a los intereses de la ciudad, sea demonio o humano.

—Su Alteza Serena —Baldizere Abacqua hizo una leve inclinación antes de acercarse a ella—, estoy convencido de que ninguno de los consejeros alberga el deseo de oponerse a los intereses de la Serena. Están asustados, por supuesto, ¿y quién no, en estas circunstancias? El miedo nos insta a rebelarnos incluso ante aquellos que nos protegen y a quienes debemos la lealtad más absoluta.

Ella negó con la cabeza. Se acercó a Baldizere con una sonrisa dulce y cruel, hasta colocarle la mano en el hombro. Junto a ellos, el ventanal mostraba la cara más terrible del agua, el oleaje, la tempestad. La duquesa habló en voz baja, pero se la oyó en toda la Cámara.

—No hay excusa para la deslealtad —declaró—. Lo que tenéis que entender todos es que a quien hay que tener miedo aquí es, en todo caso, a mí.

Baldizere hizo una reverencia. En el exterior, el viento furioso que azotaba la ciudad hizo tañer al *maléfico*, la voz de una antigua profecía. La duquesa había apartado la mirada del joven; su rostro solo expresó sorpresa cuando él, al levantarse, la agarró por las piernas y la empujó hacia arriba. La mujer abrió las manos, intentando agarrarse a él, y el cetro cayó, rodó por el suelo y se detuvo con un quejido a los pies de la quimera.

El cuerpo de la duquesa chocó contra la vidriera del ventanal. Baldizere la soltó, el bastón cayó a un lado, la madera del marco se quebró. Con un aullido, el viento se coló en la Cámara del Gran Consejo y la duquesa, a su vez, salió al exterior y se precipitó hacia abajo para hundirse en el agua del canal desbordado, que cubría el paseo.

Muchos corrieron a asomarse. La duquesa no volvió a emerger, pero pudieron ver movimiento bajo las olas: tentáculos, colmillos, aletas; los demonios aprovecharon la ocasión de abalanzarse sobre la cabeza de la ciudad, aquella que había azuzado las quimeras contra

ellos.

La multitud, patidifusa, contempló a Baldizere en silencio durante un rato largo.

Entonces, Marga Sartori dijo:

—Propongo al gobernador del distrito de Marzenego, Baldizere Abacqua, como duque de la Serena; y si los demás gobernadores están de acuerdo, seré su consejera y me pondré a mí misma y al distrito de Olivolo a su servicio.

Solo un instante después, Zorzi dijo:

—Secundo la propuesta y reconozco a Baldizere Abacqua como duque de la Serena.

Y entonces, desde la puerta, una voz suave, que no necesitaba alzarse para ser escuchada, añadió:

—Como gobernadora del distrito de San Teodoro, reconozco a Baldizere Abacqua como duque de la Serena.

Fiordelise miró a los demás, esperando preguntas que no llegaron. Marga Sartori asintió y esbozó una pequeña sonrisa. Las explicaciones vendrían más tarde.

Baldizere le sostuvo la mirada a su hermana, callándose todo lo que hubiese querido decir, guardándose el impulso de acercarse a ella, abrazarla y olvidarlo todo. Fiordelise no se movió del sitio.

Había otros deberes que reclamaban la atención de Baldizere.

Se acercó a la quimera con movimientos lentos. La criatura vigiló con atención mientras él se inclinaba, exponiendo la nuca, a recoger el Cetro de Aguamarina. No lo atacó. Cuando se incorporó, Baldizere se dio cuenta de que no lo observaba como a una presa, sino como a un líder.

No demasiado lejos del Palacio Ducal, al norte de Olivolo, las casas se inundaban. Los adultos habían sacado a los niños a la calle, y en la Plaza de Zanipolo seis de ellos estaban agarrados a la estatua ecuestre que Verrocchio había dedicado a Bartolomeo Colleoni. Desde ella, sin soltarse de las patas del caballo, podían ver cómo solo los pisos superiores de la imponente iglesia de San Zanipolo sobresalían por encima del agua.

Uno de los más pequeños lloraba, asustado al no ver a sus padres.

—*Ya asoma la luna, luna, luna* —empezó a cantar el mayor—. *En la noche oscura, oscura, oscura, alumbra el cielo, tralalá…*

El resto conocía la tonadilla y varios empezaron a cantar también. Las notas familiares los animaron. Pronto, el momento dejó de ser aterrador para volverse bullicioso y alegre, y los cinco cantaron a pleno pulmón para delicia del sexto, cuyo rostro pronto estuvo solo mojado por la lluvia y no las lágrimas. En cuanto se les acabó la canción, empezaron otra, y así, siguiendo, hasta que también las acompañaban de pisotones a la piedra, y movían los hombros y las caderas, sin soltarse nunca, bailando pegados a la estatua. El pequeño se echó a reír, divertido pese a la extraña situación.

Sus voces alegres llamaron la atención primero de sus padres, que aun intentaban encontrar un lugar seguro en el que instalarse en el tejado de la iglesia, y después de los demonios. Grandes criaturas acuáticas llegaron desde el canal para rodear la estatua, con la quietud de depredadores de caza.

Los niños no se dieron cuenta.

Los adultos sí. Quedaron congelados en el sitio, sin atreverse a intervenir por miedo a provocar una catástrofe.

Entonces, uno de ellos se dio cuenta.

—No van a atacar —susurró—. Están complacidos.

Los niños cantaban y bailaban sobre el pedestal de la estatua y el nivel del agua iba bajando en la plaza hasta regresar al canal. La lluvia remitió, los demonios retrocedieron, aunque no se marcharon. La gente abandonó el tejado de la iglesia para bajar a la calle, y cuando salieron, encontraron a los pequeños ya en el suelo. Uno de los demonios los había bajado amablemente con un largo tentáculo. Los niños, impresionados por la presencia de las criaturas, pegaron la espalda a la fachada de la iglesia. El más pequeño empezó a hacer pucheros.

—No, no. —Una de las madres se adelantó rápidamente y lo levantó en brazos—. *Tralalá, tralalá…* —Bailó con él por toda la plaza.

Los demonios se apartaban a su paso, atentos a sus evoluciones. La sal seca en su cabello les permitía verla, tal vez por primera vez desde que salían del agua para celebrar el carnaval, verla como era, como un ser inteligente, consciente, sintiente.

Les fascinaba.

El resto de los niños no tardó mucho en animarse y los adultos se unieron a ellos. Pronto varios corrillos bailaban por la plaza. Las nubes se apartaron, la luz de la luna y las estrellas se reflejaba en el pavimento mojado. Cantaban a viva voz, una orquesta de voces a las que nadie podía prohibir celebrar una fiesta.

Solo algunos adultos se marcharon discretamente, para atravesar la tormenta y plantar el germen de la celebración en cada calle, cada plaza, cada puente de la Serena que quedase en pie.

38

El llanto de la Serena

Mirlo Yavuz salió de la Basílica por la puerta principal, dolorido, apoyando todo su peso en el bastón, obligando a sus piernas a moverse pese a las contusiones, arrastrándose a base de esfuerzo de los brazos. Regresar al suelo no había sido fácil, y tuvo que detenerse un instante antes de salir de la franja protegida por las quimeras para respirar y reponer fuerzas.

El Jardín estaba ocupado por demonios, innumerables, grandes, pequeños, de todas las formas posibles. Escamas luminiscentes, ojos, colmillos, colas largas; seres hechos completamente de agua, sin forma; titanes tan altos como los edificios con piernas más anchas que los troncos de árboles centenarios. Los demonios de la laguna, enfrentados al Palacio Ducal de la Serena.

Las quimeras se interponían entre ellos y su objetivo.

También Mirlo Yavuz, flaco y tembloroso, apenas capaz de tenerse en pie.

Con la Corona de Sal calada en la cabeza y la Llave Piromagnética colgándole del cuello.

—¡Alto! —gritó, al mismo tiempo que hacía un signo que esperaba que los demonios entendiesen—: ¡Alto!

Avanzó unos pasos más, hasta salir de la protección de las quimeras y exponerse a la lluvia intempestiva. Con el agua recorriéndole el rostro, volvió a ordenar:

—¡Alto! Marchaos. Por favor. El canal. El pacto, diez días han pasado.

Durante un segundo, con las poderosas criaturas a solo unos pasos, pensó que aquello había sido un error. Lo arrastrarían hasta el fondo de la laguna de una vez por todas, por encararse a ellos con ínfulas de rey.

Entonces, sonó una campanada. El reloj astrológico avisaba de que iban a dar las doce. Su advertencia dejó paso al *campanile*, la voz de la Serena. La *marangona*, la mayor de las campanas, emitió un tañido grave y largo, tan vibrante que se convertía en un gemido gutural al final, en el llanto oscilante de la ciudad.

Era medianoche. El *campanile* calló por fin, aunque el eco de su lamento aún resonaba en el jardín.

Miércoles de ceniza. Había terminado el carnaval a la vez que el pacto entre la Serena y los demonios.

—¡Detened la tormenta! ¡Detened la lluvia!

El agua que caía sobre Mirlo se convirtió en una ligera llovizna. Los truenos sonaron lejos, el cielo clareó. Las criaturas habían satisfecho su petición y lo miraban, atentas a aquel ser enclenque que había logrado hacerse escuchar.

Él cayó de rodillas, incapaz de soportar su propio peso más rato. La corona quedó ladeada sobre su frente.

—*Por favor* —suplicó—. Todavía estáis a tiempo.

Respiró hondo antes de volver a hacer los signos que creía que significaban el agua, el canal, el pacto, aunque no estaba del todo seguro de hacerse entender.

—Mirlo.

Él se volvió hacia la voz conocida que lo llamaba. Baldizere Abacqua, con el cetro en la mano, caminó por el suelo empapado hasta llegar a su lado. Las quimeras, atentas a su mandato, se habían posado en el tejado y los relieves de la fachada de la Basílica y el Palacio Ducal.

Baldizere se agachó para ayudar al imperial a levantarse. Lo sostuvo hasta que recuperó el equilibrio, le alcanzó el bastón.

Sin preguntar, le quitó la Corona de Sal y se la puso. Mirlo tragó saliva, sin saber reaccionar, y por acto reflejo quiso ofrecerle la llave. Baldizere sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No me la puedes dar, amigo. Debo tomarla yo.

Lo hizo y, a continuación, se volvió hacia las criaturas, demonios y

quimeras, que aguardaban su orden.

—Regresad a vuestros puestos —indicó, sosteniendo el Cetro de Aguamarina en alto, el duque de la Serena—. Sobre los arcos, en las fachadas, en los alféizares, en los tejados, volved y guardad la ciudad como siempre habéis hecho.

Las quimeras levantaron el vuelo con un rumor sordo de alas de piedra, los músculos grises de felino tensándose al saltar. Algunas desaparecieron de la vista entre los tejados; otras se acomodaron en el Jardín, en el Palacio Ducal, en el paseo.

El agua se había retirado.

—Baldizere —dijo Mirlo. No era momento para fórmulas vanas de cortesía—, el carnaval ha terminado. Los demonios deben marcharse.

—Sí —asintió él—. Déjalo en mis manos. —Se ajustó la Corona de Sal—. Regresad a los canales y llegad hasta el Arsenal a través del agua. Permaneceréis allí hasta nuevo aviso. No pisaréis las calles de la Serena nunca más.

No hizo falta más. Los demonios obedecieron, despacio, solícitos, como bestias domadas. Una multitud de curiosos, que salía de las calles de la Serena y del Palacio Ducal, los vio marchar.

Baldizere miró a Margherite Sartori.

—Tú sabías lo del Arsenal, ¿verdad?

—Sí, Su Alteza Serena.

—Entonces ve para allá si puedes encontrar alguna embarcación y asegúrate de que todo esté bien.

La luna iluminaba el Jardín como un pequeño sol. En el silencio que había dejado la tormenta, se podían escuchar voces lejanas que cantaban.

—¡Viva el duque Baldizere Abacqua! —gritó Zorzi Vianello—. ¡El Duque de la Tempestad, que ha salvado la Serena de la furia del agua!

Uno a uno, todos los presentes salvo los consejeros y Mirlo Yavuz se arrodillaron ante el duque, y su clamor fue más fragoroso que cualquier trueno.

Unas horas después, la muchedumbre continuaba en el Jardín. Era cada vez mayor. Baldizere se había retirado al interior del Palacio

Ducal para cambiarse de ropa, y había bajado de nuevo para dirigir la situación desde la propia Puerta de los Escribanos, con una capa larga que había pertenecido a algún duque tiempo atrás. Mientras Marga estaba en el Arsenal, Zorzi y Fiordelise recorrían los distritos de Scopulo, San Teodoro y Marzenego para calibrar el alcance del destrozo. Baldizere había organizado partidas de rescate, equipos de emergencia, doctores e ingenieros.

La noche más larga de la Serena no parecía acabar.

Aún no había llegado el alba cuando un hombre joven, con las ropas mojadas y la mirada de quien no tiene nada que perder, apareció ante el duque.

Baldizere dejó la frase a medias y, para la sorpresa de la capitana de la Guardia, con la que hablaba en aquel momento, se dirigió deprisa hacia él y lo envolvió con los brazos.

Ventura Malatesta se abrazó con fuerza a él, como a una tabla tras un naufragio.

—Pelegrina —musitó.

Fue suficiente.

—Lo siento tanto. —Baldizere lo estrechó como si quisiera exprimir el dolor de su cuerpo. Después, lo llevó consigo a las puertas del palacio—. No te separes de mí nunca más —le susurró al oído.

Y Ventura, que había aceptado que se sentiría solo durante el resto de su vida, asintió y le apretó la mano y dejó que lo guiase al interior, ordenara que le prepararan un baño y lo enviase a las dependencias del duque con la promesa de una muda de ropa seca.

La mañana bañó a la Serena y, bajo su luz dorada, los estragos de la tormenta se convirtieron en una oportunidad para reconstruir. La ciudad estuvo activa durante varias horas, recogiendo, salvando y secando, y se durmió a mediodía, cuando ninguno de sus habitantes podía más. Por la tarde, continuaron las labores de reconducir la vida a la cotidianidad. Los niños necesitaban una cena, ropa seca y una cama donde dormir. Los vecinos de aquellos más afectados por la devastación abrieron las puertas de sus casas para acogerlos, el gobierno de cada distrito se movilizó para ayudar a los que lo

necesitaban.

Mirlo recibió una habitación en el Palacio Ducal y durmió hasta que, a media tarde, lo despertó un médico al que había mandado llamar Baldizere.

—Solo son contusiones —murmuró.

—¿Ahora son también médicos los imperiales?

Él se mordió la lengua para no responderle.

Al día siguiente, aunque seguía dolorido, cojeó hasta el Arsenal. La Guardia no le permitió cruzar las murallas, pero desde la ribera del canal pudo ver la amplia dársena e intuir, bajo el agua, los movimientos de las criaturas encerradas.

Un ejército de esclavos.

Regresó, fijándose en la gente a su alrededor, que solo quería recuperar su casa y continuar con su vida, y pensó en su propio futuro. Baldizere era agradecido; estaba seguro de que le esperaba un puesto vitalicio en el que se dedicaría a investigaciones cuyos objetivos decidiría él mismo. Horas de biblioteca, comida y refugio asegurados, todo lo que quisiera pedir. Respeto. Estatus.

El imperial más afortunado de la Serena.

Tal vez, incluso, pudiese cambiar la situación de otros como él. Estaba convencido de que Fiordelise Abacqua secundaría la idea; eso suponiendo que no lo tuviese ya en mente.

Todo a costa de un número incontable de criaturas que vivirían presas, a la espera de que la Serena requiriese que luchasen por ella en altamar contra buques de guerra extranjeros, en cuanto el duque lograse llegar a las fronteras y abrirlas. Demonios luchando en guerras de humanos, aniquilando a los enemigos.

La Serena, invencible.

A medianoche, Mirlo seguía despierto. Abrió la ventana de su dormitorio para escuchar el tañido de la *marangona* una vez más. La noche anterior, los ciudadanos habían vitoreado al nuevo duque; aquella, al oír la campana, a Mirlo le pareció que la Serena se lamentaba.

Baile De Ceniza

39

El Vencejo Bajo La Mirada De Neptuno

La Cámara del Senado estaba llena, porque ninguno de los miembros quería perderse los primeros días del mandato del Duque de la Tempestad. Sus consejeros, Fiordelise Bonbiolo-Abacqua, Margherite Sartori y Zorzi Vianello, estaban sentados a ambos lados de Baldizere en la tribuna, y la luz de la mañana entraba por los ventanales con una fuerza que anunciaba la primavera.

En el centro de la habitación, la capitana de la Guardia, Angela Tirabosco, se inclinaba ante el duque. Cuando Baldizere le pidió que nombrase a un sucesor o sucesora de su confianza, el rostro de Angela Tirabosco se ensombreció.

—Su Alteza Serena —pronunció eligiendo con cuidado las palabras —, con todos mis respetos; he servido a la Serena durante años, logrando, si se me permite decirlo, que la justicia triunfase en innumerables ocasiones, y desviviéndome por garantizar la seguridad de los ciudadanos…

—Capitana Tirabosco —interrumpió Baldizere—, responda mi pregunta, por favor.

—Sí, Alteza. —La capitana volvió a inclinarse, con las mejillas rojas de frustración—. Dianora Bonaro tiene experiencia, disciplina y valentía. Sería una sucesora más que digna.

—Muy bien. Capitana Tirabosco, nuestra Armada de Demonios necesitará una comandante, y usted, como bien ha dicho, tiene una carrera larga e intachable.

Ella parpadeó, asombrada. Tardó unos segundos en reaccionar,

pero no dejó que la sorpresa la privara de aceptar el puesto que se le ofrecía y que el Senado secundó.

—La Guardia debe ser capitaneada por alguien de mi absoluta confianza —añadió Baldizere—. Propongo al señor Ventura Malatesta para este cargo. —Evidentemente, había hecho un pacto previo con los consejeros, porque los tres votaron en su favor y, con ellos, el resto de los presentes—. Necesitará una mano derecha que conozca a la perfección los entresijos del trabajo; si lo acepta, este será el puesto de la señora Dianora Bonaro.

Ella dio un paso al frente y aceptó el trabajo con elegancia, consciente de que a efectos prácticos la capitana sería ella, y no del todo descontenta ante la perspectiva de que el responsable, pese a todo, fuese otro. Tras mucho tiempo trabajando con Angela Tirabosco, sabía que la cara visible de la Guardia recibía más crédito por los fracasos que por los éxitos.

—Quedo muy agradecida por su confianza, Su Alteza Serena.

Baldizere asintió.

—La Comandante Tirabosco, por otro lado, precisará la ayuda de alguien que conozca bien a los demonios. Contará como asesor con el señor Mirlo Yavuz.

Un murmullo animado recorrió la sala cuando la persona que se colocó ante la tribuna fue un imperial cojo pero bien vestido, apoyado en un bastón con el emblema de los Abacqua.

—Su Alteza Serena —Su acento de imperial disimulaba un tono que los oyentes serenos no fueron capaces de interpretar—, en su momento la recompensa que se me prometió por mi investigación de los demonios fue oro y un barco que me llevase a Tierrafirme.

Baldizere Abacqua no varió su expresión.

—Así es —replicó—. El oro lo tendrá; el barco queda para el futuro. Al fin y al cabo, a día de hoy, las fronteras aún no están abiertas. De momento y sobre todo, tenga presente que si la Serena necesita sus servicios, usted debe cumplir como cualquier otro ciudadano.

La expresión del imperial era inescrutable. Mirlo Yavuz hizo una profunda inclinación antes de retirarse.

Había pasado una semana desde que la tempestad asoló la Serena, y Marga no podía retrasar más el momento. Con un suspiro, releyó el documento que tenía delante, hundió la plumilla en el tintero y se dispuso a firmarlo. Daba por muerta, oficialmente, a la señora Marte Abacqua, antes Sartori.

Apartó el papel para que la tinta se secase.

Fiordelise, que estaba sentada al otro lado del escritorio, se inclinó hacia ella para posar la mano sobre la de Marga.

—No se ha ido del todo —musitó; y Marga, que no habría admitido semejante tontería de cualquier otra persona, se la consintió a Fiordelise, porque sabía que era la única en toda la ciudad cuyo dolor podía equipararse al propio.

—Te quería mucho —respondió.

No tenía tan claro que pudiese decirlo con respecto a sí misma. Marte y ella se habían expresado cariño menos veces de las que le habría gustado.

—También a ti —aseguró Fiordelise. Marga lo agradeció con una sonrisa—. Puedes contar conmigo para lo que quieras.

—¿Se heredan las amistades? —bromeó Marga, para aliviar el nudo que tenía en el pecho—. Gracias, querida, y lo mismo te digo. Tu hermano y tú siempre habéis sido como familia para nosotras. Para mí.

Había que encontrar un nuevo compromiso para el duque, que se había quedado viudo; y se trataba de una cuestión delicada, porque su esposa tendría de pronto una buena cantidad de poder. Al haber Fiordelise asumido los cargos de consejera y gobernadora de San Teodoro, quedaban libres los correspondientes a Marzenego.

Baldizere no quería hablar de ello.

—Pues tendremos que ocuparnos nosotras —resolvió Marga—. Mejor. Confío más en nuestro criterio que en el suyo.

—No sé. Puede que tenga a alguien en mente.

Valoraron todos los nombres que se les ocurrieron, sin dar con ninguna candidata de su gusto. Finalmente, Fiordelise se marchó con el documento firmado, y Marga se reclinó en su asiento. No deseaba subir a los pisos superiores, en los que la esperaban sus hijos y marido.

Vittorio era con ella el mismo de siempre, pero Marga reconocía en él a otra persona y se preguntaba si no era aquel hombre al que Marte

siempre había visto.

Alguien llamó a la puerta de la calle. Uno de los criados se asomó al despacho.

—Señora, hay una muchacha que quiere verla.

El corazón de Marga latió más deprisa y ella se avergonzó inmediatamente de aquella esperanza infantil. No podía ser Marte. A su hermana se la había llevado el agua, se encontraba entre los fantasmas de aquellos que morían en la laguna y debían encontrar su propio camino hasta la Isla de los Muertos. Conociendo a la imparable y terca Marte, a Marga le quedaba el consuelo de que con toda seguridad su hermana había logrado llegar a donde se propusiera.

En la puerta apareció una mujer joven a la que ella no había visto nunca y que, sin embargo, Marga tuvo enseguida la sensación de conocer, como si se tratase de una amiga de la infancia con la que hubiese compartido juegos y aventuras largo tiempo olvidadas.

—Buenas tardes —saludó, con una pregunta en los ojos.

—Señora Sartori —la joven se inclinó respetuosamente, con gestos más propios de la aristocracia que del pueblo—, perdone que la moleste a estas horas. Me han encargado que le haga llegar esto.

Se adelantó con paso vivo, aunque tímido, y dejó sobre el escritorio un paquete de tela de saco que cabría en la palma de la mano. Se retiró deprisa, pero Marga lo abrió antes de que ella llegase a la puerta.

Era el broche con forma de abeja que había pertenecido a su madre.

El corazón de Marga, paralizado, perdió el ritmo de los latidos.

—¿De dónde has sacado esto?

La joven respondió con una sonrisa triste y una reverencia.

—¿Quién te lo ha dado? —insistió Marga, poniéndose en pie.

—Señora, solo tengo el encargo de darle el paquete; quien se lo envía confía en que usted sepa bien quién es y también que nunca estará sola.

—Llévame con ella.

La desconocida sonrió.

—Sabe que no es posible —replicó, con una seguridad imbatible—, pero, si le parece bien, me gustaría venir de cuando en cuando a saber cómo está usted y cómo están sus hijos.

—Sí —respondió Marga, dispuesta a aferrarse a aquel cabo, por fino que fuese—. Sí, por supuesto. No te vayas, por favor: ¿le llevarías una nota de mi parte?

—Sí, señora.

Marga garabateó deprisa, ahogando la incredulidad con esperanza, y sopló suavemente sobre el papel antes de doblarlo y entregárselo a la muchacha junto a los tres ducados que encontró en uno de los cajones del escritorio.

—¿Cómo te llamas?

—Stella Strazzaruola. —La joven se inclinó por última vez—. Buenas tardes, señora Sartori, muchas gracias por recibirme.

—Hasta la próxima —respondió Marga.

Se asomó a la ventana para verla alejarse, bajo el arco de piedra con la estatua de la quimera agazapada encima, después cruzar el puente del canal, luego desaparecer en el laberinto de callejuelas que empezaban a encenderse con los faroles de las tiendas.

El gobierno de la Serena, al revisar lo sucedido durante la tempestad, concluyó que la duquesa Veneranda Bonbiolo había traicionado a la ciudad. Por lo tanto, no se colgó su retrato en la Cámara del Gran Consejo, como era costumbre, y se pudieron contar con los dedos de una mano los asistentes al funeral doble que se celebró para ella y su hermano.

En las siguientes reuniones, no mucho después, se absolvió a Baldizere Abacqua de los posibles cargos por asesinato; el acto, en lugar de criminal, fue descrito como heroico. En la fachada del Palacio Ducal, sobre la ventana por la que la duquesa se había precipitado al agua, se cinceló una leyenda para que quedase a la vista de todos: «La sangre no mancha nuestras manos, sino la de nuestros predecesores».

En cuanto Vivian Zio, demacrado y débil, pudo salir de la cama, él y Pusilena Zambeloto comparecieron ante el duque para ofrecerle su respaldo y su lealtad.

—Ambos nos hemos posicionado en muchas ocasiones en contra de la apertura de las fronteras de las marismas —admitió la directora del Teatro Fénix— y por eso sufrimos la ira de su predecesora, Alteza.

Estaremos encantados de explicarle el porqué de esta postura, si lo desea; sin embargo, si se mantiene firme en su decisión, la acataremos en aras de la prosperidad de la Serena y, lógicamente, tiene usted todo nuestro apoyo.

—Bien —aceptó Baldizere—. Necesito vuestra colaboración para encontrar uno de los tesoros.

Esa misma tarde, los convocó en el ala residencial del palacio, en la que se encontraba la sala de armas rituales. En el cofre con tapa transparente reposaban la Corona de Sal, el Cetro de Aguamarina y la Llave Piromagnética.

A Vivian Zio le cambió la cara al verlos, desfigurada por el anhelo y la pérdida.

—Sí, Su Alteza Serena —musitó.

Su tono, indescifrable, ocultaba si en el fondo se alegraba de que la Máscara de Obsidiana se encontrase desaparecida y no en poder de Baldizere.

Durante los siguientes días, Ventura Malatesta pudo observar cómo el duque perdía poco a poco la paciencia. Se anunció la búsqueda de la máscara, provocando un aluvión de cazarrecompensas y falsos tesoros; harto de ellos, Baldizere decidió lanzar a la laguna a todo aquel que declarase haberla encontrado, con su hallazgo puesto, para comprobar si era o no la verdadera. Después de que varios estafadores pasasen un mal rato hasta ser pescados por la Guardia, la lluvia de Máscaras de Obsidiana remitió.

El tesoro continuaba sin aparecer.

Por las noches, el propio capitán de la Guardia hacía una última ronda por el Palacio Ducal. Aunque Ventura estaba convencido de que los hombres y mujeres bajo su mando lo tenían por un monigote y respondían solo ante Dianora Bonaro, llevaba toda la vida interpretando papeles que no le correspondían, y no tardó en recibir los saludos sin vergüenza. Después de comprobar que todo estaba en su lugar, se retiraba a las habitaciones que Baldizere había habilitado para él; únicamente para recorrer uno de los miles de pasadizos del palacio y reunirse con el propio duque en su dormitorio.

Entre los brazos de Baldizere el dolor, aunque no desaparecía, era más soportable.

—Los dos hemos perdido mucho —le oyó murmurar—, pero

seguiremos adelante lo mejor que podamos.

Ventura enroscó las piernas en una de las suyas y le apoyó la cabeza en el pecho. Sabía que a Baldizere, que no estaba acostumbrado a dormir con nadie, le había costado hacerse a su respiración; también era consciente de que de ninguna forma prefería que lo dejase solo.

Lo escuchaba hablar de las fronteras, de su intenso deseo de abrirlas, de mostrar la grandeza de la Serena al mundo y de ese modo amplificar la suya propia; y Ventura pensaba en la Máscara de Obsidiana con la que Pelegrina le había salvado la vida. No sabía por qué, pero albergaba el deseo de que jamás fuese encontrada, como si el tesoro fuese el culpable de la muerte de su hermana, por no haberse negado a separarse de ella por no haberlos mantenido con vida a los dos.

Ningún tesoro llega a tus manos sin buscarlo, recordaba Ventura, y le reprochaba a la máscara, allá donde estuviese: *Yo no te busqué*.

Se incorporó sobre un codo para mirar a Baldizere. Tenían la lámpara apagada, pero la claridad que entraba por la ventana le permitía contemplar la curva de su mandíbula, sus ojos abiertos.

Ventura buscó sus labios para besarlo.

—Lo mejor que podamos —repitió, pensativo— no tiene por qué pasar por abrir las fronteras.

Notó inmediatamente la tensión de Baldizere.

—Ha sido mi objetivo todo este tiempo.

El corazón de Ventura amenazaba con escapársele por la garganta. Se esforzó por que no le temblase la voz.

Confiaba en Baldizere, pero odiaba la sensación de enfrentarse a él.

—Eres el duque de la Serena, el hombre más poderoso de la ciudad. No necesitas abrir las fronteras ni recuperar el último tesoro para lograr lo que te propongas.

Baldizere se revolvió, separándose de él, para sentarse contra el cabecero.

—Incluso la duquesa quería abrir las fronteras. Mis padres lo sabían y la apoyaban. Es lo que ellos me hubiesen recomendado hacer; y lo que habría conseguido de no haber desaparecido la Corona de Sal cuando más la necesitaba. No voy a dejar este cabo suelto. Necesito tu

apoyo en esto, Ventura; tengo que poder confiar en quienes estáis de mi parte, en esto y en todo, más que nunca.

—Lo siento. —Ventura le colocó una mano en el pecho—. Sabes cuánto lamento el robo de la Corona de Sal. No por su importancia en tu plan —añadió, con firmeza—, puesto que la que teníais en el Palacio Abacqua era *falsa*, sino por lo que significó para tu padre.

—Tú no se lo dijiste a tu hermana. —Era un reconocimiento conciliador, la declaración de su deseo de creerle, y también una pregunta.

—No. —Algo se cerró en la garganta de Ventura y lo obligó a tragar saliva—. Yo no te he traicionado nunca, Baldizere —tomó aire —, pero habrá veces que no estemos de acuerdo y haré cosas que no te gusten si las considero correctas, porque si esto —colocó la otra mano sobre su propio pecho, sus brazos conectando ambos corazones— va a durar, no puedo prometer lo contrario. Tendrás que confiar en que, haga lo que haga, siempre será con nuestro bien en mente. No soy tu aliado: soy tu compañero.

En aquel momento, Baldizere recordó al camarero pelirrojo al que había conocido, tembloroso en el comedor del Palacio Abacqua, dejando caer copas y recogiendo los cristales con las manos desnudas, y sintió admiración por el hombre que tenía al lado precisamente porque, con dulzura, le llevaba la contraria. Su memoria lo llevó, inesperadamente, a una tarde soleada, en la que un vencejo moría en la Escalinata de los Gigantes.

—Tú lo habrías salvado —susurró, sin darse cuenta.

Acarició el rostro de Ventura, el contorno de su oreja, sus labios. La tristeza que impregnaba cada palmo de su piel y que él sabía llevar consigo. Una ausencia lo acompañaba a todas partes, como los fantasmas que escoltaban a Baldizere.

—¿Lo habría salvado?

—Un pájaro moribundo que encontré en el suelo hace semanas. Tú lo habrías recogido.

Ventura enterró la cara en el hueco entre el hombro y el cuello de Baldizere.

—Estoy seguro de que tú también.

—No lo hice.

—Entonces, tal vez no. Ahora, seguramente sí.

Y aunque Ventura no tuviese nada que ver con el vencejo, Baldizere pensó que tal vez pudiera confiar del todo en alguien que estuviese tan equivocado como para pensar eso de él.

Mirlo había aprendido a esperar al momento adecuado para una conversación. Pasaron varios días hasta que encontró a Ventura Malatesta a solas, delante de uno de los puestos del mercado, con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada clavada en una caja de madera que contenía una ruidosa algarabía.

—Tal vez —dijo Mirlo, deteniéndose a su lado— deberías comprar uno.

Ventura dio un respingo. Lo miró, con las orejas rojas, sorprendido en falta.

—No —replicó, aunque había un deseo escondido en su voz—, ¿qué iba a hacer con él?

—Seguramente, llegado el momento, comértelo.

—Ah —Ventura volvió a mirar los pollitos—, no podría.

Mirlo lo observó un segundo. No sabía por qué, pero aquello era importante.

Mostró el puño de su bastón al dueño del puesto.

—Nos vamos a llevar uno.

—¿Macho o hembra, señor?

Mirlo miró a Ventura. Este tardó unos segundos en contestar.

—Hembra.

—Aquí tiene. —El tendero se lo ofreció a Mirlo, pero este lo rechazó con un gesto hacia Ventura.

—Gracias. —Él cobijó al ave entre las manos. El animalito sacó la cabeza bajo su pulgar para piar. Ventura sonrió.

Mirlo echó a andar hacia la ribera del canal, y Ventura lo acompañó. Pasearon en silencio un rato. Faltaba un trecho para el embarcadero más cercano, por lo que no había gente cerca, y lejos del bullicio del mercado, podían hablar con la seguridad de que nadie los escuchaba.

—El duque sigue en busca de la Máscara de Obsidiana —comentó Mirlo—. Si te soy sincero, una parte de mí aguarda impaciente a que

la encuentre.

—Sí —asintió Ventura—, le pediste que te llevase a Tierrafirme cuando eso suceda, ¿no es así?

—Precisamente. Hace mucho tiempo que es mi deseo —las palabras parecían forzadas en sus labios— abandonar la Serena.

Ventura se pensó bien su siguiente pregunta; tardó varios segundos en formularla.

—¿Y la otra parte?

—¿La otra parte?

—Has dicho que una parte de ti espera que la encuentre.

Mirlo le miró de reojo.

—La otra parte espera que no lo haga, como supongo que haces tú.

—¿Yo? Yo no tengo ningún interés personal en el asunto.

—Me sorprende. Parece evidente que el señor Abacqua enviará a alguien a abrir la frontera; dado que no puede ser ninguno de los gobernadores, el candidato de su confianza más evidente eres tú.

El terror empañó los iris grises de Ventura. A la luz del atardecer, parecían del color de las brasas.

La sola idea de ponerse otra vez la Máscara de Obsidiana le provocaba tanta angustia que no era capaz siquiera de caminar. Se quedó quieto en el sitio, concentrándose en no dejar de respirar, en no derrumbarse. Mirlo, que había dado un par de pasos antes de darse cuenta de que estaba solo, se volvió hacia él.

—No lo voy a hacer —susurró Ventura.

—¿Vas a desobedecer al duque delante de toda la Serena? — Ventura no respondió. Mirlo se acercó a él, sin prisa. Esperó a que el otro volviese a mirarlo a los ojos antes de seguir hablando—. Escúchame. Podemos evitarlo.

—¿Cómo?

—Yo seré el que viaje hasta las fronteras.

El alivio despejó el rostro de Ventura. Respirar fue de nuevo una tarea manejable.

—Estoy seguro de que, si lo propones, Baldizere…

—No se lo vamos a proponer al duque —cortó Mirlo, tranquilo pero terminante—, porque mientras los demonios formen la Armada de la Serena, él no me dejará ir. Y yo no me marcharía sabiendo que están encerrados —añadió—. Incluso con ellos como ejército, abrir las

fronteras es una insensatez. Los demonios pueden descontrolarse. Pueden ser abatidos por los imperios enemigos. Pueden causar la destrucción de la ciudad mientras intentan protegerla. No lo sabemos. Esta idea es una fantasía delirante que solo puede hacer daño a la Serena.

Ventura apretó los labios.

—Entonces, ¿no las vamos a abrir?

—Tú sacarás del Palacio Ducal la Corona de Sal y la Llave Piromagnética. El duque puede quedarse el cetro: no lo necesito.

—No puedo hacer eso.

—Sí puedes. Después, me permitirás acceder al Arsenal. Yo me encargaré de los demonios y de que me dejen cruzar las fronteras, solo a mí. No puedo regresar a la Serena después de liberar a los demonios. Cargaré con toda la culpa y me iré con ella lejos de aquí. —Ventura no estaba convencido. A Mirlo no le preocupaba. Había visto su reacción ante la posibilidad de ser el encargado de abrir la frontera—. Esta noche, Ventura. No puedes pensártelo demasiado.

Dejó que lo meditase mientras miraba el canal; la luz del sol volvía dorada el agua, la silueta oscura de los puentes reconstruidos parecía sacada de un cuadro.

Podría quedarme, pensó Mirlo. Baldizere le daba la oportunidad de vivir dignamente en la Serena, de evitar el desgarro que suponía para él abandonar aquel lugar.

Y entre sus dudas surgió la decisión de Ventura.

—Esta noche no, es demasiado pronto. El domingo de la semana que viene, cuando haya oscurecido, espérame en la puerta del Arsenal.

Mirlo asintió.

—Muy bien. Sigue tú hacia el embarcadero —añadió—. Voy a quedarme aquí un rato. —Y cuando Ventura le hizo un gesto de despedida, el pollito pio y él agregó—: Si no vas a comértelo, bien podrías ponerle nombre.

Ventura estaba asustado, pero sonrió.

—Fácil. Todas las gallinas se llaman Clotilda.

Se marchó, dejando a Mirlo junto al canal, escuchando el rumor del agua y el tañido lejano de las campanas.

40

Los Mil Ojos De La Serena

No había tomado aquella decisión por miedo a ponerse la Máscara de Obsidiana. No únicamente.

Ventura había prestado atención a los preparativos de Baldizere; las reuniones, la exploración exhaustiva de la Sala de los Secretos, de Tierrafirme y sus costumbres, de las amenazas a las que se enfrentó la Serena en el pasado. Cuando más sabía, más se convencía de que abrir las fronteras sin demonios era inviable.

Y con demonios, una locura. Los demonios eran imprevisibles, con o sin Corona de Sal.

—Baldizere, ¿no crees que si esta fuese la solución, los antiguos gobernantes habrían pensado en ello? —preguntó Ventura—. ¿Por qué prefirieron mantener el pacto, si estaban en posesión de los tesoros?

Aunque Baldizere no quería escuchar, Fiordelise escuchó, y Marga escuchó, e incluso Zorzi Vianello escuchó. Ventura sabía que todos ellos tenían reservas, pero cuanto más se opusieran a sus ideas, con más fervor las defendería el duque.

—Mientras la Máscara de Obsidiana siga oculta —comentó Fiordelise en ausencia de su hermano— podremos preocuparnos de temas más urgentes, que atañen a la Serena y no a territorios extranjeros que no nos incumben.

—Si hubiese una forma de ahogar toda posibilidad de que las fronteras se abran… —sugirió Ventura.

—Ninguno de nosotros podría enterarse —atajó Marga—, porque deberíamos comunicárselo al duque sin falta. —Y después añadió, en

voz baja—: Así que confiemos en que, si la hay, la encuentre alguien resuelto que no necesite nuestra ayuda.

Cuando llegó la noche del domingo, Ventura hizo su ronda por el Palacio Ducal pronto. Baldizere, aunque aún no se había acostado, estaba ya en el dormitorio. Nadie impidió a Ventura entrar en la sala de armas y meter en una bolsa la Llave Piromagnética y la Corona de Sal. Nadie le preguntó a dónde iba al salir. Nadie exigió registrar la bolsa.

Fue el robo más sencillo jamás efectuado.

Recorrió a pie, con una capucha negra tan amplia que le tapaba la cara, el camino hasta el Arsenal. Mirlo, apoyado en su bastón, lo esperaba como un ave pescadora vigilando el agua.

—¿Te ha visto alguien?

—No…

Los mil ojos de la ciudad se habían cerrado esa noche.

Ventura abrió la puerta. Mirlo la cruzó, dando unos pasos hacia la dársena, pero él no lo siguió. Su parte en aquel ardid terminaba allí.

—¿A dónde irás? —preguntó, tendiéndole la bolsa con los tesoros —. Cuando llegues a Tierrafirme.

El imperial tomó lo que le ofrecía y lo miró largamente. Aunque sabía la respuesta, le costaba admitir que era la verdadera.

—No lo sé —reconoció, y Ventura, que entendía de tristeza, la reconoció en sus ojos—. Toda mi vida ha sido esta ciudad.

Ninguno de los habitantes de la Serena de aquella época había estado nunca en otro lugar, pero Ventura entendió lo que Mirlo quería decir, y se sintió afortunado al darse la vuelta y regresar a la cama en la que lo esperaba Baldizere.

Alrededor de la gran balsa de agua había una franja ancha de piedras lisas, sobre las cuales repicaba el bastón de Mirlo, resquebrajando la quietud del lugar. El imperial se sentó en el borde redondeado, con los pies colgando sobre el agua, antes de abrir la bolsa de tela y calarse la Corona de Sal. Comprobó que la llave estaba en su sitio. Se colgó la bolsa del cuello.

El primer demonio no tardó en aparecer: un rostro aterrador, un

homínido anfibio, dos ojos alargados y sin pupilas. Detrás de él emergió otro. Poco después, uno más. Una multitud de criaturas apresadas.

—Sois muchos —musitó Mirlo— para un espacio tan pequeño.

Su conocimiento del idioma de los demonios era limitado, pero creyó entender las señas cuando uno de ellos las hizo.

—*Sí* —respondió Mirlo. Sí, era uno de ellos. Sí, llevaba la Corona de Sal, sabía que podían *verlo*. La reacción de las criaturas, al entender su respuesta, fue expresiva. En la situación en la que estaban, de encierro y sufrimiento, que alguien las comprendiera lo cambiaba todo —. *Tesoro* —comunicó Mirlo, consciente de que los signos que hacía eran, con toda probabilidad, muy burdos—. *Máscara*.

Había algo de cinismo en la respuesta del demonio.

—*¿Trato?*

Mirlo sacudió la cabeza. No era un pago ni una orden. Era una petición.

—*Voy al agua. Yo. Al agua. Con vosotros.*

No me puedo quedar aquí si os libero.

Varias criaturas contestaron a la vez.

—*Sí.*

Cojeó hasta la gran rueda de metal que había junto a la entrada. Tuvo que soltar el bastón para girarla, con todas sus fuerzas, y mover las cadenas que, lentamente, abrieron las compuertas de la dársena. El agua salió al río que desembocaba en la laguna, y cientos, miles de demonios la surcaron hacia la libertad.

Mirlo salió del Arsenal. Cerró la puerta, preguntándose si se sabría cómo había logrado entrar en un primer lugar, si Baldizere sospecharía de Ventura.

Esperó en el embarcadero hasta que, no demasiado rato después, uno de los demonios sacó la cabeza del agua y le tendió, con sus manos membranosas, la Máscara de Obsidiana.

Mirlo se la puso. Después, con el bastón, entró en el río. No hacía pie, pero en el agua era ingrávido, y tan ágil como antes de que le rompieran los huesos o más. Dejó que el pedazo de madera con el emblema de los Abacqua navegase entre las olas hasta perderse de vista.

El demonio no se había marchado, y bajo la superficie esperaban

muchos más, curiosos, atentos a los movimientos del extraño.

—*Marismas* —pidió Mirlo.

—*Pacto.*

—*No. No pacto. Marismas, salir…* —No sabía cómo explicarse mejor.

—*No* —insistió el demonio—, *agua.*

—*Marismas* —repitió Mirlo.

La criatura se sumergió en el agua. Por un momento, el imperial creyó haberla molestado con su torpeza al comunicarse, y estaba intentando recordar si conocía algún signo de disculpa cuando notó el tacto viscoso de una aleta en el tobillo. Sumergió la cabeza. La Máscara de Obsidiana era asombrosamente cómoda. Mirlo se figuró que al cabo de un rato de llevarla puesta, habría podido olvidarla de no ser por la habilidad extraordinaria que le confería: con ella no solo podía respirar bajo el agua, sino que también veía con increíble claridad.

—*Marismas* —dijo el demonio.

Buceó despacio, perezoso, permitiendo que Mirlo lo siguiese y acomodándose a su ritmo. La corriente del río los empujó hacia la inmensidad de la laguna, donde los esperaban innumerables demonios de todas las formas y tamaños. Rodeado por un banco de criaturas, Mirlo braceó hasta más lejos de lo que nunca había estado de la Serena.

Perdió la cuenta del tiempo que pasó sumergido, rodeado del negro de las profundidades, hasta que los demonios cambiaron de rumbo para dirigirse a la superficie. Mirlo sacó la cabeza del agua y empezó a tiritar. El viento daba la vuelta al llegar a las marismas, creando remolinos en la densa bruma.

Lenguas de roca y tierra, a veces sumergidas y a veces asomando entre las olas como un puñal entre los dobleces de una manga, se estiraban ante sus ojos, iluminadas por la luminiscencia de las escamas de algunos demonios. Mirlo tanteó con las manos y los pies. Apretando los dientes para soportar el dolor en la pierna, gateó por las marismas hasta estar de pie sobre las aguas.

Se encontraba en la frontera entre la Serena y el resto del mundo, pero tras ella no estaba, como había imaginado, el amplio mar abierto. No: había una barrera de agua, lisa como una pared, antinatural y

grotesca, amenazadora, de más altura que los mayores edificios de la Serena.

Y entonces Mirlo lo entendió.

El barómetro. El bloqueo. El agua.

La Serena no solo estaba aislada del mundo. Estaba *hundida*. La Serena *se hundía*.

Se había hundido durante doscientos años.

La Serena entera se encontraba bajo la superficie, y lo único que la salvaba de ser arrasada por el agua hasta que esta la cubriese por completo era el bloqueo de las fronteras.

La duquesa, al romper el pacto con los demonios, había puesto a toda la ciudad en peligro. Si las criaturas rompían el sello de las marismas, la Serena naufragaría.

—*Pacto sí* —repitió Mirlo, comprendiendo lo que los demonios habían intentado transmitirle—. *Peligro. Agua.*

—*Sí* —respondieron someramente los demonios que lo rodeaban.

Podían haber abierto las fronteras. La tempestad fue el más leve de los castigos, pensó Mirlo, con un estremecimiento. *Han mantenido el pacto pese a todo y nosotros pretendíamos esclavizarlos.*

Las piernas le temblaban tanto que se vio obligado a sentarse en la áspera roca de las marismas.

No podía regresar a la Serena. Conocía lo bastante a Baldizere Abacqua como para saber que no habría rincón en el que poder esconderse de él. Tampoco era capaz de pedir a los demonios que abriesen la frontera para huir: la Máscara de Obsidiana tal vez lo salvase a él, pero a costa de la ciudad entera y todos sus habitantes.

Con dedos temblorosos, desanudó la bolsa que llevaba colgada al cuello y extrajo la Llave Piromagnética, su única oportunidad de ver Tierrafirme, el lejano hogar que ni sus padres ni sus abuelos habían conocido y del que tanto le habían hablado, convertirse en un hombre nuevo, empezar desde el principio. Se preguntó si es lo que sus padres habrían deseado para él, si era lo que él, en realidad, quería para sí mismo.

Dejó caer la llave al agua. Ninguno de los demonios hizo ademán de atraparla. El tesoro se hundió hasta desaparecer, allá donde nadie lo encontraría jamás.

La Corona de Sal se le había movido hacia la izquierda. Mirlo la

recolocó y descubrió, con sobresalto, que el tesoro había disminuido. La corona se deshacía en el agua.

¿Me trataréis igual cuando desaparezca? ¿Dejaréis de verme?, se preguntó, mirando a los demonios que aguardaban, expectantes, a su siguiente movimiento. *¿Me ahogaréis?*

Como respondiendo a las preguntas que no había formulado, uno de los demonios golpeó el agua con la cola, salpicándolo. A Mirlo se le escapó un bufido. Le pareció que algunas criaturas reaccionaban. Quizá se estuvieran riendo.

—*Ven* —gesticuló el demonio—. *Hogar. Agua.*

Mirlo dudó.

—*¿Hogar?* —señaló en dirección a la Serena, oculta tras el velo de niebla.

—*No.* —El demonio fue claro, sus signos, tajantes—. *Agua. Hogar.*

La curiosidad del imperial era más poderosa que el miedo. A donde fuese que lo llevaran, quería ir. Cual fuera el misterio que aguardaba al fondo de la laguna, ansiaba descubrirlo.

Se sumergió tras ellos. Las olas le dieron la bienvenida, lo protegieron del frío del viento.

Mirlo Yavuz siempre había pertenecido al agua.

Todas las ciudades marítimas temen la tempestad, incluida aquella cuyas calles son ríos y su cielo, sobre el océano de tejados, huele a sal. Protegida por tesoros legendarios hundidos bajo el agua, la Serena y sus secretos permanecen ocultos para siempre.

Dramatis Personae

Familia abacqua del distrito de marzenego

Baldizere Abacqua: primogénito y heredero de la familia, hijo de Moderata y Bartolomio, hermano de Fiordelise y prometido de Marte Sartori.

Fiordelise Abacqua: hija menor de Moderata y Bartolomio, hermana de Baldizere y prometida del príncipe, el hijo de la actual duquesa, aún niño.

Moderata Abacqua: actual gobernadora del distrito de Marzenego y consejera de la duquesa.

Bartolomio Abacqua: marido de Moderata, gestiona el negocio familiar de distribución de agua potable de la isla de Santa Eulalia.

Pietro: mayordomo en el Palacio Abacqua.

Jacomina: criada en el Palacio Abacqua.

Andriana Abacqua (†): la Duquesa del Pacto, antepasada de los Abacqua.

Familia sartori del distrito de olivolo

Margherite (Marga) Sartori: actual gobernadora del distrito de Olivolo y consejera de la duquesa, es la hermana mayor de Marte, esposa de Vittorio y madre de dos niños pequeños.

Marte Sartori: la hermana pequeña de Margherite, prometida de Baldizere Abacqua.

Vittorio Sartori: marido de Margherite, adoptó su apellido al casarse.

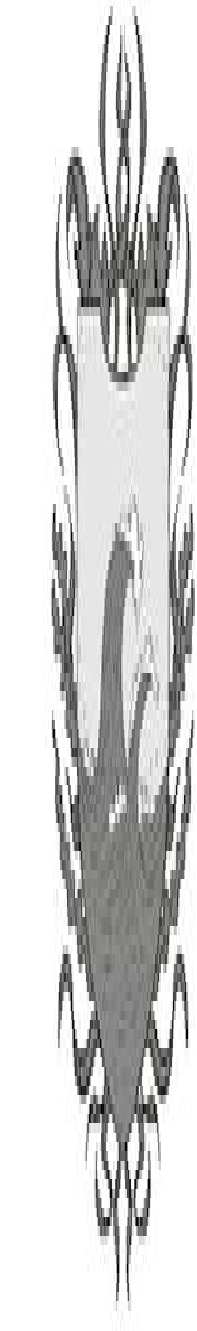
Señor y señora Sartori (†): los padres de Margherite y Marte Sartori, fallecidos.

Carlo Sartori (†): Duque del Hambre, antepasado de las hermanas Sartori.

Lazaro Sartori (†): antiguo gobernador del distrito de Olivolo y consejero de la Duquesa del Pacto.

Gianeta: cocinera en el Palacio Sartori.

Familia bonbiolo del distrito de san teodoro

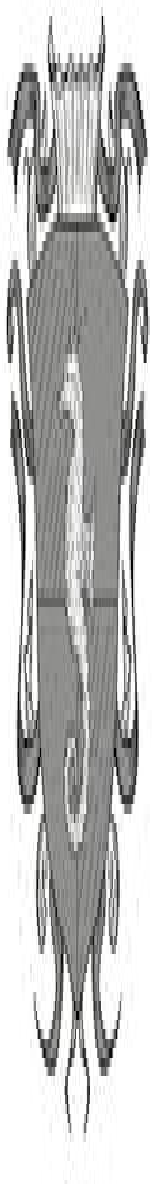


Veneranda Bonbiolo: actual duquesa de la Serena, anciana madre de un joven y enfermizo príncipe, viuda.

Biasio Bonbiolo: hermano de Veneranda, borracho y soltero.

Bernardo Bonbiolo (†): antiguo gobernador del distrito de San Teodoro y consejero de la Duquesa del Pacto.

Familia vianello del distrito de scopulo



Zorzi Vianello: primogénito y heredero de la familia.

Señor Vianello: actual gobernador del distrito de Scopulo y consejero

de la duquesa, padre de Zorzi.

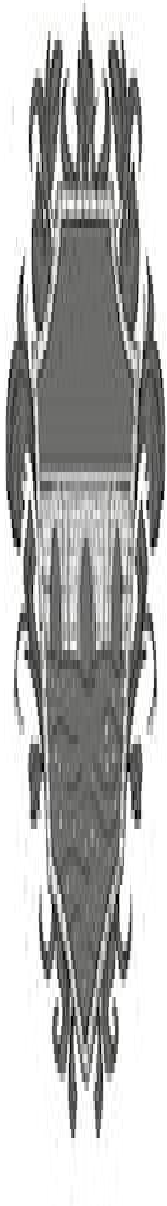
Señora Vianello: anciana nonagenaria, abuela de Zorzi.

Felicita Vianello (†): antigua gobernadora del distrito de Scopulo y consejera de la Duquesa del Pacto.

Familia corso del distrito de luprio

Helena Corso (†): antigua gobernadora del distrito de Luprio y consejera de la Duquesa del Pacto.

Familia scarpa del distrito de gatto (extinta)



Gasparo Scarpa (†): antiguo gobernador del distrito de Gatto y consejero de la Duquesa del Pacto.

Otros personajes

Mirlo Yavuz: imperial, vive en la calle.

Pelegrina Malatesta: ladrona, melliza de Ventura, vive en el edificio abandonado del Hospital de los Incurables.

Ventura Malatesta: ladrón, mellizo de Pelegrina, vive en el edificio abandonado del Hospital de los Incurables.

Vivian Zio: director de la Galería.

Pusilena Zambeloto: directora del Teatro Fénix.

Salvador Bertucci: patriarca de la Iglesia Olvidada.

Cassandra Bargamasca: bruja y abuela de Gianeta.

Isabetta Strazzaruola (†): modista contemporánea de la Duquesa del Pacto.

Anzola: anciana dueña de uno de los puestos de venta de pescado más antiguos del Campo della Pescaria.

Nota del autor.

Aunque la Serena está inspirada en Venecia, hay muchas diferencias entre las dos ciudades; al margen de las evidentes, me he permitido varias licencias para dar forma al escenario de esta historia, aunque eso lo alejase de la realidad. Las tres probablemente más importantes son las siguientes:

1. Cuando el agua de la lluvia no era suficiente, había barcos que transportaban agua dulce desde el continente hasta Venecia. Debido al bloqueo de las fronteras, esto no es posible en la Serena, por lo que he inventado la isla de Santa Eulalia, con una fuente de agua dulce, que pertenece a la familia Abacqua. Esta isla no existe en nuestro mundo.
2. En la época en la que está ambientada esta novela, la Isla de San Michele, en la que se encuentra el cementerio veneciano y en la que me inspiré para crear la Isla de los Muertos, no se utilizaba aún para enterrar a los difuntos. Este uso se le dio después de que Napoleón invadiese Venecia, y por lo tanto, en esta novela, en la que ningún ejército ha alcanzado la Serena, la Isla de los Muertos es un anacronismo… ¡pero me pareció que no podía dejar fuera ese lugar!
3. En la novela no existe la icónica Plaza de San Marcos y en su lugar se encuentra el Jardín, inspirado en la zona verde que había en Venecia antaño, en el lugar que ocupa desde 1177 la Plaza. Por otro lado, la Basílica se construyó como capilla privada del Dux y, en realidad, no se convirtió en la sede del Patriarca hasta 1807,

después de la caída de la República.

Finalmente, por razones prácticas, he llamado a los *rios* que recorren la Serena «canales» (cuando en Venecia, el único canal es el Gran Canal), a los *campos*, «plazas» (cuando la única es la de San Marcos) y a las mansiones, «palacios» (cuando el único que verdaderamente tiene ese nombre es el Palacio Ducal).

Espero que me perdonéis estas y todas las demás licencias que me he tomado para inventar este trasunto de Venecia.

Agradecimientos

Esta novela no existiría si mi agente, Jordi Ribolleda, no hubiese detectado con una descripción de solo un par de líneas que la idea merecía la pena: ¡gracias! Y gracias a Isabel y a toda la maravillosa agencia IMC por su apoyo constante y su ayuda.

Gracias al estupendo equipo de Puck y en especial a mi editor, Leo, por enamorarse de la historia desde el primer momento, por sus correcciones y sus palabras de ánimo.

Gracias a Mayx por llevarme a Venecia dos veces, por las lecturas, por la caza de erratas e incoherencias y por obligarme a crear a las familias Corso y Scarpa.

Gracias a Gala por leer los primeros capítulos y simpatizar con los Malatesta, y a mi madre por la lectura, las revisiones y los comentarios.

Gracias a mi hermano Fernando por ayudarme a definir las motivaciones y el modus operandi de Pelegrina. Es mi experto asesor en parejas de hermanos ladrones (sin que seamos nosotros nada de eso).

Gracias a Rut, porque a raíz de una conversación con ella tomó más protagonismo en la historia Marte Sartori. Gracias a Lidia y a su madre, porque sin ellas estaría perdido con el latín.

Gracias a María, de la Casa de Belmonte, por acogerme y ser una amiga en un momento en el que lo necesitaba. En su fantástico refugio para escritores, en medio de una oportuna tormenta, escribí las escenas en las que la tempestad inunda la Serena.

Y gracias a mi perro Luc por tolerar paseos cortos cuando la escritura ha requerido casi todo mi tiempo y a mi gato Toquinho por tumbarse en mi mesa y ser el mejor compañero de tecleo durante horas.